



# Domingo Miliani

PAÍS DE LOTÓFAGOS

Ensayos

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO



200  
BATALLA DE  
CARABOBO

**Domingo Miliani** Escritor y docente universitario nacido en Boconó, Trujillo, en 1916. Se graduó como profesor de Literatura en el Pedagógico de Caracas (1956). Profesor en prestigiosas universidades dentro y fuera del país. Tuvo una fructífera trayectoria como docente y gerente cultural, fundó la revista *Didascalía*, trabajó en publicaciones del Ministerio de Educación, así como en la *Revista Nacional de Cultura*. Fundador, con otros notables intelectuales, del Centro de Estudios Rómulo Gallegos (Celarg), del cual fue presidente e integró su consejo directivo por varios años. Murió en Caracas en 2002.

« *Supay*.

Pablo Kalaka.



**153**

**País de lotófagos**

ENSAYOS

DOMINGO MILIANI



## COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

---

### EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico-militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarboló el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **BATALLA DE CARABOBO**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

**LA COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO** ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra de los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

**Nicolás Maduro Moros**

**PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA**



**Nicolás Maduro Moros**  
**PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA**

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

---

**Delcy Eloína Rodríguez Gómez**

**Vladimir Padrino López**

**Aristóbulo Iztúriz**

**Freddy Nájnez Contreras**

**Ernesto Villegas Poljak**

**Jorge Rodríguez Gómez**

**Jorge Márquez Monsalve**

**Rafael Lacava Evangelista**

**Jesús Rafael Suárez Chourio**

**Félix Osorio Guzmán**

**Pedro Enrique Calzadilla Pérez**



# País de lotófagos

ENSAYOS

DOMINGO MILIANI





## Índice

- 13 Preliminar
- 17 País de lotófagos
- 29 Sentido del nacionalismo en Mario Briceño Iragorry
- 63 Literatura y literariedad en la época emancipadora: *Bolívar*
- 105 Juan Germán Roscio: una lectura política de la Biblia
- 135 Gonzalo Picón Febres: historiador de Venezuela intelectual
- 173 José Gil Fortoul, *Julián* y el monólogo interior
- 197 Don Luis Correa, crítico del modernismo
- 213 Rómulo Gallegos. “Una posición ante la vida”
- 227 *Canaima*. Estructura mítica
- 263 Enrique Bernardo Núñez. Novela, historia y mito
- 293 Arturo Uslar Pietri. La lucidez como oficio



## Preliminar

Reúno aquí once ensayos escritos en diversos momentos, a lo largo de 30 años de andar borroneando papeles. Son la lectura personal de un país a través de ciertos hombres y libros. Su ordenamiento interior no responde a criterios cronológicos de escritura. Preferí ubicarlos en función de temas cuya vigencia forma parte del sistema intelectual de los lectores. Es una simple transferencia. Las páginas fueron hilvanándose por un continuo trabajo de leer, oficio de vagabundo, como escribó Vasco Pratolini.

Los métodos de análisis no son uniformes. Hay asedios que apuntan a la reconstrucción biográfica, en casos de autores sobre quienes poco se conocía en tal sentido. Hay aproximaciones a la Historia de las ideas, un campo frecuentado en México, en el Seminario que durante muchos años dictaba el maestro Leopoldo Zea y en el cual me sentí honrado de participar. Posteriormente me interesé por estudiar y aplicar postulados de la Semiótica de la cultura, el análisis mítico, sin marginar los contextos históricos, muy presentes en Segre y Lotman, con cuyos trabajos me siento en deuda. Estas diversas formas de aproximación a la realidad del texto marcan, en todo caso, la evolución formativa que va cambiando en uno como el clima y la vida.

Cada texto señala fecha de escritura y lugar donde fue publicado inicialmente: revistas, anuarios, prólogos a otros libros. Los dos con que abre y cierra el libro han permanecido inéditos hasta ahora. Quise reunirlos a título de inventario que, en todo caso, no es sino el ocio

aplicado a corregir la dispersión. He revisado cada ensayo para eliminar algunas repeticiones o frases que tuvieron carácter circunstancial en el momento de escribirlos. He respetado el enfoque por estimar que se trata de momentos en la manera de leer la vida nacional entre sus libros y su gente, en todo caso representan estaciones de un camino a cuyo inicio no se puede retornar, tal vez por aquello que Neruda expresó en un verso decisivo: “Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos”.

Caracas, abril de 1990.

*Entre nosotros se ha trabajado al milagro de las corazonadas y de los falsos aciertos. Hemos hecho nuestro camino público como el vagabundo que toma en los cruces la primera vía.*

**MARIO BRICEÑO IRAGORRY**

(INTRODUCCIÓN Y DEFENSA DE NUESTRA HISTORIA)



## País de lotófagos

A Beatriz  
y Omar Briceño Picón

Subterráneo, bajo la historia cotidiana, ha caminado el azar. La Historia no le permite emerger. Sigue ahí, debajo, implacable. Nos ha regido en episodios crueles o hilarantes. Alguien pudo escribir la historia de un país llamado *Mientrastanto*. Solo que por azar un marino lo semejó peyorativamente a Venecia, aunque no hubiese canales visibles en nuestras aguas. De haber recibido el primer nombre, su capital se habría llamado Efímera de tantas veces como la han sacudido y remodelado las fuerzas profundas de la tierra o la vocación demoladora de sus habitantes. Estos últimos, a través de la historia, han sufrido curiosas metamorfosis en la designación, sin alterar el comportamiento dominante. *Mientrastanto* fue originalmente poblado por aborígenes de quienes se dudó que tuviesen alma. Luego llegaron los descubridores y conquistadores; después los esclavos. De tal mezcla, por derecho de pernada, nacieron los *súbditos de su Majestad*, hasta que conquistaron en veinte años de guerra el derecho a ser llamados *ciudadanos*, especie de la cual, según las circunstancias, surgieron variedades como las de *sufragantes*, *electores*, *contribuyentes*. En los últimos treinta años han evolucionado considerablemente, primero a *conciudadanos*. Con violencia social, contaminación atmosférica y paranoia colectiva mutaron a *sobrevivientes*. Ahora han quedado reducidos a una cómoda condición que facilita el manejo de las estadísticas económicas y demográficas, mientras el Censo de Población se pone al día. El país ha logrado la ansiada igualdad social, puesto que solo está habitado por usuarios y, a veces, cuando el ingreso

per cápita no acaba decapitándolos, asumen la categoría de *consumidores*. La condición humana es lo de menos.

Como todo —o casi todo— nuestro azar también vino de afuera. Al aclimatarse entre nosotros quedó signado por la improvisación que obra milagros como estos: vivir al día sin necesidad de estar al día; hacer hoy para rehacer mañana, ofrecer disculpas por las molestias que esto nos ocasiona; no corregir los reveses de ayer, ni en lo material ni en lo espiritual, porque pertenecen a la administración anterior. Mucho menos podríamos prever las adversidades de mañana. Resultan poco rentables y, además, no son asunto nuestro sino de las generaciones venideras, a las que siempre hemos dejado el cobro de la cuenta en nuestra peculiar contabilidad social.

En el azar, como es obvio, radica nuestra incurable predisposición al juego, sin que ello nos defina como *Homo ludens* en la concepción de Huizinga. Nuestro juego es, precisamente, apostar todo a todo. Alguien, en algún lugar con lapidaria elegancia, dijo: “El azar es la expresión más vil de la esperanza”.

Entre el improvisar y el apostar a todo oscila nuestro destino colectivo. El beneficio ha sido ecológico. Hemos economizado una gran riqueza no renovable y tan precisa como la hidrocarburada: la energía vital, única que no hemos despilfarrado porque no hemos necesitado utilizarla demasiado.

El objeto de la apuesta no importa. Lo mismo da jugarnos El Dorado, mito virreinal, en provecho de los ingleses y luego de otros aprovechadores. Creemos en el gallo de riña cuyas iridiscencias nos deslumbran; en la baraja española, en la de póker/canasta; en los dados. Todos implementos para labrar nuestra indecisión. Nos tentó la suerte de un rey derrocado. En la defensa de sus derechos a recuperar el trono nos jugamos la independencia. Empeñamos el sueño al galope de un

purasangre importado en vientre de Norteamérica nacido venezolano. Centro apoteósico de nuestras pistas, primer pitianqui de *pedigree* insospechable, héroe nacional de artillería: *Cañonero*. Elegimos nuestros mandatarios al azar. Apostamos al ganador —o al perdedor—, para cubrirnos. Invertimos en ambos, por si acaso, sin reparar programas, doctrinas, menos aun lealtades a principios.

La vieja Lotería campeó en España desde los ilustrados tiempos de Carlos III. Fue legalizada en 1763. Es una de las herencias culturales que mejor hemos conservado con periódicas actualizaciones. Mucho más que la lengua hablada —o malhablada—. Los romanos jugaban al ganador con los candidatos al Senado. Era labor de caridad o beneficencia. He ahí un legado importante de latinidad perdurable entre nosotros hasta hoy, aquí, ahora.

Los alemanes ofrecieron en premio de su lotería una ciudad. Cualquiera día podremos apostar, con alta probabilidad de acierto, a que un moderno tahúr, docto en juegos computarizados, llegue al país y proponga el sorteo extraordinario cuya recompensa mayor sea el país entero. Con tan espectacular recaudo quizá nuestro endeudamiento histórico —de José Tadeo Monagas a Guzmán Blanco, Cipriano Castro y nuestros días—, externos e internos, públicos y privados, coyunturales y estructurales, podrán solventarse de una sola vez, sin sacrificios ni esfuerzos, sin riesgo a pérdidas electorales, con dinero muy fresco, gracias al azar, cuya versión más refinada y extendida es el juego del *LOTO*.

Antes, en los perdidos pueblos del interior existieron versiones parroquiales del azar: las loterías de animales. Su identificación numérica poco era tenida en cuenta, salvo a efecto de sorteos gritados en las plazas por un alfabetizado Juez de Parroquia, un Jefe Civil o, en su defecto, el cura párroco. Los sueños municipales de amanecer ricos se poblaban de garzas, leones, alacranes, elefantes, tigres, sapos, loros, camellos,

venados, gatos, chivos, caballos, toros, ratas, perros, burros, etc., con los cuales, además del juego, el humor popular disponía de un fecundo repertorio de apodos aplicables por semejanza a las autoridades, fuerzas vivas, locos, beatas, solteronas u otros personajes de la comunidad. Este juego, magro en premios, estaba condenado a desaparecer con la opulencia donde se forjó, legalizó y convirtió en próspera industria sin riesgos. La Lotería de Beneficencia Pública, amparada, auspiciada y hasta publicitada por el Estado, con su venerable nombre y abolengo adoptó una más moderna y elaborada versión del juego: el *LOTO*.

El *LOTO* carece de animales —en cuanto a identificación o reglas de juego, claro está. El jugador deviene experto en análisis combinatorio de números, para lo cual no se requieren profundos conocimientos: aritmética, por ejemplo. El *LOTO* tiene la virtud de hacer olvidar todo cuanto no se halle estrictamente vinculado al próximo sorteo que, ahora con la versión instantánea, ha logrado acortar la frecuencia entre uno y otro a menos de veinticuatro horas. Esa virtud de estimular la amnesia tiene mayor abolengo y arraigo en nuestra historia, que todas las ya enumeradas formas del azar. El introductor del juego ha debido ser un culto conocedor de nuestras modalidades étnicas, aparte estar dotado de inusitadas aptitudes para las analogías poéticas, aprendidas en algún poema de Stéphane Mallarmé donde pudiera haber alguna alusión pertinente.

Nosotros, los *usuarios*, tan orgullosos de un país igualitario, donde las discriminaciones y los prejuicios etno-culturales se han declarado inexistentes, al fin podemos disponer —o consumir— una prueba irrefutable de herencia cultural africana para sumarla, sin temores de piel, al legado hispano-indígena puesto en vigencia ante la inminente celebración de los 500 años del descubrimiento, el encuentro o el desencuentro. A pesar de esos cinco siglos nos encaran, cuando somos

estudiados, la condición de ser un Continente demasiado joven, casi menor de edad y, por ende, algo irresponsable. Guardada la pequeña distancia de edad cronológica entre el navegante genovés y el descubridor del *LOTO*, inserto en nuestra azarosa historia contemporánea, los méritos de este último no son pocos, a más de su modestia y desprendimiento palpables en el hecho de ocultar el abolengo de una verdad etnológica de tanta relevancia como la que vamos a reseñar.

Investigaciones recientes han revelado las connotaciones ocultas bajo el azar histórico que encerraban las inviolables programaciones del *LOTO*, desde sus orígenes —en parte exactos, en parte mágicos— hasta hoy. Estos mensajes siempre corren el riesgo de ser calificados injustamente por los tecnólogos como información parásita.

La voracidad con que el famoso juego ríe recibido entre nosotros aportó el primer indicio. Los investigadores calificaron el hecho con exactitud: “tendencia o propensión a la *lotofagia*”. No se trataba de una abstracción más de los sociólogos, desvelados por las teorías del desarrollo, el subdesarrollo o la dependencia, sino de una precisión: de un fenómeno científicamente verificable.

En el África mitológica existió una secta o comunidad con hábitos alimenticios naturistas. Se les designó *lotófagos*, porque solo se alimentaban de la dulce flor de las *ramneas*, vulgarmente conocida con el nombre de loto.

La autoridad intelectual que mejor documentó la existencia de aquella comunidad fue Homero. En la *Odisea*, cuando Ulises naufragó frente al país de los feacios y la bella Nausícaa lo contempla desnudo, lo viste y conduce ante el hospitalario rey Alcínoo, el itacense comienza a relatar al anfitrión los padecimientos sufridos por él y sus compañeros, desde la partida de Troya en retorno a su añorada patria. El Canto IX del poema recoge los relatos. Uno de los más conmovedores refiere:

Desde allí dañosos vientos lleváronme nueve días por el ponto, abundante en peces; y al décimo arribamos a la tierra de los *lotófagos* que se alimentan con un florido manjar. Saltamos en tierra, hicimos aguada, pronto los compañeros empezaron a comer junto a las veleras naves. Y después que hubimos gustado los alimentos y la bebida, envié algunos compañeros (dos varones a quienes escogí e hice acompañar por un tercero que fue un heraldo) para que averiguara cuáles hombres comían el pan en aquella tierra. Fuéronse pronto y juntáronse con los *lotófagos*, que no tramaron ciertamente la perdición de nuestros amigos; pero les dieron a comer loto, y cuantos probaban este fruto dulce como la miel, ya no querían llevar noticias ni volverse; antes deseaban permanecer con los *lotófagos*, comiendo loto, sin acordarse de volver a la patria. Mas yo los llevé por fuerza a las cóncavas naves y aunque lloraban los arrastré e hice atar debajo de los bancos. Y mandé que los restantes fieles compañeros entrasen luego en las veloces embarcaciones: no fuera que alguno comiese loto y no pensara en la vuelta. Hiciéronlo en seguida y, sentándose por orden en los bancos, comenzaron a batir con los remos el espumoso mar<sup>1</sup>.

Algún misterioso chamán trajo desde África a nuestra tierra la costumbre de ingerir el manjar de la desmemoria. No se ha podido esclarecer su identidad. Algunos investigadores opinan que pudo ser el mismo hechicero Melquíades, quien desde Singapur introdujo en Macondo la epidemia de los olvidos, según la fehaciente indagación de García Márquez. La amnesia histórica, el olvido de la Patria, los vientos dañosos que empujan al desdén de lo nuestro han sido, junto con el azar, constantes alimentadas por invisibles comensales a cuya mesa aumentan cada día, enloquecidos, los afanosos de una riqueza medrada en el asalto

---

[1]\_ Homero, *Odisea*. Canto IX: "Relatos a Alcínoo". Barcelona, Bruguera (Joyas Literarias), 1978; pp. 175-176.

y la indiferencia. No les hace falta remar duramente para reencontrarse, como en la parábola homérica, a pesar de que sí hemos tenido por lo menos un rapsoda. Igual que Ulises vivió empeñado en despertarnos del espejismo a fuerza de repetir un llamado a la conciencia histórica.

Ese rapsoda comenzó por recordarnos la perdida idea de Patria, como una conciencia dinámica del pasado histórico, instrumento para superar la crisis de valores que ha venido aumentando en pareja con la inflación durante los últimos treinta años. A propósito escribió:

Piensen algunos que la Patria es tanto más feliz, noble y generosa cuanto más sean las complacencias materiales que de ella podemos derivar. La Patria, como el parto, implica su hora de dolor. Vista hacia atrás como solar de abuelos, significa mero goce de los réditos que produce el trabajo antiguo. Pero la Patria, en su sentido de nación y de comunidad, implica la horizontalidad de los afectos fraternales y la verticalidad descendente de las generaciones que derivarán de nosotros su existencia en el orden físico y en el orden moral de la historia. Paso o movimientos diversos que se conjugan en una sola pasión. Hoy se la llama, más que patriotismo, nacionalismo por cuanto aquel reduce su área conceptual a sacrificios y goces de orden ético, mientras el otro mira con ojo más abierto y rapaz de todos los problemas de la comunidad nacional. Virtud admirable cuando con ella no se llega a excesos chauvinistas ni se provocan recelos en el orden de la comunidad universal. El nacionalismo es, en cambio, la fuerza que empuja y defiende la vida de los pueblos. La práctica del nacionalismo es como la práctica de la higiene. De nada vale la buena doctrina de los ideólogos y de los teorizantes si no se acopla con voluntad enérgica que tengan y pongan los medios de hacer efectivos los principios<sup>2</sup>.

---

[2]\_ Mario Briceño Iragorry. "La unidad de lo diverso". En: *Aviso a los navegantes*. Caracas, Edime, 1953, pp. 41-43.

A semejanza del “prudente Ulises”, nuestro rapsoda vivió desvivido por despertar una conciencia defensiva y reflexiva de la nacionalidad. Como el rapsoda de los grandes poemas épicos, o como los profetas bíblicos, sabía que era necesario repetir hasta el agotamiento el mensaje. El estilo reiterativo del discurso *épico* es adoptado por él para intensificar los efectos del discurso *ético*. Muy pocos dieron con tanto acierto en el blanco de nuestros males de pueblo. Pronosticó el agravamiento de la gran crisis que azoraría una “democracia de asalto”. Había luchado por esa democracia durante un decenio dictatorial: el perezjimenismo. Ulises en exilio navegó angustias, pero no silenció jamás su palabra crítica y admonitoria. No era necesario ser oráculo. Le bastó mantener despierta su conciencia histórica. Y al leer sus mensajes, escritos mucho antes de 1958, parecieran haber sido pensados y expresados esta mañana. Como Ulises, padecía con el olvido y la indiferencia de sus compañeros en el largo viaje de reencuentro con la Patria. Respecto al azar y el olvido pensaba: “A base de celuloide y 5 y 6 se puede hacer una magnífica interpretación de nuestro destino social. Azar y viento. ‘Con un poco de suerte, que lo demás sea agua’, decía un viejo de mi tierra. Estamos. Azar, viento y agua. Cualquier bruja se fabrica con estos ingredientes una luminosa tempestad”<sup>3</sup>.

La tempestad no demoró mucho en ensombrecer la alegre orgía de los despilfarros, personificada por los pretendientes. Sus vísperas eran palpables en el decenio dictatorial hasta 1958. Años más, años menos, el ojo zahorí del rapsoda observaba y escribía ayer cuanto se iría evidenciando como desastre en los tres decenios siguientes: 1958-1988. Y no era solo azar y viento, sino lotofagia crónica: En su “Pequeño tratado de la presunción”, escribe:

(...) Pueblo de presuntuosos, hemos buscado el fácil camino de tomar por anticipado los sitios que reclaman la sistemática de

---

[3]\_ “Celuloide y 5 y 6”. En: *Alegría de la tierra. Obras Selectas*, p. 696.

un esfuerzo lento y mejor orientado. Presumir, no en su corriente acepción de vanagloriarse, sino en su soterrada significación de anticipo a la hora, ha sido la tragedia cotidiana, menuda y persistente que ha vivido nuestra nación a todo lo largo de su dolorosa y accidentada historia. La vía del asalto y de la carrera para llegar más presto a sitios que reclamaban una idoneidad responsable.

El afán desordenado de hacernos valer ha sido nuestro mal en todos los órdenes de las actividades humanas. Un deseo de llegar antes de tiempo, un empeño de tomar los frutos ingrátidos, un tropicalismo desbocado que nos impele a la ruptura de los frenos que pudieran guiar el impulso hacia la racional conquista. Llegar por donde sea y como sea. Torcido o recto el camino, da lo mismo, siempre que conduzca al deseado fin. Generalizada la teoría del éxito profesada por quienes aconsejan hacer dinero honradamente, pero en todo caso hacer dinero, hemos supeditado al hecho desnudo de satisfacer las ambiciones los medios de lograrlo, sin curar en ningún caso de que aquellos sean honrados y cónsonos con la lógica que asegure una fructífera permanencia<sup>4</sup>.

En nosotros se agrava más la crisis que sufre la humanidad total, en razón de nuestra carencia colectiva de defensa en el campo de nuestros propios valores de la nacionalidad y por la presencia en nuestro suelo de un elemento extremadamente peligroso. El petróleo y el hierro son agentes eficaces para el soborno que arruina a nuestros hombres. La enorme riqueza de nuestro país, administrada por advenedizos en alianza con la oligarquía succionadora e inmoral, ha sido vehículo eficaz para que tú hayas visto el desfile decadente de nuestros mejores hombres ante la figura del dictadorzuelo, que pretende encarnar la tradición de la Patria<sup>5</sup>.

---

[4]\_ *Ibidem*, pp. 448.

[5]\_ “La resistencia interior” (Carta a Numa Quevedo). En: *Diálogos de la soledad*. Mérida, Talleres Gráficos de la Universidad de Los Andes, 1958, pp. 63-64.

El viaje de regreso desde Troya distrajo diez años en la vida de Ulises. En el caso de nuestro rapsoda —que por cierto llamó un libro suyo *Aviso a los navegantes*—, el largo itinerario comienza con sus primeros escritos de indagación histórica. Se esparció luego en ensayos que acogía semanalmente la prensa caraqueña y eran leídos por los jóvenes de entonces, como antídoto contra la lotofagia. Surgió la televisión, la promoción de imágenes. Con ella el manjar mágico de las *ramneas* se cargó de nuevas drogas para no pensar: el juego y el asalto de posiciones. Nadie o muy pocos volvieron a leer al viejo rapsoda, quien seguía gritando desde sus páginas una denuncia demoledora:

Se construyen en nuestra ciudad, a ritmo acelerado, palacios para bancos, colectivos para forasteros. Se inauguran cada semana nuevos clubs nocturnos. Se importan caballos de carrera, *vedettes* y boxeadores. Se introduce también cocaína, opio y marihuana. En las principales esquinas se vocean revistas que incitan al crimen e invitan al burdel. Signos todos de una sociedad decadente y fenicia, que vive al azar de la ganancia y a la husma del efímero deleite, al igual de quienes, por sentirse vecinos a la ruina o a la muerte entregan todas las resistencias morales para gozar el vértigo del último minuto de sensualidad<sup>6</sup>.

Lo más extraordinario dentro de la historia azarosa que venimos glossando y está presente en el recuento dramático de nuestro rapsoda, es que todas las citas de su mensaje, insertas aquí, pertenecen a textos publicados por su autor antes de 1958. La última, por ejemplo, es de una conferencia leída en la Casa del Escritor de Caracas, el 13 de septiembre de 1951. Sin duda que la lotofagia es —como muchos ataráxicos— de acción muy prolongada.

---

[6]\_ “El sentido de la tradición”. *Introducción y defensa de nuestra historia. Obras Selectas*, p. 610.

El rapsoda visionario regresó a la Patria después de largo exilio, el 13 de abril de 1958. Pocos días después, el 6 de junio, falleció. Tenía 61 años de edad. Y, a propósito de olvidos, vale recordar que se llamaba Mario Briceño Iragorry.

Boconó/Caracas, abril de 1988.



## Sentido del nacionalismo en Mario Briceño Iragorry<sup>1</sup>

*Con dinero los hombres podrán hacer un camino, pero no una  
aurora.*

*Y estamos urgidos de amaneceres.*

EL CABALLO DE LEDESMA

### 1. Conciencia crítica del siglo xx

Pocas veces Venezuela ha tenido pensadores que hayan dedicado tanta pasión y voluntad a reflexionar indeclinablemente sobre nuestro “destino de pueblo”. Briceño Iragorry es uno y de los más importantes.

En el siglo XIX tuvimos inteligencias profundas, capaces de hurgar en el devenir histórico. Su pensamiento aún es proyecto de país realmente autónomo. Así lo indican las *Sociedades americanas* de Simón Rodríguez. En el Romanticismo, Fermín Toro meditó con acierto y expresó en prosa ponderada su angustia por las nuevas colonizaciones europeas posteriores a la independencia de España, Toro llamó *feudalismo industrial* a esas apetencias de naciones europeas cebadas sobre América. Cecilio Acosta se elevó árbitro moral del país. Analizó críticamente la educación y la idea de progreso. Se anticipó a los positivistas en su reflexión sociológica.

A semejanza con Fermín Toro, Mario Briceño Iragorry fue valiente defensor de la integridad nacional contra el imperialismo norteamericano.

---

[1]\_ Publicado en el *Anuario* del Núcleo Universitario “Rafael Rangel”, de la Universidad de Los Andes. Trujillo, 1983. (Versión mimeografiada).

A semejanza con Cecilio Acosta mantuvo indoblegables sus creencias cristianas orientadas a una justicia social que él siempre consideró realizable como práctica combativa y no como sentimiento de caridad.

Se ha dicho que la estatura crítica y moral de Briceño Iragorrry se acrecienta como un tardío proceso otoñal de carácter autocrítico. Nada más fuera de verdad.

La iniciación intelectual de Mario Briceño Iragorrry se nutrió de lecturas heterogéneas, como ocurre en la juventud de numerosos escritores. De allí surge su identificación temprana con el pensamiento de Nietzsche<sup>2</sup>.

En 1912, una conferencia dictada por el ensayista argentino Manuel Ugarte en la Universidad Central de Venezuela abrió temprano cauce nacionalista y antiimperialista al joven estudiante de Derecho. Ugarte visitó Venezuela en “días aciagos” para el país y la Universidad. Las aulas serían clausuradas casi inmediatamente. La dictadura de Juan Vicente Gómez arreciaba. El mensaje antiimperialista de Ugarte era más agresivo que la conocida dicotomía Ariel/Calibán, preconizada por Rodó. Tiempo después (1949), Briceño Iragorrry recordaría el impacto ideológico del argentino en su inquietud de joven<sup>3</sup>. La trayectoria

---

[2]\_ “Inicié mis lecturas con profundo desorden. Sin cuidarme de la preceptiva literaria, ni aun de las leyes del buen sentido, di en atiborrar mi cabeza de la más extraña literatura: Víctor Hugo, Schopenhauer, Voltaire, Diderot, Volney, Jovellanos, Humboldt, Queiroz y Vargas Vila hacían una mescolanza extraordinaria en mi indisciplinada mente. A poco divulgaba en mi ciudad nativa las ideas atomizadoras de Federico Nietzsche, al mismo tiempo que rendía parias al seudo misticismo de Amado Nervo”. (Prólogo a *Obras Selectas*, 1954, p. XIII.

[3]\_ “Manuel Ugarte habló apenas una vez [en Caracas]. Las autoridades, requeridas por la Legación de Estados Unidos, impidieron la prosecución de charlas encaminadas a la defensa de la conciencia hispanoamericana. Eran los buenos tiempos en que José Enrique Rodó ofrecía como símbolo de espiritualidad el Ariel de ‘La Tempestad’ shakespeariana. El uruguayo miraba el duelo entre ambas Américas como un problema

del trujillano se desvió momentáneamente hacia la carrera militar. La Universidad había sido clausurada. Quiso estudiar Matemáticas en el famoso Instituto fundado por Cagigal.

La vocación intelectual reaparece en 1914. Reside en Trujillo. Funda periódicos. Uno de ellos lleva el nombre de *Ariel*. Se marcha a estudiar derecho en Mérida. El ensayista se define. En su prosa el Modernismo mantiene su impronta. En adelante no abandonará más la prosa de reflexión. Primero investiga las culturas aborígenes occidentales y el pasado colonial hispánico. Busca las raíces nacionales en archivos caraqueños, inquietud compartida con Caracciolo Parra León. Piensa que sin conocimiento cabal de la Historia, los pueblos pierden su derrotero. El primer trabajo de esa indagación será *Tapices de historia patria* (1933). Su autor le asigna particular importancia por lo que representa de rectificación a la tesis del *hiato histórico* de la cultura colonial, formulada por César Zumeta. Es además su primera reacción contra el Positivismo. El libro está dirigido a "...defender la integridad histórica del país nacional, expuesto a la quiebra conceptual que provoca el ahistoricismo con que fue durante mucho tiempo juzgado nuestro pasado hispánico<sup>4</sup>.

De los *Tapices* Briceño Iragorry pasa a las biografías históricas. Escribe *Casa León y su tiempo* (1946). En aquel marqués corrompido y oportunista dibuja la imagen de una oligarquía cuya estela de aprovechamientos del poder llega hasta hoy, en vaivén de respaldos y halagos a regímenes diversos. Casta voraz en el usufructo del poder, sin arriesgarse, su fin es aumentar los caudales, no importa cuál sea la suerte, del país. Su autor conceptúa así la actitud:

---

de doctrinas. Ugarte iba más lejos y se hacía más realista. Antes que lucha de sistemas vio la lucha de una nación que buscaba dominar la dispersa unidad latinoamericana". *Aviso a los navegantes*, p. 9.

[4]\_ Prólogo a *Obras Selectas*, p. XVI.

El casaleonismo es el camaleonismo de quienes procuran, honrada o vilmente, adaptarse y medrar en toda política. El casaleonismo es la permanente ondulación de la sierpe de la oligarquía capitalina, opuesta a toda idea que contraríe la prepotencia de su grupo, y dispuesta, en cambio, a tomar el matiz del gobierno que la apoye<sup>5</sup>.

Añade que el símbolo de Casa León, “Para sus fines, lo mismo ha sido la política de Gómez, de López, de Medina, de Betancourt y de Gallegos, siempre que estos les hayan garantizado los eternos privilegios”.

Contrapartida honorable de Casa León es *El Regente Heredia o la piedad heroica*. La silueta del jurista, padre del gran poeta cubano José María Heredia, es presentada por Briceño Iragorry como ejemplo de probidad en el Magistrado.

En *El caballo de Ledesma*, la posición nacionalista estaba definida. Recrea la figura quijotesca de Alonso Andrea de Ledesma. Resalta los mecanismos con que va fraguándose la ocupación del territorio y sobre las invasiones filibusteras como paradigmas de las nuevas piraterías. Era la Segunda Guerra Mundial. La amenaza expansionista del nacionalsocialismo campeaba:

Era yo fervoroso partidario de los llamados países democráticos, a quienes de la mejor buena fe consideraba interesados en la destrucción del mundo nazi, por lo que éste representaba de contrarrevolución en el orden de la libertad. No veía yo entonces el juego intrincado de intereses imperialistas que movía los frentes de la guerra. Me bastaba, para ser enemigo de Hitler y Mussolini, la antihumana filosofía política que éstos defendían<sup>6</sup>.

---

[5]\_ *Ibid.*, p. XVII.

[6]\_ *Ibid.*, p. XVI.

Aquella circunstancia condujo a Briceño Irigorry a diferenciar su nacionalismo respecto de las disfrazadas modalidades populistas que este asumía en Europa. América Latina contaba con un nutrido grupo de pensadores con quienes el venezolano llegaría a identificarse: José Vasconcelos, Benjamín Carrión, Baldomero Sanín Cano, Gabriela Mistral, Joaquín García Monge. Ellos representaban el pensamiento liberal antiimperialista comprometido con una hispano-americanidad mejor definida. La alianza momentánea con los imperialistas norteamericanos, impuesta por la guerra, no llegó a obnubilarles la visión de destino propio. Briceño Irigorry no estaba solo en su prédica. Sincero ante todo, asumía la denuncia como un imperativo opuesto a la que después llamaría “Prudencia culpable”. A su amiga destinataria de *El caballo de Ledesma*, escribe:

La verdad es para decirla a los cuatro vientos, así vaya a estrujar malos planes de quienes, sin escrúpulos, madrugaron al éxito de las cosas transitorias. Con usted misma, cuántas veces he hablado de la necesidad en que estamos de poner fin a la larga conspiración de prudencia que desde todos los confines amenaza nuestro progreso social. Mire usted cómo buscamos de engañarnos mutuamente con palabras dichas entre dientes en la recatada penumbra de los rincones. Y las medias palabras sólo sirven para expresar pensamientos sin forma ni sentido, pensamientos falsos, máscaras de verdades que quedan en el fondo del espíritu avinagrando los ánimos<sup>7</sup>.

En esa autocrítica posiblemente está registrado un cambio de actitud intelectual, a partir del cual la escritura se hará más vehemente. Sus reflexiones adquieren mayor profundidad. Una conciencia crítica del siglo XX estaba naciendo para Venezuela.

---

[7]\_ *El caballo de Ledesma*. En: *Obras Selectas*, p. 390.

Briceño Iragorry había alcanzado el éxito con *Casa León* y *El Regente Heredia*. Había obtenido los premios Municipal y Nacional de Literatura. No era, pues, vanidad de escritor lo que impulsaba al prosista a intensificar sus alertas ideológicas. Era una verdadera angustia por despertar conciencias adormecidas respecto al rumbo que comenzaba a tomar el país desde el derrocamiento de Rómulo Gallegos en 1948. Bajo una cobertura falsamente nacionalista, la dictadura militar se afianzaba sobre cimientos de corrupción y concreto armado.

En 1950, después de la muerte de Carlos Delgado Chalbaud, Venezuela entraba en franco deterioro institucional. Briceño Iragorry se convierte entonces en un signo desafiante contra la dictadura. Las circunstancias políticas lo llevarían a adquirir relevancia nacional como Diputado en las elecciones celebradas el 30 de noviembre de 1952, desconocidas de inmediato por el dictador Pérez Jiménez. Luego sobreviene el exilio aceptado con dignidad e incansable espíritu de escritura.

La rectificación en voz alta, el descarnado decir incrementaron en la juventud venezolana la admiración que el ensayista supo ganar con armas limpias. Conservó la condición de un Maestro de la prosa, reiterativo en las ideas, impecable en la expresión algo arcaizante. Ostentó una actitud de lucha contra la mentira y la hipocresía políticas. En los años de exilio escribió a Jóvito Villalba en términos que dicen de un hombre en firme postura de combate ideológico, cuando nadie, salvo su conciencia, le pedía continuar la tarea de ahondar concéntricamente en los males nuestros:

Lamentablemente en la tarde de mi vida he aprendido cosas que pudieron ayudarme mucho cuando actué en el país. Si no me sirven a mí, podrán servir a mis hijos y a quienes mañana me lean libremente. Tal vez el mensaje mejor que pueda dirigir a mi pueblo, habrá de ser mi diatriba contra la mentira que ha servido de basamento a todo nuestro orden social, mentira voraz

y poderosa a la cual yo mismo he rendido parias y de la cual he sido actor y víctima. Nuestras generaciones futuras necesitan esta lección de anatomía de la conciencia venezolana. Urge sobre todo promover una conciencia de sinceridad y de humildad, que nos lleve a desnudarnos de la presunción pecaminosa y disolvente<sup>8</sup>.

Por la sinceridad creciente, arraigada en una fe religiosa nunca negada, Briceño Iragorry caló en la conciencia colectiva con una lección personal escrita hace treinta años, vigente como ninguna en estos días en que transcurre la más severa crisis venezolana.

## 2. El pensador católico

Decir a secas que fue católico no significa prácticamente nada. Sabemos que en nombre de la fe religiosa se han cometido tropelías y hasta crímenes dentro de las sociedades modernas. La radicalización de un pensamiento cristiano puesto en función de la liberación de los pueblos es un fenómeno muy reciente que rompió el maniqueísmo entre derecha cristiana e izquierda marxista.

Tal vez desde los años de la Guerra Civil Española en Briceño Iragorry se fue operando el cambio de posición sin renunciar a las creencias. Convencido defensor de la sociedad democrática, en su ideario es factible hallar conceptos esclarecedores respecto a los comportamientos asumidos por un catolicismo desviado hacia la defensa de los intereses capitalistas en forma unilateral<sup>9</sup>.

---

[8]\_ Carta a Jóvito Villalba. En: *Diálogos de la soledad*, p. 224.

[9]\_ “Denominar cristianos a sistemas de explotación del hombre por el hombre y a regímenes que solo tienen por fin la salacidad y el lucro de las autoridades, es negar en su más auténtica vertiente las esencias del cristianismo y contribuir a que este sea confundido con el orden de la iniquidad”. *Saldo* (1956), p. 23.

Briceño Irigaray aboga por rectificaciones que permitan la realización de una sociedad justa en lo económico, nacionalista en lo político, cristiana en su ideología. Los años de mayor intensidad en su labor divulgadora estuvieron señalados por el uso del concepto de cristianismo contra las sociedades socialistas, bajo pretexto de conservar el “mundo libre” occidental. Advierte de no caer en los juegos de un anticomunismo cuya argumentación sirvió para cometer atropellos como el perpetrado contra el pueblo guatemalteco en 1954.

Lector de Kierkegaard y Maritain, admirador confeso del pensamiento de Unamuno, la ideología cristiana de Briceño Irigaray se acerca más a los enfoques de una teología de la liberación, tan impactante en el presente hispanoamericano, al tiempo que se aleja de las consabidas artimañas con que se ha desacreditado el sentido de justicia social implícito en el cristianismo auténtico.

En algunos textos suyos como los recogidos en el libro *Saldo* (1956) acude a las fuentes bíblicas para insistir en la función liberadora y social del cristianismo original. En otros es ostensible su crítica al alto clero, instrumento al servicio de intereses de la burguesía y del imperialismo. Tal vez por ello no dejó de recibir los ataques de algunos representantes de la Iglesia, quienes lo tildaron de mostrar inclinaciones procomunistas. En cartas a ciertos prelados venezolanos define sus comportamientos e ideas, especialmente en *Diálogos de la soledad* (1958). Quizá la fuerza de su obra esté en parte cimentada por el hecho de que, sin hacer aspavientosas declaraciones revolucionarias —negadas por tantos en la praxis— mantuvo una línea consecuente en defensa de la nacionalidad contra las invasiones y mediatizaciones contemporáneas.

Cuando tocó el fondo de la crisis nacional venezolana, entre los factores incluyó la denominada por él *crisis de pecado*<sup>10</sup>, a la cual concedía

---

[10]\_ “Donde lo transgresional ha llegado a ser normal para la economía de la sociedad,

importancia especial por su incidencia en la corrupción religiosa, tanto como en la incapacidad nacional para enfrentar una posible crisis económica cebada hoy sobre Venezuela.

En un homenaje rendido por la Universidad Central, el poeta Carlos Augusto León, entonces marxista militante, destacaba la simbiosis entre la fe católica y el pensamiento nacionalista que atraviesan el discurso ensayístico de Mario Briceño Iragorry<sup>11</sup>.

### 3. La crisis de nacionalidad

El libro de donde arranca el pensamiento más combativo de Mario Briceño Iragorry es, sin duda, *Mensaje sin destino* (1952). Todo el volumen analiza los factores de nuestra crisis, que no acepta como “de hombres”, cual lo enunciara el general López Contreras, sino de *pueblo*. Comprender sus exposiciones implica leer otros de sus ensayos sobre las definiciones y alcances de lo nacional y del nacionalismo.

En el prólogo de sus *Obras Selectas* (1954) recuerda que la frecuentación con los materiales de la historia venezolana constituyó el acicate

---

donde el pecado se haya desprovisto de su correspondiente torcedor, es por demás difícil crear valores morales. Nuestro suelo ético está esterilizado para la producción de actos que estimulen la conciencia social. Esta crisis del pecado creo que alimenta la más poderosa vertiente de los males que sufre nuestro país” (Carta a Mons. M. Pulido Méndez. En: *Diálogos de la soledad*, pp. 124-125).

[11]\_ “Se entrelazan así en Briceño Iragorry lo que podríamos llamar sus características centrales –su fe católica y su actitud nacionalista, enfrentada al imperialismo y que encuentra necesario complemento en su anhelo de paz universal. Esto señala un vasto campo de coincidencia con su pensamiento, con su obra. Quienquiera que desee una patria de plena soberanía, inaccesible al asalto corsario o a la penetración buida y aviesa; quienquiera que, orgulloso de nuestro pasado histórico vea en este acicate para la lucha inconclusa por la nacionalidad; quienquiera que siendo creyente o no, participe de esos anhelos, encuentra su expresión en Briceño Iragorry, hombre de unidad venezolana y de paz universal, lengua veraz del pueblo”. (“La huella de Mario”. En: *Mario Briceño Iragorry, pensador católico y nacionalista*, pp. 60-61).

para la meditación en torno a la nacionalidad y su pérdida de fisonomía. De allí nace la producción de otras obras: *Introducción y defensa de nuestra Historia*, *Alegría de la tierra*, *Aviso a los navegantes*, *La hora undécima*.

En las décadas de los 40 y los 50 América Latina había experimentado brotes diversos de nacionalismo, posteriores al iniciado con la revolución agrarista mexicana. Tales fueron la democracia social antiimperialista en Guatemala, durante los gobiernos de Juan José Arévalo y Jacobo Arbenz; bajo signo distinto se difundió por todo el Continente el Justicialismo de Juan Domingo y Eva Perón. En Brasil el *Estado Novo* centró sus realizaciones en el mandato de Getulio Vargas y encontró otras proyecciones con Juscelino Kubistchek<sup>12</sup>. Todos ellos eran fermentos propicios a los postulados de un nacionalismo antiimperialista, pero no chovinista. Apoyado en el pensamiento de Rodó y Martí, con las sabidas diferencias, Briceño Iragorrry procuró manifestar sus ideas en términos semejantes aunque inequívocos. Uno de ellos se ha vuelto lugar común entre periodistas y ensayistas posteriores: la idea de *país* (o *pueblo*) *nacional*:

En un espíritu profundamente saturado de los principios universalistas de la doctrina cristiana, pareciera contradictorio el empeño de exaltar el área estricta de lo nacional. Mas el nacionalismo que yo propugno no es el nacionalismo arisco y exclusivista de los imperios. Yo defiendo en el orden social la dignidad sagrada del pueblo nacional. Creo que sin el robustecimiento de las pequeñas naciones, no puede llegarse a la anfictionía de los

---

[12]\_ “Hoy mismo (1953) en el Brasil se está operando una profunda transformación político-social, que empieza a colocarlo en sitio prestante en el concierto de nuestra sufrida América Latina. La vitalidad del pueblo brasilero ha hecho sentir sus valores nacionalistas y ha pedido enfáticamente que la gran república se dirija por sus propios intereses y no por los intereses dudosos y antagónicos de los Estados Unidos”. (*Aviso a los navegantes*, p. 152).

países. Dista esto bastante del chovinismo de quienes se sienten titulares de mayorazgos ilusivos<sup>13</sup>.

Tales ideas fueron madurando en él desde temprano. Ya en 1933, con sus *Tapices de historia patria*, la intención palmaria era la de nacionalizar la historia como conciencia colectiva y no como privilegio de minorías culturizadas. Por eso enfatizaba en que para amar la Patria era preciso amar su historia total como respaldo firme para la construcción de un futuro autónomo; una historia capaz de modificar incluso la concepción del presente.

Aún estaba lejos de su pensamiento la conceptualización precisa de lo nacional, si bien la conciencia antiimperialista había sido tempranamente enunciada en una carta suya de 1942 para Mariano Picón Salas<sup>14</sup>. A partir de *Mensaje sin destino* la conciencia de nacionalidad habría de adquirir plenitud, cuando el ensayista cristiano, deponiendo todo prejuicio, haría suyas las concepciones que sobre la cuestión nacional había propuesto José Stalin, a quien cita así: “Stalin, teórico excelente de la nacionalidad, asienta en su ensayo *El marxismo y el problema nacional*, que una nación no es una comunidad racial o tribal, sino una comunidad de hombres, formada *históricamente*, que posee territorio, economía, idioma y psicología que le dan unidad”. Al comentar la versión soviética de la película *Iván el terrible*, la cual motivó la referencia a Stalin, considera ejemplar el rescate del pasado dentro del proceso revolucionario socialista, “nada menos que del país donde la Revolución ha tenido su solar y su fragua más características, como para callar a

---

[13]\_ Prólogo a *Obras Selectas*, p. XIV.

[14]\_ “De mí sé decirte que siempre he adversado toda idea entreguista y que, en la medida de mis fuerzas, he puesto mi pequeña piedra en la obra de defender nuestra autodeterminación económica y de evitar que grandes trusts imperialistas aprovechen injustamente nuestra riqueza” (“Las contradicciones de la guerra”. En: *Temas inconclusos* (1942), p. 167).

quien pretenda motejar de retrógrados a los que exaltamos el valor de lo tradicional”<sup>15</sup>.

En otro momento, la crisis de nacionalidad es atribuida por Briceño a la *ignorancia de ser venezolano*, es decir, a la inconciencia histórica de la venezolanidad, que no se ha enseñado al hombre de la calle, a quien en cambio se le usa como instrumento de agresividad frente a los otros pueblos latinoamericanos, o a quien se le alimenta un irracional patrioterismo de superficie. “A ese venezolano no se le ha dotado de instrumentos idóneos para el pleno desarrollo de su personalidad humana —libertad, igualdad, justicia, decoro, seguridad, ilustración— ni se le han asegurado los medios precisos para que crezca y mejore independientemente en lo que dice a suficiencia material”<sup>16</sup>. De ahí que este planteamiento de 1956 hubiera cobrado cuerpo de doctrina desde *Mensaje sin destino*, cuando hablaba de la crisis de pueblo en función *histórica* más que étnica. Al carecer de un denominador común, compartido por todos, en lo histórico, carecemos también de continuidad espiritual. Señalaba con angustiosa vehemencia que Venezuela opulenta en historia tanto como en minerales, resultaba ser un pueblo *anti-histórico*, olvidado de las raíces sociales de la historicidad, cuya sustitución por el culto al héroe combatió y denunció entre los primeros. Y de la necesidad de adquirir una comunidad espiritual deriva la tesis de una crisis también en el orden de los valores morales. “Sin la valoración del espíritu, los pueblos son meros rebaños, más o menos felices. Sin la integridad moral de sus hombres, las naciones no pasarán de ser mercados recomendables o vistosos espacios para el turismo y el deleite efímero”<sup>17</sup>.

---

[15]\_ *Mensaje sin destino*. En: *Obras Selectas*, p. 472.

[16]\_ *La hora undécima* (1956), p. 109.

[17]\_ *Ibid.* p. 126.

En otro de sus libros —*Aviso a los navegantes* (1953)— donde reitera muchas de las ideas expuestas en *Mensaje sin destino*, siguiendo a Stalin considera que las naciones se configuran sobre la base de una comunidad de valores económicos, históricos y morales. Al descuido de los lazos morales imputa la debilidad para la defensa de lo económico y social dentro del país. “Justamente perecen y caen bajo el imperio de extrañas fuerzas, los pueblos que no tienen conciencia de sí mismos. La función de la Historia es mantener viva la memoria de los valores que sirven de vértebras al edificio social. Su objeto es presentar las fuerzas antiguas como elementos indispensables para el proceso de reelaboración de cultura que corresponde a cada generación. No se puede mejorar lo que no se conoce. No se puede crear sin precisar la resistencia de los elementos donde se fundará la nueva obra”<sup>18</sup>.

A esa inclinación de a-historicidad venezolana corresponde entonces el desarraigo que conduce al entreguismo o, lo que él, persistentemente, calificó de pitiyanquismo<sup>19</sup>. Ese comportamiento de entrega superficial a los espejismos de la metrópoli es materia actual de sátiras cinematográficas (“Miami nuestro”), de burlas internacionales y preocupación avergonzada para una minoría menos inconsciente; constituyó uno de los blancos de ataque más frecuentes para el pensador.

La actitud inerme provocada por la a-historicidad había convertido a Venezuela en una suerte de esponja cultural, capaz de absorber indiscriminadamente toda clase de influencias exógenas. Era y es más grave la

[18]\_ “Tradición y nacionalidad”. En: *Aviso a los navegantes*, p. 38.

[19]\_ “La palabra pitiyanqui no la he inventado yo. La palabra es puertorriqueña. La acuñó el alto poeta Luis Llorens Torres. Su origen semántico quizá tenga algo que hacer con la florida imaginación del poeta. La voz piti, como alteración del francés *petit*, entra en la palabra pitiminí, recogida por la Academia, y con la cual se designa el rosal de ramas trepadoras que echa rosas menudas y rizadas. Llorens Torres, más que en las rosas, debió pensar en la actitud trepadora de los compatriotas que se rindieron al nuevo colonialismo”. (“Léxico para antinacionalistas”. En: *Aviso a los navegantes*, p. 45).

situación si se piensa que durante la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, hacia 1955, el país recibió el impacto desenfrenado de una inmigración no selectiva, con la cual la población casi llegó a duplicarse en vuelta de tres o cuatro años. La heterogeneidad en la procedencia de los inmigrantes, por muy buena fe individual que estos manifestaran en su adaptación al país asumido como segunda patria, no era suficiente. Briceño Iragorry, con una prudencia y amplitud que lo honran antes que inculpar al inmigrante por el debilitamiento de la nacionalidad, señaló directamente hacia adentro, hacia la indiferencia histórica, hacia la exaltación de la que él consideraba *historia muerta*, poblada de héroes abstraídos como mitos, a lo cual oponía la urgencia de una historia viva, vitalizadora, social, capaz de poner de relieve los vicios necesarios de corregir o las virtudes dignas de extender.

El otro factor de la crisis reside en la opulencia desmesurada de que Venezuela ha sido irresponsable beneficiaria, gracias a los yacimientos de petróleo y hierro. Ello nos convirtió en “alegres vendedores” de tales productos, en proveedores de materia prima, pero no ha permitido el desarrollo auténtico de una industria y una agricultura capaces de autoabastecernos. La llamada política de sustitución de importaciones ha sido *camouflage* tras el cual se oculta la incapacidad de nuestra burguesía para reinvertir en manufacturas ciertas; en lugar de ello devino en clase usuraria, amiga de la ganancia fácil, del dolo y el soborno, de la corrupción. Así, indefectiblemente la prosperidad económica ha venido ligándose al deterioro moral.

Ambos factores, inmigración y despilfarro de la riqueza, fueron preocupaciones que lo llevaron a pensar en medidas previsivas de carácter interno, enunciadas de este modo:

En orden a que los elementos nuevos puedan sumarse fácilmente a nuestro proceso moral de pueblo se quiere que haya de nuestra parte una actitud previsora que tanto nos defienda

cuanto provoque al mismo tiempo la fácil comprensión de nuestro carácter y de nuestro genio por parte de los inmigrantes. Es preciso que el forastero que viene a convivir con nosotros en nuestro viejo hogar nacional sepa qué somos, qué queremos y hacia dónde vamos, para que él pueda ser y pueda querer lo mismo que nosotros y pueda caminar camino semejante al que nosotros hemos venido caminando. Tenemos que ser algo para no ser mañana lo que quieran los distintos y anárquicos grupos de inmigrantes. Debemos ser algo, para ayudar a disolver las contradicciones de los forasteros. Y para saber lo que somos hemos de consultar nuestro libro de inventarios. Debemos mirar hacia la Historia y hacia la tradición como corazón del trono donde habrá de injertarse el mundo que nos venga de fuera. Triste sería ofrecer al extranjero una ancha geografía sin sentido humano, donde a su capricho pueda él explotar nuestro trabajo y de donde pueda extraer con nuestra ayuda resignada ricos minerales y variados recursos naturales<sup>20</sup>.

Los pronósticos que encerraban estas meditaciones, antes de ser superadas se agravaron por la imprevisión o improvisación de los gobernantes a quienes habría tocado enrumbar los 30 años de democracia.

No escapó tampoco a la observación de don Mario la tendencia evasiva del venezolano ante los obstáculos, la sumisión oportunista frente a la penetración, el *no hacerse problema* respecto del país. La falta de diálogo histórico, el vivir de “glorias mortecinas” no revitalizadas en una gestión menos espectacular que el heroísmo, pero más necesaria como realización cotidiana, constituían el ápice de su vigilia.

La noción de Patria ligada solo al esplendor épico del pasado o al bienestar material de una falsa riqueza presente fueron, según él, los corrosivos más poderosos que impidieron e impiden la forja de una conciencia nacionalista afincada en una concepción diferente del patriotismo como

---

[20]\_ “La guía para el injerto”. En: *Aviso a los navegantes*, p. 55.

antídoto a la complacencia *pitiyanqui*, con la cual nuestra conducta está más reñida en función positiva que con el propio yanqui<sup>21</sup>.

El nacionalismo entendido como afianzamiento interno de los valores históricos y de la tradición, no solo en función del inmigrante sino también y primordialmente frente al saqueo de la riqueza y la penetración mental del imperialismo, constituyó para Briceño Iragorry el mejor aglutinante de lo económico-social con lo político y moral. Desde 1952, cuando tocó a su suerte la participación en el compromiso público, hasta su muerte, nunca negó la necesidad de que este nacionalismo patrimonial de los venezolanos fuese el mejor integrador social por encima de las diferencias ideológicas o de clase<sup>22</sup>.

Su amplitud lo condujo a reformular las teorías de la nacionalidad y del nacionalismo con un sentido latinoamericano y universal. Del análisis del

---

[21]\_ “El norteamericano tiene una experiencia técnica que nos es útil y sobreabunda en riquezas que necesitamos para acrecentar el bienestar común. Pero el hecho de su poder extraordinario no justifica nuestro achicamiento. Colaboración no es subordinación ni olvido de la personalidad. Colaboración es igualdad. Claro que es en extremo difícil la sociedad del gato y el ratón. El ratón corresponde al *pitiyanqui*. Puede, en cambio, haber sociedad de gatos grandes y de gatos pequeños. Yo solo aspiro a que en nuestra relación con el gran país del Norte hagamos el papel de gatos magros y no de ratones gordos. Grandes ellos, pequeños nosotros, podemos hablarnos y entendernos en el común idioma felino”. (“Léxico para antinacionalistas”. *Aviso a los navegantes*, pp. 46-47).

[22]\_ “...el nacionalismo no es un valor desamparado en el orden de lo social y lo político. El nacionalismo ha irrumpido como voz de alerta en orden a salvar la Patria. A quien pregone sus consignas, se le oye y se le sigue. Los grupos superan diferencias. Los distingos ideológicos se absuelven fácilmente para unir a todos los que sienten la nación como fin moral y no como medio concupiscente. Ya se mira cómo nuestro nacionalismo no es una fuerza pugnaz, sino un mero propósito de defensa de nuestros elementales derechos a vivir con independencia y con decoro. Despabiladamente ya se comprende cómo el nacionalismo sirve de vínculo para la común defensa cuanto más sean las cosas comunes que nos atan. Organizado sobre la unidad de adentro, nos da fuerzas para buscar la unidad de fuera”. (“La batalla por el buen cine”. En: *Aviso a los navegantes*, p. 161).

país por dentro, concéntricamente pasa a los países que forman la comunidad indoafro-hispánica y, de ahí, a la tarea defensiva de otros nacionalismos como el africano y el del Medio Oriente o el europeo, inclusive:

Justamente el nacionalismo que en la actualidad se configura en nuestros países, lejos de ser un nacionalismo regimentado, arranca espontáneamente del fondo del pueblo como testimonio de una conciencia en trance de reacción contra la burda explotación forastera. Fenómeno humano y universal, coincide con elementos semejantes en el Medio Oriente y con la repulsa que los pueblos de Europa hacen de la intervención americana en su política doméstica. En nuestro caso el nacionalismo no puede ser mirado como expresión de xenofobia. Nuestra América Latina se sabe continente abierto a las aportaciones de la cultura y del capital foráneos. Pero nuestra América aspira a un trato acorde con la dignidad humana. Nuestros pueblos quieren existir en sí mismos y desarrollarse libremente sobre las bases de su personalidad histórica. Nuestro nacionalismo es apenas el despertar de un hombre que fue traicionado mientras dormía<sup>23</sup>.

Esa concepción amplia del nacionalismo le permitió, en lo personal, una capacidad receptiva de solidaridad con los demás pueblos y movimientos latinoamericanos, lo mismo en el caso de las acciones norteamericanas contra el movimiento de Sandino en Nicaragua, que en el caso de la invasión y el bombardeo contra Guatemala en 1954. Escribió valientemente al presidente Eisenhower desde España<sup>24</sup>. Participó en

---

[23]\_ “El nacionalismo latinoamericano”. En: *Aviso a los navegantes*, p. 140.

[24]\_ “Sin embargo, Señor, me duele advertir una extraordinaria falta de coherencia entre su justo empeño de que para los negros se hagan efectivos los derechos humanos en la gran nación del Norte y su avenencia con un tipo de política comercial, dirigida a tratar a los hombres de Sudamérica como si tuvieran menores derechos que la gente de color. Su gran espíritu republicano no se compecede con la tolerancia y el aplauso ofrecidos a oscuros dictadores que en la otra América persiguen a los hombres que aman la libertad y que se empeñan porque la justicia distributiva impere en el orden

actos solidarios del Consejo Mundial de la Paz. Se expresó sin reposo en defensa de todo afloramiento antiimperialista, no importa desde qué latitud emergiera.

#### 4. La crisis de pueblo

Del diagnóstico sobre la realidad nacional y la pérdida de conciencia histórica se desprende en la obra de Briceño Iragorry la teoría sobre la crisis de pueblo. El concepto de pueblo en él es abarcador, rebasa la expresión demagógica que remite solo a los sectores de la marginalidad social —proletariado y campesinado— con exclusión de la burguesía. Pueblo para don Mario es la comunidad social en su conjunto. Y quizá en lo tocante a la amoralidad que mina el rumbo defensivo de los propios valores, incida más sobre las clases dominantes. Su insistencia en restituir a la moral su verdadero sentido colectivo de dignidad no decae.

La crisis de pueblo está tipificada por un auge del individualismo que invade todas las esferas de la actividad nacional hasta llevar a la pregunta de si realmente constituimos una comunidad social. “¿No produce acaso nuestra conducta el efecto sombrío de que no hubiésemos superado aún el individualismo anárquico del yo, del tú, de él, negados, en consecuencia, a la realización fecunda de un nosotros como deber moral cargado de todos los frescos y fecundos valores humanos? Nuestra falta de responsabilidad y de solidaridad cívica tiene su razón última en la

---

de la ley. Yo protesto contra toda idea intervencionista. Yo no pido jamás que Usted mueva un dedo en favor de ninguna justa revolución latinoamericana. Yo solo pido que frente a los déspotas que ultrajan la dignidad humana en los países que demoran al sur del Río Grande, Usted arrugue el ceño y no sonría complacido para rendirles honores y llamarlos eficaces cooperadores en la defensa del mundo libre, donde parece que solo ha quedado libertad para la ofensa a los hombres preocupados porque en sus patrias reine ese mismo decoro, esa misma seguridad, esa misma ausencia de miedo que hace de Estados Unidos una nación ejemplar”. (Carta desde Génova al Gral. Dwight Eisenhower. En: *Diálogos de la soledad*, pp. 230-231).

ausencia de alteridad que condiciona los juicios sociales y sobre la cual descansa la fuerza de los valores jurídicos<sup>25</sup>.

Contradictoriamente, esa crisis social por exceso de individualismo marcha pareja con la crisis de conductores, como agravante de la crisis general o universal del mundo capitalista. Briceño Irigorry no fue nunca partidario de las soluciones sociales tramadas en los cuarteles. Creyó más en las soluciones “de calle y de conciencia nueva”, por tratarse de un problema de pueblo y de dirigentes<sup>26</sup>. La mediocridad de los caudillos individualistas en la conducción civil repercutiría gradualmente en los años de vida democrática que él apenas pudo inaugurar. Sin embargo, una de las premoniciones más dramáticas de su mensaje apuntó justamente a la que llamó “democracia de asalto”<sup>27</sup>, soporte del imperio

---

[25]\_ *La hora undécima*, p. 49.

[26]\_ “En nosotros se agrava la crisis que sufre la humanidad total, en razón de nuestra carencia colectiva de defensa en el campo de los propios valores de la nacionalidad y por la presencia en nuestro suelo de un elemento extremadamente peligroso. El petróleo y el hierro son agentes eficaces para el soborno que arruina a nuestros hombres. La enorme riqueza de nuestro país, administrada por advenedizos en alianza con la oligarquía succionadora e inmoral, ha sido vehículo eficaz para que tú hayas visto el desfile decadente de nuestros mejores hombres ante la figura del dictadorzuelo, que pretende encarnar la tradición de la Patria” (...) (Carta a Numa Quevedo. En: *Diálogos de la soledad*, pp. 63-64).

[27]\_ “La democracia no es el asalto. La democracia no es lo que hasta ahora entendieron muchos capataces políticos: la posibilidad abierta para el ‘vivo’. Nuestro orden social fue en mucho mirado como carrera de hombres audaces y afortunados. No se vio el significado de las categorías formadas por el natural proceso de la cultura. Se buscó al hombre en función orgánica. En función de guapo, de simpático o de rico. No en función de lo que pudiera servir a la propia sociedad. En nuestra selección política se invirtió la sistemática de valorar las bestias. Estas tienen tanto más valor cuanto menores sean sus mañas. Los políticos se han apreciado en función contraria. Y no es mero juego de palabras. No ha dado muchas vueltas la Tierra desde que oí decir para explicar la posición elevada de un político: ‘Tiene muchas mañas’. Váyase al diablo la capacidad, ríase usted de las condiciones que ameritan a un individuo. Eso no pesa en el orden de la selección. Pesa la *maña*, la audacia, la simpatía, el golpe de suerte” (*El*

del “vivo”. Lo percibe históricamente en la audacia de los hombres que desde el 19 de abril protagonizaron como oligarcas nuestra vida política, como ocurrió con Casa León. Lo señala como uno de los más arraigados vicios nacionales. Y junto al asalto se yuxtapone la presunción componente de lo que otro ensayista nuestro —Arturo Uslar Pietri— ha llamado el “toerismo” venezolano, en remembranza de Rafael Seijas, quien primero lo aplicó.

Si estos constituyentes hacen fondo a los malos gobiernos, la educación del pueblo, para superar la crisis, no puede dirigirse a formar peonada para la toma de posiciones por asalto, sino a la enseñanza de oponerse al mal gobierno; es decir, el camino a la asunción de una conciencia crítica de sentido colectivo.

Todos los integrantes de la crisis de pueblo han conducido necesariamente hacia una disgregación social, vislumbrada con clarividencia y cuyos efectos se han mostrado en su nefasta realidad durante los años recientes: “...la solidaridad que hace vigorosos los nexos sociales no es la vana solidaridad que deriva del transitorio interés del negocio, de la empresa, de la colectividad política, del sindicato profesional. Arranca, fundamentalmente, de la comunidad de una idea y de un sentimiento forjados a través de la Historia y de la crítica social, y sin los cuales se produce ese estado de desagregación que hemos llamado crisis de pueblo”<sup>28</sup>.

Esa crisis hizo del país blanco fácil al medro de los intereses transnacionales que en los últimos tiempos se han amparado tras la mampara de una nacionalización de los riesgos pero no de los beneficios plenos dentro de una economía dependiente. Y en cuanto a la inversión social del tiempo y las energías humanas, el país ha pasado de la importación de bienes y servicios en forma casi completa, al dispendioso mundo

---

*caballo de Ledesma*. En: *Obras selectas*, pp. 414-415).

[28]\_ “Variaciones sobre el tema de la nacionalidad”. En: *Aviso a los navegantes*, p. 59.

de la diversión superficial y a las degradaciones publicitadas comercialmente. De la crisis a la decadencia social no había sino un paso más: “Se construyen en nuestra ciudad, a ritmo acelerado, palacios para cine, palacios para bancos, colectivos para forasteros. Se inauguran cada semana nuevos clubs nocturnos. Se importan caballos de carrera, vedettes y boxeadores. Se introduce también cocaína, opio y marihuana. En las principales esquinas se vocean revistas que incitan al crimen e invitan al burdel. Signos todos de una sociedad decadente y fenicia, que vive al azar de la ganancia y a la husma del efímero deleite, al igual de quienes por sentirse vecinos a la ruina o a la muerte entregan todas las resistencias morales para gozar el vértigo del último minuto de sensualidad”<sup>29</sup>.

La crisis moral no habría de esperar sino lo que era consecuencia notoria de semejante cuadro. No era tampoco fenómeno nuevo. Aunque lo olvidemos, comenzó con el auge mismo de la explotación petrolera y el consabido abandono del campo para la explotación agrícola. El mal no es, entonces, ni nuevo, ni unilateral. El desbarajuste económico ha sido el sustentáculo de la corrupción y de la crisis moral. Don Mario estaba claro al plantear que “Cada economía marca un carácter a la sociedad. Nosotros pasamos de la agrícola a la minera con tanta violencia que se resintieron las propias fibras morales de la nacionalidad”<sup>30</sup>. Y en el mismo sentido la corrupción, en lugar de vicio, pasó a ser un negocio aceptado como natural<sup>31</sup>. El negocio devino en máximo nivel

---

[29]\_ “El sentido de la tradición”. En: *Introducción y defensa de nuestra Historia. Obras selectas*, p. 610.

[30]\_ Prólogo galeato. *Alegría de la tierra*. En: *Obras Selectas*, p. 629.

[31]\_ “Ante el estímulo del fácil enriquecimiento del extranjero, el nacional ha aumentado sus ansias y ha desatado las válvulas secretas del lucro. Se olvidó de sí mismo y se convirtió en fiero cazador de fortunas. Al lado del negocio de correcta y lenta prosperidad, apareció la operación basada en la influencia, en la participación y en el porcentaje. Ya no fue la modesta y usada comisión de rutina sobre las compras del Estado. Surgieron los grandes negocios con cruce de millones. Las concesiones

de aspiraciones individual y socialmente. Entre tanto, la educación, la salud, la cultura, se tornaron áreas marginales de la actividad pública. De ahí que la crisis también fuese cultural y educativa, es decir, una crisis integral denunciada por el humanista trujillano, insistimos, con más de treinta años de anticipación a los máximos grados en que se manifiesta. Convertidos en un país de comerciantes inescrupulosos, la industria y la agricultura, el hombre y la sociedad entraron en el despeñadero que las propias coyunturas históricas han obligado tardíamente a reconocer pero no a solucionar hasta ahora.

En esta encrucijada, Briceño Irigorri veía un aumento de la dependencia frente al imperialismo y por eso establece una relación inseparable entre conciencia nacionalista fortalecida y superación de la crisis. Importadores de todo y sólo proveedores condicionados de materia prima, nos describe en una síntesis histórica expresada con prosa de extraordinario poder persuasivo:

Sobre las naves forasteras navega el suelo despedazado de la Patria. Nuestra riqueza y nuestra fuerza futura disminuyen en favor de las potencias imperialistas. En la piedra ferruginosa viaja, junto con el poderoso metal que podría mañana hacernos fuertes, el sudor del hombre venezolano que lo arranca del corazón de la sufrida tierra venezolana. Si no abrimos los ojos, la bauxita se irá en igual forma. Y luego nos vendrá la liviana y resplandeciente lámina para que la trabaje en un remedo de industria el obrero nacional. O vendrán los objetos ya labrados en las

---

petroleras, la compra de aviones, la edificación de barrios y de carreteras, la adquisición de naves de guerra, los embalses, los canales, los puentes y demás obras de empuje que realiza la administración pública. Muchas de estas en su proyección asombran y son prenda de tiempos prósperos para la nación; algunas, por si no la mayoría, han sido calculadas al amor del lucro, que favorece al grupo de los privilegiados, y al empuje del vértigo momentáneo que explica las más abarrancadas actitudes". (*La hora undécima*, pp. 123-124).

grandes fábricas yanquis. Nuestro destino de alegres vendedores de materia prima y de importadores de todo lo más común que reclama la dieta del pueblo, pareciera que satisface a muchos que se sienten del asa y de la casa en todo lo que diga a problemas del país. Para los ilusos y mal informados queda el soñar con la libertad y la dignidad del país (...). El pueblo es el mismo pueblo que ayer hizo la libertad. Casas y Emparan son también los mismos gobernantes vendidos ayer al interés extranjero. Los mantuanos, en cambio, si ayer estuvieron con el pueblo y con la Patria, hoy están al servicio de quienes lo traicionan y lo vejan<sup>32</sup>.

Cuando se lee el texto anterior en perspectiva de tiempo se abulta mayormente el fracaso de una democracia de la ineptitud, frente a una crisis de la economía y de los economistas, como señala explícitamente el ensayista en otro segmento de su obra.

## 5. La crisis educativa

Una de las salidas a la crisis sería para él la intensificación de la conciencia histórica por la educación, entendida en un sentido extenso, hacia el pueblo. Es la vía para sustraer al venezolano de su distraída actitud estupidizada frente a la pantalla de televisión, hacerle consciente el grito estridente que profiere ante los boxeadores o los jugadores de series extranjeras de fútbol y béisbol, “que delira y bota el dinero del diario mantenimiento en las pistas donde los caballos distribuyen con las patas fantásticas fortunas formadas en el trabajo de los incautos, ese pueblo que se divierte y olvida de sí mismo, reclama un tipo de educación que lo acerque a planos donde germinen valores a tono con su propia dignidad”<sup>33</sup>.

---

[32]\_ “El arraigo de la bauxita”. En: *Aviso a los navegantes*, p. 111.

[33]\_ *La hora undécima*, p. 134.

Complementariamente insiste en la necesidad de aumentar el conocimiento de la educación histórica y moral desde la escuela primaria, como se hacía en épocas anteriores. Sería una forma de disipar una enseñanza orientada a la sumisión y el quietismo, a la avidez de enriquecimiento y la indiferencia frente a los problemas nacionales.

La educación no está exenta de crisis. La lectura desplazada por el *cómic* transnacional, la escritura cada vez más siniestramente maltratada en tanto lengua, la estupidización televisiva, la falta de una política editorial para el libro venezolano, son indicadores de que en las condiciones actuales la educación tampoco remedia el problema.

Lengua, historia y geografía, como cimientos de la educación para la defensa nacional son preocupaciones para traducir en una enseñanza sistemática y gradual, no para soslayarlas en la educación escolarizada. La educación parcialmente impartida en institutos extranjeros, en lenguas extranjeras, con programación no coincidente, son otros tantos lastres de urgente superación. Nacionalizarlos sería una manera de defender la escuela y la lengua.

En cuanto a los ciudadanos *educados*, la apatía respecto del país, su falta de conciencia cívico histórica, su indiferencia frente a la penetración cultural, hicieron observar al pensador la existencia en Venezuela de una subclase que con aguda ironía él agrupó dentro del *analfabetismo ilustrado*<sup>34</sup>.

En su inquietud por forjar una conciencia histórica moderna en nuestro pueblo, tal vez Briceño Iragorry estuvo entre los primeros que

---

[34]\_ “Junto con los nombres de los planteles se mudan los programas sin esperar a que sea juzgada su idoneidad. Hay una pugna y una emulación, no por servir a la causa de la educación, sino en orden a mostrar cada profesor una técnica más avanzada. A veces resultan los alumnos una manera de conejillos de Indias en que se experimentan nuevas fórmulas psicopedagógicas. Estos procedimientos favorecen a la postre el analfabetismo ilustrado que padece la República”. (*Mensaje sin destino*. En: *Obras selectas*, nota al pie de las pp. 501-502).

plantearon con todo vigor la necesidad de desacralizar a nuestros héroes, comenzando por Bolívar. “Un fútil patriotismo nos ha llevado a imaginar que desde Roma, desde París, desde Nueva York, la espada de los Bolívares en bronce puede defender nuestra integridad de nación. Mientras tanto las vías de entrada que perseguían desde antaño los piratas del industrialismo fueron abiertas a toda manera de provechos. A veces los propios nombres heroicos de nuestra historia han servido de salvoconducto a los agentes forasteros”<sup>35</sup>. En numerosos ensayos propuso la disipación de este culto, la humanización del prócer, el estudio de su mensaje vivo opuesto al ciclo de la “Venezuela Heroica” con que tanto y tantos se han enriquecido. Antes que Carrera Damas con su libro *El culto a Bolívar* y mucho antes de Acosta Saignes con su premiada *Acción y utopía del hombre de las dificultades*, el ensayista trujillano se desveló, primero estudiando y difundiendo la historia nacional en sus *Tapices* y sus biografías políticas, donde aboga por asimilar los heroísmos en su justa dimensión. Luego ocupó buen espacio de su obra en la reflexión sobre el culto al héroe. Su concepto de la Historia lo expresa así:

Buscar mayor resistencia para el basamento de la venezolanidad, he aquí el solo móvil de mis estudios de historia. Creo en la Historia como en una de las fuerzas más efectivas para la formación de los pueblos. No miro los anales antiguos como historia de muertos o como recuento de anécdotas más o menos brillantes. La historia tiene por función explicar el ser de la sociedad presente y preparar los caminos del futuro. Mientras más penetrante sea ella en el tiempo, mayor vigor tendrán los valores experimentales que de su examen podamos extraer. Las torres se empinan en relación con lo profundo de las bases<sup>36</sup>.

---

[35]\_ “El sentido de la tradición”. En: *Introducción y defensa de nuestra Historia. Obras Selectas*, p. 608.

[36]\_ *Introducción y defensa de nuestra Historia. Obras selectas*, pp. 574-575.

Todo su libro *Introducción y defensa de nuestra historia* (1952) está cargado de esas reflexiones. Concibe la historia americana como una prolongación de la hispánica. Refuta el hiato entre la Colonia y la Independencia y afirma una continuidad de gestiones en pro de los mecanismos liberadores de nuestro pueblo. Combate enérgicamente las tesis pesimistas sobre el mestizaje, propugnadas por los positivistas, cuyas concepciones serán blanco permanente de sus contraargumentaciones. Y del amasar los fermentos integradores de nuestra nacionalidad es de donde extrae las bases para su teoría del *país nacional* opuesto a la dicotomía de un país colonial y uno republicano<sup>37</sup>. Es una tesis que otros historiadores y ensayistas han saqueado impunemente sin revelar la fuente de su gestión.

Del proceso de colonización hispánica busca obtener elementos que ayuden a enfrentar las neocolonizaciones modernas, cuyos gestores fueron los mismos que acuñaron, según él, las concepciones anti-hispánicas, particularmente Inglaterra.

Respecto al modo de enseñar la historia sobre una concepción individualista y romántica, opone la idea de historia total, muy semejante en algunos planteamientos a la teoría de la intrahistoria de Unamuno. Entonces complementa su tesis del país nacional con la del *país político* y el *pueblo histórico*, como piso interior del primero.

El aprendizaje de la historia se traduce en arma efectiva del nacionalismo bajo forma defensiva de la tradición, cuya autenticidad proclamó

---

[37]\_ “A la vieja tesis de un país colonial distinto del país republicano he opuesto la tesis de un país nacional en formación, que luchó heroicamente, con sus propios recursos y contra los recursos de sus propios hombres, para transformar un sistema de minoría en un régimen de mayoría política. La oposición, insisto en decirlo, no es de fechas, sino de actitudes. Y esa actitud de lucha prosigue y proseguirá siempre como expresión del espíritu dialéctico de la Historia” (*Introducción y defensa ...* pp. 583-584).

hasta el cansancio. Pero para ello el primer condicionante es superar la historia épica y el providencialismo histórico de cuya orientación ha derivado el providencialismo político, afincadero de los caudillismos y las dictaduras desgajadas de la historia total, aparte de ser el condicionante social que nos ha habituado a que todo nos venga resuelto desde arriba, mesiánicamente<sup>38</sup>.

Cuando estudia fenómenos como el feudalismo o las acciones de la oligarquía, analiza la inmutabilidad de ejecutorias del primero entre la época colonial y el período emancipador; en la segunda, su pervivencia como usufructuaria del poder político a lo largo de los diversos regímenes de la vida pública venezolana. En *Casa León y su tiempo* ya había vislumbrado críticamente la actitud parasitaria de la clase mantuana. Vale la pena citarlo en tal sentido:

La propia idea autonomista que se halla agazapada tras el lealtismo de los mantuanos no está impulsada por las ideas de justicia y libertad en que se enmarcan las reflexiones de la clase intelectual y que en el común del pueblo empieza a ganar ámbito por la forma negativa de sentir las. Para ellos (los mantuanos), ya robustos en su conciencia de clase, los solos motores de sus acciones son el aprovechamiento de los recursos del Poder para mejor lucrar con sus riquezas personales y la conservación de un orden social donde tengan seguras garantías para las explotaciones del trabajo<sup>39</sup>.

---

[38]\_ “Ha sido el voto del pueblo que mira la providencia en el brazo del señor de tumo, cuando no tiene conciencia de que ese hombre gobierne en nombre suyo. Con ese voto el pueblo ha querido llenar el abismo que le ha separado del autócrata. Cree en la función providencial de los hombres que mandan, porque no cree en sí mismo. Como no puede explicar la función pública, partiendo de un acto suyo, mira en el hombre que la ejerce la expresión de un poder extraño, y confunde entonces la fuerza bruta del ‘jefe’ que la representa con la propia Providencia Divina”. (*Ibid*, pp. 622-623).

[39]\_ *Casa León y su tiempo*. En: *Obras Selectas*, p. 63.

El juicio anterior no solo asombra por su modernidad de enfoque —la idea de *conciencia de clase*— sino que significa el mejor mentís a quienes calificaron a Briceño Irigorry como un hombre de pensamiento conservador. Por el contrario, pocos pensadores contemporáneos suyos lograron taladrar hasta la raíz de los problemas el basamento de nuestras contradicciones sociales a lo largo de la historia.

En otro nivel de sus ideas se propuso establecer diferencias claras entre los conceptos de Patria, Nación y Gobierno, que en una vulgarizada manera de entender los procesos históricos tendían a ser confundidos, especialmente por razones de praxis política<sup>40</sup>.

Finalmente, la improvisación crónica sobre la cual viene marchando la realización social de nuestro país, encuentra explicación en la falta de estudio de la historia para hallar en el pasado las esencias capaces de ser proyectadas como un futuro donde no se repitan los mismos errores en cuyo círculo estamos centrados.

## 6. La crisis cultural

Aparejada con la crisis de la educación, o como función correlativa, se plantea en Briceño Irigorry la crisis de la cultura. Entiende esta última como “proceso encaminado a la realización de la persona humana en el orden del mundo”<sup>41</sup>, es decir, con amplitud humanística y no como aspecto elitesco restringido a las artes y el folklore.

---

[40]\_ “Los estadistas, es decir, quienes preferentemente miran a la fuerza de las comunidades con sentido antihumanista de exclusión, sólo quieren juzgar el poder de las naciones en cuanto se las pueda utilizar como elemento de provecho para el grupo erigido en órgano de expresión del Gobierno. Estos confunden con los suyos los intereses de la Patria, y declaran que servir a ésta es servir la voluntad de los régulos que ejercen el Gobierno. Llegan a confundir con la Patria las grandes operaciones de los sectores que se benefician y sostienen con el orden del poder, y llaman sagrada y legítima la misma guerra de que se valen para la vulgar defensa de zonas mercantiles”. (“Variaciones sobre el tema de la nacionalidad”. En: *Aviso a los navegantes*, p. 58).

[41]\_ Carta a Mariano Picón Salas. En: *Diálogos de la soledad*, p. 158.

El primer hecho que incide en la crisis cultural es la carencia de Maestros, en la que se han formado varias generaciones nacionales. Se otorga falsa adjudicación de magisterio a un escritor de fortuna, a un divulgador pedagógico en el aula, pero con un vacío de mayúscula en el señalamiento arquetípico que implica el Maestro forjador, cuya figura, de haberla, ha estado ausente de la cátedra universitaria.

La historia y el hombre como sujeto reasumen el papel basamental de la cultura en crisis. En el ámbito del nacionalismo admite la apertura del país a todas las corrientes saludables de la verdadera cultura, pero llama a la vigilancia con respecto a la penetración de la cultura enlatada. El condicionamiento de los valores exógenos asimilados a la realidad nacional es el soporte sustentativo de la apertura cultural. La colonización mental, en cambio, está considerada como el riesgo de las mediaticaciones que gravitan sobre el país sin conciencia histórica, entregado al enriquecimiento obtenido con las alianzas transnacionales. Hay aquí analogías con la redundante advertencia de Leopoldo Zea sobre la emancipación mental como objetivo de hoy para el hombre hispanoamericano. De otra manera, con una metáfora premonitoria, Briceño Iragorry ve nuestro futuro en esta forma: “Se marcarán las conciencias con emblemas semejantes a los que pusieron en la nalga de los indios y de los negros los viejos traficantes de hombres y a las que aún ponen en las ancas del ganado los rudos dueños de los hatos. Para lograr la marca no precisa braserillo. Entre mieles y promesas, con la anestesia de quien ha vendido los caminos del deber, se hunden en el fondo del espíritu las letras que marcan la nueva bastardía”<sup>42</sup>. Esa colonización mental no requiere ya de invasiones armadas. Son suficientes los *cómics*, “que representan como hechos naturales la destrucción física y moral de la persona humana”<sup>43</sup> y que puestas en manos infantiles o juveniles marcan el

---

[42]\_ “Variaciones sobre el tema de la nacionalidad”. En: *Aviso a los navegantes*, p. 60.

[43]\_ “Veneno a lo cómico”. En: *Aviso a los navegantes*, p. 81.

modo de conceptuar el mundo. Reclama una defensa de la lectura y una rectificación de la idea de libertad, dentro de la cual no puede incluirse la libre contaminación y corrupción de las nuevas inteligencias puestas a merced de los traficantes de sub-literatura. Llega a plantearse un control oficial en la selección de las llamadas lecturas para los niños y los jóvenes, tarea esta asignable a los despachos educativos. La defensa de la cultura nacional asume también un rango de defensa moral<sup>44</sup>. Denuncia con pasión la tendencia yanqui a exportar enlatados culturales de consumo masivo, designada modernamente como industria cultural. Aquí entra a coincidir con los críticos de la cultura de masas: Mattelart, Dorffman, Umberto Eco, etc. Solo que su desvelo data de los años 50. Aunque pareciese exagerado de su parte denuncia con base la aspiración imperialista de gobernar intelectualmente el mundo<sup>45</sup>.

La formación cultural como salida de la crisis debe ser también nacionalizada. Insiste en la necesidad de una política de protección al libro y a la revista verdaderamente venezolanos, como contrapeso a la proliferación de magazines transnacionales. Pero va más lejos cuando propone

---

[44]\_ “No se trata, pues, de un caso mercantil fácil de ser resuelto por medio de simples medidas arancelarias. El problema es fundamentalmente de orden moral. Las aduanas llamadas a restringir la entrada de esta literatura tendenciosa, no tienen su sede en puertos geográficos, sino en los puertos de la conciencia individual. Más que trabas materiales es sano y enérgico repudio lo que pide ese peligroso ejército de zapadores lanzado contra el espíritu de nuestra sufrida América hispánica. (...) Las revistas literarias en nuestra propia lengua, las tiras cómicas destinadas a desfigurar el pensamiento de los niños, el cine frívolo y truculento, las espantosas sinfonías que se gangsteriza la música e incluso las propias camisas Truman, son instrumentos propagandísticos de que se vale el imperialismo yanqui para imponer a nuestros pueblos una manera uniforme y esclava de pensar y sentir”. (*Aviso a los navegantes*, p. 76).

[45]\_ “Los empresarios yanquis buscan la difusión de un tipo de literatura que dé subalterna uniformidad al pensamiento del mundo. Como son ellos los dueños del dinero, consiguientemente pretenden dominarlo todo. Antiguamente se imponía el que mejor pensara. Hoy se impone más fácilmente aquel que dispone de mejores medios para divulgar sus propósitos” (*Ibid.*, pp. 73-74).

que la conciencia del pueblo sea orientada por los intelectuales del país o los extranjeros que hayan asimilado honestamente la conciencia defensiva de nuestros valores<sup>46</sup>. *Aviso a los navegantes* es el libro de las advertencias en este campo. Si las soluciones son discutibles, la denuncia es de una validez y vigencia incuestionables.

## 7. La defensa de la tradición

Todo el largo camino de alegatos y denuncias de Mario Briceño Iragorry desemboca en la tesis de que para superar nuestra crisis integral de pueblo es necesario adoptar medidas defensivas y revitalizadoras de la tradición.

Fue este uno de los puntos más atacados de su doctrina. Se le tildó de tradicionalista. Se ha señalado la imprecisión del término, su carácter escurridizo. Una investigación reciente ha puesto en entredicho el carácter de tales proposiciones<sup>47</sup>. Con todo queda el mensaje de llamada. La terca defensa de la integridad histórica como cimiento de la idea de tradición. La afanosa voluntad de alertar sobre la carencia de continuidad en nuestras ejecutorias culturales, por falta de un hilo conductor que sería esa tradición, antídoto del entreguismo. Si Briceño Iragorry no

---

[46]\_ “El Estado debe proteger la revista ligera y el libro nacional que vayan al pueblo con el testimonio de la cultura universal, reelaborado, comentado o seleccionado por sus propios hombres de letras o por los beneméritos extranjeros al servicio de la cultura y de los intereses venezolanos. Del mismo modo como las naciones dirigen en la escuela la conciencia formativa de sus hombres, deben también y con más celo cuidar por que el pensamiento del pueblo lo guíen sus propios dirigentes intelectuales. Es tanto como traicionar a la Patria cruzarse de brazos ante el riesgo que representa el hecho de que la dirección intelectual y moral del pueblo se deje a consorcios publicitarios interesados en doblegar nuestra conciencia de Nación”. (*Ibid.*, p. 71).

[47]\_ Cf. Mario Sambarino. *Identidad, tradición, autenticidad. Tres problemas de América Latina*. Caracas, Edics. del Centro de Estudios Latinoamericanos “Rómulo Gallegos”, 1980.

llegó a definirla con precisión<sup>48</sup> al menos enunció el problema y lo dejó enrostrado a unos relevos intelectuales que no aparecen. Al matar la tradición con la repetida tendencia de solo magnificar los vicios públicos, más borrosa y escurridiza tiende a tornarse. Lo que en justicia puede reconocerse al pensador es que la concibió como un proceso dinámico de actualización constante del pasado en el presente, no como regresión o parálisis ni como nostalgia o liturgia de los héroes, sino como “onda creadora que va del ayer o al mañana”<sup>49</sup>. Reformularla o afinar su conceptualización es tarea y homenaje más útil que negarla como flaqueza del sistema conceptual que con perseverante pasión fue construyendo. En sus ensayos sobre la tradición culmina su cuerpo de ideas. La obra está aún poco estudiada y mal difundida. Ir a ella, incluso para refutarla, es el reto.

## 8. Balance

La idea de nacionalidad atraviesa e imprime sentido al cuerpo integral de la escritura en Mario Briceño Iragorry. Captarla es leerla casi en su totalidad. No fue un escritor de tratados. Fue un difusor de doctrinas. Escribió para la prensa, los días miércoles, durante muchos años, una columna titulada *Bitácora*. El mismo nombre de una revista que

---

[48]\_ “Tradición no es, como entienden muchos, un concepto estático que lleva a mirar ciegamente hacia valores y sistemas pretéritos. Tradición es, por el contrario, comunicación, movimiento, discurso. En lenguaje forense, el vocablo mantiene su antiguo y amplio sentido de entrega de lo que se debe. Tradición como transmisión de los valores formados por los antepasados. Legado de cultura que el tiempo nos transfiere para que, después de pulido y mejorado por nosotros, lo traspasemos a las futuras generaciones”. (*Introducción y defensa de nuestra Historia. Obras Selectas*, p. 606). Los mismos conceptos están reiterados en “Venezolanidad y tradición”. *Aviso a los navegantes*, p. 33.

[49]\_ *Mensaje sin destino*. En: *Obras selectas*, p. 474.

había fundado en la década del 40. Utilizó el diario antes que el libro a tal punto, que estos primero se dieron a conocer en las páginas de la prensa. Tal vez en ello reside la falta de unidad temática de sus obras, con excepción de *Introducción y defensa de nuestra Historia*. Pero esa misma forma de diasporizar sus ideas fue lo que permitió un calado más profundo entre los que para 1952 éramos jóvenes estudiantes en comienzos de carrera. La conciencia nacionalista y antiimperialista que forjó la generación de resistencia interna contra la dictadura de Pérez Jiménez se formó en la lectura y la admiración hacia Briceño Iragorry. Fue realmente un Maestro que no desdijo en su conducta lo que afirmó en la escritura. Al contrario. Parecía que cuanto más tiempo pasaba más intenso era su compromiso y su riesgo combativo. Por eso mismo terminó erigido enemigo público esencial de la dictadura.

Por eso fue al exilio y, lejos, en España, fue víctima de un atentado contra su vida, protagonizado por mano mercenaria y anónima.

Duele reconocer que en nuestro país la historia de la vida intelectual es también la historia de las grandes inconsecuencias. El escritor, como el joven, son combativos y hasta subversivos mientras se consolidan en la vida social. Una vez consagrados o afianzados, traicionan, olvidan, niegan en el hecho lo que afirmaron en su discurso. Briceño Iragorry es una de las más luminosas excepciones. Fue autocrítico hasta lo implacable. Fue honesto hasta el sacrificio. Fue desinteresado hasta la ingenuidad. Asumió el compromiso público en los momentos de máximo riesgo, por imperativo moral, para jugar función unificadora de esfuerzos, más que para asaltar posiciones. Su obra quedó impresa y perdida en anaqueles de eruditos o especialistas.

Entre la denuncia enumerativa y la meditación apasionada discurre la onda de este pensador tan poco leído, tanto, que para estudiarlo hay que parafrasear su escritura, sobreabundar en la cita como si se tratara

de un clásico remoto. Hay que hacerlo hasta el cansancio para llamar a su lectura.

Boconó/Caracas, julio de 1983

# Literatura y literariedad en la época emancipadora: *Bolívar*\*

## 1. El mito del héroe construido

Ya es también lugar común asombrarse de cuán copiosamente se ha escrito sobre el Libertador. Abruma su apoteosis escrita. Comienza desde la propia época de su crecimiento como héroe. Sacralizadores y denostadores abundaron en su tiempo. La atracción de esta personalidad escurridiza y compleja ha sido incontrolable. Desde José Domingo Díaz —escarnecedor— hasta Simón Rodríguez, su defensor, arranca el discurso que tiene como objeto su figura y su tiempo. Más aquella que este. Bolívar mismo es emisor de su propio discurso relativo a la historia donde actúa como sujeto. El *Yo* se vuelve mediador respecto a los otros<sup>1</sup>.

Tal vez en la recepción posterior influyera el que sus biógrafos y exégetas hubiesen asumido la lectura de Bolívar desde una perspectiva romántico-iluminista. Se aísla la figura y se la quiere explicar como un milagro abstraído de la contextualidad histórica. A esa tendencia

---

[\*]\_ Publicado en *Revista del IUPC*. Caracas 1983 (Núm. extraordinario), pp. 49-90.

[1]\_ “El vanidoso romántico quiere persuadirse a sí mismo de que su deseo está inscrito en la naturaleza de las cosas o, lo que es lo mismo, que es la emanación de una subjetividad serena, la creación *ex-nihilo* de un *Yo* casi divino. Desear a partir del objeto equivale a desear a partir de sí mismo; no es nunca, en efecto, desear a partir del *Otro*. Al prejuicio de subjetividad se añade el prejuicio de objetividad, y este doble prejuicio se enraíza en la imagen que nos hacemos de nuestros propios deseos”. (Rene Girard: *Mentira romántica y verdad novelesca*, p. 16). (Nota: Las referencias completas se consignan en la *Bibliografía citada*, al final del trabajo).

obedece la primera biografía que modeló buena parte de la recepción bolivariana: la de Felipe Larrazábal<sup>2</sup>.

Si el concepto de héroe como hijo de dios y mortal comienza por ser un signo característico del mito y la epopeya, los exégetas acudieron al recurso fácil de mantener la sacralización de Bolívar, en detrimento del hombre. El héroe mítico, semidiós, como Aquiles, se hace inaccesible. Se olvida el talón que lo hace humanamente vulnerable y reconocible. Se exaltan o inventan virtudes, se omiten debilidades a que todo mortal está expuesto y con las cuales se acerca a su prójimo. Como en los mitos, el resultado es que el signo se atemporaliza pero también se petrifica. El debilitamiento del mensaje portado por el héroe se torna unívoco, emblemático, dogma de fe. Contra esa tendencia teológica de la historia han reaccionado, en los últimos años, historiadores venezolanos: Germán Carrera Damas y Miguel Acosta Saignes, entre otros.

Carrera Damas fue el primero en plantear la cuestión riesgadamente, no contra Bolívar, como se quiso insinuar para incriminarlo, sino contra los “hagiógrafos” del *culto*<sup>3</sup>. Todo héroe sacralizado termina inserto en una mitología sustitutiva de la historia; genera sumos sacerdotes que, en lugar de comprender, glosan, adelgazan cuando no adulteran el mensaje.

Miguel Acosta Saignes señala que “El Libertador quedó convertido, después de 1830, en un mito acomodable a las ambiciones de los caudillos, de los dictadores, de los agentes transnacionales de la neocolonización. A las masas se les repiten algunas frases. Lo presentan como una especie de semidiós infalible y de hombre a quien todos los generales y civiles del proceso de la independencia siguieron sumisos y obedientes”<sup>4</sup>.

---

[2]\_ Cf. *Bolívar*. Ed. modificada con notas de R. Blanco-Fombona y una *Noticia* de Julio Febres Cordero sobre las detracciones desde 1830 hasta 1842.

[3]\_ Cf. *El culto a Bolívar* y también: “Vigencia de Bolívar”, en: *Simón Bolívar. Textos fundamentales*.

[4]\_ *Acción y utopía del hombre de las dificultades*, pp. 13-14.

Lo más negativo de estas conceptualizaciones teológicas es que, como apunta Carrera Damas, explican la historia del país como el *mito de un solo héroe* y ni siquiera del héroe real cuya imagen podría proyectarse en sus textos masivamente difundidos, sino en el héroe construido *ad hoc*. La historia se circunscribe a la versión milagrosa de una gesta ardua y compleja de la cual revierte, no solo el fenómeno de la independencia política, sino también la de los expróceres transformados en caudillos y dictadores durante los años que siguieron a la muerte de Bolívar.

Con la obra escrita de Bolívar sucede otro tanto. Se la comenta y glosa como hecho aislado, como milagroso acto de renovación literaria, sin reparar en los contextos universales y nacionales que modelaron esa discursividad. A la hora de transmitirla es minimizada, expurgada a veces, reducida a antologías de máximas y aforismos extraídos del contexto, como si el discurso fuera inteligible solo para iniciados con acceso exclusivo a la epifanía, quienes proceden en calidad de exégetas infalibles.

Individualmente Bolívar se presenta a los ojos del receptor como un *hombre-signo* histórico, susceptible de interpretaciones multívocas. Además, el signo aislado nada significa, pierde la integridad de su sentido. Articulado con otros hombres-signos, forma parte, relevante a cual más, de la textualidad de una cultura y de una historia. Como ser viviente el héroe es un lector de su tiempo. Lo comprende a cabalidad, con un sentido tan moderno, que aún asombra. Y a su vez, como héroe histórico, fue leído para el reconocimiento o la detracción. Falta la lectura que lo incorpore al contexto de hoy, sin manipularlo ni desvirtuarlo.

En tanto individuo, emitió su propio mensaje respecto de sí mismo y de su entorno. Ese mensaje no es más ni menos que la visión *bolivariana* de Bolívar. Es el Yo mediador con la historia en su conjunto. No es toda la historia. Captarla significa confrontarla con otras versiones complementarias o contradictorias. Leer el mensaje y el hombre que

lo produjo en su gesta y en su gestualidad es proyectar su vigencia a un tiempo que ya no es el del *hombre-signo* en sí y, por consiguiente, habrá una pérdida parcial de sentido a la que todo mensaje, inexorablemente, queda expuesto en la dialéctica de la comunicación.

La pretendida condición *eterna* de la literatura comienza a ser una entelequia. Hoy se sabe o acepta mejor que en cada época lo literario o la *literariedad* es conceptuada de manera diferente. Varía de acuerdo con las concepciones de la cultura de la cual forma parte y, en el fondo, es porción importante de las concepciones del mundo. Pretender entonces que una obra, aunque sea de Bolívar, tiene absoluta perpetuidad y queda fuera del tiempo, es olvidar cómo se gestó y creció la literatura nacional.

## 2. La “generación” de independencia

Al desmontar la noción de *héroe construido* para retornar al héroe real, necesario a todo pueblo, Carrera Damas ha insistido en la idea de “asomarnos a un Bolívar al ras de los tiempos. Queremos decir de *su tiempo* y no de sus vehementes defensores, el cual, abusivamente le han forzado a compartir en innumerables ocasiones, distorsionando para ello su realidad al extralimitarse en la valoración de su robusta proyección histórica”<sup>5</sup>. Pensamos que conviene proceder de manera semejante en la comprensión de su textualidad escrita. Con ello no se quiere deprimir la condición heroica del prócer, modelo de antihéroe hegeliano, como apunta Leopoldo Zea<sup>6</sup>, sino de entenderlo en tanto manifestación de un espíritu cabal.

Acosta Saignes observa que “No es posible estudiar a Bolívar fuera del gran contexto político internacional, americano y europeo, dentro del cual hubo de actuar, ni aislarlo siquiera momentánea o metodológicamente,

[5]\_ “Vigencia de Bolívar”, p. 11.

[6]\_ *Simón Bolívar. Integración en la libertad.*

como solitario de capacidades eminentes cuyo solo genio lo llevó a ser guía y héroe<sup>77</sup>.

Más difícil resulta ese aislamiento cuando se le mira en función del nacimiento de una literatura, cuando aún no teníamos siquiera definido el perfil de una nación.

Otros escritores han visto en Bolívar las dotes de un prosista que fue capaz de renovar *él solo* la literatura de su tiempo. Pocas veces se precisa en qué consiste esa renovación. Menos todavía si se trata de un fenómeno particularizado en su obra que, por lo demás, existió como tal solo parcialmente en la misma época de su escritura, pues, como sabemos, fue muy poco el volumen de textos publicados en vida del prócer<sup>8</sup>.

De otro lado hay quienes tajantemente piensan en la carencia de *literariedad* de la obra escrita por Bolívar, puesto que se trata de una discursividad marcada por la intención política del proceso emancipador. En uno y otro caso se regresa al aislamiento de la figura, a la singularización de un proceso y no a la comprensión de un hecho colectivo que asumió ciertas modalidades generacionales, como ha estudiado Pedro Grases<sup>9</sup>.

Es indiscutible que Venezuela, para no generalizar sobre América, en el momento de iniciarse la acción emancipadora de España, contaba con muy poco volumen de producción literaria, si por ello entendemos solo una textualidad referida a la poesía o al teatro. Apenas Bello, en el primer caso, y Navas Spínola con su *Virginia*, en el segundo,

---

[7]\_ *Op. cit.*, p. 10.

[8]\_ Antes de su muerte solo fueron publicadas algunas proclamas en hojas sueltas y discursos en folletos. La primera gran compilación de su obra la emprendieron entre 1826 y 1833 Cristóbal Mendoza y Francisco Javier Yanes: *Documentos relativos a la vida pública del Libertador*. (Cf. Ángel Raúl Villasana: *Ensayo de un repertorio bibliográfico venezolano*, vol. 2).

[9]\_ “La generación de la independencia”. En: *Obras*, vol. 3, *Preindependencia y emancipación*.

podrían ostentarse como exponentes literarios en sentido estricto. Con el agravante de que Bello produce la mayor cantidad de su obra fuera de Venezuela y su conocimiento solo datará del posible ingreso de sus revistas londinenses a manos de lectores venezolanos. La novela y el cuento son expresiones muy tardías en nuestro país. Queda la prosa ensayística. Ella sí fue abundante y excepcional.

Desde el siglo XVIII se venía gestando en Venezuela un movimiento sólido que se manifestó en un grupo brillante de pensadores. Primero los nombres de escolásticos y escotistas que tejieron su polémica, estudiada suficientemente por García Bacca<sup>10</sup>. Luego la llamada *generación* de independencia. A esta última queremos concretar el comentario, porque se trata, justamente, del grupo al que por razones cronológicas e ideológicas pertenece Simón Bolívar. Es un grupo de nombres —no entramos a polemizar sobre el concepto de *generación*— que nace por los años en que Venezuela entra a una cierta modernización de sus instituciones, bajo su condición de colonia sometida al despotismo ilustrado de Carlos III. Apenas a un año de la independencia norteamericana, nuestro país es erigido en Capitanía General de Venezuela (1777), en cuya estructura política se unificaban las provincias de Venezuela, Cumaná, Guayana, Maracaibo y las islas de Trinidad y Margarita. Son los años de la Compañía Guipuzcoana y del acceso cuantioso de libros traídos seguramente por los llamados *navíos de la ilustración*. El momento reviste importancia especial porque se trata de los años inmediatamente anteriores a la declaración de Independencia. Cito a Grases a este propósito:

En Venezuela el período correspondiente a las últimas décadas del siglo XVIII y a los diez primeros años del siglo XIX, o sea, antes de iniciarse la Independencia, presenta a los ojos del

---

[10]\_ Cf. *Antología del pensamiento filosófico venezolano*.

historiador un extraordinario interés, por cuanto que plantea la presencia de un hecho de enorme trascendencia, que es el siguiente: sin antecedentes que pudiesen preverlo, esta porción de América, encabezada por la ciudad de Caracas, da al mundo hispánico una generación de personalidades de primer orden, cuyo conjunto es expresión de madurez evolutiva en los aspectos sociales e intelectuales, suceso al que hay que intentar darle explicación.

Si consideramos que en el espacio de algo más de un cuarto de siglo nacen en el territorio que hoy es Venezuela, hombres como Francisco de Miranda (n. 1750), Andrés Bello (n. 1781), Simón Rodríguez (n. 1771), Juan Germán Roscio (n. 1763), José Luis Ramos (n. 1783), Cristóbal Mendoza (n. 1772), Francisco Javier Ustáriz (n. 1774), Vicente Tejera (n. 1774), Felipe Fermín Paúl (n. 1774), Francisco Espejo (n. 1758), Fernando Peñalver (n. 1765), Manuel Palacio Fajardo (n. 1784), José Rafael Revenga (n. 1786), Pedio Gual (n. 1783), el Padre Maya (n. 1752), Miguel José Sanz (n. 1752), Mariano de Talavera (n. 1777), Manuel García de Sena (n. 1775) Carlos Soublette (n. 1789)..., debemos deducir que estas tierras han vivido en su transcurso histórico un proceso de perfeccionamiento y desarrollo que nos obliga a estimar las fuerzas componentes del “hábitat” colonial como centro de valor singular para la formación de ciudadanos de altísima calidad humana<sup>11</sup>.

Queda fuera de discusión que este grupo resaltante de personalidades es el que forja la independencia, ideológicamente hablando. Si no todos fueron intelectuales que dejaron obra escrita, su acción justifica agruparlos. No todos se formaron en las aulas de la Universidad Real y Pontificia, decretada en 1721, puesta en marcha en 1725. La mayoría obtuvo una cultura autodidáctica. El pensamiento dominante en ellos fue el de la Ilustración.

---

[11]\_ *Op., cit.*, pp. 1-2.

Si se admite la propuesta de Emilio Carilla para el período emancipador hispanoamericano en el sentido de establecer dos subtipos intelectuales: *escritores-próceres* y *próceres-escritores*<sup>12</sup>, se observará que el ensayista argentino solo incluye en el primero a Simón Rodríguez (1771-1854) y Andrés Bello (1781-1865). Entre los segundos menciona a Francisco de Miranda (1750-1816) y Simón Bolívar (1783-1830). El resto de los nombres citados por Grases queda excluido. Este esquema visto en función venezolana arroja diferencias muy curiosas. Por ejemplo, Sanz, victimado en el campo de batalla en 1814, aparecería como prócer-escritor. Sabemos que fue esencialmente un jurista. Roscio participa en la gesta civil de la declaración de Independencia, pero no empuña las armas. Bello y Rodríguez viven la mayor parte de su vida fuera de Venezuela. Miranda y Bolívar son los únicos que combaten militarmente. El primero frustra su proyecto liberador apenas dos años después de entrar en acción armada. Y en todo caso, la condición de prócer no puede ser exclusiva de la lucha militar, porque también la hubo, cruenta por demás, en lo ideológico.

En todos ellos hay lecturas comunes durante la etapa de formación. La sólida cultura clásica ostentada por Bello no fue ajena a Roscio, Miranda o Bolívar.

La mayor parte de la obra fue prosa reflexiva, ensayística larval. Asumió formas de memorias (Miranda), oratoria-epistolario (Bolívar), tratado (Roscio), monografía (Rodríguez). El plano del contenido está preconceptuado por una ideología política común: el liberalismo de la independencia, concebido con amplitud continental. En el plano de la expresión, los cuatro aportaron cambios a la prosa de reflexión —característica del ensayo—, no importa —insistimos— el modo del

---

[12]\_ *La literatura de la independencia hispanoamericana* (Cf. también el *Estudio preliminar a Poesía de la independencia*, Biblioteca Ayacucho, N.º 59).

discurso en un período de indiferenciaciones literarias. Rodríguez, en *Sociedades americanas*, rompe la simetría del espacio tipográfico. Roscio escribe en prosa romántica su alegato político basado en los textos bíblicos: *El triunfo de la libertad sobre el despotismo*. Le imprime forma de confesiones. Miranda se revela excepcional prosista autobiográfico en sus *Memorias*. De Bolívar queda mucho por hablar. A los cuatro se podría aplicar aquella concepción del estilo que formulara Juan Jacobo Rousseau en un romanticismo temprano:

Me someto al estilo como a las cosas. No me empeñaré en uniformarlo; adoptaré siempre el primero que venga, cambiaré de estilo sin escrúpulos, según mi ánimo, diré cada cosa como la siento, como la veo, sin rebuscamiento ni cuidado, sin preocuparme por el abigarramiento... Mi estilo en sí, desigual y natural, a veces conciso y otras difuso, a veces razonable y otras alocado, a veces grave y otras alegre, formará parte de mi historia<sup>13</sup>.

Un estilo semejante, en verdad, formó parte de la historia, sin la cual no es fácil percibir la concepción de la literatura en la época emancipadora de Hispanoamérica. Una literatura cuya *literariedad* estaba centrada en el énfasis sobre el Yo mediador. Excluido Bello, cuya obra es bien conocida y cuya escritura neoclásica dominó buena parte de su teorización literaria inicial, puede decirse que todos estos hombres se formaron en la Ilustración y el llamado por Van Thiegem *pre-romanticismo*<sup>14</sup>, o lo que Augusto Mijares, en novedoso enfoque sobre el cual volveremos, califica de *vida romántica*<sup>15</sup>.

Esta literatura donde predominó el discurso expositivo se teñía de vehemencia por la emoción romántica, sin perder el *racionalismo apasionado*,

[13]\_ Citado por Maurice Blanchot: "Rousseau", en: C. Lévi-Strauss y otros: *Presencia de Rousseau*, p. 53.

[14]\_ Paul van Thiegem: *La era romántica*.

[15]\_ *Discurso de incorporación en la Academia Venezolana de la Lengua*.

como lo caracteriza Mijares. La metáfora o la imagen eran regidas por el razonamiento persuasivo. Fue literatura *ancilar*, según Pedro Henríquez Ureña<sup>16</sup>, escrita sobre la marcha de la vida, sobre la vida en el combate, dictada más que pulida, cual ocurre en Bolívar. Lanzada al aire trashumante, como en Rodríguez. Nunca sosegada ni pasiva. La turbulencia de la vida romántica inundaba las escrituras y la praxis existencial. En ese encrespado decir está la esencia de la *literariedad* romántica, más que en el patetismo melancólico del romanticismo sentimental posterior. Melancolía y depresión pueden leerse también en Roscio o en Miranda, en Rodríguez o en Bolívar. La escritura cambiante de los románticos se iba adaptando a la circunstancia vital y no al contrario, como ocurre en el neoclasicismo.

Volviendo al planteamiento novedoso de Mijares, este, en 1971, señalaba que la Independencia hispanoamericana podía entenderse mejor intelectualmente si se la miraba dentro del contexto del romanticismo:

Romanticismo en las ideas, en el concepto de una nueva sociedad, en la política y en la pedagogía, en los dirigentes y en el pueblo, en el amor a la patria y a la libertad, en el fermento impetuoso que hizo surgir en todos estos países y en todas las clases sociales, caudillos y pensadores, legisladores y políticos, educadores y literatos, como antes no los habíamos tenido, eso fue, desde el fondo, nuestra independencia<sup>17</sup>.

Es curioso observar cómo el mayor énfasis de esos rasgos está en tres de los pensadores que vivieron directamente la experiencia europea a comienzos del siglo XIX: Miranda, Rodríguez, Bolívar. El segundo, en París, junto al mexicano Fray Servando Teresa de Mier, fue temprano traductor de *Atala* (1801) de Chateaubriand.

---

[16]\_ *Las corrientes literarias en la América Hispánica*.

[17]\_ *Op. cit.*, p. 78.

Los dos combatientes militares, a edades distintas, recibieron la impronta de la vida romántica europea y asimilaron lo que ya en el ambiente flotaba desde antes de la Revolución Francesa (1789). No importa que el romanticismo fuera designado como tal mucho tiempo después. Ocurre con casi todas las corrientes del pensamiento y la cultura. Preexisten a su designación. Esta es producto de teorizaciones a posteriori. Primero se gestan los fenómenos, luego se los bautiza. En un mismo período coexisten códigos culturales institucionalizados. El desgaste no demora. Otros despuntan como síntomas de un cambio. El llamado pre-romanticismo no es más que el preámbulo a la ruptura con el neoclasicismo, antes de que el romanticismo lo reemplace en cuanto modelo institucionalizado de cultura. De ahí que se acuñe el concepto de “precursores” de un determinado movimiento. Son los que abren curso a los torrentes ideológicos de relevo.

Basta hojear las obras de Miranda, Rodríguez, Roscio, Bolívar, para notar la raíz común de donde emergerá una nueva prosa. Es una literariedad entendida como vehículo de reflexión ideológica, necesidad histórica que el propio romanticismo proclamaba. Pedro Henríquez Ureña fue de los primeros en señalar para Hispanoamérica ese carácter político de la literariedad en la época emancipadora:

Sin que al parecer, hubiese mucha razón para ello, la literatura prosperó durante aquellos años revueltos. Pero sí había razones: razones políticas, no económicas. La literatura no producía dinero; nadie en la América Hispánica vivía de su pluma, y raro es el que lo hace, aún hoy. Pero tenía una utilidad política que las artes parecían no tener aun cuando a fines del siglo pasado nuestros gobernantes descubrieron que la arquitectura podía utilizarse como propaganda, y la pintura es, en nuestros días, portadora de mensajes sociales. La literatura demostró su utilidad para la vida pública durante las guerras de la independencia.

Con frecuencia tomó formas de periodismo u oratoria, o de ensayo político<sup>18</sup>.

Los hombres de la Independencia escriben para difundir un ideario, por contrarrestar una prédica destinada a la sumisión más que por afán de hacer arte con palabras. La concepción de una literatura fundada en el arte es, tanto en Europa como en América, estatuto ideológico del simbolismo (Europa) y del modernismo (Hispanoamérica). Miranda escribe y acumula documentos testimoniales de un guerrero transmigrante e inquieto. Su Diario es el de un cosmopolita romántico, de un ciudadano de la emancipación del mundo: la historia lo hace partícipe de la independencia norteamericana, la Revolución Francesa, la liberalización de Rusia, la emancipación hispanoamericana. Rodríguez escribe para fustigar vicios de la educación, para defender a su discípulo Libertador, cuando la historia lo adversa en el eclipse de su gloria existencial, para reflexionar desde una óptica de socialismo utópico sobre reformas sociales y proyectar unas nuevas *Sociedades americanas*, con prosa ensayística que en sus juegos con el espacio tipográfico se adelanta y aproxima por semejanza a los *Caligrammes* de Guillaume Apollinaire. Roscio escribe por necesidad de reivindicar el cristianismo como ideología de liberación, para despojarlo de su función instrumental al servicio del despotismo. Busca y halla modelos en las Escrituras sagradas y las actualiza en paralelos con la realidad europea e hispanoamericana de su momento. Bolívar dicta, más que escribe, sobre el lomo de un caballo, en plena campaña, sobre la hamaca del sosiego efímero caminando mientras lee y reflexiona a un tiempo, respecto de tres o cuatro temas que llaman a respuesta, pero siempre con un objetivo: la afirmación enfática de un Yo romántico que no se inhibe ni en los documentos oficiales para defender la gloria que le da el combate, para defender

---

[18]\_ *Las corrientes literarias..*, p. 118.

la causa que lo lleva a combatir, para acrecentar honra y fama, como en la vieja escritura caballeresca. Escribe, en fin, para dejar testimonio directo de cuanto él mismo protagoniza y conceptúa.

Corresponde preguntar ahora si tales propósitos fueron privativos del fenómeno emancipador hispanoamericano o, por el contrario, la emancipación no es más que el síntoma a través del cual se expresa una concepción romántica del mundo, gestada y escrita en Europa, reformulada y enriquecida por diferencia y ampliación en nuestro Continente.

### 3. El estilo romántico

Así como en una palabra no se actualizan todos los fonemas, ni en un texto se hace presente todo el léxico de una lengua, en un determinado autor no tienen por qué estar presentes todos los rasgos o signos que conforman el código de una determinada corriente intelectual o literaria. Vamos a extraer del romanticismo aquellos rasgos que estimamos de relevancia para nuestro propósito: los que pueden seguirse paso a paso en la trayectoria intelectual de Bolívar, centro del trabajo que estamos desarrollando.

Antes afirmamos que el llamado *pre-romanticismo* no es otra cosa que un momento de la evolución cultural donde, al lado del neoclasicismo institucionalizado, comienzan a emerger inequívocamente los indicios de cambio en el código cultural. Corresponde al último tercio del siglo XVIII y a las dos primeras décadas del XIX, por lo menos.

Junto a la *imitación* de los antiguos hay una voluntad de expresarse con nuevos valores mitológicos que apuntan a las tradiciones medioevales europeas o a las culturas indígenas de América, en nuestro caso. Los autores clásicos siguen apareciendo en citas esporádicas pero ellas alternan con una vuelta de la mirada intelectual al mundo interior, a las vivencias, a los sentimientos, exteriorizados en escritura vehemente. Al predominio

neoclásico de los cánones o normas —apego al código— se opone la espontaneidad, la autenticidad, la sinceridad como intenciones que finalmente habrán de engendrar una nueva canonización de la escritura.

Van Thiegem señala que la literatura neoclásica “...dejaba poco lugar a la originalidad, a la confidencia, a la fantasía, a la ensoñación, al misterio, lo mismo que a la diversidad de épocas y lugares y a la observación y descripción pintoresca del mundo material y de la naturaleza exterior”<sup>19</sup>.

Estos últimos van a ser, por supuesto, los rasgos que afloran como caracterizadores de la corriente en despunte. Si Voltaire había sido el modelo “racionalista” del neoclasicismo, Rousseau se elevará como primer enunciador de las nuevas modalidades. Palmaria es su influencia en el *Sturm und drang* de Weimar, como en el resto de los movimientos románticos nacionales de Europa y América.

Habría que insistir en la famosa dicotomía de oposiciones entre razón/sentimiento, para clarificar detalles. Van Thiegem señala que ya desde las primeras décadas del siglo XVIII en Francia, tanto como en Inglaterra y Alemania, se daba importancia capital a los sentimientos dentro de la literatura, “...como un elemento de la vida moral que no debía ser sacrificado a la razón, pues poseía tanto valor al menos y tanta eficacia como ella para el perfeccionamiento moral del hombre” (p. 35). Y el mismo autor señala que Rousseau, en su *Emilio*, fue principal exponente de esta moral de los sentimientos, junto al concepto humanístico de *virtud*, en tanto esfuerzo por el perfeccionamiento moral del hombre y no como cualidad teológicamente prefigurada.

Otro rasgo resaltante en la concepción romántica del hombre es la *sensibilidad* y casi sería más acertado decir *hipersensibilidad*, tan menospreciada por los neoclásicos, tan ostentada como cualidad entre los nuevos escritores. Esta sensibilidad se concebía como un dejarse llevar por

---

[19]\_ *La era romántica*, p. 13.

dulces emociones y manifestarlas en el texto. Según Van Thiegem ella despertaba el amor tierno, los afectos familiares, la amistad casi elevada a categoría de amor, la piedad ante las desgracias o el sentimiento conmisericordioso. La expresión de estos sentimientos, magnificados a veces hasta alcanzar el nivel de grandes pasiones, se concretó en el teatro, la poesía, la novela, pero también en el ensayo, al menos en Hispanoamérica.

Junto al principio de liberación formal ante los preceptos neoclásicos surgió dentro del romanticismo un ansia de liberación social y política: “...la manumisión de los preceptos literarios neoclásicos se convertía en símbolo y frecuentemente en precursor de otras emancipaciones mucho más importantes” (Van Thiegem, pp. 91-92). El mismo autor señala que Rusia, Polonia, Hungría, Italia e incluso España —sometida al yugo de Fernando VII— “no poseían otra forma de expresión, otra voz de sí mismas que su propia literatura a la cual encomendaron la misión de revelar su íntimo y auténtico ser, de exaltar su conciencia nacional y de interpretar sus aspiraciones”. De este fenómeno ni siquiera se libra un arte mucho más abstracto: la música. Basta recordar, para comprobarlo, la voluntad liberadora que alienta la vida y la composición de figuras como Chopin (1810-1849), Liszt (1811-1889) y Beethoven (1770-1827), tan ligado en la corte de Weimar al *Sturm und drang*.

Si el ansia de libertad alienta un sentir colectivo, individualmente se manifiesta como un fervoroso y apasionado entregarse a un ideal de independencia y, en este aspecto, nada más característico que el proceso hispanoamericano, en el cual quisieron participar algunos intelectuales románticos europeos: Byron, por ejemplo. Tales sentimientos se traducen en la escritura bajo forma de vehemencia, exaltación, hipérbole. “Estos hombres jóvenes poseen en su mayoría un temperamento nervioso, un alma que se conmueve fácilmente ante la naturaleza, el arte y la belleza en todas sus formas; un espíritu intrépido, más brillante que profundo, proclive a las paradojas, amigo de los contrastes, inclinado

en todo a lo excesivo, menos dirigido por la razón que seducido por los impulsos de la sensibilidad o la atracción de la imaginación”. (Van Thiegem, p. 206).

De ese perfil inquieto y contradictorio deriva tal vez la tendencia a una hipertrofia del Yo, no solo como impulso individualista en la acción, sino como sujeto enfático de la discursividad. Las concepciones iluminista y romántica de la historia explican los hechos como productos milagrosos del genio individual y no por la dinámica de los acontecimientos colectivos; este énfasis puede observarse incluso en los románticos sociales o socialistas utópicos. Ante los fenómenos sociales tienden a ser centros del acontecer, protagonistas y no testigos cuando los narran. Cito nuevamente a Van Thiegem:

Este yo considerado como complacencia debió su interés a que era excepcional —nosotros añadiríamos que como todos los otros— y de valor único.

Abundan los testimonios en la literatura de aquel período de que se concebía un orgullo por ese *yo* y que se le miraba detenidamente para mejor analizarlo, para saborearlo, narcisismo que fue frecuente entre los escritores, en especial los poetas. Se sentía la necesidad de revelarse a los demás, de narrarse o contarse, de describirse; de ahí la multitud de confidencias, de confesiones, ya directas como la de Rousseau, de las que derivan ya más o menos veladas bajo la forma de novelas autobiográficas<sup>20</sup>.

Tal vez el mismo deseo de confidencia puso en boga la expresión epistolar. Desde el siglo XVIII la carta es adoptada como manifestación discursiva, no solo de la confesión privada, como ha sido vista por teóricos recientes<sup>21</sup>, sino que también invade otros tipos literarios como la

---

[20]\_ *Op., cit.*, p. 208.

[21]\_ José Romera Castillo, en su ensayo “La literatura, signo autobiográfico”, afirma: “*Las cartas* pertenecen de lleno a la literatura íntima. Su esencia reside en ser una

novela: recuérdense a Lacios y a Richardson, a Fóscolo (*Las últimas cartas de Jacobo Ortiz*); en otros casos sirven de soporte a la prosa ensayista: Rousseau, Voltaire (*Cartas filosóficas*), Schiller (*Cartas sobre la educación estética del hombre*), Goethe (*Cartas sobre Suiza*). Otras son típicamente confidenciales como las *Cartas amatorias* de Mirabeau.

Otro rasgo que conviene adicionar es la predisposición al tedio y a la melancolía, ante los reveses o con carácter existencial, que René Girard interpreta como “una preocupación mórbida por el otro”<sup>22</sup>.

En los párrafos anteriores podrían estar delineados los constituyentes más o menos básicos del código romántico. Conviene señalar ahora que un pensador nuestro, Augusto Mijares, destaca el contraste entre la *vida romántica* —que correspondería aproximadamente al mismo período llamado *pre-romanticismo* por Van Thiegem— y la época del *romanticismo literario*, en el cual la vida decae o se *literaturiza*. En ambos hay producción literaria dentro del código que engloba ambas actitudes. La producción textual es más libre —respecto al código romántico— en el primer período, más ceñida e institucionalizada en el segundo. Concretamente Mijares hace hincapié en que

...el romanticismo literario en Francia representa precisamente el que la verdadera y gran revolución romántica empieza a claudicar: en que el Romanticismo —así, con mayúscula— se convierte en artificio literario, en teatro y declamación, en bandera de combate para un grupo de intelectuales, pero no ya para los pueblos.

---

escritura complementaria, una literatura menor, si se quiere, que un emisor envía a un receptor determinado para darle cuenta de informaciones íntimas, juicios sobre determinados acontecimientos y opiniones sobre su propia creación literaria o ajena”. En: *La literatura como signo*, pp. 43-44. La lista somera que agregamos nosotros, prueba la versatilidad de intención que puede soportar la forma epistolar, que entonces no es ni tan complementaria, ni tan menor, mucho menos tan íntima.

[22]\_ *Mentira romántica*, p. 16.

Exagerando un poco podríamos decir que a partir de 1830 el romanticismo producirá todavía hermosos cantos, pero ya no producirá bellas acciones<sup>23</sup>.

En cuanto a la razón y los sentimientos como caracterizadores, la primera del neoclasicismo y los segundos del romanticismo, Mijares aporta una consideración que estimamos particularmente valiosa. Es el hecho de adoptar el concepto de *razón* propuesto por Kant —ubicable dentro del Romanticismo filosófico— diferenciado de la *razón/verdad* propuesta por las retóricas de Boileau y otros neoclásicos. Precisa el ensayista venezolano:

(...) Con lo cual vuelvo a combatir el equívoco de que por empleo de unas mismas palabras pudiera hablarse de un paréntesis neoclásico dentro del romanticismo, lo cual, si en las artes plásticas es justificado, sería por el contrario inadecuado al juzgar el ambiente y las ideas que prevalecen al final del siglo XVIII y principios del XIX, años absolutamente románticos.

Ni siquiera considero acertado decir, como a menudo se repite, que la diferencia entre el siglo XVI europeo y el siglo XVIII es que a una época clásica, regida por la razón, sucede otra romántica, dirigida por la pasión. El fenómeno es mucho más profundo de lo que sugiere esa distinción puramente escolar. Consiste en que la propia razón se hace generosamente romántica, que ella también se apasiona, en el sentido literal de la palabra<sup>24</sup>.

El planteamiento de Augusto Mijares adquiere interés especial cuando se analiza el discurso ensayístico, donde la razón o el razonamiento predominan por exigencia del discurso expositivo, independientemente de que la categoría de *razón* se haya utilizado como caracterizador dominante de una corriente. El razonamiento ensayístico está presente lo

---

[23]\_ *Discurso de incorporación...*, p. 17.

[24]\_ *Ibid.*, p. 43.

mismo en Montaigne, gestor del *modelo* ensayístico, que en Rousseau, cuya importancia romántica es notoria. Ocurre que en el último, como en los ensayistas de la emancipación hispanoamericana, los razonamientos se cargan emocionalmente, al contrario de los escritores neoclásicos, en cuyo discurso los sentimientos se racionalizan. No de otro modo sucede con el romanticismo más avanzado. La denominada *segunda generación* romántica —de los románticos sociales o socialistas utópicos— produce un ensayo político que sí ha sido valorado en su literariedad romántica específica, pero cuya diferencia con el ensayo de la emancipación es más ideológica que literaria. Así ocurre con el *Dogma Socialista* de Esteban Echeverría, o el *Facundo* de Sarmiento; con las *Bases* de Alberdi y el *Evangelio Americano* de Francisco Bilbao; con la *América* de Lastarria y *Europa y América* de Fermín Toro.

Concluyo el extenso comentario a Mijares con una referencia al concepto de heroísmo romántico, cuyos prototipos para él son Miranda y Bolívar. Es un heroísmo distinto al que “...había estado vinculado y casi por completo subordinado a otros ideales: la fidelidad al Rey, la defensa de la religión, el sentimiento del honor familiar y de clase, etc.” El heroísmo emancipador no es sino el desvelo activo y reflexivo por lograr el propósito de una independencia y, como culminación de ella, la utopía —más literaria que política— de construir una unidad continental, distinta a la impuesta por la colonización. Miranda y Bolívar agotan sus desvelos por construir en la realidad esa América unida, sin lograr su objetivo en un momento dominado por la insurgencia de las nacionalidades fraccionadas. Sobrevivió el proyecto escrito, el ensayo, la idea heredada por Francisco Bilbao y Alberdi, entre los primeros; prolongada en José Martí, después. Recurrente en una larga lista de maestros del ensayo continental, donde sigue vigente el deseo de integración: Rodó, Manuel Ugarte, Blanco Fombona, etc. Es aspiración no realizada ni siquiera en los pactos subregionales poco exitosos de nuestros días. Queda la escritura como

ilusión literaria y a veces como hipérbole oratoria en el discurso populista que vuelve a proclamar la urgencia integradora, quizás de buena fe.

#### 4. La escritura de Bolívar

Párrafos antes quedó señalado que Bolívar se podía conceptualizar como *hombre-signo* histórico del proceso emancipador. Sus interpretaciones multívocas generaron el mito. Simultáneamente él fue lector de su tiempo y leído adversamente por enemigos y detractores. Ahondar en lo último sería desviarse por un itinerario de historicidad y no de literariedad que es el universo de sentido donde nos ubicamos para efectos de este trabajo.

Lector de una cultura que se muestra como *texto abierto* —al decir de Lotman—, Bolívar asimila ideológicamente un amplio cúmulo de principios filosóficos, militares y literarios que delinear su cosmovisión. Su formación intelectual ha sido ampliamente estudiada por Manuel Pérez Vila<sup>25</sup>. De tal cultura deriva su concepto de la independencia y también su *modelo del mundo*, como diría también Lotman<sup>26</sup>.

En esa lectura de su tiempo se cimentará la escritura de Bolívar. No sólo lee a sus contemporáneos europeos, especialmente los franceses, sino que remonta su avidez formativa a los clásicos griegos y latinos, de cuyas obras hay abundantes huellas, sea en términos de comparación o como simples referencias. Mario Briceño Perozo se ha ocupado de dichas fuentes<sup>27</sup>.

La formación intelectual de Bolívar es esencialmente autodidáctica. La profesional es militar. En los últimos años se ha puesto en tela de juicio la orientación rousseauniana de sus primeros años, al lado de Simón

---

[25]\_ *La formación intelectual del Libertador*.

[26]\_ Iuri M. Lotman: *Estructura del texto artístico*.

[27]\_ *Reminiscencias griegas y latinas en las obras del Libertador*

Rodríguez<sup>28</sup>. No así la lectura de Rousseau en la madurez. Las primeras letras aprendidas con Rodríguez, Bello y el Padre Andújar no se manifiestan muy hondas en los años juveniles. El verdadero despuntar de la curiosidad intelectual es su viaje a Europa. Es el *tiempo de crecer*, como lo llama Uslar Pietri<sup>29</sup>.

Lector de su momento, observa y admira para luego decepcionarse de su ídolo-héroe militar: Napoleón Bonaparte, elevado por Carlyle a categoría de arquetipo<sup>30</sup>. Después, en carta al Coronel Tristán, dejará testimonio epistolar de ese cuestionamiento<sup>31</sup>.

En tanto signo histórico de un heroísmo político-militar, Bolívar se distancia de los héroes hegelianos, como indica Leopoldo Zea, por lo siguiente:

Pero Bolívar no es solo la contrapartida de Napoleón, lo es, también, de la misma idea del héroe hegeliano. Y como tal, Bolívar es el exponente de una dialéctica que se aparta de la sostenida por Hegel. No es una dialéctica que resulte de las contradicciones de la

---

[28]\_ Cf. Manuel Pérez Vila, *op. cit.* y además Cristóbal L. Mendoza, Prólogo a *Escritos del Libertador*, v. II; *Documentos particulares*, t. I.

[29]\_ “Bolívar”. En: *Letras y hombres de Venezuela*. Señala cuatro tiempos vitales en Bolívar: 1) tiempo de crecer; 2) tiempo de creer; 3) tiempo de triunfar; 4) tiempo de llorar.

[30]\_ Thomas Carlyle: “Napoleón”. En: *Los héroes*, pp. 324-333.

[31]\_ “El deseo de dominar, de volver a ocupar el primer rango en el Estado, constituye el fondo del pensamiento de estos individuos. La gente ya situada piensa en conservar sus sueldos, y elogian a quien le paga; fuera de estas dos clases, no concibo que haya alguien que sea partidario del Primer Cónsul, ni que Vd. querido Coronel, cuyo juicio en todo es tan justo, lo ponga por las nubes. Admiro con Vd. sus talentos militares, pero ¿cómo es que Vd. no ve conmigo que la posesión incontestada del poder ‘sobre todo’ es el único objeto de sus actos?” (Carta al Cnel. Mariano de Tristán, París, 1804). En: *Documentos particulares*, I; *Escritos del Libertador*, II; pp. 143-145. Por cierto, esta y las cartas destinadas a Teresa Lesnay de Tristán han sido cuestionadas en su autenticidad. Se presume que pudieron ser “arregladas” por Flora Tristán. No obstante consideramos de interés transcribir el juicio. Sobre la duda de autenticidad, cf., en el mismo vol. el *Prólogo* de Cristóbal L. Mendoza.

dominación, de la servidumbre, que hacen consciente la libertad. Es la dialéctica de la libertad que no hace de la servidumbre el instrumento de su posibilidad. Alejandro, César, Napoleón, héroes de la dialéctica hegeliana hacen del absolutismo el instrumento de liberación. Expresan la astucia de que se sirve el espíritu. Este necesita de la servidumbre para tomar conciencia de la libertad. Los héroes hegelianos son instrumentos ciegos del espíritu, en los planes de estos héroes no está el logro de la libertad. La libertad era precisamente, la negación de sí mismos; era la negación de su acción dominante, por lo que nunca estará en sus planes (...)»<sup>32</sup>.

Si el héroe hegeliano cifra su trayectoria en la concentración absoluta del poder, Bolívar reiteradamente en su escritura enfatiza la idea del desprendimiento del poder, desde su primera correspondencia con Mariño y Arismendi (1813). Así, el heroísmo romántico se inscribe, por oposición al déspota ilustrado, como una gran hipérbole —la construcción de América libre y unida— entre dos melancolías: 1) la de la infancia y juventud en orfandad/viudez y 2) la vejez en derrota solitaria. Estos signos de su personalidad forman una relación constante, intertextual, a lo largo de su correspondencia.

Como símbolo heroico rivaliza con Miranda, aunque ambos sean románticos. Como hombre-signo, productor de mensajes, coincide intelectualmente con el gran Precursor en el proyecto unitario de América, en la vehemencia expresiva, en la enfática presencia del Yo mediador. La coincidencia intelectual lo aproxima también a Simón Rodríguez, tanto como la actividad militar lo aleja de Andrés Bello.

Como productor de signos su obra madura comienza desde 1812. Tiene tres vertientes: a) la escritura para ser leída (proclamas y alocuciones a los pueblos en proceso de liberación); b) la escritura para ser oída (oratoria), formada por discursos cuidadosamente escritos, como el de

---

[32]\_ *Simón Bolívar. Integración en la libertad*, p. 13.

Angostura, o dictados sobre la marcha de sus campañas; c) la escritura para ser guardada en confidencia (epistolario) o transmitida a título público de comunicación con sus oficiales o personalidades de alta relevancia política. Entre ellas es modelo de ensayo epistolar la *Carta de Jamaica*. En las tres vertientes los rasgos de un estilo romántico van trazando la intertextualidad que configura el sentido literario de su mensaje.

Solo la oratoria que agrupa las dos primeras vertientes (proclamas y discursos) alcanzó difusión contemporánea con su autor. El propio Bolívar se preocupaba de que sus textos políticos fueran difundidos como instrumentos de combate al adversario y de persuasión a los pueblos por los cuales empeñaba su esfuerzo libertador. En cuanto a las cartas, es sabido que ya en sus últimos años pedía la incineración de sus documentos, para evitar que cayeran en manos de adversarios o detractores y fueran instrumentos para empañar su imagen ante la posteridad<sup>33</sup>.

Se salvaron, sin embargo. Su publicación póstuma arranca de la ya mencionada compilación de Mendoza-Yanes, a la cual siguieron las de Blanco y Azpúrua (1875-1877), la de O'Leary (1879-1888) y la incesante tarea de Vicente Lecuna, iniciada en 1917 con la edición de los

---

[33]\_ Cristóbal L. Mendoza, en la "Introducción General" a los *Escritos del Libertador*, vol. I., traza en resumen el historial de esta incidencia, así: "En la cláusula novena de su testamento otorgado el 10 de diciembre de 1830 en San Pedro Alejandrino, el Libertador ordenó 'que los papeles que se hallan en poder del señor Pavegueau se quemén'. Se trataba de su archivo personal, que el propio Libertador había entregado, apenas dos meses atrás, al señor Juan Bautista Pavegueau, para su traslado a París..." (p. 5).

"La disposición testamentaria que ordenaba la incineración de sus papeles, tiene antecedentes en expresiones del propio Libertador, emitidas algunas de ellas años antes. Desde Potosí, el 21 de octubre de 1825, había escrito a Santander: "No mande Vd. a publicar mis cartas ni vivo ni muerto, 'porque ellas están escritas con mucha libertad y con mucho desorden'. Y al mismo le manifestaba desde Ibarra, en carta fechada el ocho de octubre del año siguiente: "Nada me gusta que se dé al público mi correspondencia privada. Creo que es una violación de la fe de la amistad. En Europa esto sería un crimen", (p. 5).

*Papeles de Bolívar*<sup>34</sup>. Nuestro propósito no es pasar inventario exhaustivo a la obra de Bolívar. Sería pretensión desmesurada. Nos limitamos a plantear problemas de la producción y recepción de su mensaje.

En apartes anteriores se ha insistido en señalar rasgos que conformaron el concepto romántico de literariedad. Este no es inmutable ni fácilmente generalizable. Los trabajos de Jakobson sobre las funciones del lenguaje han señalado que no es la metáfora ni la escritura figurada en conjunto lo que constituye caracterizador de la literatura en general. Ha mostrado la metonimia y la metáfora como dos polos entre los cuales oscila la expresión humana con cualquier lengua<sup>35</sup>. Tampoco es la simple emotividad (función emotiva del lenguaje) lo que imprime sentido literario a una obra. Los formalistas rusos propusieron la literariedad como objeto de estudio en lugar de la literatura en abstracto. Es decir, lo que hace específicamente literario a un texto. Pero no lo precisaron, quizás por el hecho mismo de que el modo de percibir lo literario varía dialécticamente con las concepciones de los estilos culturales, en cuanto textos abiertos, tal los concibe Lotman<sup>36</sup>.

Con estas salvedades, podemos aceptar la afirmación, formulada por numerosos escritores desde Blanco-Fombona en adelante, sobre la condición de escritor en Bolívar. Un escritor romántico<sup>37</sup>. Pero también hay que admitir con Salcedo Bastardo que Bolívar fue predominantemente un hombre de acción, un militar infatigable en el combate, un

---

[34]\_ Cf. Ángel Raúl Villasana. *Ensayo de un repertorio...*, vol. 2. Y también la *Introducción General* a los *Escritos del Libertador*. En ambas fuentes hay un registro pormenorizado de las compilaciones y ediciones de la obra de Bolívar.

[35]\_ Cf. *Lingüística y poética*. También: *Fundamentos del lenguaje*.

[36]\_ *Estructura del texto artístico*.

[37]\_ Entre otros Uslar Pietri, Dora Isella Russell, Augusto Mijares, Cristóbal L. Mendoza. A este propósito cf. Rafael Ángel Rivas D. "Hacia el estudio de Bolívar escritor: una bibliografía". En: *Letras*. Rev. del IUPC, N° 41, pp. 71-98.

legislador afanoso, un constructor de nacionalidades constitutivas de una gran nacionalidad americana proyectada, aunque no lograda completamente por él<sup>38</sup>. La intención dominante de su escritura es política. Luego puede ser aceptada como artística. La literariedad habría que entenderla entonces, dentro del código romántico, como el residuo que trasciende la circunstancialidad histórica del mensaje para proyectarse a lectores que, con posterioridad, sienten aún el estremecimiento emotivo implícito en el texto y que los románticos proponían como una literatura escrita sobre *lo interesante*, hecha *para conmover*. A partir de ella se puede entonces construir el objeto estético, conforme sugiere y expone Wolfgang Iser:

Clave en la lectura de toda obra literaria es la interacción entre la estructura de la obra y su receptor. Este es el motivo por el que la teoría fenomenológica del arte ha llamado enfáticamente la atención sobre el hecho de que el estudio de la obra literaria no solo debe atender al texto tal cual, sino también y en igual medida a las operaciones que la respuesta a este texto implica. El texto mismo ofrece simplemente “Aspectos esquemáticos”, mediante los cuales se puede producir el objeto estético de la obra.

Sobre esta base podemos concluir que la obra literaria tiene dos polos que pueden denominarse el polo artístico y el estético: el polo artístico es el texto del autor, y el estético es la realización que hace el lector<sup>39</sup>.

Partiendo de las proposiciones de Iser, se puede comprender, en primer término, que existe una artísticidad romántica implícita en algunos textos de Bolívar. Si esa artísticidad llega a conmover la sensibilidad estética de un lector de nuestros días, entonces podrá ser percibida su literariedad, más allá del valor semántico-político explícito en el mensaje ideológico.

---

[38]\_ *Visión y revisión de Bolívar*.

[39]\_ W. Iser: “La interacción texto-lector: algunos ejemplos hispánicos”.

Esa escritura marcada siempre por un Yo mediador que es sujeto de la narración misma y también sujeto de la historia narrada, perfila una personalidad en movimiento histórico, pone el énfasis en la función emotiva (que remite al emisor del mensaje). El Yo preside igualmente el discurso cuando increpa a un pueblo, en una proclama, o cuando se confiesa abiertamente con un destinatario de sus cartas. Y no está ausente ni siquiera en aquella solemne ocasión que marca el ápice de su oratoria: el *Discurso de Angostura*, cuyo texto comienza en esta forma: “¡Señor! ¡Dichoso el ciudadano que bajo el escudo de las armas de su mando ha convocado la Soberanía Nacional para que ejerza su voluntad absoluta! Yo, me encuentro entre los seres más favorecidos de la Divina Providencia, ya que he tenido el honor de reunir a los Representantes del Pueblo de Venezuela en este augusto Congreso...”<sup>40</sup>.

En nuestro subrayado resalta la afirmación.

Esa escritura romántica se inicia desde los años mozos vividos en Europa. Puede pulsarse la *vehemencia* de su desahogo emocional ante un interlocutor francés: el coronel Mariano de Tristán a quien, luego de una acalorada cena, expone una mediana disculpa en la cual manifiesta su temperamento rebelde así:

Quizá hice mal en *hablar con tal vehemencia, pero cuando me entrego a la discusión mi espíritu hace abstracción de las personas*: que los interlocutores tengan los cabellos blancos o los bigotes negros, lleven espada o tonsura, *yo no veo sino pensamientos personificados* y discuto sin tomar en cuenta la posición social de ninguno de ellos. Estoy todavía lejos de tener la sangre fría de Rodríguez, o la suya, Coronel. *Yo no puedo siempre contenerme; además, ¿por qué habría de hacerlo? Yo no soy un político obligado a empeñar el debate en una asamblea deliberante; no mando un ejército y no tengo que inspirar confianza a los soldados;*

---

[40]\_ *Discurso de Angostura*, p. 37.

tampoco soy un sabio que deba hacer, con calma y paciencia, una ardua demostración ante un nutrido auditorio; ¡ay! *Yo no soy nada*, solo un rico, lo superfluo de la sociedad, el dorado de un libro, el brillo de la espada de Bonaparte, la toga del orador. No sirvo ni para dar fiestas a los hombres que “son algo”: es una condición bien triste, Coronel. ¡Ah! *Si usted supiera lo que sufro por esto sería más indulgente*<sup>41</sup>.

En efecto aún no era un orador ni un general colocado a la cabeza de grandes ejércitos. Pero ya la escritura romántica manifestaba la vehemencia de un temperamento emotivo en ascenso, una melancolía característica y la irreverencia del rebelde. Todo se destaca en las líneas resaltadas por el subrayado.

Ese mismo Yo romántico lo acompaña en los momentos de hastío provocado por su permanencia en Europa, expresados en sus cartas a Teresa Laisney de Tristán, su confidente y posible amante. En una de ellas construye un relato autobiográfico de cierto estado depresivo que vivió al lado de Simón Rodríguez. Si se admite que es escritura de Bolívar y no reelaboración de Flora Tristán, tendremos una muestra típicamente romántica de su prosa inicial:

Rodríguez se sentó cerca de mí. Me habló con esa bondad afectuosa que me ha manifestado siempre en todas las circunstancias graves de mi vida; me reconvino con dulzura que yo me dejase morir y lo abandonase en mitad del camino. Me hizo comprender que el amor no lo era todo en la vida de un hombre, y que la ciencia y la ambición podían hacerle a uno muy feliz. Vd. sabe con qué persuasiva seducción habla este hombre; aunque dijera los sofismas más absurdos, uno se sentirá llevado a creer que tiene razón. Me persuadió, como consigue hacerlo siempre que quiere. Viéndome entonces un poco mejor, me

---

[41]\_ Carta al Cnel. Mariano de Tristán (París, 1804). En: *Documentos particulares I, Escritos... II*, pp. 144-145.

dejó, y el día siguiente transcurrió con exhortaciones parecidas. Esa noche, mientras trataba de influenciarme exaltando mi imaginación con cuanto podría yo hacer de bello, de grande, sea por las ciencias o por la libertad de los pueblos, le dije: Sí, sin duda, yo siento como Vd. (que) podría lanzarme en las brillantes carreras que Vd. me presenta, pero para ello tendría que ser rico: sin medios de ejecución no se llega a nada; y lejos de ser rico soy pobre y estoy enfermo y abatido. ¡Ah, Rodríguez, prefiero morir!... Y le tendí la mano para suplicarle que me dejara morir tranquilo. Un cambio súbito se operó en la fisonomía de Rodríguez; quedóse por un instante indeciso, como un hombre que vacila acerca del partido que debe tomar. De repente, elevando los ojos y las manos al cielo, exclamó con voz inspirada: ‘¡Está salvo!’ Se acercó a mí, tomó las manos desfallecientes entre las suyas que temblaban y estaban bañadas de sudor, y me dijo, con un tono de voz que no le conocía: ¿Así, mi amigo, si fueses rico consentirías en vivir? ¡Di, responde, contéstame! Sorprendido, yo no sabía lo que esto significaba, y dije que sí. ¡Ah! Exclamó él otra vez: ¡estamos salvados! ¡Por fin el oro sirve, pues, para algo! ¡Pues bien! ¡Simón Bolívar, eres rico! ‘Tienes actualmente cuatro millones...’ No le describiré, querida Teresa, la impresión que me produjeron estas palabras, ‘¡Tienes actualmente cuatro millones...!’ Aun siendo tan espléndida nuestra lengua española, resulta, como todas las demás, impotente para traducir semejantes emociones. Los hombres la experimentan rara vez; sus palabras corresponden a las sensaciones corrientes de este mundo; la que yo sentí era sobrehumana; estoy admirado de que mi organismo haya podido resistir<sup>42</sup>.

---

[42]\_ Carta a Teresa Laisney de Tristán (París, 1804). En: *Documentos particulares*, I, pp. 136-140. Al final de la carta están algunos comentarios acerca de la inautenticidad posible del texto. En la *Introducción General*, Cristóbal L. Mendoza refiere el historial de las cartas a Teresa y a su esposo, dadas a conocer por José Nucete Sardi: *Teresa, la confidente de Bolívar*.

Como se nota, ya hay toda una constelación de rasgos románticos en la escritura. Entre otros, la adjetivación y el énfasis puesto en el mundo emocional. Sometido el relato a la lógica histórica, para algunos exégetas está lleno de inexactitudes. Si se lee con otra óptica, la literaria, puede admitirse la inexactitud como exageración o “mentira romántica” inducida a amplificar los sentimientos con el propósito de admirar o conmover, dos formas de intencionalidad del discurso romántico respecto del interlocutor. El texto muestra a un prosista dotado de condiciones expresivas sobresalientes: diálogos implícitos, manejo del tiempo, etc. Si es Bolívar, viudo a los 21 años, hastiado de Europa y de sí mismo, con tales cartas iniciaría su escritura inscrita en inequívoco estilo romántico. Por eso nos hemos detenido en ellas.

Después del regreso a América no se vislumbran nuevos rasgos de personalidad romántica hasta sus arengas en la Sociedad Patriótica (1811) y durante la escena del terremoto del 26 de marzo de 1812. Ambos textos se conocen por fuentes indirectas. Solo después, cuando ingresa en la acción armada, Coronel Comandante de la Plaza de Puerto Cabello, la derrota y el abatimiento dejan traslucir un contraste de vergüenza, frente al honor militar vulnerado, y lo hace en correspondencia dirigida nada menos que al legendario Generalísimo Francisco de Miranda, cuya capitulación casi inmediata hará variar en Bolívar la actitud de respeto que había expuesto en las dos cartas previas a aquel hecho lamentable.

Esos dos textos de 1812, muestran la depresión magnificada y son el primer indicio —si se desecharan como apócrifas las dos cartas a Teresa Laisney— de una modalidad recurrente en su escritura: *la hipérbole*.

Las cartas a Miranda amplifican su estado de ánimo: “¿con qué valor me atreveré a tomar la pluma para escribir a Vd. habiéndose perdido en mis manos la plaza de Puerto Cabello? Mi corazón se halla destrozado con ese golpe más que el de la provincia. Esta tiene la esperanza de ver

renacer de en medio de los restos que nos quedan, su salud y su libertad, pues nada es más cierto que aquel pueblo es el más amante de la causa de la patria y el más opuesto a la tiranía española”<sup>43</sup>. La hipérbole asume un tono autodegradante tan intenso, que nunca más volverá a mostrarse en Bolívar con semejante fuerza: “mi espíritu se halla de tal modo abatido que no me siento con ánimo de mandar un solo soldado (...) Así ruego a Vd. que me destine a obedecer al más ínfimo oficial, o bien que me dé algunos días para tranquilizarme”. La hipersensibilidad romántica está ahora desbordada sobre el pesimismo que le produjo el honor militar lastimado. Apenas a dos días de esa primera carta, vuelve a escribir al Generalísimo, para marcar su estado de profunda depresión:

“Mi cabeza, mi corazón no están para nada. Así suplico a Vd. me permita un intervalo de poquísimos días para ver si logro reponer mi espíritu en su temple ordinario.

Después de haber perdido la última y mejor plaza del estado, ¿cómo no he de estar alocado, mi general?

¡De gracia no me obligue Vd. a verle la cara! Yo no soy culpable, pero soy desgraciado y basta”<sup>44</sup>.

Apenas cinco meses después, perdida ya la Primera República, se marcha a Nueva Granada. Dirige una Memoria a aquel pueblo colombiano, para buscar apoyo a lo que sería su primera proeza: la Campaña Admirable. Siendo un documento público, el Yo romántico se carga de nuevo con su emotividad para dar cuenta del desastre venezolano: “Yo soy, granadinos, un hijo de la infeliz Caracas, escapado prodigiosamente de en medio de sus ruinas físicas y políticas, que siempre fiel al sistema liberal y justo que proclamó mi patria, he venido a seguir aquí

---

[43]\_ Carta al Gral. Francisco de Miranda, (Puerto Cabello, 12 de julio de 1812). En: *Obras completas*, vol. I, pp. 32-33.

[44]\_ *Ibid.*, (Puerto Cabello, 14 de julio de 1812), *Obras completas*, I, p. 33.

los estandartes de la independencia, que tan gloriosamente tremolan en estos estados”<sup>45</sup>.

Después vendrá la marcha cruenta por Los Andes. Pocos hombres y una gran ambición de lucha. Es la Guerra a Muerte. Aquel episodio le granjea numerosos ataques de los contrarios. La intercesión internacional lo obliga a escribir innúmeras justificaciones de la acción implacable. En octubre de 1813 escribe al Gobernador y Capitán General de Curazao. El patetismo y la hipérbole defensiva de los hispanoamericanos reaparece en su prosa. Las exclamaciones concebidas para conmovier y convencer abundan. Cito textualmente dos fragmentos:

Al ver ahora casi todas las regiones del Nuevo Mundo empeñadas en una guerra cruel y ruinosa; al ver la discordia agitar con sus furores aun al habitante de las cabañas; la sedición encender el fuego devorador de la guerra, hasta en las apartadas y solitarias aldeas, y los campos americanos teñidos de la sangre humana, se buscará la causa de un trastorno tan asombroso en este continente tan pacífico, cuyos hijos dóciles y benévolos habían sido siempre un ejemplo raro de dulzura y sumisión, que no ofrece la historia de ningún otro pueblo del mundo.

¡Cuántos ancianos respetables, cuántos sacerdotes venerables se vieron uncidos a cepos y otras infames prisiones, confundidos con hombres groseros y criminales y expuestos al escarnio de la soldadesca brutal y de los hombres más viles de todas las clases! ¡Cuántos expiraron agobiados bajo el peso de cadenas insoportables, privados de la respiración o extenuados del hambre y las miserias! Al tiempo que se publicaba la constitución española, como el escudo de la libertad civil, se arrastraban centenares de víctimas cargadas de grillos y de ligaduras a subterráneos inmundos y mortíferos, sin establecer las causas de aquel

---

[45]\_ “Memoria dirigida a los ciudadanos de Nueva Granada por un caraqueño”. Cartagena, 15 de dic. de 1812. En: *Obras completas*, II, pp. 45-48.

procedimiento, sin saber aún el origen y opiniones políticas del desgraciado<sup>46</sup>.

Bolívar se refiere a la constitución liberal española de 1812, de efímera vigencia, nunca aplicada en las colonias de América. La guerra apenas estaba comenzando con toda su fuerza. No es que fuese insincera la descripción situacional, sino hiperbólica en la acentuación de las tintas, para neutralizar la mediación en favor de “españoles y canarios”, sentenciados a muerte por el célebre Decreto firmado en la ciudad de Trujillo.

Con estas citas y otras similares se podría construir —trabajo de lector— el perfil autobiográfico del hombre que relata desde su yo la peripecia de una guerra liberadora. Blanco-Fombona hizo un intento<sup>47</sup>. Los matices de sensibilidad y vehemencia, de piedad e indignación quedan transferidos a la presuposición del receptor, a través de los textos. El narrador es el mismo personaje. Es visión desde dentro de las circunstancias. El ensayo se matiza con la subjetividad del protagonista, cuya intención es ponernos de su parte. Se cumplen las condiciones del relato autobiográfico propuesta por Lejeune<sup>48</sup>. El conjunto de escritos asume la dimensión de un texto interconectado por hilos

[46]\_ Cartas al Gobernador y Cap. General de Curazao. Valencia, 2 de oct. de 1813. En: *Obras Completas*, I, pp. 62-67.

[47]\_ Cf. *Bolívar pintado por sí mismo*.

[48]\_ Lejeune, citado por Romero Castillo, define la autobiografía del siguiente modo: “Recit retrospectif en prose qu’une personne réclle fait de sa propre existence, lorsqu’elle met l’accent sur sa vie individuelle, en particulier sur l’histoire de sa personnalité”. En la definición señala cuatro elementos diversos que intervienen en la estructura: 1) forma del lenguaje: a) relato, b) en prosa; 2) tema tratado: vida individual, historia de una personalidad; 3) situación del autor; “Identidad del autor (persona real) y del narrador; 4) posición del narrador: a) identidad del narrador y del personaje principal; b) perspectiva retrospectiva del relato. Las combinaciones constituyen las memorias, las biografías (sic), el poema autobiográfico, el diario. No incluye, en cambio, el epistolario, pero sí el autorretrato y el ensayo.

de subjetividad romántica explícita o subyacente, hasta constituir una verdadera intertextualidad.

El uso de la hipérbole en la escritura de Bolívar no es fortuito. El autor tenía conciencia de su poder expresivo. En correspondencia con el Abate de Pradt (1824), la ostenta como manifestación de amistad, para luego disculparse por su utilización literaria: “Es una fiesta para mi corazón la recepción de una carta de V.S.I. Semejante a un amante, tierno y ardiente, devoro con una impaciencia mortal los instantes que me retardan los sublimes caracteres de su mano, y cuando los veo, mi pecho palpita de gozo, me parece que espero una sentencia benigna del oráculo. Perdone vuestra señoría Ilustrísima estas *hipérboles* que son en mí, para con V.S.I., realidades”<sup>49</sup>.

Más que la exageración, al prelado liberal europeo han debido resultarle afectadas las comparaciones con un amante. Sin embargo, allí reside el resorte sorpresivo de la amplificación, por la índole misma del destinatario. Para una mente neoclásica habrían resultado de mal gusto aquellas imágenes que, en el guerrero implacable, solo son formas expresivas de una sensibilidad vibrante hacia la amistad, que Bolívar —romántico— interpretaba como una forma del amor.

Los recursos de la hipérbole y de las exclamaciones formaron parte destacada en la retórica del romanticismo. Van Thiegem lo anota con precisión a propósito de románticos posteriores a Bolívar:

Otro elemento esencial del estilo, el movimiento, ofrece características no menos nuevas en la mayor parte de los románticos y tanto en prosa como en verso. Multiplican las interrogaciones, las exclamaciones, los apóstrofes, las interrupciones bruscas; todas estas eran figuras frecuentes en los neoclásicos, pero en

---

[49]\_ Carta desde Chancay, el 15 de nov. de 1824. *Documentos particulares*, I, pp. 302-303.

Byron, en Musset y en algunos españoles, *unidas al abuso de la hipérbole* y de las metáforas excesivas, dan a muchos fragmentos un aspecto declamatorio que pronto pasó de moda<sup>50</sup>.

Tal vez no haya texto más característico en el epistolario de Bolívar, para ilustrar estos artificios, que la famosa carta a Simón Rodríguez, cuando el viejo maestro recién volvía de Europa a incorporarse en una América septentrional emancipada: “¡Oh, mi Maestro! ¡Oh, mi amigo! ¡Oh mi Robinson!... Sin duda es Vd. el hombre más extraordinario del mundo”<sup>51</sup>.

Toda la carta queda invadida por la amplificación emocional. Las metáforas determinativas que también abundaban en la escritura del prócer, se patentizan: “...contemplará Vd. con encanto la inmensa patria que tiene, labrada en la roca del despotismo por el buril victorioso de los libertadores, de los hermanos de Vmd.” Poco antes, en junio de 1824, al mismo Abate de Pradt escribía: “Su carta es el monumento más glorioso de mi vida; ella me recomienda a la posteridad, y graba mi nombre en las tablas del templo de la memoria, con ese buril incomparable que hace resplandecer cuanto toca. Si yo tuviese algo de común con un gran príncipe imitaría el dicho de Filipo: me diría a mí mismo: mi felicidad no es haber nacido, sino haber venido al mundo cuando escribía De Pradt, porque él da la inmortalidad a todo cuanto su pluma escribe”<sup>52</sup>.

De modo semejante se podría leer la carta a José Manuel Restrepo, para agradecerle la dedicatoria de una obra histórica sobre Colombia. La analogía epistolar con las expresiones dirigidas a de Pradt y a Rodríguez, salta a la vista: “Un sabio dedicándome la historia de mi patria es el testimonio más lisonjero que puedo recibir en mi vida; y si este autor es

---

[50]\_ *La era romántica*, pp. 299-300.

[51]\_ Carta fechada en Pativilca el 19 de enero de 1824. En: *Documentos particulares*, I, pp. 290-292

[52]\_ Carta fechada en Guayaquil, el 14 de jun. de 1823. *Documentos particulares*, I, pp. 282-283.

mi amigo, y uno de los más amables hombres del mundo, mi placer se colma y mi gratitud no tiene límites”<sup>53</sup>.

Y remata con la misma expresión metafórica utilizada para su maestro y para el Abate de Pradt: “hemos arrancado el cetro del poder a los sucesores de Pizarro”.

No es solo la amistad el sentimiento capaz de exaltar la imaginación hiperbólica. Aun en el momento de hacer una crítica literaria incidental, a propósito de Olmedo, el recurso emerge, esta vez para escarnecer los versos del poeta. Por comprobar una constante expresiva, vale la pena detenerse un momento para observar otros niveles de utilización del recurso anotado.

Algunos comentaristas han señalado las cartas a Olmedo como muestra de filiación neoclásica en Bolívar. Observan la presencia de símiles homéricos utilizados con ironía por el Libertador. Además se apoyan en la referencia a Boileau, esgrimida como prueba de proporcionalidad o moderación ante la desmesura, esa sí neoclásica, del poema “La Victoria de Junín. Canto a Bolívar”. Al recriminar la conversión de los héroes americanos en héroes rapsódicos de la *Iliada*, Bolívar pasa a mostrar su destreza en el uso del recurso favorito —la hipérbole— en la descripción del Perú. Y esa lección de aplicar con acierto las amplificaciones verbales, alternadas con gradaciones de imágenes directas, suavizan la ironía para teñir poéticamente su prosa:

He llegado ayer al país clásico del sol de los incas, de la fábula y de la historia. Aquí el sol verdadero es el oro; los incas son los virreyes o prefectos; la fábula es la historia de Garcilaso; la historia la relación de la destrucción de los indios por Las Casas. Abstracción hecha de toda poesía, todo me recuerda altas ideas, pensamientos profundos; mi alma está embelesada con la

---

[53]\_ Carta fechada en Chancay, 10 de nov. de 1824. *Documentos particulares*, I, pp. 198-199.

presencia de la primitiva naturaleza, desarrollada por sí misma, dando creaciones de sus propios elementos por el modelo de sus aspiraciones íntimas, sin mezcla alguna de las obras extrañas, de los caprichos del espíritu humano, ni el contagio de la historia de los crímenes y de los absurdos de nuestra especie. Manco Cápac, Adán de los indios, salió de su paraíso titicaco y formó una sociedad histórica sin mezcla de fábula sagrada o profana<sup>54</sup>.

El párrafo connota una enseñanza de originalidad en la idea de la naturaleza que *no imita*. Y seguidamente reaparece la hipérbole propia de Bolívar, pero esta vez disparada con humor que, seguramente, no agradó mucho al poeta Olmedo: “las cartas son de un político y de un poeta; pero el poema es de un Apolo. Todos los calores de la zona tórrida, todos los fuegos de Junín y Ayacucho, todos los rayos del padre Manco Cápac no han producido jamás una inflamación más intensa en la mente de un mortal. Vd. dispara... donde no se ha disparado un tiro”<sup>55</sup>.

El juego connotado en el término *inflamación* con sentido ambiguo (febril o provocado por el fuego) es de una ironía que Bolívar ostentó algunas veces con fulminante elegancia. A propósito del poema, siguen demoledoras frases: “Vd. nos eleva con su deidad mentirosa”; “Vd. nos ha pulverizado con los rayos de su Júpiter”<sup>56</sup>.

Y ya, dirigiéndose a la personalidad de Olmedo vuelve a descargar la frase escarnecedora, respecto a la misión diplomática que el guayaquileño debería desempeñar en Inglaterra. “Uní a Vd. un matemático, porque no fuese que llevado Vd. de la verdad poética, creyese que dos y dos formaban cuatro mil”<sup>57</sup>.

---

[54]\_ Carta fechada en Cuzco, 27 de jun. de 1825. *Documentos particulares*, I, pp. 18-19.

[55]\_ *Ibid.*, p. 18.

[56]\_ *Id.*

[57]\_ *Ibid.*, p. 19.

Esa escritura zumbona, que incide justamente en las hipérboles poéticas de Olmedo, solo se explican, a nuestro parecer, por la predilección en el uso acertado que de tal figura se preciaba el Libertador.

Cristóbal L. Mendoza había observado ya la recurrencia de este elemento en la escritura de Bolívar<sup>58</sup>. Está presente en los primeros como en los últimos textos. Es empleada, tal vimos, tanto para exaltar la amistad, como para dolerse elegíacamente con la pérdida, por muerte, de algún patriota: Girardot, por ejemplo<sup>59</sup>. En ocasiones la esgrime para intimidar, como cuando escribe a su amigo español Juan Jurado, residente en Santa Fe durante el sitio de la ciudad<sup>60</sup>.

En Kingston, por los mismos días en que escribe la *Carta de Jamaica*, padece una situación económica muy precaria. Piensa en la muerte como liberación de las humillaciones (carta a Hyslop)<sup>61</sup>. Exacerba su ánimo el saber que doña Gertrudis Toro se halla en Cartagena, mientras

---

[58]\_ “Las cambiantes peripecias del proceso emancipador y las intensas reacciones que provocan en su ánimo los contactos con aquel mundo complejo y desigual trastornado por la conflagración, estimulan en Bolívar un caudal de sensaciones cuyo ritmo violento no se mitigó jamás y parecía exaltarse, por extraña paradoja, en medio de los peligros de la guerra, y de las dificultades del Gobierno. No *conoció sino el lenguaje de la hipérbole*”. (Prólogo a los *Escritos... II, Documentos particulares*, I, p. 80).

[59]\_ En carta a Luis Girardot, desde Valencia, el 5 de oct. de 1813, escribe: “El nombre de Girardot será funesto a cuantos tiranos oprimen la humanidad, y sus virtudes republicanas le colocan entre los nombres ilustres de Bruto y M. Scévola”. (*Obras Completas*, vol. I, pp. 67-68).

[60]\_ “Santafé va a presentar un espectáculo espantoso de desolación y muerte: las casas serán reducidas a cenizas, si por ellas se nos ofende. Llevaré dos mil teas encendidas para reducir a pavesas una ciudad que quiere ser el sepulcro de sus libertadores y que recibe con oprobios, los más ultrajantes, al que viene de tan remotos países a romperle las cadenas que sus enemigos quieren imponerle”. (Carta desde Campo de Techo, 9 de dic. de 1814. *Obras Completas*, I, p. 107).

[61]\_ “La desesperación me forzaré a terminar mis días de un modo violento, a fin de evitar la cruel humillación de implorar auxilios de hombres más insensibles que su oro mismo”. (Carta de Kingston, 30 de oct. de 1815), *Documentos particulares*, I, p. 225.

la ciudad permanece sitiada por los españoles; entonces le escribe, *caballerescamente*: “Si me fuese permitido entrar en esa plaza iría solo por sacarla a Vd. de en medio de tantos enemigos. Yo no tengo nada... pero tengo un corazón que no teme los ataques de la fortuna”<sup>62</sup>.

En lo militar, apenas recuperado de la derrota sufrida con la pérdida de la Segunda República y luego de su huida a Oriente, cuando se reincorpora a los ejércitos republicanos de la Nueva Granada, el 24 de diciembre de 1814, ya está pensando con ilusión hiperbólica en lo que habría de ser su itinerario libertador de los años 20: “Crea Vd. amigo, que si deseo el que me autorice de un modo amplio en lo relativo a la guerra, es porque estoy determinado a tomar Santa Marta, Maracaibo, Coro y volver por Cúcuta a libertar el Sur hasta Lima, si es posible...”<sup>63</sup>.

La exageración se comprende mejor referida al contexto de repliegue en que debió vivir el año siguiente: el exilio de Jamaica. Esa capacidad de sueño combativo y la terca insistencia en el triunfo es, precisamente, lo que hace de él un Libertador excepcional.

Si su intención caballerescas era —como en los andantes medioevales o *El Quijote*— luchar por *honra y fama*, fue un celoso guardián de la primera. En tiempos muy adversos (1815), cierto coronel Castillo lo infama. Bolívar no vacila en escribir reiteradamente a Camilo Torres, para comparecer ante el Congreso de la Nueva Granada a defender su honor militar<sup>64</sup>. Insiste por lo que molestan a su ánimo las calumnias

---

[62]\_ Carta a Doña Gertrudis Toro. Kingston, 1815. *Documentos particulares*, I, p. 224.

[63]\_ Carta a Custodio García Robira, Santafé, 24 de dic. de 1814. *Obras Completas*, I, p. 109.

[64]\_ “Nada hay comparable con la satisfacción que espero obtener al ver vindicado mi honor lastimado por las imposturas de la más negra fe, y por los errores de la más crasa ignorancia. Mi delicadeza no puede sufrir sin impaciencia al ver revocadas a duda la sanidad y pureza de mis intenciones, despreciados mis servicios, ultrajado mi crédito y concepto público. Mi espíritu no gozará un solo instante de reposo, mientras

levantadas contra él después de la Guerra a Muerte. Logra una satisfacción escrita de Torres. Pedro Gual tercia para reconciliarlo con Castillo. Entonces responde disipando el resentimiento: “Yo sigo la carrera gloriosa de las armas solo por obtener el honor que ellas dan; por libertar a mi patria; y por merecer las bendiciones de los pueblos. Ahora, pues, ¿cómo he de desear yo marchitar los laureles que me concede la fortuna en el campo de batalla, por dejarme arrastrar, como una mujer, por pasiones verdaderamente femeninas? No digo con el brigadier Castillo, que sigue nuestra causa, sino con Fernando VII que la combate, me reconciliaría yo por la libertad de la república”<sup>65</sup>.

Y también en el terreno amoroso, la soledad levanta de nuevo una frase hiperbólica para Manuela Sáenz, cuando esta regresa a unirse con su esposo: “En el futuro tú estarás sola aunque al lado de tu marido. Yo estaré solo en medio del mundo”<sup>66</sup>.

Las resonancias que dejan los textos de Bolívar en un lector de hoy son, pues, emocionales. Conmueven y contagian. Apresan al lector —como quería Ortega y Gasset— en un juego de melancolía y amplificación del sentimiento, hasta el final doliente. Queda leerlo y sentirlo difundido en su escritura, de modo verdaderamente masivo.

Caracas, abril de 1983.

---

el voto general del agosto Congreso granadino no decida que mis operaciones han sido justas” (Carta al Presidente de la Nueva Granada, Ocaña, 28 de oct. de 1814. *Obras Completas*, I, p. 104).

[65]\_ Carta a Pedro Gual fechada en Mompox, 9 de feb. de 1815. *Obras Completas*, I, pp. 121422.

[66]\_ Carta fechada en lea, el 20 de abril de 1825 (*Documentos particulares*, II, *Escritos*, III, pp. 940).

### **Bibliografía citada**

ACOSTA SAIGNES, Miguel: *Acción y utopía del hombre de las dificultades*. La Habana, Casa de las Américas, 1977 (Premio Extraordinario “Simón Bolívar” de Ensayo).

BLANCO-FOMBONA, Rufino: *Bolívar pintado por sí mismo*. Caracas, Edics. del Ministerio de Educación (Biblioteca Popular Venezolana, 67), 1959.

\_\_\_\_\_: *El espíritu de Bolívar*. Caracas, Impresores Unidos, 1943.

BOLÍVAR, Simón: *Escritos del Libertador*. Caracas, Edics. de la Soc. Bolivariana de Venezuela, (Col. Cuatricentenario de la ciudad de Caracas), 1964-1973; 9 vols.

\_\_\_\_\_: *Obras Completas*. (Comp. de Vicente Lecuna). La Habana, Edit. Lex, 1947, 2 vols.

\_\_\_\_\_: *Simón Bolívar. Textos fundamentales*. (Selección y prólogo de Germán Carrera Damas). Caracas, Monte Ávila, 1982.

BRICEÑO PEROZO, Mario: *Reminiscencias griegas y latinas en las obras del Libertador*. Caracas, Edit. Texto, 1971.

CARILLA, Emilio: *La literatura de la independencia hispanoamericana*. Buenos Aires, Eudeba, 1964 (El mismo trabajo puede consultarse como prólogo a *Poesía de la independencia*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, N.º 59, 1979).

CARLYLE, Thomas: *Los héroes*. Barcelona-Caracas, Edit. Bruguera (Libro clásico), 1967.

CARRERA DAMAS, Germán: *El culto a Bolívar*. Caracas, Edics. de la Universidad Central de Venezuela, Instituto de Antropología e Historia, 1969.

GARCÍA-BACCA, Juan David: *Antología del pensamiento filosófico venezolano*. Caracas, Edics. del Ministerio de Educación (Biblioteca Venezolana de Cultura, Col. “Andrés Bello”), 1954; 3 vols.

GIRARD, René: *Mentira romántica y verdad novelesca*. Caracas, Edics. de la Biblioteca de la Univ. Central de Venezuela (EBUCV), 1963.

GRASES, Pedro: “La generación de la independencia”. En: *Obras*. Caracas-México-Barcelona, Seix-Barral, 1981; vol. 3: *Preindependencia y emancipación*.

HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro: *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. México, Fondo de Cultura Económica (Biblioteca Americana), 1954.

- ISER, Wolfgang:** “La interacción texto-lector: algunos ejemplos hispánicos”. En: *Rev. Canadiense de Estudios Hispánicos*. Montreal, VI-2 (1982): 225-238.
- JAKOBSON, Román:** *Lingüística y poética*. Madrid, Edics. Cátedra, 1981.
- JAKOBSON, R. y MORRIS Halle:** *Fundamentos del lenguaje*. Madrid, Ciencia Nueva, 1967.
- LARRAZÁBAL, Felipe:** *Bolívar*. (Edic. modificada con Prólogo y notas de Rufino Blanco-Fombona). (Noticia sobre esta edición por Julio Febres Cordero). Caracas, José Agustín Catalá, Editor, 1975.
- LÉVI-STRAUSS, Claude y otros:** *Presencia de Rousseau*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1972.
- LOTMAN, Iuri M.:** *Estructura del texto artístico*. Madrid, Edics. Istmo (Col. Fundamentos, 58), 1978.
- MENDOZA, Cristóbal L.:** *Prólogo a Escritos del Libertador*. Caracas, Soc. Bolivariana de Venezuela, 1967 (2 vols.).
- MIJARES, Augusto:** *Discurso de incorporación a la Academia Venezolana de la Lengua*. Caracas, s.s., 1971.
- PÉREZ VILA, Manuel:** *La formación intelectual del Libertador*. Caracas, Edics. de la Presidencia de la República (Col. Contorno Bolivariano, N.º 4), 1979.
- ROMERA CASTILLO, José (Coord.):** *La literatura como signo*. Madrid, Edit. Playor, 1981.
- SALCEDO BASTARDO, José Luis:** *Visión y revisión de Bolívar*. Caracas, Edics. del Ministerio de Educación (Biblioteca Popular Venezolana, N.º 75), 1960.
- THIEGEM, Paul van:** *La era romántica. El romanticismo en la literatura europea*. México, Uteha, 1958.
- USLAR PIETRI, Arturo:** *Letras y hombres de Venezuela*. Caracas-Madrid, Edime, (2.ª ed. ampliada), 1959.
- VILLASANA, Ángel Raúl:** *Ensayo de un repertorio bibliográfico venezolano*. Caracas, Edics. del Banco Central de Venezuela, 1969, v. II.
- ZEA, Leopoldo:** *Bolívar. Integración en la libertad*. México, EDICOL, 1980.



# Juan Germán Roscio: una lectura política de la Biblia<sup>1</sup>

A Pedro Grases

## 1. Boceto

En lo ideológico la lucha emancipadora fue tan ardua como en lo militar. La idea de *emancipación mental*, enunciada por Bello, reiterada obsesivamente por Leopoldo Zea, apunta el proceso.

Arrancar el poder a la monarquía absolutista española, ayudada a conservar en cierto momento por los mismos hispanoamericanos, quienes defendieron en 1810 a Fernando VII contra la usurpación de José Bonaparte, impuesto por su hermano Napoleón, fue gesta que produjo héroes bélicos. Barrer de las conciencias el lastre católico-feudal fue proeza prolongada y difícil. Esta última engendró héroes intelectuales, menos espectaculares que los primeros, pero tan importantes unos como los otros.

A la segunda categoría pertenece el venezolano Juan Germán Roscio<sup>2</sup>, hijo de mestiza provinciana —Paula María Nieves— e inmigrante milanes —Cristóbal Roscio—. Nació en San Francisco de Tiznados, entonces perteneciente a la Provincia de Caracas, el 27 de mayo de 1763.

---

[1]\_ La versión inicial de este trabajo fue una ponencia leída en México (oct., 1982) en el Simposio “El mundo de los Libertadores. Vigencia y proyección”, convocado por el Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos de la UNAM. Posteriormente fue incluido como Prólogo a *El triunfo de la libertad sobre el despotismo*. Caracas, Monte Ávila (Col. Simón Bolívar), 1983; pp. 9-42.

[2]\_ Resumo aquí los datos biográficos de Roscio, investigados y publicados por Pedro Grases (“Un hombre del 19 de abril”) y otros aportados por Benito Raúl Losada: *Juan Germán Roscio: Biografía*. (Nota: las referencias completas de todas las obras se consiguen en la *Bibliografía citada*, al final del trabajo).

El no ser miembro de la “nobleza” criolla obstaculizó a Roscio el acceso a la educación universitaria, elitesca, reservada para el mantuanaje, de no haber mediado la generosa protección que le dispensó doña María de la Luz Pacheco, esposa del Conde de San Javier.

Roscio ingresó en la Real y Pontificia Universidad de Caracas, donde obtuvo el título de Bachiller en Cánones (1792) y los grados de Doctor en Teología (1794) y Derecho Civil (1800). Entre ambos doctorados ejerció interinamente la docencia como Profesor de Instituta (1798). No alcanzó estabilidad como catedrático porque al solicitar el ingreso en el Colegio de Abogados de Caracas fue vetado. Apeló y originó un litigio ventilado ante la Real Audiencia, organismo que retardó el dictamen hasta 1801. La razón es que además de “pardo” era considerado sospechoso de *infidencia* contra su Majestad Imperial.

Al producirse los acontecimientos del 19 de abril de 1810, fue uno de los primeros en incorporarse al Cabildo de Caracas, como “representante del pueblo”. Secundó al Canónigo chileno José Cortés de Madariaga en el emplazamiento al Capitán General Vicente Emparan. Redactó la Minuta de aquella tormentosa sesión. Formó parte de la Junta Suprema, conservadora de los derechos de Fernando VII —aunque era partidario de la independencia inmediata— y fue comisionado para redactar el acta respectiva. En el nuevo gobierno provisional asumió la Secretaría de Relaciones Exteriores. Sugirió el envío inmediato de misiones diplomáticas ante los gobiernos de Estados Unidos, Inglaterra y la Nueva Granada. Le correspondió enviar a López Méndez, Bolívar y Bello en misión ante el gobierno británico.

El 2 de marzo de 1811 se incorpora como diputado electo al Primer Congreso de Venezuela. Participa en la escritura de unos “Derechos del Pueblo”. El 5 de julio, proclamada la Independencia, es designado con Francisco Isnardy para redactar el Acta memorable. Integró la

comisión que habría de elaborar la primera Constitución Federal, de aplicación efímera, pero cuyos contenidos fueron reivindicados más tarde, en 1859, durante la insurrección popular encabezada por Ezequiel Zamora, con quien daba inicio la llamada Revolución Federal.

Desde el comienzo de las acciones emancipadoras estaba convencido de que, para consolidar la República, era imprescindible una batalla ideológica orientada a cambiar las mentalidades sometidas a lo calificado por él como *obediencia* ciega ante la religión católica, soporte doctrinario de la monarquía absoluta.

En 1812, cuando Francisco de Miranda capitula y entrega el mando al realista Domingo Monteverde, Juan Germán Roscio será uno de los prisioneros inmediatos. Es calificado de *monstruo* por el general canario, recluido en las ergástulas de La Guaira, deportado a Cádiz y enviado finalmente al tenebroso presidio de Ceuta, junto con el Canónigo Madariaga y seis patriotas más.

Los años de cautiverio fueron escuela de meditación autocrítica. En contacto con patriotas liberales madura su determinación de entregarse por entero al combate doctrinario contra lo que él llamaba *teología feudal*, justificadora del despotismo y la tiranía.

La actitud de Roscio reafirma la tesis de Leopoldo Zea respecto a la *emancipación mental*, precisada así por el filósofo mexicano:

La labor de emancipación con el pasado, la labor de regeneración, tenía que ser lograda más tarde: y para ello las armas tenían que ser otras muy distintas. Ya no era guerra contra el despotismo físico, sino contra el despotismo que anidaba en el corazón y mente de los hispanoamericanos. Destruído el poder visible era menester destruir el poder invisible que arraigaba en los hispanoamericanos<sup>3</sup>.

---

[3]\_ Leopoldo Zea: *El pensamiento latinoamericano*, t. I., p. 105.

En 1814, ayudado por un joven británico —Thomas Richards—, amigo de la independencia hispanoamericana, Roscio y otros patriotas logran evadirse del penal de Ceuta. Llegan a Gibraltar. Por gestiones ante el Gobierno del Estrecho, el Alcalde de la prisión de Ceuta obtiene la recaptura y devolución de los fugados. Richards sigue a Londres y emprende campaña de ayuda a los patriotas venezolanos hasta conseguir su libertad en 1815.

Roscio y sus amigos regresan a América por Jamaica. En Kingston permanecen hasta finales de 1816. El día de Año Nuevo de 1817 desembarca en New Orleans para seguir de inmediato a Filadelfia, ciudad muy hospitalaria con los patriotas liberales de Hispanoamérica desde el momento mismo de la Independencia norteamericana<sup>4</sup>.

De inmediato, en el Distrito de Pennsylvania quedan registrados para Roscio los derechos de su libro titulado: *El triunfo de la libertad sobre el despotismo, en las confesiones de un pecador arrepentido de sus errores políticos, y dedicado a desagruar en esta parte a la religión ofendida con el sistema de la tiranía*. El mismo año de 1817 el libro salía de las prensas de Thomas H. Palmer y lo firmaba J. G. R., ciudadano de Venezuela en la América del Sur.

Aquel título tan barroco identificaba una de las obras de más poderosa argumentación liberal en favor de la lucha contra el despotismo monárquico.

Mientras residía en Filadelfia, Roscio escribió también un *Catecismo religioso-político contra el Real Catecismo de Fernando VII*. Quedó inédito hasta el siglo XX<sup>5</sup>. Tradujo del francés y publicó en edición bilingüe (español/inglés) una *Homilía del Cardenal Chiaramonti, Obispo de Imola*,

[4]\_ Cf. Pedro Grases. “El Círculo de Filadelfia”, *Obras v.*, 3, pp. 280-282.

[5]\_ Cf. Grases: “Traducciones de interés político-cultural en la época de la independencia de Venezuela”. En: *Investigaciones bibliográficas. Obras*, vol. 6, pp. 135-156.

*actualmente Sumo Pontífice Pío VII*, editada por J. F. Furtel con una introducción firmada por “Un ciudadano de Venezuela en la América del Sur”, donde da cuenta de ser el mismo autor de *El triunfo de la libertad sobre el despotismo*.

Enfermo de gravedad, dicta testamento en favor de su hermano José Félix, quien residía en Cádiz. En lo intelectual cede el albaceazgo de libros y papeles a Antonio da Cruz. Pero se recupera pronto y permanece atento a las noticias políticas de Venezuela. El gobierno republicano se ha reconstituido en Angostura. Roscio decide regresar a mediados de 1818. Se incorpora al grupo republicano en la ciudad guayanesa. Colabora afanosamente en los preparativos del Congreso que habría de reunirse en aquella ciudad del Sur en 1819. Participa como Diputado en el Congreso, redacta documentos legales y colabora con Francisco Antonio Zea y Fernando Peñalver en la fundación del periódico *El Correo del Orinoco*. Al instituirse el nuevo gobierno patriota, germen de la Gran Colombia, es nombrado Vice-Presidente del Departamento de Venezuela y, al poco tiempo, también del de Nueva Granada, en reemplazo de su amigo Francisco Antonio Zea. Con estas responsabilidades se radica en El Rosario de Cúcuta, ciudad fronteriza entre Venezuela y Colombia. Su salud, resentida desde 1820, va desmejorando día a día. El 10 de marzo de 1821 muere en la ciudad colombiana.

## **2. El triunfo de la libertad sobre el despotismo**

El hombre actuante en los preliminares de la independencia, por contraste con los exaltados de la Sociedad Patriótica, pasaba como “el prudente”. Lo era. Veinte años mayor que Bolívar —quien lo respetó siempre—, provisto de amplia cultura, actuó como el hermano más experimentado del grupo. No vaciló nunca. Creía en la lucha doctrinaria, además de la militar. Federalista convencido, procedió con cautela ante las inclinaciones centralistas dominantes.

El hombre que regresaba a América en 1815, luego de un presidio tiránico, era una conciencia severamente crítica y dispuesta a librar combate en todo terreno. Su salud precaria no le permitía empuñar las armas, aunque expresó por escrito su voluntad de hacerlo. En una de sus cartas escritas desde Kingston a Martín de Tovar, manifiesta:

Morir en los campos de batalla, perecer entre las manos de los enemigos de la libertad, es muy glorioso, para quien ha llegado a conocer el alto precio de ella y la suma importancia de romper para siempre los hierros de la servidumbre. Esta idea me consolaba en la prisión y no sentía sino morir antes de dejar escritas y publicadas las observaciones hechas en favor de la emancipación de todo el mundo colombiano. Son de preferencia todas aquellas que tienen por objeto el combatir los errores religiosos y políticos que afianzan la tiranía y la servidumbre<sup>6</sup>.

Su voluntad era, pues, clara. El regreso a América, una retoma de conciencia continental de la emancipación. Su propósito, viajar primero a Filadelfia, editar su libro y, luego, reincorporarse a los cuadros liberadores de su patria. Roscio no se subestimaba. Se sabía dueño de una lúcida inteligencia jurídica y doctrinaria. La había probado en la acción política. Conocía bien el latín, además del francés y el inglés. Había leído a fondo, tanto los textos bíblicos como el pensamiento de los enciclopedistas, particularmente Rousseau y también los filósofos escolásticos. La Universidad donde se había formado era, desde mucho tiempo antes, centro polémico entre escolásticos y escotistas. El racionalismo cartesiano había encontrado lugar en las exposiciones de cátedra.

Sabía que estaba en condiciones de acometer una lucha ideológica eficaz contra los usufructuarios políticos de la religión católica. Roscio

---

[6] Carta a Martín de Tovar (Kingston, 16-6-1816). En: *Obras*, t. III, pp. 45-46 (Nota: todas las citas textuales de Roscio van referidas a esta edición, cuyas referencias completas se consignan en la Bibliografía citada).

no renegó de su catolicismo pero, como buen liberal, sostuvo principios de laicismo<sup>7</sup>. Estaba convencido de que la mejor refutación a los fariseos doctrinarios de la Iglesia se hallaba en los propios textos sagrados de la Escrituras. Rebatir con tales argumentos desarmaba a los traficantes y afianzaba una fe militante por la independenciam, entre las mayorías cristianizadas, para librarlas de la sumisión a la monarquía.

Desmantelar en las conciencias la imposición de la *teología feudal*, fue su tarea y cristalizó en la publicación de su libro *El triunfo de la libertad sobre el despotismo*, constituido por 51 capítulos y un apéndice.

La obra alcanzó dos ediciones en Filadelfia. La primera, de 1817, ordenada por su mismo autor. Otra, reimpresión de 1821, salida de las prensas de M. Carey e hijos. De tres posteriores hablaremos en su momento. Una época en la cual la publicación de libros no era exuberante es significativo el hecho de que una misma obra alcanzara cinco ediciones, separadas por escasos años e indica bien la acogida y el efecto ideológico de su recepción. Como también es indicador, por contraste, el que no hubiera edición venezolana y, en cambio, ejemplares de la edición de Filadelfia hubieran sido incinerados en Caracas, en auto de fe<sup>8</sup>. Eso vale por un *juicio de temor*.

*El triunfo de la libertad sobre el despotismo* es una lectura jurídico-política y social de las *Escrituras*, con intención de aportar argumentos contra la situación opresiva de la América en lucha. Es lectura desde un liberalismo profesado por autor cristiano pero no clericalista. Para la exégesis, Roscio apoya sus argumentos en teólogos como San Agustín, cuyo modelo de las *Confesiones* es adoptado como punto de vista del discurso, dirigido a Dios en segunda persona. Apela a Santo Tomás para

---

[7]\_ Cf. Elías Pino Iturrieta: *La mentalidad venezolana de la emancipación*. Y también Abelardo Villegas: *México en el horizonte liberal*.

[8]\_ Cf. Augusto Mijares: *Prólogo a Obras* de Roscio, vol. I.

justificar el regicidio. Además, en otra perspectiva disimulada, introduce concepciones de Descartes y Rousseau sin mencionarlos, para una irradiación moderna de lo que, sin desvirtuar ni exagerar, era el objetivo último: sentar las bases de una teología de la *emancipación*, opuesta a la *teología feudal*.

Las ejemplificaciones a que alude para enfatizar la iniquidad refieren a Venezuela y al resto de América, en especial México, o apuntan hacia la Europa absolutista, con la mira puesta en España.

En la *Introducción* revela los motivos que lo indujeron a escribir su libro:

(...) Yo vi desplomarse en España el edificio de su nueva Constitución. Liberal, sin duda, con el territorio de la Península, con las islas Baleares y Canarias era muy mezquina con los países de ultramar en cuanto al derecho de representación. Por más que desde los primeros pasos de la revolución se había proclamado igualdad omnímoda de derechos, claudicaban las proclamas en la práctica y fueron luego desmentidas en el nuevo código constitucional. Lloré sin embargo su ruina y suspiraba por su restablecimiento y mejora. Me bastaba para estos sentimientos el mirar declarado en la nueva carta el dogma de la soberanía del pueblo; sentadas las bases de la convención social; abierto el camino de la felicidad a una porción de mis semejantes; y marcado el rumbo de la perfección de una obra que debía ser imperfecta y viciosa en la cuna. Conocía luego la causa principal del trastorno, obrado por el rey y su facción en Valencia, a su regreso de Valency. Me confirmé en mi concepto, cuando de la prensa ya esclavizada, empezaron a salir papeles y libros contra principios naturales y divinos profesados en la constitución. Unos textos de Salomón y San Pablo eran los batidores de la falange que acaba de triunfar de las ideas liberales que han exasperado en todos los tiempos el alma de los ambiciosos y los soberbios<sup>9</sup>.

---

[9]\_ “El triunfo...”, en: *Obras*, t. I. pp. 7-8.

Era el tiempo del regreso de Fernando VII al trono y el desconocimiento de la Constitución Liberal promulgada en 1812. Coincidió justamente con la tentativa de fuga de Roscio desde Ceuta. Era el comienzo del desengaño respecto de unos derechos al trono, cuya conservación había sido el pretexto del 19 de abril de 1810, que él había acatado sin mucho entusiasmo, porque creía en la independencia plena desde el primer momento.

En seguida reconoce el autor que, pocos años antes había “renunciado a las falsas doctrinas” que justificaban el reinado de Fernando y, al verlas utilizadas contra la Independencia, “suspiraba por una obra que refutase estos errores, no con razones puramente filosóficas, sino con la autoridad de los mismos libros de donde la facción contraria deducía sofismas con qué defender y propagar la ilusión. Tanto más deseada llegó a ser para mí esta obra, cuanto que uno de los impresos en circulación decía que “aunque atendida la filosofía de los gentiles, no podía negarse al pueblo la calidad de soberano; los que profesamos la religión de Cristo, debíamos defender lo contrario y confesar que el poder y la fuerza venían derechamente de lo alto a la persona de los reyes y príncipes” (p. 8).

Como se anotó antes, todo el discurso está dirigido a Dios en segunda persona, en contrapunto con el *yo* de un *pecador* que amplifica y condensa la posición de los creyentes hispanoamericanos, colocados ante el dilema de optar entre la independencia o la fe.

La carencia de obras que adoptaran una posición católica y, al mismo tiempo, revolucionaria, era su angustia, cuya contemporaneidad es obvia. “Yo estaba muy lejos de pensar que faltasen defensores de la libertad fundados en la autoridad de libros religiosos. Yo no podía creer que desde que el ídolo de la tiranía erigió su imperio sobre el abuso de las Escrituras, hubiese dejado de tener impugnadores armados de la sana inteligencia de ellas (...). Pero no aparecían sus escritos, cuando más

urgía la necesidad del desengaño y de la impugnación de un error reproducido con mayor insolencia. En tal conflicto debía suplirse esta falta de cualquier modo, considerando que tanto vale el no aparecer como el no existir. Por más que se haya profanado la Escritura en obsequio del poder arbitrario, son incansables los tiranos en imprimir y reimprimir sus abusos. ¿Por qué, pues, no imitar su tesón, multiplicando y reproduciendo el contraveneno?” (pp. 8-9).

Esta idea flotaba en el ambiente del pensamiento liberal hispanoamericano. José María Luis Mora, según afirma Abelardo Villegas, había adoptado posiciones similares<sup>10</sup>. Roscio no hizo más que consolidar en un denso tratado esas aspiraciones de combate ideológico.

Por lo demás, el jurista estaba convencido de que, mucho más grave que las actitudes individualistas y soberbias de algunos militares patriotas, el obstáculo máximo para aglutinar un pueblo en torno a la independencia era la ignorancia y el miedo de ese pueblo, obnubilado por los sofismas religiosos y, por ende, inhibido de abrazar la causa de su liberación<sup>11</sup>.

---

[10]\_ Aludiendo a los ataques del Obispo Munguía, de Michoacán, contra la *Ley Juárez*, en 1855, apunta: “Estos elementos habían sido ya refutados en la década de los treinta por el más profundo ideólogo de los liberales, el doctor José María Luis Mora, cuyo doctorado en teología y cuya experiencia como sacerdote jesuita, profesión a la que renunció, lo hacían conocer a fondo los argumentos eclesiásticos”. (*México en el horizonte liberal*, p. 18). Vale recordar que Roscio había escrito su libro entre 1814 y 1815 y lo publicó en 1817; es decir, antecedía a Mora en más de diez años.

[11]\_ En su correspondencia de 1816 con Martín de Tovar, dice: “Nadie ignora que casi toda la fuerza del tirano es americana. ¿Y hay por ventura entre ellos mando despótico y militar de los independientes? ¿Hay en ellos Mirandas, Bolívars, Ribas? ¿Por qué, pues, abrazan la causa del tirano y no la de los insurgentes de las demás partes de América? Por las falsas ideas de religión y de política que aprendieron desde la cuna, y mediante las cuales creen que es un atentado contra Dios y su santa religión el levantarse contra el despotismo español, desprenderse de él y fundar el sistema de la independencia” (Carta de Kingston, 16-6-1816).

En la lectura política de la Biblia consideró que el Antiguo Testamento, además de su valor sagrado, era todo un sistema conceptual de organización político-administrativo referido a la sociedad hebrea y, en consecuencia, sin tocar “lo concerniente al reino de la gracia y de la gloria”, era posible extraer de su texto, como del Nuevo Testamento, suficientes directrices para aplicarlas a la nueva sociedad hispanoamericana. “Así me dediqué a lo político, como pudiera dedicarse un albañil al examen de todas las obras de arquitectura que se refieren en la escritura, o como pudiera hacerlo un militar que quisiese criticar, conforme a las reglas de su arte, todas las campañas que allí se leen, marchas, expediciones, disciplina y táctica de los hebreos y de sus enemigos” (p. 10).

Destinatarios primordiales de su libro serían individuos que, como él, sometidos un tiempo a la *obediencia ciega de los dogmas de fe*, hubieran cometido errores de omisión frente a la independencia o adoptaran el bando del sometimiento al monarca, por miedo al castigo divino, ejercido por los falsos vicarios de Dios en el mundo temporal, pero inmunes a las leyes civiles bajo el pretexto de rendir cuentas en el otro mundo, respecto a las tropelías cometidas en este. A quien se hallare en semejante situación, lo invita a que “Fije los ojos sobre la conducta de los déspotas y los verá no menos atentos a la organización y fomento de sus fuerzas físicas que al incremento y vuelo de la fuerza moral de sus errores políticos y religiosos. Vea el diario empleo de sus oradores y confesores: acérquese al despacho de sus inquisidores; y los hallará a todos dedicados con preferencia a la propagación y mantenimiento de las fábulas que hacen el material de mi confesión. No crea que la multitud posee sus luces: no la imagine, en punto de religión y gobierno, de un espíritu tan despreocupado como el suyo (...). El número de los necios es infinito...” (pp. 10-11).

### 3. Ideas fundamentales del libro

El primer blanco sobre el cual incide el libro de Roscio es el de la refutación al principio de *obediencia*. Distingue tres tipos: *ciega*, *pasiva* y *activa*. La primera es definida por el autor como “El resultado de una conciencia ciega que sin discernir entre lo bueno y lo malo, ciegamente abraza cuanto se le propone” (Cap. XXX, pp. 243-244).

Diferentes son la obediencia pasiva de los ciudadanos de una república respecto de sus leyes y la activa de los magistrados y administradores de una sociedad.

La *obediencia ciega* es inductora de ignorancia y esclavitud. Si la obediencia ciega reinara universalmente, “Permaneciendo ciegos en sus deberes y derechos todos los pueblos, la esclavitud sería universal, el género humano estaría más degradado y menguado; no se leerían en la historia sagrada tantos hechos heroicos por la libertad, contra el poder arbitrario y la usurpación (*Ibid.*, pp. 244-245).

El concepto de *usurpación* como soporte de la tiranía, tiene en Roscio la misma denotación aristotélica. A partir de esta idea considera a Cristo como libertador espiritual; a los héroes bíblicos los cataloga como verdaderos modelos revolucionarios para la extirpación de la tiranía en el mundo tangible (Cap. L).

Dentro de la estirpe de revolucionarios ejemplares expresa reiteradamente su admiración por los Macabeos a quienes exhibe con carácter de arquetipos de una revolución social. Ostenta la saga del Adón Matatías y sus descendientes como auténticos receptores del mensaje bíblico, antes de que apareciera “La maldita raza de intérpretes que habrían de convertirlas (a las *Escrituras*) en usura del despotismo y perjuicio de la libertad” (Cap. XXXI, p. 178).

Los interrogantes de Roscio sobre si los antiguos tuvieron o no conocimiento pleno de las *Escrituras*, antes de la prohibición católica, son vehementes:

¿Podían por ventura ignorarla los príncipes del sanedrín y todo el pueblo de Judá en los tiempos de Amasías? (...) Siendo, pues, imposible esta ignorancia ¿cómo es que dejaron de salir al frente de la defensa de Roboán y Amasías, unos textos que al cabo de tantos siglos vinieron a ser por la primera vez el pedestal de la tiranía? ¿Tendremos bastante audacia para decir que el sentido político de las escrituras antiguas es para nosotros más claro que para sus coetáneos o para todos aquellos que las tenían en su propio idioma, en su original y exentas de la vicisitud y calamidad de los tiempos? Si al mando, pues, de los Macabeos, sacudió el yugo extranjero la nación judaica, fue sin duda, porque eran más inteligentes que nosotros en la doctrina política de sus libros, porque tenían soberanía, porque su sociedad era compuesta de hombres dotados de alma y cuerpo, de nervio y robustez, de talento, de virtud y armas, elementos constitutivos de la majestad del pueblo; porque en suma, el poder y la fuerza de ellos era más soberana que la de sus opresores; Matatías murió sin haber terminado la empresa; pero murió con la gloria de ser el primer corifeo de la insurrección; y animados con su ejemplo, sus hijos y compañeros de armas, suplieron heroicamente la ausencia de su persona” (Cap. XXXI, p. 178).

Apoyado en el contenido revolucionario, guía de acción explícita en el Antiguo Testamento, Roscio arremete en su lectura contra la interpretación de la *teología feudal*, según cuyos postulados los símbolos sacros de la insurrección devienen en instrumentos demagógicos —sería más exacto llamarlos *ideologizadores*— de la tiranía. Remitido a los pasajes de Salomón y Roboán, imagina su reacción, si ambos gobernantes bíblicos pudieran trasponerse históricamente a la época de las monarquías europeas, feudales y absolutistas, donde proliferaban los expertos “en dorar la píldora, imponiendo falsos nombres a las cosas” (Cap. XV, pp. 123-124). Se pregunta qué pensaría ante los procedimientos con que se utilizaban las *Escrituras* para inundar de términos “beneficiosos

y melifluos” la oratoria de la sumisión, orientada a permutar “la espada por el cordero, el trono con el altar, el cáliz con el cetro” como sustentos del despotismo. Esta idea es reiterada por él en varios pasajes de su obra (Cap. XV y LI).

El concepto de soberanía, tan caro a la ideología liberal del siglo XIX, es materia de documentación bíblica prolija. Los capítulos II al XIII y parte de la *Introducción* insisten en ella. Concluye en que tal principio accede a la categoría de dogma político y *cuasi religioso* en las Escrituras, desde la legislación mosaica hasta que se produce su aplastamiento en la era de la *teología feudal*.

Cuando la soberanía se concentra en un gobernante —monarca o no— y este la ejerce a espaldas del pueblo y no en su beneficio, es usurpación. En ese caso es justificado el tiranicidio. Quien personaliza la delegación de su pueblo para traicionarlo deja de ser soberano y debe ser revocado por la base de la nación. El pueblo que acepta la usurpación de la soberanía pasivamente incurre en esclavitud, por sumisión a la *obediencia ciega*.

En un planteamiento posterior relativo a la soberanía, infiere Roscio su origen en relación con el discutido carácter vicario de los monarcas, *ministros* del culto y otros que presumen estar *ungidos* de la gracia. Estima que dicho atributo no es privativo de los reyes ni de la casta sacerdotal, sino que es comprensivo respecto al hombre, *imagen y semejanza* de su creador<sup>12</sup>. Si en lo individual es así, más lo es cuando se

---

[12]\_ “El hombre, como imagen y semejanza tuya, fue considerado entre los sublu-  
nares como el más digno de esta vicaría. Si al asociarse con sus semejantes perdiese el  
carácter y dignidad de su ser, tolerable sería la fábula del nuevo ministerio. Pero me-  
jorando en condiciones en su estado social, siendo más aptas para el servicio vuestro  
sus fuerzas combinadas, ¿no sería una estolidez remarcable el abandonarle entonces,  
excogitando un suplemento sobrenatural y milagroso, aborto propio de la tenebrosa  
era del feudalismo?” (Cap. XXVIII, p. 228).

extiende a toda la sociedad, puesto que si los hombres, “cada uno de ellos en su estado solitario, como hechura vuestra, es un digno servidor vuestro. ¿Con cuánta mayor razón no lo será acompañado de sus semejantes?” (Cap. XXVIII, p. 226).

Estos fundamentos sirvieron al pensador venezolano para desarrollar uno de los postulados más modernos de su libro: la abolición necesaria de los fueros y privilegios de los ministros vicarios de Dios, que terminan convertidos en acólitos de las tiranías absolutistas. De ahí la necesidad de diferenciar los deberes políticos de los ciudadanos y los deberes religiosos con su creador. Cuando ambos se funden cumplida y honestamente en una persona justa, como en el caso de Moisés, entonces no hacen sino reafirmar el principio cuasi religioso de la soberanía popular, pero no ocurre igual en el caso de las usurpaciones tiránicas (Cap. LI, pp. 457-458).

Cuando la soberanía delegada por el pueblo en su gobernante es atropellada o mal empleada contra ese mismo pueblo, emerge el *derecho natural* a la insurrección. Esta idea sigue siendo, hasta hoy, de gran vigencia aunque muy controversial.

Y si la revocabilidad ejercida por el poder nacional, cifrado en la soberanía social, no surte efecto en relación con un magistrado usurpador (tiránico), entonces Roscio considera que el regicidio o tiranicidio, aplicado contra un monarca despótico y corrompido, no es crimen sino acto de justicia, como lo comprueba el episodio de Amasias (Cap. XXI). En este caso, insiste, el poder revocado por el pueblo elimina la investidura del gobernante y lo retrae a la condición de un ciudadano común sobre quien se ejerce la justicia.

Contrariando el principio de *obediencia ciega*, Roscio considera que la justicia aplicada contra un gobernante católico por incumplimiento o inconsecuencia con su pueblo, más que un derecho es un deber. Caso

diferente es la falsa justicia ejercida contra un mandatario por el hecho de profesar creencias distintas a las que sustenta la fe católica. Su aserto halla base en las predicaciones del Nuevo Testamento, cuando interroga: “¿Mentiría el apóstol (Timotheo, 5), cuando dijo que quien no cuidaba de los suyos había renunciado a la fe y era peor que los infieles? Si es peor que el gentil un magistrado católico que no cuida de los suyos, ¿por qué mejorarle con la impunidad de sus descuidos y rapacidades?” (Cap. XXX, p. 248). A la inversa, admira y reconoce al gobernante justo y virtuoso en las ejecutorias favorables a su pueblo, sin distinción o apego al sentido monárquico del poder: “Reyes como los de Esparta, reyes constitucionales y moderados, son para mí lo mismo que los Macabeos en su República, que los cónsules de Roma, que el Presidente de los Estados Unidos. Los amo, los honro y reverencio como representantes de una nación soberana, compuesta de millares o millones de imágenes y semejanzas tuyas”. Y a renglón seguido descarta todo reconocimiento cifrado en la nobleza de sangre o en los privilegios postizos de las familias reales o aristocráticas: “Por ser cada hombre una copia tuya, merece mis consideraciones y respetos. La simple aprensión desnuda de falsedades me basta para tocar la diferencia que hay entre la mera unidad y la muchedumbre de estos seres, en quienes quisiste ser representado desde el instante de su creación. Removidas las apariencias engañosas yo no hallo más fundamento para la excelencia de un individuo sobre otro, que la de su virtud y talento”. (Cap. XLIX, pp. 436-437).

La virtud y el talento individual apoyan, entonces, la idea de que la única aristocracia válida es la que se funda en la idoneidad y no en la herencia de sangre noble. “Por la misma idea valdrá el pacto de no administrar sino aquellos socios más idóneos; y esta será una aristocracia laudable y firme, mientras los administradores se ciñan al consentimiento general expreso en la carta constitucional, rindiendo a su tiempo la cuenta correspondiente”.

Respecto al ejercicio de poder delegado en un individuo, su concepción es la de administración vigilada y no la dependencia incontrolable: “Depender de la voluntad de un hombre solo es esclavitud; y tanto en este contrato como en cualquier otro en que se elija la industria y virtud personal, está reprobada la sucesión hereditaria” (Cap. V, p. 58). (Este principio es ratificado en el Cap. XVI).

La razón de que la Iglesia hubiera llegado a ser el cimiento de las tiranías absolutistas, la atribuye Roscio al monopolio del discurso sagrado de las Escrituras, como vía para el saqueo ideológico y el uso falaz de sus enseñanzas. A partir de tal monopolio se fue tejiendo la idea del carácter divino de los reyes, que el jurista considera una *fantasía escolástica* (Cap. XXI). Cuestionado el ocultismo del saber sacro para implantar una ignorancia dirigida, también queda puesta en entredicho la atribución del vicariato ejercido por los ministros del culto que, a través de congregaciones y cuerpos se erigen “padres” y “madres” de los demás mortales. El beneficio material de tales prácticas desemboca directamente en la institución de fueros y privilegios infundados

Al erigirse el alto clero y el Papado en gran elector de reyes, la consecuencia inmediata es el comercio de privilegios y beneficios materiales:

Mientras los Obispos de Roma no llegaron a un poder tan eminente, que a su arbitrio disponía de las coronas vacantes, se contentaban con auxiliar a sus poseedores con las falsas doctrinas que empezaban a fructificar ya con el rayo de la excomunión, que muy presto fue tan frecuente como escandaloso.

Lo que al principio fue mera condescendencia con aquellos monarcas de quienes esperaban y recibían mercedes y beneficios, fue después elevado a la clase de derecho pontificio: les zanjó el camino para dominar a la sucesión de sus dominadores (...) (Cap. XXXIV, p. 332).

En el tránsito al enriquecimiento y la corrupción del gremio eclesiástico, no restaba sino un paso. El abuso de la potestad eclesiástica inauguró el peculado en nombre de Dios. “Este es uno de los excesos procedentes de los vicios que pervierten la razón, corrompen la voluntad y hacen que el más fuerte y el más astuto y osado labre su fortuna a costa de la miseria y esclavitud de sus semejantes. Reducida a solo nombre la pobreza evangélica por la execrable hambre del oro, no podía ser otro el fruto de esta reducción. Si la codicia es la raíz de todos los males, ¿para qué buscar otro origen al desorden de los ministros del culto? Apenas desapareció del gremio de la religión la pobreza del Evangelio, cuando aparecieron los abusos de los conductores. Ellos, en todas partes y todos tiempos, han sido consecuencia necesaria del oro y la plata” (Cap. XXXIV, p. 331).

Sin salirse del contexto de las Escrituras, Roscio busca remedios aplicables al mundo temporal para esos abusos. Su reflexión toca el centro de lo que la *teología feudal* había instaurado como *derechos*. Y refuta: “...no puede ser derecho ni ley lo que carece de justicia y equidad; sin embargo, por inauditas y humillantes que sean las gabelas y demás impuestos de monarquías absolutas, se titulan derechos reales”. Y añade: “Derechos llaman los curiales a las espórtulas y salarios, aunque sean excesivos e indebidos” (Cap. XVI, p. 136). Por vía inversa los mismos gremios eclesiásticos estimaban como abuso la eliminación de los fueros que los exoneraban de pagar impuestos al Estado. Con base en la parábola de Cristo sobre el pago de impuestos al César, Roscio desarrolla su teoría de los gravámenes económicos a los bienes del clero, así como el sometimiento de este gremio a las leyes de un Estado:

Lo que a todos toca por todos debe aprobarse. Constituciones, leyes, gobierno, son todos efectos de la voluntad general, por que todo es del interés común. De igual naturaleza son las contribuciones; y es por esto que deben imponerse, tantearse y emplearse del mismo modo. Ellas ocupan un lugar distinguido en

las cartas constitucionales; y no pueden imponerse sino por el cuerpo de la nación o sus representantes. A las propiedades sigue esta carga, porque sin contribuciones no pueden ser protegidas. Si pudiesen vivir exentos de gastos extraordinarios los pueblos, sería muy sencilla esta materia. Pero siendo inevitables las emergencias extraordinarias, no pueden dejar de contribuir subsidios extraordinarios los propietarios, a quienes toca su conocimiento y arreglo en la forma determinada en la Constitución. (...) No es de presumir que rehúse este deber ningún ciudadano amante de sus intereses y de los de la comunidad, estando previamente instruido por sus urgencias (Cap. XXXV, p. 284).

En este asunto de política impositiva es digno destacar que Roscio precisa el pago por parte de los *propietarios*, pero no de quienes viven de su trabajo: “Duro es el peso de las contribuciones forzadas, pero es más duro el de aquellas que se exigen de quien no es propietario, ni tiene más que su trabajo personal de qué vivir” (p. 285).

La recriminación más fuerte del tratadista se dirige a los clérigos que apelan al nombre de Cristo para evadir las cargas impositivas y, validos de sus fueros, eludir la aplicación de la justicia general, so pretexto de ser juzgados por los tribunales del más allá.

La Iglesia, propietaria de cuantiosos bienes, está obligada a pagar impuestos. Respaldado en la historia de la *tierra de promisión* (Levítico, 25), él como jurista argumenta que con interpretación desfigurada, la Iglesia llegó a la apropiación ilegítima de tierras americanas otorgadas por el monarca, o justificadas en los argumentos del Creador, quien entregó los bienes en usufructo, no a perpetuidad de posesión (Cap. XLVI, pp. 403-404).

Otra fuente de enriquecimiento de la Iglesia provenía de partir herencias. A propósito, Roscio evoca el Evangelio de San Lucas, para incriminar esta política:

Cuando yo veo a Jesús absteniéndose de mezclarse en la partición de la herencia de los dos hermanos, a pesar de la sencillez del negocio y de la instancia que le hacía uno de los interesados (...) yo no puedo conciliar esta conducta con la de sus ministros desde la organización del feudalismo. Cuando ejercen en todo su vigor el poderío feudal: cuando parten no solamente herencias de particulares sino también reinos y principados de la tierra (...) me parecen más acreedores que los fariseos a las increpaciones y censuras que recibían de Jesús (Cap. XXXIX, p. 334).

Por último, con respecto a los fueros que dejaban a clérigos y corporaciones fuera de las leyes y de la justicia civiles, bajo el argumento de ser regidos por sus propios códigos, Roscio es contundente. No admite aquella práctica feudal de que los sacerdotes fueran juzgados por sus propios tribunales corporativos. En el Cap. L de su libro, que subtítulo “Juez en causa propia”, busca respaldo en los textos bíblicos para su afirmación de que, en materia privada, “en su estado natural, cada hombre es juez competente de sus propios intereses”, pero este derecho cesa cuando se trata de intereses de la comunidad social en conjunto: “en la nación reside el principio de toda soberanía y ningún cuerpo, ningún individuo puede tener autoridad que no dimane expresamente de aquélla” (p. 444).

No hay duda de que Roscio concibió uno de los libros más demoleedores sobre los abusos del poder eclesiástico en la cuestión americana de la emancipación. Al escribirlo rebasó las circunstancias de la época. Su hallazgo, si no original, al menos oportuno, radicó en demostrar que los textos bíblicos, más que utensilios para la represión social, eran manual de acción revolucionaria. Y la diferenciación entre el mundo espiritual y el social, desarrollada en el Cap. L lo confirma. Al ser leída la *Biblia* como historia y doctrina de luchas, se aclara el panorama y permite a los creyentes una toma de conciencia más acorde con los procesos de la

sociedad donde están insertos. Cito a propósito un párrafo suyo para el cierre de este capítulo:

Para la emancipación espiritual del género humano convenía que obrase Jesús de la manera prescrita en los derechos de su misión. Mas para libertar a las naciones del yugo de la tiranía, son ineptas las medidas de este orden misterioso, y subsisten inalterables, las que pusiste a disposición del hombre, desde que empezó a sentirse oprimido por sus semejantes. Si yo fuese comisionado tuyo para librar místicamente a otro mundo del yugo de la esclavitud del demonio, seguiría las instrucciones del Mesías, siempre que tú no me dieras otras. Pero si me encargases de salvar de su angustia y trabajar a los que gimen bajo el despotismo de los Reyes, sería Abraham mi norte, y mi guía sería Moisés, Josué, Aod, Gedeón, Samuel y Jeroboán, o los Macabeos el original de donde copiaría yo mis instrucciones. En vez de portarnos entonces como mansos corderos, obraríamos como estos leones de Israel en obsequio de nuestra libertad y la de nuestros semejantes. Si los déspotas del cristianismo practicasen los consejos y preceptos evangélicos que reservan exclusivamente para las víctimas de su arbitrariedad, cesaría la opresión en sus reinos, serían monarcas constitucionales y moderadísimos, no tendrían vasallos y esclavos sino súbditos, hermanos y ciudadanos libres; nunca temerían revoluciones, ni el que fuese imitada la conducta de los héroes de aquellas tribus (Cap. L, p. 451).

#### **4. Posible influjo en la formación intelectual de Benito Juárez**

Quien esté familiarizado con el contexto social y la vida de Benito Juárez (1806-1872), el gran reformista indígena que desde la Presidencia de México puso en vigencia las famosas leyes de Reforma (1857), hallará seguramente analogías entre los planteamientos teóricos del venezolano Roscio y las ejecutorias gubernamentales del estadista mexicano.

Benito Juárez, como Ministro de Justicia del Gobierno Liberal (1855) y como Presidente de la República (1857-1862), aplicó medidas contra los fueros corporativos de la Iglesia y sometió sus miembros a la justicia civil. Al promulgar y aplicar las leyes de Reforma en 1857, tuvo que defender con las armas principios tan avanzados como la legislación sobre “Mano muerta”, expropiación de los bienes del clero, eliminación de corporaciones (congregaciones y escuelas) religiosas para implantar la educación popular y laica, inhibición de la autoridad civil en materia de contribuciones en dinero o bienes a la Iglesia, restricciones a los directores espirituales para actuar como testadores, prohibición del pago de legados testamentarios en bienes raíces, etc. Recuérdese también que a Juárez correspondió actuar en la dura tarea del juicio y fusilamiento del Emperador Maximiliano de Austria. Estas analogías de acción con los postulados de *El triunfo de la libertad sobre el despotismo*, son obvias, pero no azarosas<sup>13</sup>.

Hay buena distancia cronológica entre Roscio y Juárez. Cuando Roscio publica la primera edición de su libro (1817), Juárez, nacido en 1806, apenas tenía once años de edad y aún vivía en su hogar paterno de Guelatao, poblado indígena en el interior del Estado de Oaxaca. Hablaba lengua zapoteca y aún no leía español. Un año después llegaría a la capital del Estado. En la ciudad de Oaxaca comienza a recibir educación a tiempo que trabaja como aprendiz en un taller de encuadernación, a cargo del fraile Antonio Salanueva, quien lo enseña a leer castellano. Despierta su vocación de lector en los textos de San Pablo, del Padre Feijoo y de innumerables obras religiosas. Su afirmación en la

---

[13]\_ Existe una edición accesible del pensamiento de Benito Juárez, compilada por Manuel Galich: *Benito Juárez, Pensamiento y acción*. Tiene un excelente Prólogo de Loló de la Torre (v. *Bibliografía*). Quien se interese por ahondar más en el conocimiento de Juárez deberá remitirse a: Jorge L. Tamayo (comp.). *Benito Juárez. Documentos, discursos, correspondencia* (14 vols.).

fe católica estuvo, pues, en manos de aquel fraile, además de estimulada por la atmósfera de una ciudad que Loló de la Torriente imagina así para esa época:

...Oaxaca vivía a la sombra de sus cúpulas y al abrigo de sus monasterios. Ciudad con catedral magnífica en cuyo frontispicio aparecen estatuas hieráticas y bajorrelieves de piedra tallada con maestría. Conventos llenos de reliquias litúrgicas. Casonas con patio y aljibe. Allí todos eran frailes o querían serlo, porque Oaxaca vivía en éxtasis ante el altar de María, pero esta mística unción se recogía también en el mercado en que Benito concurría a pasear, oír hablar su lengua y sentir el contacto directo con los pobladores de su comarca<sup>14</sup>.

Juárez vivía bajo la protección de su hermana Josefa, quien prestaba servicios como cocinera en una de aquellas casas “con patio y aljibe”.

Aparte de esas distancias de fechas, Roscio fue esencialmente un luchador doctrinario, cuya salud, como vimos, por su precariedad, le impidió actuar con las armas y apenas si desempeñó efímeras funciones de gobierno. Juárez crecería fundamentalmente como hombre de acción, ejecutor de reformas en la práctica de gobierno contra los abusos y privilegios del clero. Por lo demás se ha dicho que el zapoteco fue hombre de no muy densa cultura<sup>15</sup>. Entonces suena a presunción imaginar que

[14]\_ Prólogo a Juárez. *Pensamiento y acción*, pp. 8-9.

[15]\_ Abelardo Villegas, al referirse a Juárez, Gobernador de Oaxaca (1834), comenta: “Nada extraordinario, pues, nada radical; ni reformas agrarias, ni expropiaciones, ni explosiva libertad de conciencia. Uno de los múltiples censores de Juárez resumió así la situación: Juárez alcanzó la edad de cuarenta y seis años sin ser más que un buen, un afable burócrata con inclinaciones de patriarca; una cariñosa oveja, muy apegada a su lana del rebaño del Buen Pastor (...) Su inteligencia era mediana, su instrucción insignificante, y en consecuencia, en vez de adelantarse a su época, debía de ser uno de sus más caracterizados moluscos” (“Juárez en el horizonte liberal”. En: *México en el horizonte liberal*, p. 38).

el oaxaqueño hubiera leído el texto de Roscio, editado en Filadelfia y muy poco ligado a la realidad mexicana inmediata. Sin embargo, algunos biógrafos de Benito Juárez han sostenido que la obra de Roscio influyó en la formación del dirigente mexicano. Cito a Héctor Pérez Martínez:

Dos autores, dice un comentarista de la obra de Juárez, contribuyeron a formar el espíritu liberal del indio: Benjamín Constant y Juan Germán Roscio. El colaborador de los *Cien días*, derrama en el joven un nuevo punto de vista sobre esos ideales de los que oye hablar, a todas horas, en las aulas del Instituto. El venezolano Roscio, autor de un libro titulado *El triunfo de la libertad sobre el despotismo, en la confesión de un pecador arrepentido de sus errores políticos, y dedicado a desagraviar en esta parte a la religión ofendida con el sistema de la tiranía*, abre a su vez otra tronera al cielo azul.

Juárez hace de este último libro el compañero fiel. En los corrillos del Instituto gusta discutir ardientemente los temas del autor venezolano: la palabra “libertad” toma en sus labios una entonación grave, un sentido misterioso. Parece una invocación<sup>16</sup>.

Pareciera tratarse de imaginación fabuladora de un biógrafo, desconocedor de la obra de Roscio, la que dicta los párrafos anteriores. En el libro del venezolano, algo más que la palabra “libertad” hubiera impresionado al oaxaqueño; con su obra, Roscio no abre las troneras en el cielo azul, sino que los disparos verbales están dirigidos a incidir en la entraña del mundo terrestre. Pero si fuera cierta la afirmación, entonces habría que preguntarse cómo llegó la obra de Roscio a manos de Juárez, estudiante del Seminario de Oaxaca, donde obtuvo con honores, en 1828, el título de Bachiller en Artes. Tenía 22 años. Ese mismo 1828, por pugnas entre el poder civil y el alto clero, se funda en Oaxaca el

---

[16]\_ Héctor Pérez Martínez: *Juárez, el imposible*, p. 31.

Instituto de Ciencias y Artes, dirigido por el Dr. José Juan Canseco, de notoria filiación liberal. Juárez mismo evoca aquel cambio vocacional que lo sustrajo de haber sido un “cura de misa y olla”, como dice Loló de la Torriente y, en cambio, se orientara a los estudios de Derecho, para graduarse de abogado en 1831:

...muchos estudiantes del Seminario se pasaron al Instituto. Sea por este ejemplo, sea por curiosidad, sea por la impresión que en mí hizo el discurso del Dr. Canseco, sea por el fastidio que me causaba el estudio de la teología por lo incomprendible de sus principios, o sea por mi natural deseo de seguir otra carrera distinta de la eclesiástica, lo cierto es que yo no cursaba a gusto la cátedra de Teología, a que había pasado después de aprobar el curso de filosofía. Luego que sufrí el examen de estatuto me despedí de mi maestro, que lo era el canónigo don Luis Morales, y me pasé al Instituto a estudiar Jurisprudencia en agosto de 1828.

El director y catedráticos de este nuevo establecimiento eran todos del Partido Liberal y tomaban parte, como era natural, en todas las cuestiones políticas que se suscitaban en el Estado. Por esto, y por lo que es más cierto, porque el clero conoció de aquel nuevo plantel de educación donde no se ponían trabas a la inteligencia para descubrir la verdad, sería en lo sucesivo, como lo ha sido en efecto, la ruina de su poder basado sobre el error y las preocupaciones, le declaró una guerra sistemática y cruel, valiéndose de la influencia muy poderosa que entonces ejercía sobre la autoridad civil, sobre las familias y sobre toda la sociedad. Llamaban al instituto *casa de prostitución* y a los catedráticos y discípulos *herejes y libertinos*<sup>17</sup>.

En algún párrafo anterior de este trabajo señalé, como sin intención que, además de las dos norteamericanas, *El triunfo de la libertad sobre el*

---

[17]\_ “Apuntes para mis hijos”. En: Juárez. *Pensamiento y acción*, p. 34.

*despotismo* había alcanzado otras tres ediciones. Las omití con intención para retomarlas ahora.

En 1824 circuló una edición abreviada por alguien que se identifica con las iniciales N. S. Salió de la Imprenta de Martín Rivera, en la ciudad de México. Es de suponer que en aquella época las comunicaciones entre la capital y Oaxaca no serían tan directas como hoy. Es difícil, pues, que esa edición llegara a una ciudad monástica por excelencia, sobre todo por tratarse de un libro peligrosamente crítico. Juárez todavía estudiaba en el Seminario. No habría sido fácil que la obra traspasara los muros intelectuales de aquella casa destinada a la formación de sacerdotes. Tuvo que ser más tarde cuando el mexicano leyera al venezolano. Pérez Martínez precisa que fue en la época de estudios en el Instituto de Ciencias y Artes, cuya liberalidad, ponderada por Juárez, acabamos de transcribir.

El Instituto sí pudo acoger el libro de Roscio. Pero entonces se trataría de una edición *abreviada* en la ciudad de México. En ese caso no habría sido tan impactante para que Juárez convirtiera el libro en “compañero fiel”. Es aquí donde surge otra sorpresa.

En 1828, en Oaxaca, en la Imprenta York, a cargo de Juan Oledo, se imprimía otra edición, esta vez completa, de *El triunfo de la libertad sobre el despotismo*. En la portada se lee *tercera impresión*<sup>18</sup>, tal vez porque aludiera al carácter incompleto de la impresa en la ciudad de México, o porque el editor oaxaqueño conociera una sola de las publicadas en Filadelfia. Lo que importa es que ahora sí, en los años de cambio de conciencia y actitud frente a la religión, Juárez pudo haber leído el libro de Roscio, el cual influiría en la formación intelectual del futuro estadista para alejarlo del “rebaño”.

---

[18]\_ Pedro Grases, a quien se debe la edición de *Obras* de Roscio, publicadas en Caracas en 1953, reproduce facsimilarmente las portadas de las ediciones, tanto de Filadelfia como de México. Gracias a ello fue posible seguir la trayectoria del libro, como base de nuestro planteamiento.

Un libro que no tuvo en su tiempo muchos lectores venezolanos y ninguna edición en nuestro país, donde solo fue dado a conocer por Pedro Grases en 1953, halló en el indio zapoteco ese lector que salva una obra para la historia. Y tampoco termina aquí la cuestión.

Juárez culmina sus estudios de Derecho. Ejerce la profesión. Llega a ser Fiscal y Magistrado de la Corte Estatal. Asume la Gobernación del Estado de Oaxaca. Si no profundizó en grandes medidas, por lo menos se ocupó de romper un tanto el monopolio que la Iglesia ejercía sobre la educación. Modernizó el Instituto donde había completado su formación, del cual sería director en 1825. Accede al Ministerio de Justicia en 1855. Si hasta entonces su trayectoria no había sido estridente para convertirlo en el hombre temido y combatido, al acceder al Ministerio redacta una ley memorable que fue conocida con el nombre de *Ley Juárez*. Con ella desata las iras del alto clero, expresadas en la voz tonante del Obispo Munguía, de Michoacán. El liberal laico había alcanzado la plenitud de la madurez política.

A partir de 1855 en la política mexicana se opera un cambio decisivo. De una parte finaliza el arbitraje político del dictador Antonio López de Santa Anna, quien desde finales de la década de los 20 se había convertido en potencia omnímoda de la vida política mexicana. El movimiento encabezado por Comonfort, cristalizado en el programa liberal conocido como Plan de Ayuda, lleva a la Presidencia de México a Juan Álvarez. Comonfort asume el Ministerio de Guerra y Juárez el de Justicia. La influencia ideológica del indio oaxaqueño se deja sentir en las concepciones de un liberalismo avanzado<sup>19</sup>.

La *Ley Juárez*, sin ser un texto radical, establecía la igualdad de todos los ciudadanos, sin excepciones, ante las leyes. Eliminaba los tribunales

---

[19]\_ Una minuciosa versión de los acontecimientos puede leerse en: Ivie E. Cadenhead Jr. *Benito Juárez y su época*, especialmente caps. II y III.

especiales, privaba al clero de participar en elecciones. Fue suficiente<sup>20</sup>. No se trataba de atropellar a nadie, sino de abolir privilegios y prebendas. Pero el hostigamiento del alto clero se hizo abierto. Igual había de suceder con la conocida como *Ley Lerdo de Tejada*, según la cual era posible adquirir los bienes de la Iglesia. Se había iniciado el proceso de la *Reforma* que culminaría en 1857. Juárez pasó a desempeñar la Presidencia de la Corte Suprema de Justicia, que tenía rango de Vicepresidente de la República. Faltaba solo un paso: la Presidencia del país, y alcanzó a darlo.

La agitación social estimulada por el alto clero acompañó la gestión de Juárez como Presidente de la República. En aquel momento crucial, el libro de Roscio fue un respaldo ideológico invaluable para sustraer a los creyentes de la *obediencia ciega* y contrarrestar las amenazas de los sacerdotes contra quienes apoyaran la nueva Constitución liberal. En ese contexto aparece en la ciudad de México, en 1857, al cuidado de Simón Blanquel, editada en la Imprenta de Juan R. Navarro, una nueva edición de *El triunfo de la libertad sobre el despotismo*. Juárez entraba en la encrucijada de su labor reformista. Al poco tiempo se vería obligado a empuñar las armas para defender las conquistas constitucionales del liberalismo. El “compañero fiel”, como lectura, aparecía en las pocas manos de amigos y en las muchas de quienes acogieron aquellas leyes como una vía de dignificación y estabilidad para la República, poco antes de que se intentara la restauración monárquica. El poder de convicción de Juárez buscó seguramente apoyo argumental en la obra del jurista de nuestra independencia, para reafirmar planteamientos que, años después, analizaría en estos términos:

Triunfante la revolución era preciso hacer efectivas las promesas reformando las leyes que consagraban los abusos del poder

---

[20]\_ El texto de la famosa Ley de 1855 puede leerse en: *Benito Juárez. Pensamiento y acción*, en el apéndice *Documentos*.

despótico que acababa de desaparecer. Las leyes anteriores sobre administración de justicia que adolecían de ese defecto, porque establecían tribunales especiales para las clases privilegiadas haciendo permanente en la sociedad la desigualdad que ofendía la justicia manteniendo en constante agitación el cuerpo social. No solo en este ramo, sino en todos los que formaban la administración de justicia adolecían de ese defecto, porque la revolución era social (...) Era, pues, muy difícil hacer algo útil en semejantes circunstancias y esta era la causa de que las reformas que consigné en la ley de justicia fueran incompletas, limitándome solo a extinguir el fuero eclesiástico en el ramo civil y dejándolo subsistente en materia criminal, a reservas de dictar más adelante la medida conveniente sobre este particular<sup>21</sup>.

El objetivo anhelado por Roscio, de ser útil con su escritura en la lucha contra la industria de la fe, estaba alcanzado, treinta y seis años después de su muerte, en un país que no era el suyo, pero sí una prolongación de esa América que él ansiaba integralmente libre. Lo que en su libro había sido alegato y reclamo, llamado a una conciencia de igualdad y de justicia, se hacía tangible y se concretaba en ejecutorias legales llevadas a realización, con sacrificio y larga resistencia, por su lector: Benito Juárez.

Caracas, 1982.

### **Bibliografía citada**

CADENHEAD JR., Ivie E.: *Benito Juárez y su época*. México, El Colegio de México, 1975.

GRASES, Pedro: *Obras*. Caracas-México-Madrid, Seix-Barral, 1981. 17 vols. (Citados vols. 3, 5 y 6).

---

[21]\_ “Apuntes para mis hijos”, en: *Pensamiento y acción*, p. 53.

**JUÁREZ, Benito:** *Benito Juárez. Documentos, discursos, correspondencia.* México, Secretaría del Patrimonio Nacional, 1964-1970, 14 vols. (comp. Jorge L. Tamayo).

\_\_\_\_\_: *Benito Juárez. Pensamiento y acción.* La Habana, Casa de las Américas (Col. Nuestra América), 1975. (Comp. de Manuel Galich. Pról. de Loló de la Torriente).

**LOSADA, Benito Raúl:** *Juan Germán Roscio.* Caracas, Edics. de la Fundación Eugenio Mendoza (Biografías Escolares, N.º 10), 1953.

**PÉREZ MARTÍNEZ, H.:** *Juárez, el impasible.* Madrid, Espasa-Calpe, 1934.

**PINO ITURRIETA, Elías:** *La mentalidad venezolana de la emancipación.* Caracas, Edics. de la Universidad Central de Venezuela. Instituto de Estudios Hispánicoamericanos, 1971.

**ROSCIO, Juan Germán:** *Obras.* Caracas, Edics. de la Secretaría de la X Conferencia Interamericana, 1953; 3 vols. (Comp. Pedro Grases. Pról. de Augusto Mijares).

**VILLEGAS, Abelardo:** *México en el horizonte liberal.* México, UNAM, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos. (CCYDEL), (Col. Nuestra América, 3), 1981.

**ZEA, Leopoldo:** *El pensamiento latinoamericano.* México, Edit. Pormaca, 1965, 2 vols.

# Gonzalo Picón Febres: historiador de Venezuela intelectual<sup>1</sup>

*A Roberto Picón Parra*

## 1. En aquel tiempo

Después de la independencia venezolana, los cambios culturales más profundos operados en el siglo XIX venezolano pueden ubicarse en la década de los 70, durante el ejercicio presidencial de Antonio Guzmán Blanco<sup>2</sup>.

La expulsión de los jesuitas, la influencia —más o menos superficial— de la cultura francesa, las enseñanzas del pensamiento de Darwin y Comte, introducidas en la Universidad por Adolfo Ernst y Rafael Villavicencio, preparan el advenimiento de nuevas promociones científicas y literarias.

---

[1]\_ Este ensayo fue escrito como Prólogo al vol. I de *Obras Completas* de Gonzalo Picón Febres. Mérida, Universidad de los Andes, 1968, pp. 9-42. De dicho proyecto sólo se alcanzaron a editar los dos primeros volúmenes que contienen: *Nacimiento de Venezuela intelectual*.

[2]\_ “El hombre verdaderamente civilizador que ha producido Venezuela es el General Guzmán Blanco, que se gastó en laborar por Venezuela de cuantas maneras pudo. Él fue el agente intensamente activo del progreso de Venezuela, desde empedrar las calles, hasta levantar edificios monumentales y fomentar el progreso de las ciencias y de las letras en bibliotecas y museos. Venezuela no sabrá recompensarle cuanto hizo con verdadero interés por su engrandecimiento. Ninguno de los hombres que han influido en la política de Venezuela, ha hecho lo que Guzmán Blanco, el cual echó en todos sentidos los verdaderos fundamentos de un progreso que los demás mandatarios no han hecho sino aumentar de una manera vaga, imprecisa y llena de laudatorias que no llevan sino el camino de hacer permanentes los prestigios personales, y no las verdaderas necesidades del país” (Carta de Picón Febres a Julio Cejador, Mérida 18-3-1918. En: J. Cejador: *Epistolario*, II, pp. 342-343).

El romanticismo sentimental convive con las tendencias del socialismo utópico, antesala del Positivismo en Hispanoamérica —iniciado con Fermín Toro casi treinta años antes—. El “color local” de costumbristas y nativistas se inserta en el realismo para desembocar en la búsqueda de una novela temáticamente venezolana.

Las ciencias experimentales y la filosofía se desarrollan más a fondo. La revisión de nuestro pasado histórico preocupa a los talentos especulativos. La interpretación sociológica de nuestro devenir es abordada con métodos más eficientes.

La Universidad cambia en sus estructuras. La educación pública, gratuita y obligatoria se establece en el decreto. Las promociones estudiantiles que ingresan a la Universidad Central, por los años 70, reciben el mensaje directo de Ernst y Villavicencio. Aflora la polémica entre escolásticos y materialistas. Se funda la Sociedad de Amigos del Saber, alvéolo generacional del Positivismo venezolano. La polémica trasciende a la prensa. Se discute con vehemencia el destino de nuestro país<sup>3</sup>.

Cuando las estatuas de Guzmán Blanco se desploman arrastradas por los estudiantes universitarios, un proceso de nuevas contiendas y monotonías culmina con la llegada de Cipriano Castro al poder. La segunda intentona civil de un movimiento de masas queda cercenada con el silenciamiento del “Mocho Hernández”.

Con la muerte de Joaquín Crespo y la inutilización de Hernández, Cipriano Castro ve abierto el camino para que sus recuas acampen en la

---

[3]\_ “Por aquellos años, dos catedráticos de la Universidad, el Doctor Rafael Villavicencio y el doctor Adolfo Ernst, empezaron a propagar en sus cursos, el uno la filosofía positiva de Comte y el otro el darwinismo. De la Universidad pasaron ambas doctrinas a la ‘Sociedad de Amigos del Saber’, y de ésta a la prensa. En las columnas de *La Opinión Nacional*, diario el más leído de la época, Gil Fortoul emprendió larga campaña en favor del positivismo, primero; de la doctrina de Darwin, en seguida, completándola con el radicalismo de Haeckel y con las más categóricas teorías materialistas”. (Gil Fortoul: “Literatura venezolana”, p. 306).

plaza Bolívar de Caracas. En esa forma, por octubre de 1899, se inicia uno de los más debatidos ciclos de afirmación nacionalista. Aparejado con la defensa de la soberanía frente a los monopolios extranjeros, especialmente europeos, el llamado “andinismo” se impone.

Un odio indiscriminado contra todo hombre bajado de las sierras hacia el centro es el balance retaliativo que engendra el gobierno de Castro. La pugna de facciones recibe ahora el influjo ideológico de los positivistas, quienes aspiran a asumir posiciones de gobierno, como había ocurrido en México durante el gobierno de Porfirio Díaz. Cipriano Castro se rodea de figuras prestigiosas como Laureano Villanueva. No acepta adversarios. Cuando un intelectual se resiste a sus caprichos paga entre grillos y rejas su menuda disidencia. José Rafael Pocaterra ha evocado en testimonio escalofriante los mecanismos represivos de los cuales fue víctima.

En vísperas de ingreso a la “era del petróleo”, Cipriano Castro se enfrenta a las potencias que, para cobrarnos una de las tantas deudas externas, bajo pretexto de defender la civilización y el progreso, amenazan con invadirnos y aplastar nuestra soberanía. La firmeza nacionalista resultará a la larga, muy cara al caprichoso hombrecito del Táchira, agigantado en su actitud frente al imperialismo en acecho. Minada la salud, en abril de 1906 llama a su compadre Juan Vicente Gómez para que asuma el mando del país, como Presidente Encargado y hombre de su confianza. César Zumeta, desde Nueva York azuza para que “El Cabito” sea desconocido<sup>4</sup>.

Los partidarios de Castro procuran mantener las medidas defensivas de la soberanía expresadas en el embargo de intereses a algunas

---

[4]\_ César Zumeta publicó una serie de textos en *La Semana* de Nueva York, durante 1906, en los cuales abre fuego, con una carta dirigida a Cipriano Castro, donde “profetiza” de manera exageradamente fiel, la caída del gobernante, e incita a Gómez para que salve el país al quedarse con la Presidencia. (Cf. *La doctrina positivista*, tomo II, pp. 72-108).

empresas extranjeras. Pero ya se había desatado un codicioso renacer de El Dorado bajo la versión del petróleo. Los Estados Unidos, ejercitados en la usurpación de territorios a México, Cuba y Puerto Rico, no permitirían ningún tipo de brote rebelde frente a sus poderosos intereses en expansión. Panamá y Santo Domingo ya habían probado también la ferocidad represiva de los marinos yanquis. Es una vieja historia. Cipriano Castro había embarcado hacia Europa en busca de alivio para sus dolencias uro-genitales. Su regreso es interceptado en Curazao. El cuerpo lastimado del General es sustraído en ropa de dormir y trasladado en un buque de guerra norteamericano a Puerto Rico.

El compadre Gómez, que había aparentado hasta entonces una inquebrantable lealtad a su jefe y conterráneo, manipula y usa las esperanzas renovadoras de muchos hombres de pensamiento. El 19 de diciembre de 1908 se convierte en fecha simbólica de una nueva era conocida con el nombre de *Rehabilitación* y promovida con el lema de “Unión, Paz y Trabajo”. Consigna y esperanzas se verán muy pronto aherrojadas en Las Tres Torres, La Rotunda y el Castillo Libertador de Puerto Cabello, prisiones tenebrosas a cuyo simple nombre temblaba el país. Las primeras concesiones petroleras y la cesión de un buen trozo de territorio guajiro inauguran la era de la prosperidad mineral de Venezuela.

Latifundio y petróleo serán los pilares económicos de sustentación de Gómez. Positivismo y Modernismo, los justificativos ideológicos de la dictadura.

Las promociones positivistas y modernistas habían venido sosteniendo polémicas en las páginas de *La Opinión Nacional*, hasta la década de los 80. Del 90 en adelante, dos nuevas publicaciones, *Cosmópolis* y *El Cojo Ilustrado* serán los órganos de comunicación intelectual y estéticos, así como *El Universal* y *El Nuevo diario*, junto al no muy abundante mensaje literario, congregarán los mismos nombres intelectuales, algunas veces en calidad de rapsodas del nuevo caudillo.

El nacionalismo práctico e intelectual que rodeaba a Castro entra en un proceso defensivo, hasta que la tendencia criollista, imbricada en el modernismo, coloque las cosas en un punto intermedio. Las ideas cosmopolitas cobran vigor y sirven de vehículo para escamotear la conducta cívica de muchos escritores que, por oportunismo o miedo a las cárceles, si no elogian al caudillo, entonces callan, o escriben entrelíneas su mensaje.

La situación político-social de aquella Venezuela no hallará expresión literaria de protesta sino hacia 1928, excepto en casos como los de Miguel Eduardo Pardo, o la obra escrita en exilio de José Rafael Pocaterra, Rufino y Horacio Blanco-Fombona. Pardo y Díaz Rodríguez aluden en su narrativa a la época de Guzmán. Pedro María Morantes (Pío Gil) cebará su prosa panfletaria contra Cipriano Castro.

Las pugnas políticas entre intelectuales se juegan hábilmente en una contienda estética. Muchos escritores serán refractarios al Modernismo o al Positivismo, más por razones de comportamiento público que por auténticas diferencias artísticas o ideológicas. Los modernistas y positivistas convictos se cuidarán muy bien de no permitirse conductas literarias inconvenientes que hagan peligrar la hegemonía de que gozan en las esferas de la dictadura<sup>5</sup>.

El período del gomecismo será uno de los más ricos en el proceso de la literatura y el pensamiento venezolanos del siglo XX. En esa época, si se la juzga objetivamente, están las raíces de la cultura contemporánea. Desde el poder o contra él, la cultura literaria, cuantitativa y

---

[5]\_ “En Venezuela, el verdadero mérito literario está muchas veces en razón directa de las influencias o conveniencias políticas. Una reputación bien cimentada se tumba con la mayor facilidad por un charlatán, declamador o chisgarabís tristemente palabroso. Además, en la literatura priva la rivalidad más descarada, y los escritores se rompen a pedazos, en vez de contribuir noblemente a la obra de civilización nacional”. (G. Picón Febres a Julio Cejador, 18-3-1918. Cejador: *Epistolario*, p. 352).

cualitativamente, produce lo más valioso con que cuenta el patrimonio venezolano hasta por lo menos 1936, cuando nuevas promociones se empeñan en buscar otras respuestas a los problemas de la cultura.

## 2. Genio y figura

Gonzalo Picón Febres había nacido en Mérida el 10 de septiembre de 1860. Era hijo del Dr. Gabriel Picón Febres y de doña María del Rosario Febres Cordero. Murió en Curazao el 6 de junio de 1918.

Su infancia y adolescencia transcurren en Mérida. Despunta la personalidad voluntariosa empeñada en realizar estudios, pese a las economías familiares no muy cuantiosas. El niño decide trabajar como vendedor ambulante de la vecina población de Ejido y otros alrededores, en los sábados bulliciosos cuando los campesinos de Los Andes concurren a los mercados<sup>6</sup>.

En 1875 abandona su ciudad natal. Llega a Valencia para iniciar estudios profesionales. En 1877 se halla en Caracas y trabaja como dependiente en la Librería de los Carranza Rojas<sup>7</sup>. Allí comienzan sus primeros contactos y el aprendizaje directo con intelectuales que hacen

---

[6]\_ Cf. Pedro Pablo Barnola (S.J.) “Gonzalo Picón Febres. En el primer centenario de su nacimiento”. En: Picón Febres: *Libro raro*, pp. 7-19.

[7]\_ “(...) Sin duda que allá entre los estantes de la vieja librería de los Carranza Rojas, donde Gonzalo se ganaba honradamente un breve salario como dependiente detrás del mostrador, fue hallando pequeños ratos libres en los que a hurtadillas mascullaba páginas de cien variados libros con los que imperfecta y desordenadamente daba pábulo al hombre de literatura que lo acuciaba. Y en aquella misma librería, lugar a menudo de tertulias literarias, a la que concurrían no pocos de los ricos hombres de las letras de entonces, los Rojas y los Calcaño, los Saluzzo, Seijas, Marcano y otros, sin duda también el oído atento y la mente alerta del joven dependiente iría captando temas y opiniones, noticias literarias y enseñanzas, que caídas al desgaire, sin advertirlo aquellos maestros, servían de improvisada pero fecundante lección para el futuro escritor (...)” (Barnola, *loc. cit.*, p. 10).

tertulia en el negocio. Ingresaba en la Universidad en 1878, para estudiar Ciencias Políticas, aunque el Doctorado lo obtuvo en la Universidad de Los Andes (1895).

La Universidad de Caracas vivía la efervescencia de ideas evolucionistas y positivistas, divulgadas desde 1866, como se sabe, por Ernst y Villavicencio. Picón Febres se incorpora a la Sociedad de Amigos del Saber. Alterna, polemiza y finaliza distanciado de Gil Fortoul. Es amigo de Lisandro Alvarado y también del Padre Castro, adversario de Gil Fortoul en materia de ideas. Su seriedad en los enjuiciamientos literarios lo llevan a ser consultado por escritores más jóvenes que él, como Miguel Eduardo Pardo<sup>8</sup> e incluso llega a influir en algunos de los “novicios” del positivismo<sup>9</sup>. Paz Castillo cita otros nombres con los que Picón Febres pudo mantener contactos en la Universidad: Alejandro Urbaneja, Víctor Manuel Mago y Juan Francisco Bustillo<sup>10</sup>. De su parte, Gil Fortoul menciona entre los integrantes de aquella efímera Sociedad a Lisandro Alvarado, Luis López Méndez, Daniel Mac Carthy y César Zumeta<sup>11</sup>.

---

[8]\_ “Un día, cuando usted era apenas un muchacho, tocó la puerta de mi modesto cuarto de estudiante; y yo, extrañando su visita, me apresuré a recibirle con cariño. Llevaba usted un manojo de papeles en la mano, y me los dio para que yo los leyera. Usted no iba sino a hacerme una consulta, a ver si aquello me parecía bien así, a que yo, que era un recluta de las letras, le compusiera los errores cometidos; pero debo decirle con franqueza que yo no sabía de mi asombro. ¿Consultas a mí que todo sabía a consultarlo? ¿Qué podía enseñarle yo, si como usted era apenas un muchacho bisoño e ignorante?” (Picón Febres. “A Miguel Eduardo Pardo”. En: *Apuntaciones críticas. Obras Completas*, vol. V, p. 179).

[9]\_ “Obsérvese, finalmente, que en el grupo de los ‘Amigos del Saber’, es casi nula la influencia de los escritores contemporáneos, tal vez con la sola excepción de Picón Febres, de quien se hablará luego”. (Gil Fortoul. “La literatura venezolana”, p. 308). Lo cierto es que, después, alude a la obra de Picón Febres, pero no a la influencia que hubiera podido ejercer en aquella Sociedad.

[10]\_ Cf. Fernando Paz Castillo: “Gonzalo Picón Febres”. En: *Reflexiones de atardecer*, p. 252.

[11]\_ Gil Fortoul, *op. cit.*, pp. 305-306.

El ambiente cultural y literario de la época estuvo lejos de ser unánimemente receptivo a las nuevas doctrinas sociales y científicas que se discutían en las aulas.

Más que una limitación a la libertad de exponer ideas, por parte del guzmancismo, la traba esencial estaba en que “los escritores más conocidos eran en su mayoría católicos fervorosos y porque el medio social era hostil a toda propaganda revolucionaria, lo mismo en la filosofía que en la literatura”<sup>12</sup>. De ahí la beligerancia o el escepticismo de muchos; entre ellos, Picón Febres, quien por su pensamiento posterior se observa que oyó muchas de las ideas, admitió conforme a su leal saber y entender —para usar su frase preferida— lo que mejor le pareció. Mantuvo un criterio de independencia rotunda en cuanto a grupos, lo que debió granjearle no pocas antipatías, por el carácter un tanto caudillesco, en lo intelectual, que denunciaba el Gil Fortoul de entonces<sup>13</sup>.

Esa actitud escéptica y hasta reticente era común a buena parte de los jóvenes positivistas quienes, con diversos matices, se identificaban con el nuevo pensamiento social y mantenían una posición muy independiente en el enjuiciamiento de los problemas socioculturales del país.

---

[12]\_ *Ibid.*, p. 306.

[13]\_ Paz Castillo cita la entrevista anónima aparecida en *El Cojo Ilustrado*, (N.º 11, 1892), en la cual se lee: “Don Gonzalo, que a los 17 años de su edad estudió en la capital, seguramente tendrá amigos y malas voluntades, si no enemigos, de su época estudiantil. Por ello trajo consigo un poco de amarguras antiguas, sumadas a las del terruño, hijas de injusticias o descuidos que nunca faltan” (loc. cit., p. 247). Respecto de Gil Fortoul mantiene constante una opinión negativa cuando no el ataque frontal quién sabe por qué remotas diferencias, a más de las de carácter ideológico. Cuando escribe a Julio Cejador acerca de escritores venezolanos, en la misma carta citada antes, dice: “De propósito deliberado, insisto sobre José Gil Fortoul. Este señor es, en política, en literatura, en ciencias, en filosofía constitucional, en todo, el tipo perfecto del espectacularo (...) La tendencia de Gil Fortoul ha sido siempre a llamar la atención y a singularizarse de cualquier manera que sea, por un espíritu revolucionario e innovador, salga por donde saliere” (Cejador: *Epistolario...*, p. 350).

En cuanto a ideas estéticas, se enfrentaban sin mucho conocimiento del asunto al “decadentismo afrancesado”, como eran calificadas las nuevas tendencias de la poesía que desde los años 80 empezaban a sumar adictos entre los escritores venezolanos de mayor nivel en su formación<sup>14</sup>. La primera intervención literaria pública de Picón Febres fue con motivo del centenario del nacimiento de Andrés Bello, cuando en el Colegio Santa María, del Lic. Agustín Aveledo, fue organizado un acto en el cual el joven merideño leyó la silva “A la agricultura de la Zona Tórrida”<sup>15</sup>. Por aquellos mismos días tuvo lugar un acontecimiento muy singular; la visita del poeta José Martí. Se programaron numerosos actos con la participación del intelectual y luchador cubano. Las dotes oratorias que dieron fama al prócer en gestación, impactaron a Picón Febres quien, como la mayoría de los nuevos escritores se sintió influido por el brillo expresivo del visitante. Años después recordaría emocionado aquel acontecimiento en su obra *La literatura venezolana en el siglo XIX*.

La permanencia en Caracas termina en 1885, cuando visita Nueva York. Regresa a Venezuela y al año siguiente emprende nuevo viaje a Estados Unidos. Retorna a Mérida en 1887. Allí contrae matrimonio con doña Josefa Antonia Lares Paredes, en 1888. Inmediatamente los recién casados se marchan a París, vía Nueva York. El escritor llevaba investidura de cónsul en Saint Nazaire. De regreso a Venezuela recibe nuevo nombramiento como Canciller de la Legación de Colombia y Ecuador (1890). Desde Mérida se dirige a Bogotá. Casi inmediatamente después de posesionarse del cargo, es transferido con igual investidura diplomática a la

---

[14]\_ “La insistencia en citar a los escritores que empezaron a adquirir renombre en 1882 se explica porque todos, con excepción de López Méndez, viven todavía: porque a ellos les debe en parte la actual generación la libertad de escribir sobre todo género de asuntos; porque algunos de ellos han influido e influyen en los más jóvenes y, finalmente, porque ninguno ha padecido la epidemia de *decadentismo afrancesado*” (Gil Fortoul: “*Literatura...*”, p. 311).

[15]\_ Paz Castillo, *op. cit.*, p. 252.

Legación de Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica. Desde Colombia embarca vía Nueva York (1891)<sup>16</sup>.

Durante el desempeño de funciones diplomáticas ha madurado el intelectual y orador de brillantez análoga a la de su admirado Castelar. Ya ha editado dos libros que le ganan reconocimiento y respeto: *Páginas sueltas* (1889) y *Revoltillo* (1890). Publica numerosas colaboraciones en renombradas publicaciones caraqueñas: *La Opinión Nacional*, *El Monitor*, *Diario de Avisos* y *La entrega literaria*<sup>17</sup>.

El escritor que retorna a Caracas en 1892, “tiene a la sazón 32 años de andar y ver entre libros. Es un hombre puntilloso. Un hidalgo de provincia, a ratos malhumorado, al parecer, como uno de esos personajes de Pereda”<sup>18</sup>. Ya tiene, pues, fijados el talento y la personalidad que habrán de acompañarlo hasta el último día: díscolo, sensible a los ataques; de palabra huraña en el hablar y, a veces, también en la escritura. Guarda afinidades con sus muy admirados amigos personales y de lectura: Rufino Blanco-Fombona, Juan Montalvo, José Enrique Rodó, Miguel de Unamuno. Al mismo temple humano y literario pertenece por su manera de mirar el mundo. En la biblioteca irá guardando, celosamente, libros dedicados por aquellos hermanos mayores del ensayo hispanoamericano.

Desde su regreso al país, la vida del escritor alterna entre Caracas y Mérida. Permanece más tiempo en la capital. Desempeña diversos cargos en la Administración Pública y, sobre todo, escribe. Escribe mucho. Su prestigio intelectual rebasa la frontera del propio país. Llega a ser designado Miembro Correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua. Por convicciones nacionalistas se identifica con el régimen

---

[16]\_ Datos suministrados por el Dr. Roberto Picón Parra, nieto del escritor.

[17]\_ Página autobiográfica inédita.

[18]\_ Paz Castillo, *op. cit.*, p. 247.

de Cipriano Castro, en cuyo gobierno alcanzará la designación como Ministro de Relaciones Interiores<sup>19</sup>.

A partir del momento en que Gómez asume el poder, Picón Febres reside en Mérida. Ha padecido sinsabores y desencantos en su actuación dentro de la vida política. En 1910, un coterráneo, Gobernador del Distrito Federal, logra convencerlo para que pronuncie un discurso conmemorativo del centenario del 19 de abril. Acepta y va a Caracas. En las primeras frases expresa su agradecimiento al Gobernador amigo. Termina el discurso. Gómez, presente en la ceremonia, ha sido omitido en la esperada lisonja. No perdona el desliz (¿involuntario?). Regresa a Mérida. En torno suyo va creciendo la leyenda de un hombre huracán, medio hereje, autor de novelas “escabrosas”. Vive en casa de altas ventanas con romanillas. Sale poco. Escribe infatigablemente. Uno de los escasos amigos es el médico, positivista y rector universitario Diego Carbonell. Investiga datos sobre escritores venezolanos para su amigo el historiador literario español don Julio Cejador. La ciudad apacible mira el hacer literario inquieto del hombre que está bosquejando una

---

[19]\_ Roberto Picón Parra nos suministró en forma resumida los datos relacionados con cargos y distinciones de Picón Febres entre 1892 y 1909. Los transcribimos textualmente: Electo miembro del Ateneo de Caracas (1894), Jefe de la Sección de Estadística del Gran Estado de Los Andes (1894), Ministro Relator de la Corte Superior de Justicia de la misma Entidad Federal (1895); desde 1897 permanece la mayor parte del tiempo en Caracas. Representa a la Universidad de Los Andes en la inauguración de la estatua erigida a Arístides Rojas. Desempeñó los siguientes cargos públicos en los regímenes de Joaquín Crespo y Cipriano Castro: Director de Política del Ministerio de Relaciones Interiores (1897), Director de Correos en el Ministerio de Correos y Telégrafos (julio, 1898). Senador electo por el Estado de Los Andes y Vicepresidente del Senado (1899). Individuo de Número de la Ac. Venezolana de la Lengua, pero no llegó a posesionarse. En 1900 es designado Miembro Correspondiente de la Academia Española. Se radica en Mérida hasta 1906, cuando Cipriano Castro lo llama a desempeñar la Dirección de Política y luego el Ministerio de Relaciones Interiores (1907). Al año siguiente es designado Cónsul en Nueva York. Destituido Castro, regresa a Mérida (1909).

biografía de Simón Rodríguez mientras va creciendo un trabajo mayor de investigaciones acumuladas durante años: *Nacimiento de Venezuela intelectual*. Es su segunda gran empresa de historia literaria. La había precedido una *Literatura venezolana en el siglo XIX* que, al circular en 1906, lo consagraba como el primer gran historiador de nuestra literatura.

Silencioso y silenciado por no danzar en el círculo de acólitos del gomecismo, siente el apremio del tiempo para completar su obra. Un muchacho colegial en quien despunta la vocación literaria, merodea por la casa de don Gonzalo como si quisiera hurtar un secreto alquimista. Muchos años después, escribirá la silueta, casi la sombra de un hombre en la niebla y una ciudad. Mariano Picón Salas rememora:

Entre los más misteriosos vecinos de Mérida, cuando yo era muchacho, muy aficionado a oír historias pasadas y anécdotas de las gentes, contábase mi lejano deudo don Gonzalo Picón Febres, a quien solo vi a distancia reverencial, sin acercarme ni hablarle, en dos contadas ocasiones. Una fue cuando pronunció con elocuentísimo garbo un discurso de orden en una velada de la Universidad de Los Andes; otra, al salir ya muy cansado y vencido, en las antevísperas de su muerte, de la clínica del Dr. Diego Carbonell. Y los muchachos del colegio que merodeaban en la plaza y a quienes había llegado la fama del novelista, lo señalaron como los florentinos debían señalar a Dante.

Y la leyenda de Picón Febres, en una sociedad como aquella —era en 1918— la misma sociedad que había pintado en *Fidelia* veinticinco años antes, se configuraba de muy varios episodios y circunstancias. Primero, que después de haber llevado una juventud brillante (...) hubiera renunciado en el otoño de su vida a toda ostentosa figuración y vuelto a la provincia a encerrarse en la añosa casa que habitaban sus hermanas viudas y solteras. Ahora, no tenía trato con nadie; no se le veía en matrimonios y velatorios, no iba a felicitar al Presidente del Estado

cada 19 de diciembre, aniversario de la “Rehabilitación” y pasaba todo el día en su escritorio, llenando cuartillas. Porque todo eso era desusado para el vivir provincial, los mismos muchachos del colegio fuimos más de una vez a espiarlo en su casa. Era un primero y tácito homenaje a la Literatura que para nosotros parecía más gloriosa e inaccesible que los canos picachos de la sierra de Mérida. Pero las grandes ventanas, acorazadas de altas y muy tejidas celosías, no permitían sorprenderlo en su gabinete de Doctor Fausto<sup>20</sup>.

En 1913 realiza un corto viaje a París. A mediados del año siguiente está de vuelta en Venezuela. La vida fatigada, el cansancio moral alimentado por los desencantos y las mezquindades intelectuales con que hubo de purgar su gesto de omisión respecto a Gómez, apenas le permitirán una supervivencia de cuatro años. Los dedica a ordenar papeles personales junto a sus hijos Roberto y Eduardo Picón Lares, en quienes ha prendido la vocación intelectual. Termina el compromiso de proporcionar información literaria sobre Venezuela a Julio Cejador, cuando el historiador español culminaba la redacción de su *Historia de la Literatura Española*.

Rodeado de aprecio y elogios por parte de escritores hispanoamericanos, españoles y contadísimos venezolanos cuya amistad no le había sido retirada, permanece en Mérida hasta un día de abril de 1918 cuando, acompañado por el hijo Eduardo sale de su reclusión en la Clínica del Dr. Diego Carbonell: “...bien valía la pena detenerse en aquel hombre enfermo, modestamente vestido, ese día, de liqui-liqui blanco, negro sombrero borsalino y anteojos oscuros aquel que era una de las mayores glorias regionales”. Así lo ve marcharse Picón Salas<sup>21</sup>.

---

[20]\_ Mariano Picón Salas: “Memoria de Gonzalo Picón Febres”. “Retrato provincial”, pp. 9-11.

[21]\_ *Ibid.*, p. 9.

Cien años antes, el abuelo, don Gabriel Picón, debía salir de Mérida junto a Campo Elías para seguir a Bolívar y cooperar en la ejecución del Decreto de Guerra a Muerte, caer herido por una bala emisaria de gangrena, en la batalla de Cerritos Blancos, al lado de José María Carreño. Lo remitirían a Valencia. De allí, el propio Libertador habría de enviarlo a recuperarse en casa de sus hermanas María Antonia y Juana Bolívar, en Caracas. Poco tiempo después Boves asediaba la capital. El abuelo Gabriel embarcaría rumbo a Saint Thomas, donde pudo hacerse de preciosas ediciones de clásicos griegos y latinos, autores ingleses y franceses. Escribió un menudo diario de soldado culto y todo lo legó en herencia al nieto, escritor incipiente, para que profundizara sus conocimientos literarios. Ahora, éste también se está marchando en un barco, a buscar alivio inútil a sus dolencias, morir de cara a la pared, silencioso, después de escribir una última carta de cumplido amigo a don Julio Cejador. El canto de algún pájaro antillano le hará remorar entre delirios y letargo el bullicio de trinos escuchados diariamente en el solar de la vieja casa merideña. Allí quedará, con sus huesos cansados, en Curazao, sepulto en un olvido que lleva más de setenta años.

### 3. Regionalismo y cosmopolitismo

Gil Fortoul describe el ambiente literario de Caracas de los 80 en estos términos: “Cuando muere Cecilio Acosta (1881), las letras venezolanas aparecen en un estado interesantísimo de anarquía y, consecuentemente, de gestación y renovación. Allí ha de irse a buscar el origen o comienzo de la literatura contemporánea”<sup>22</sup>. En ese contexto se forma la promoción en la que, cronológicamente, pudiera ubicarse Picón Febres.

La visita de José Martí había desatado una furia oratoria y, al mismo tiempo, afirmado las tímidas expresiones de “Bohemia” y decadentismo

---

[22]\_ *Loc., cit.*, p. 304.

que despuntaban ya en algunos escritores del Romanticismo agónico. Pérez Bonalde y Bolet Peraza, desde Nueva York, Diego Jugo Ramírez y Jacinto Gutiérrez Coll animaban a través de la revista *Las tres Américas*, el proceso de una sacudida literaria. Lo que inquietaba ahora eran las estéticas nuevas, propuestas por Wagner en la música y por Edgar Allan Poe en la poesía. No obstante muchos seguían empeñados en abrir caminos a un autoctonismo no siempre bien definido. Se buscaban, pues, lenguajes personales en lo venezolano o en lo europeo. Mas la voluntad común se concretaba en un término: renovar.

El Picón Febres que llega a Caracas en 1877 apenas si tenía lecturas de los clásicos españoles, griegos y latinos, a más de algunos autores franceses. Venía deslumbrado, además, con los destellos verbales de la oratoria de un español que agitaba los públicos peninsulares: Emilio Castelar. En la entrevista que le publica *El Cojo Ilustrado* por 1892, confesaba lecturas que lo habían moldeado: “Juan Valera, Pi y Margall, Revilla, Alas, Menéndez y Pelayo, Galdós, Pereda, la Pardo Bazán y un centenar más de autores españoles, franceses e hispanoamericanos”<sup>23</sup>. Con ese armamento literario y, sobre todo, con una enorme independencia de criterio intelectual, Picón Febres sostendrá su batalla equidistante entre positivismo y modernismo, de una parte; de otra, las imposiciones de un romanticismo extemporáneo, atrincherado en la Academia de la Lengua, donde acaudillaban don Julio Calcaño y sus seguidores, empeñados en no admitir otros modelos que no fueran los del “buen gusto” neoclásico y un sentimentalismo católico donde se tamizaba el romanticismo.

Los años y las lecturas incesantes convertirán al historiador literario merideño en el más consciente —aunque no siempre imparcial— revisor del patrimonio literario venezolano. Tendrá bien leídos a historiadores,

---

[23]\_ Paz Castillo, *loc. cit.*, p. 255.

poetas, primeros narradores nacionales. El término de comparación lo hallará en España o el resto de Hispanoamérica. Su admiración por Rodó es tan grande como el desprecio por Lugones. Su respeto por Díaz Rodríguez y Díaz Mirón, tan consecuente como la irónica oposición a Gil Fortoul. La identidad de puntos de vista y carácter con Blanco Fombona, tan definida como su rechazo a Semprum y Julio Calcaño.

Esta posición de independencia no era tan neutral. Estaba teñida por un nacionalismo regionalista que habría de granjearle cierta saña primero, el silencio después, particularmente de los belicosos afiliados a las páginas de *El Cojo Ilustrado*. En esta actitud hay que exceptuar al ecuaníme director Jesús María Herrera Irigoyen, quien le ofreció las páginas de su prestigiada revista. En *El Cojo Ilustrado* aparecieron en 1897 los primeros capítulos de *El Sargento Felipe*, con dibujos de Arturo Michelena.

Su combate contra el afrancesamiento cultural de Venezuela comienza desde los mismos días de la autocracia de Guzmán Blanco. Terminará con su último día de vida. Su actitud frente a España, implacable en el juicio político e histórico, respecto al proceso emancipador, se torna simpática y respetuosa al juzgar los valores intelectuales, entre cuyos nombres contaría con nobles amigos: Miguel de Unamuno, Julio Cejador, José María de Pereda, Leopoldo Alas, Pedro Antonio de Alarcón, Emilia Pardo Bazán y siempre Emilio Castelar. Como lector arremetió sin contenciones contra algunos juicios, especialmente los de Menéndez y Pelayo<sup>24</sup>.

---

[24]\_ Agonizante, desde Curazao, cuando envía a Cejador los datos sobre escritores venezolanos, en la carta escribe: “Le agradeceré mucho se digne conseguirme sendos ejemplares de los discursos leídos por Castelar en la Academia Española, después de su recepción, excepción hecha del último”. (Cejador *Epistolario...*, p. 316). Y en relación con Menéndez y Pelayo, el propio Cejador comenta que el merideño a veces llegaba a destemplarse con don Marcelino, a quien de todas maneras admiraba. (Cejador. “In memoriam”, *Obras Completas* de Picón Febres, vol. V, p. X, ed. Picón Lares).

En su análisis sobre la promoción literaria de 1880, Gil Fortoul establece dos características fundamentales: “...Primero rompe con las tradiciones académicas, y aun con la tradición neoclásica, no obstante la admiración de López Méndez por los clásicos del Siglo de Oro, y la de Alvarado por la tendencia de Cecilio Acosta; segundo, es deliberadamente cosmopolita, y de ahí que, en vez de reflejar a una sola escuela extranjera, procura asimilarse de todas ellas, lo que parece beneficioso a las letras americanas”<sup>25</sup>.

Positivismo y modernismo llegan a confluír y hasta coexistir como corrientes en las décadas de los 90 hacia adelante. Recuérdese que el primero surge en el pensamiento venezolano en 1866, cuando el romanticismo literario permanecía en auge. Uno de los principales ideólogos positivistas —José Gil Fortoul— se manifiesta contradictorio respecto a lo que sería después el Modernismo poético. En cambio Lisandro Alvarado, entusiasta y comprensivo, dedicará páginas importantes a analizar la poesía lírica venezolana de aquellos días<sup>26</sup>. Si esto sucedió con dos relevantes figuras positivistas, entonces no es muy exacta la afirmación de Picón Salas en torno a la posición, más receptiva, de Picón Febres a quien, sin embargo, cataloga de escritor a destiempo<sup>27</sup>. Parece más ajustado señalar que Picón Febres fue consecuente con su actitud nacionalista, en lo político —por su adhesión a Cipriano Castro— y en lo literario, por su concepción expuesta de modo reiterado, respecto a la novela nacional<sup>28</sup>. No fue enemigo a

---

[25]\_ *Loc. cit.*, p. 311.

[26]\_ Cf. Alvarado: “La poesía lírica en Venezuela en el último tercio del siglo XIX (Discurso de incorporación en la Ac. Venezolana de la Lengua, leído el 23 de abril de 1922). Se puede leer en *Miscelánea de Letras e Historia. Obras Completas de...*, vol. V, pp. 235-255.

[27]\_ Picón Salas, *op. cit.*, pp. 14-15.

[28]\_ En la carta a Miguel Eduardo Pardo, en relación con la novela nacional, se lee

ultranza de los modernistas. Así lo indican sus opiniones sobre Díaz Rodríguez, Blanco Fombona o Díaz Mirón. Los reconoce como individualidades de talento y ve en sus obras calidades de estilo. Es particularmente atinado su juicio referido a *Sensaciones de viaje*<sup>29</sup>. Su reticencia fue en torno al movimiento de conjunto, que él concebía como una actitud antinacional de la nueva escuela. Era un prejuicio que terminó convertido en lugar común. Hacia la personalidad y la obra de Rodó mantiene una admiración fundada en la posición defensiva de la cultura hispánica frente a la sajona, que forjó en Hispanoamérica la tesis del “arielismo”. En resumen, lo que Picón Febres no perdonó nunca y combatió sin tregua fue la actitud exclusivista del movimiento modernista venezolano, al que disparó sus dardos verbales cada vez que le fue dado y contra cuyo crítico por antonomasia, Jesús Semprum, mantuvo una actitud despectiva en respuesta a los ataques que sistemáticamente le había lanzado el escritor zuliano.

Hay que reconocer que la actitud de Picón Febres fue siempre lineal, congruente con su visión crítica del mundo. No se oponía a los talentos nuevos. Así lo muestra su carta a Miguel Eduardo Pardo, elogiado primero por algunos positivistas —Gil Fortoul, Zumeta—, negado después

---

lo siguiente: “La novela política, la novela social, la novela de costumbres, caldeadas por el fuego de nuestro sol y embalsamadas por la fragancia de nuestra vegetación maravillosa, están por escribirse en Venezuela. Barro criollo, mármol criollo, oro criollo, los tenemos espléndidos y ricos; lo que falta son artistas que se resuelvan a trabajarlos con esmero, como lo hacen de ordinario con todo lo que es exótico en la Patria” (En: *Apuntaciones críticas*, p. 202). Un análisis más pormenorizado sobre la novela, donde aplica estas ideas y las complementa con otros elementos, está en el cap. final de *La literatura venezolana en el siglo XIX*.

[29]\_ “Uno de los elementos que más directamente contribuye a la belleza de su estilo, es el elemento poético, y por eso tiene mucho de cadencioso y rítmico. No sé por qué se me figura que usted ha hecho y hace versos; y si esto no es verdad, declaro que tiene usted un oído admirable para hacerlos brillantes y sonoros, y que inconscientemente los escribe”. (“Del ritmo en la prosa. En defensa propia”. En: *Apuntaciones críticas*, pp. 14-15).

por ellos mismos. Sus ideas relativas al futuro literario inmediato por la ruta del regionalismo de gran factura, no fueron desmentidas. Las corroboraron al poco tiempo, en obras, por ejemplo, Rómulo Gallegos, quien pareciera seguir por coincidencia los consejos que Picón Febres había escrito a Miguel Eduardo Pardo<sup>30</sup>.

Si hubiera que aludir a detracciones y contradicciones, es también justo decir que las ideas de Gil Fortoul, referentes a una literatura nacional, no distan mucho de lo que Picón Febres realizó en la obra. Semprum, partidario irreductible de los modernistas, se quedará después aferrado a esa posición y lanzará ataques virulentos contra las literaturas de vanguardia en 1928 y, para ello, esgrimirá argumentos regionalistas semejantes a los sostenidos por Picón Febres<sup>31</sup>. En cambio Gil Fortoul, receloso con ciertas expresiones del Modernismo, aunque narrador cercano al simbolismo en su novela *Julián*, recibirá con frases de comprensión y simpatía el advenimiento vanguardista de *Válvula*<sup>32</sup>.

---

[30]\_ “Deje que su talento se ejercite en ese campo, y contribuya eficazmente a la formación de la literatura autóctona, ya que la nuestra no lo es por el espíritu de imitación que nos domina. Recuerde usted que trabajar por el carácter enteramente propio de las literaturas, es trabajar por el engrandecimiento de los pueblos que en ellas se reflejan en naturaleza y en espíritu” (“A Miguel Eduardo Pardo”. *Apuntaciones...*, p. 202). (V. también nota 28).

[31]\_ J. Semprum. “La revista de la vanguardia”. En: *Fantoches*. Caracas, 11 de enero de 1928.

[32]\_ Cf. Gil Fortoul: “Vanguardismo poético”. En: *Sinfonía inacabada*, O. C., vol. VII, pp. 389-399. Es de notar que el carácter comprensivo de Gil Fortoul respecto al vanguardismo, contrasta con su actitud refractaria contra el decadentismo venezolano de los 80. Vale citar a modo ilustrativo su opinión algo ambigua: “Ni adversario adusto ni defensor apasionado de lo que ahora llaman vanguardismo. ¿Adversario por qué? Trátase de una tendencia, de un entusiasmo, de una aspiración colectiva, que pretende renovar o rejuvenecer formas de arte, y para oponerme a eso no tengo ni autoridad, ni fuerzas, ni voluntad. Por otra parte, sería necio desaire aparecer como viejo caballo cansado corriendo detrás, a distancia, de potros briosos y relinchadores” (p. 389).

Picón Febres sostuvo la idea del eclecticismo en la valoración literaria como un principio, al menos en teoría<sup>33</sup>. Aunque algunas veces se dejó llevar por pasiones y enemistades donde convivieron pero no coincidieron, tres posiciones estéticas: Positivismo, Regionalismo y Modernismo (Cosmopolitismo). En su descargo debe admitirse que la mayoría de las veces sostuvo una posición justiciera. Y si algunos escritores venezolanos contemporáneos se enemistaron porque el crítico intentó colocarlos en el imperdonable justo sitio, sin incurrir en elogios de capillas a las que fue reacio, por contraste Julio Cejador le censura un exceso de bondad o condescendencia con nuestros intelectuales<sup>34</sup>. No es fácil la tarea del crítico literario y menos en tiempos de agudas pugnas personales cuando la defensa de un prestigio intelectual, mayor o menor, significaba conquistar o mantener posiciones dentro del poder.

Lo que Picón Febres combatió más a lo hondo fue el mimetismo, el excesivo apego a fórmulas ajenas. Y no olvidemos que el propio Darío advertía: “mi literatura es mía en mí”, frase connotadora de un rechazo

---

[33]\_ “...Si en algún campo se necesita ser ecléctico, no parcializarse, dar a cada uno lo que es suyo y afrontarse lanza en ristre contra el exclusivismo intransigente, es en el campo de la literatura. Ni la belleza es privilegio exclusivo de una originalidad tan solo, ni la originalidad para ser bella debe ajustarse a determinado género poético, ni todas las originalidades son iguales en esencia y en potencia, ni deja de ser bella cada una en el carácter y en la forma de sus manifestaciones, ni puede serle fácil o hacedero, ni incurrir en la imitación vulgar y por lo mismo pobre y necia, cambiar por otra su índole personalísima. En este caso, la belleza no depende sino de la complexión genial, de la organización de espíritu, del temperamento especial de cada artista” (“A Miguel Eduardo Pardo” *Apuntaciones...* p. 186).

[34]\_ “Es demasiado blando y alabancioso con los escritores de su tierra, y sus ideas religiosas le hacen ver con anteojos ahumados a sus adversarios católicos” (Cejador, “In memoriam”, p. X). Cejador, menos que ninguno tenía bases para emitir, en justicia, semejante opinión, cuando Picón Febres le había escrito y enviado descarnados y severos enjuiciamientos confidentiales sobre muchos de sus contemporáneos. Así lo indican las cartas publicadas en el *Epistolario de escritores hispanoamericanos*, a cuyos documentos apelamos. (Cf. especialmente el vol. II, pp. 316-340 y 345-349).

a la condición de los epígonos, que inevitablemente proliferan dentro de las escuelas cuando sus códigos se institucionalizan. El Modernismo venezolano, visto a distancia, ciertamente no aportó grandes nombres a la poesía continental. En lo novelístico la figura que trascendió fronteras y época fue Díaz Rodríguez, a quien Picón Febres terminó juzgando con equidad. En cambio la novela regionalista, durante los primeros treinta años del siglo XX alcanzó cima y reconocimiento en el contexto narrativo hispanoamericano.

#### **4. Una conspiración de silencio**

Las batallas literarias o estéticas, en general, en cualquier país, en todos los tiempos, llegan a ser más crueles que las de índole política. Disputas de las letras con las letras existen desde los tiempos de Aristófanes. Mucho antes, o casi al mismo tiempo que las disputas de las letras con las armas, aunque haya armamentistas presuntuosos de letras y letrados armados de todas armas como los veía Cervantes.

Los bandos literarios llegan a encarnizarse tanto que pueden hasta sufrir atomizaciones semejantes a las que son crónicas en los partidos políticos. Parece normal. Cuando un movimiento literario sale a su específico terreno de lucha, comienza por negar lo anterior inmediato. Es casi ley de pugna entre corrientes o generaciones.

Resulta más difícil mantener una posición independiente en lo artístico o literario que en lo político. Los independientes políticos llegan a cotizarse, en oportunidades, a precios insólitos. Se vuelven exportables o insoportables. Los escritores independientes están expuestos a cual más para recibir el fuego cruzado entre los contrincantes, pues carecen de trincheras. Cuando las buscan en bandos políticos pasan a ser una mercancía barata, liquidable por mudanza.

En cada época literaria, en cada grupo, si no existe un crítico que formule y agencie su proyección y publicidad, los propios escritores se encargan de la defensa y el elogio mutuos. El efecto de *boom* es tan antiguo como las generaciones mismas del arte y la literatura. La tarea del crítico vive arriesgada como ninguna a hundirse en el subjetivismo cuando no en el sectarismo, si quien la ejerce anda inserto en un solo contingente intelectual. Y si, por el contrario, aspira a ser objetivo y para ello mantiene un criterio lo más próximo posible a la ecuanimidad, entonces recibe las granizadas de los diferentes sectores, o terminan negados cual especie en extinción. Los críticos literarios independientes llegan a ser, pues, reporteros de guerra de la literatura.

Cuando Picón Febres comenzó a ejercer el trabajo crítico, apenas si existía la historia literaria en Venezuela. Ambos campos estaban poco diferenciados. Hasta no hace mucho, nuestra crítica se había tipificado en lo histórico, lo literario y lo artístico, por su carácter instantáneo, por el juicio al galope, emitido alrededor de una figura o una obra con quien se tiene identificación empática; se comenta un determinado libro en el periódico a veces en obediencia a intereses, amistades o compromisos de la empresa y no en función de un criterio autónomo de quien emite el dictamen. Los estudios críticos realizados con rigor metodológico, los análisis monográficos, son muy recientes y aún escasos. Por esto sobreabundan los libros de “ensayos”, que no siempre son tales, acaso notas volanderas, donde no falta la apreciación zahorí, la idea ingeniosa, y otras el “descubrimiento” de antiguas novedades. Mayor ausencia se nota en el estudio de corrientes y movimientos literarios de conjunto.

El hecho de que Picón Febres tratara de poner en justo sitio el acontecer histórico de nuestra literatura desde sus orígenes hasta un riesgoso presente, pudo ganarle antipatías por parte de algunos de sus contemporáneos; repulsión y contraataques de sus compañeros de oficio

crítico, olvido y silencio de unos y otros. Quedan como balance dos obras capitales de nuestra historiografía: *La literatura venezolana en el siglo XIX* y *Nacimiento de Venezuela intelectual*.

Su obra de creación fue omitida, ocultada, cuando no citada apenas con cierto desgano o miedo de revelarla. No ocurrió así en otros países, ajenos a la monotonía estética, escenificada en familia, de los años 90 en adelante.

Conciencia del riesgo de la crítica tuvo Picón Febres desde muy temprano. Por eso acometió en silencio la tarea de historiar la literatura. El ejemplo de Baralt y su *Resumen de la Historia de Venezuela* estaba aún fresco: haber rozado apenas la epidermis viva de nuestro caudillismo posterior a la independencia, insertar en su historia a personajes que aún vivían, costó al intelectual zuliano un exilio irreversible. La obra crítica e histórica del merideño está salpicada, como lo está la de Semprum, Julio Calcaño y Julio Planchart, con los zumos ácidos de la polémica, la rivalidad, las tácticas de ataque y defensa. Por eso se enfrentó con energía y a veces con áspera adjetivación, con vocabulario ríspido, a aquella forma de crítica que campeaba en el periodismo venezolano de fines de siglo:

Pero así, de esa manera lamentable, anda la *crítica* en Caracas. La llaman *crítica* pero no es tal, sino censura ponzoñosa, maledicencia infame o charlatanería ridícula. Existen y vocean por ahí unas cuantas palabrejas, menguados de conciencias, egoístas por temperamento, y forjadores de libelos iracundos, que no escriben sino para difamar, para herir desde la encrucijada sombría de su odio a los que no les hacen caso, para reírse con risotada soez, como los payasos y los pobres arlequines, de los hombres que tienen muy a menos agavillarse con ellos para nada. Son los mismos que se figuran que Caracas es el mundo, como se figuraban de Atenas los bizarros atenienses, pero estos con razón; que

hablan a cada rato, en jerigonza, de la Grecia antigua, y no han leído ni el compendio de su historia por Duruy; que hacen befa y escarnio de la literatura española (sin conocerla en ninguna de sus épocas sino de oídas) y ensalzan en todos los tonos a Don Juan Montalvo, que fue escritor de pura raza castellana; que se ríen de Zorrilla, de Campoamor y Núñez de Arce, y elogian sin tasa ni medida al primer ensartador de *kakemonos*, de *canéforas* y de pupilas *espectrales* que sale a relucir en los periódicos; que abrigan la convicción profunda, fundada en la *experiencia* y en la *sabiduría*, de que de la bondad y gloria de los escritores no la deciden sino las mezquindades del momento y la carcajada impura de los histriones de la época, y que no viven sino de apedrear, con piedras llenas de fango la buena fama ajena<sup>35</sup>.

No fue otro el lenguaje con que Antonio Leocadio Guzmán o Juan Vicente González expusieron sus puntos de vista políticos en tiempos de agrios encuentros entre liberales y conservadores. Si además se revisa la crítica literaria escrita en Venezuela durante el siglo pasado y los comienzos del presente, podrá comprobarse cómo prosistas destacados degradan sus instrumentos expresivos a la hora de defender su propia obra y atacar la ajena. A esta tendencia no escaparon Calcaño, Tejera, Blanco Fombona ni Semprum. Será Luis Correa quien poco tiempo después de Picón Febres comience a escribir en forma menos intemperante y expresión más cuidada sus estudios sobre autores y obras venezolanas.

En Venezuela todavía hay escritores que publican un libro y aguardan el elogio inmediato de sus amigos. Lo prefieren al juicio crítico que, si se emite y atreve a señalar fallas, granjea a su autor enemistades o prepara terreno a la venganza de parte de quien se considera agredido más que juzgado.

Cuando un escritor independiente llega a hacerse respetar por la obra, entonces, del lenguaje erizado se pasa al silencio absoluto, a la llamada

---

[35]\_ “Del ritmo en la prosa. En defensa propia”. En: *Apuntaciones...*, p. 63.

“conspiración de silencio”. Recuérdese en otro tiempo y otra perspectiva lo que hubo de suceder a José Rafael Pocaterra —independiente tildado de hosco— o a José Antonio Ramos Sucre —calificado de extraño, solitario, excéntrico—; y en el campo de las artes plásticas, un rebelde iconoclasta termina loco para que su obra se valorice después de su muerte: Armando Reverón. Sólo el paso de los años limpia la mezquindad intelectual. Caras pagó Picón Febres su rebeldía y honradez; primero en el campo estrictamente literario y más tarde en el político, luego de su discurso pronunciado en 1910.

En *Apuntaciones críticas* narra con desenfado violento las anécdotas de cómo se tejía la campaña contra Felipe Tejera, cuyos *Perfiles venezolanos* habían sido comentados desfavorablemente por Pérez Bonalde, residente en Nueva York. Y rememora cómo al buen don Cecilio Acosta se le quiso lanzar —en su independenciam— contra Arístides Rojas. Algo parecido refiere sobre Díaz Rodríguez, para concluir aludiendo a un amigo suyo, quien le comunicó la conspiración de silencio que se había tejido alrededor de la recién editada novela *El Sargento Felipe*:

Acababa el que esto escribe de publicar, el año próximo pasado, su novela titulada *El Sargento Felipe*. Disfrutaba yo para entonces, tanto como siempre he disfrutado (y sin que deje de disfrutar en lo presente) de la más perfecta inquina contra mí (la razón no me la explico, porque a ninguno le he hecho ningún daño) por parte de casi todos los escritores de Caracas, así muchachos como viejos. Circuló la novela con buen viento, y ellos hicieron el vacío más completo y admirable, apelando, cual solían, a la conspiración siniestra del silencio. Una noche me encontré, a eso de las nueve y en el portón del Hotel Klindt (plaza Bolívar), con cierto escritor sedicente amigo mío que no es venezolano, y me dijo textualmente lo que sigue, después de saludarme con cariño que no era sincero de seguro:

—He leído ya su libro, que es verdaderamente bello. Habrá observado usted que la prensa no ha dicho de él nada, ni tampoco ninguno de nosotros, sus compañeros de arte. No le cause extrañeza, aun cuando sea una indecencia muy cochina. Entre nosotros, el nombre de usted no se discute, porque la fama que ha alcanzado es perfectamente merecida. Pero usted no debe exigirnos que nos volvamos lenguas de oro para ensalzarle en los periódicos, porque no nos conviene por ningún respecto. Contétese, y ya es mucho, con que no lo ataquemos y apenas le hagamos el vacío<sup>36</sup>.

No fue, pues, caso aislado el suyo. Tal vez por estas razones y, no sin amargura acumulada durante años, Picón Febres acude al expediente de publicar en 1912 un volumen que, con el título de *Teatro crítico venezolano*, recoge los juicios alrededor de su obra y su conducta pública, da a conocer valiosas opiniones extranjeras y refuta agresiones o simplemente juicios adversos, escritos por autores venezolanos. Fue como una especie de trinchera propia donde escudar su integridad, dos años después del discurso del Centenario y cuando, es de imaginarse, llegaría incluso a temer las furias del cesarismo gomecista que pudieran privarlo de libertad.

El silencio que rodeó la obra de este escritor, no llegó solo a los tiempos finales de Juan Vicente Gómez, sino se proyectó por inercia o costumbre. Al conmemorarse el centenario de su nacimiento, en 1960, Luis Beltrán Guerrero, en una de sus *Candideces*, se lamentaba de la conmemoración en familia, reducida a una misa solemne celebrada en la iglesia de Chacao<sup>37</sup>. Con posterioridad le fueron rendidos homenajes

---

[36]\_ *Ibid.*, pp. 67-68.

[37]\_ Guerrero se duele al decir: “No sé de ninguna conmemoración oficial. Picón Febres merecía más. Ha debido ser ordenada la edición de sus *Obras Completas*; sus restos todavía en Curazao, han debido entrar en el Panteón Nacional. Es un

en Mérida, octubre de 1960 y en el Congreso Nacional, que decretó la edición de sus *Obras Completas*, pero nunca se ejecutó. La Universidad de Los Andes inició la misma empresa en 1968, cuando bautizó con su nombre el Centro de Investigaciones Literarias en la Facultad de Humanidades. Apenas se editaron dos volúmenes correspondientes a *Nacimiento de Venezuela intelectual*. En 1972, Oscar Sambrano Urdaneta incluyó *La literatura venezolana en el siglo XIX*, dentro de la colección “Fuentes para la Historia de la Literatura Venezolana” que auspiciaba la Secretaría de la Presidencia de la República.

## 5. El historiador literario

Entre 1899, fecha de publicación de *El Sargento Felipe* y 1905, cuando aparece la novela *Flor*, hay un largo compás de mutismo intelectual en Picón Febres. Tal vez pueda ubicarse en esos años el trabajo de ordenamiento y redacción final de *La literatura venezolana en el siglo XIX*. Tarea ardua la emprendida por el crítico. De una historia crítica de la literatura se trataba. Más penosa cuanto que, ya para morir, escribía desde Mérida a Julio Cejador, en marzo de 1918, lo que representaba el trabajo de quien aspirase estudiar la evolución de la literatura nacional:

La literatura venezolana está casi toda en periódicos. Relativamente, lo que se ha publicado es muy poco en comparación de lo que aparece en hojas de diarios y semanarios. La vida política atragantada de Venezuela, ha hecho que los escritores se atengan unas veces al esfuerzo propio para imprimir sus trabajos, y otras a una protección sin mayor fuerza, en que los mismos escritores tienen que andar consultando los antojos y las conveniencias de los hombres que gobiernan, para no exponerse

---

‘héroe literario’ en la acepción de Carlyle, y merece tanto como muchos héroes de la Independencia y de la Federación cuyas cenizas reposan en el templo de nuestras glorias” (“Gonzalo Picón Febres”. En: *Candideces*, primera serie, pp. 209-213).

al fracaso. Debido a ello, buena parte de los escritores de mayor estimación, se han quedado inéditos y, probablemente, no se publicarán nunca, a pesar de su verdadera importancia. (...) Los que estudiamos el desenvolvimiento literario de Venezuela, tenemos un trabajo verdaderamente ímprobo para poder consultar las pocas colecciones de periódicos que nos quedan, en las cuales, como dejo dicho, está quizá lo de mayor significación de nuestra literatura<sup>38</sup>.

Si se añade a estas dificultades políticas y materiales, las de un como escrúpulo inexplicable de los autores a revelar su vida en memorias o diarios y, menos aún, a proporcionar sus datos a quienes procuraban estudiarlos<sup>39</sup>, tendremos el cuadro completo de lo que representó el esfuerzo realizado por Picón Febres; más valiente cuanto que quiso llegar hasta sus días, consciente de las profundas diferencias que existían a su alrededor.

---

[38]\_ Cejador: *Epistolario*, p. 342.

[39]\_ “Para escribir mi historia de la literatura venezolana gasté largos años de labor constante, consultando libros, colecciones de periódicos y muchas otras cosas de interés sobre el particular. (...) Los venezolanos me han pagado el servicio que generosamente les presté, con la diatriba, con el insulto, con todo el veneno que pudieron recoger de en medio del arroyo. Si más no hice —lo que me propuse desde luego fue hacer una selección que era posible, dentro de los términos a que la necesidad me obligaba— como era mi deseo, fue porque la generosa protección que a mi obra dio el Gobierno de la República, no pudo ser más larga. Debido a esto, entre otros motivos, y tropezando con numerosas dificultades, ni quise sino silenciar, como verá el señor Cejador, la parte biográfica y bibliográfica. En años pasados intenté nuevamente hacer otro estudio sobre literatura venezolana; los datos biográficos y bibliográficos que pude recoger... fueron el silencio más profundo. De resultas de ello, he tenido que ponerme a recoger yo mismo los datos que he de necesitar, completos, para la segunda edición, aumentada, de mi *Historia de la literatura venezolana*. Tengo recopilados todos los datos y observaciones necesarios para esa segunda edición. En ella figurará, naturalmente, la parte de biografía y bibliografía que he logrado coleccionar durante años a fuerza de laboriosidad y constancia” (Carta a Cejador, 18 de marzo de 1918, *Epistolario*... pp. 351-352).

Hasta entonces, la literatura venezolana sólo había sido historiada parcialmente en esbozos que el propio Picón Febres enumera en el Capítulo II de su obra. Los más de ellos, o no se habían editado en libros sino en periódicos, o estaban inéditos e incompletos. Lo demás eran las notas sueltas, las biografías fragmentarias y controvertidas de Felipe Tejera; o las reseñas de libros. Notable excepción fue el *Primer libro venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes*, que impulsado por Rafael Seijas desde la Sociedad del mismo nombre, apareció editado en 1895; registraba un importante inventario de nombres y referencias bibliográficas organizadas en el trabajo pionero de Adolfo de Frydensberg. Faltaba el criterio de enjuiciamiento crítico. Fue lo más valioso aportado por Picón Febres.

José Gil Fortoul, en 1903, ganó un concurso sobre Literatura venezolana, promovido por *El Cojo Ilustrado*. Observaba allí lo dificultoso que sería mirar en perspectiva el desarrollo de una cultura nacional, mientras no se produjera una historia política y literaria del país<sup>40</sup>. Habrían de ser, justamente, el mismo Gil Fortoul y Gonzalo Picón Febres quienes acometieran respectivamente las tareas: el primero, la Historia Constitucional; el segundo, la Historia Literaria. Ambas aparecieron en 1906, por coincidencia, no por intención como sucediera antes con la Historia de Baralt y la Geografía de Codazzi, editadas en París en 1842, por mandato expreso de Páez.

Gil Fortoul insistía en la necesidad de historiar nuestro acontecer socio-político para encontrar las raíces profundas de nuestra cultura. La misma idea alentaba a Picón Febres, tal vez acicateado por el antiguo compañero y adversario ideológico que, en 1903, a propósito de la Literatura, opinaba:

---

[40]\_ Gil Fortoul. "Literatura venezolana" p. 331.

“Si en la década venidera adquiere la literatura venezolana el sello local que le falta todavía, será, a no dudarlo, porque en el estudio tenaz, minucioso, completo de la historia nacional habrá hallado la savia vigorosa de su más brillante florecimiento”<sup>41</sup>.

Muchos defectos se apuntaron y apuntan a la obra de Picón Febres. Pero hay un hecho innegable: sigue siendo la única historia literaria del país, escrita, no con el carácter restringido del Manual para estudiantes, sino con el sentido abarcador de los panoramas hechos a conciencia. La obra es citada casi siempre, aunque en la mayoría de los casos se omita la procedencia de los datos suministrados por sus páginas. Se le han criticado el método, la ordenación, las deficiencias del aparato crítico. Con todos los defectos, la obra puede calificarse sin exageración como un acto heroico en nuestra cultura. Así lo admiten dos de sus comentaristas. Luis Beltrán Guerrero se pregunta: “¿Qué sería de la historia de nuestra cultura si no hubiese escrito *La literatura venezolana del siglo XIX*?”<sup>42</sup>. Y Picón Salas justifica el que ha sido más señalado desajuste de la obra: su reticencia respecto del Modernismo:

“Quizás este choque con la nueva escuela que triunfaba a pesar de su sarcasmo, y el sentimiento de que, por la preponderancia de aquélla, el país no reconocía cuanto hizo por el crédito de nuestras letras, acendrarón la soledad misantrópica de los últimos años de Picón Febres. Otros de sus coetáneos, como Gil Fortoul y Lisandro Alvarado, supieron armonizarse y convivir con las generaciones siguientes. En un medio literario tan pequeño como era el nuestro, *La literatura venezolana en el siglo XIX* de Picón Febres se destaca por su ruda franqueza crítica. Censura con libre desenfado a sus contemporáneos. No era precisamente, a veces hombre manso y calculador, a veces grita, zahiere, se siente acosado y perseguido. El batallador que no

---

[41]\_ *Ibid.*, p. 332.

[42]\_ *Candideces*, primera serie, p. 211.

pudo seguir cumpliendo cargos y funciones brillantes, se canaliza en belicosas páginas de crítica e historia personal. Era su rebeldía y alzamiento desde el tintero. La voz en el desierto de muchos letrados preteridos como él, en la languidez espiritual de los días de Juan Vicente Gómez<sup>43</sup>.

Picón Salas resalta el hecho de que Picón Febres, a pesar de ver el régimen de Castro en estertor político desde abril de 1906, no vaciló en mantener la dedicatoria de la primera edición de su historia literaria, con inusitada lealtad, mientras muchos de los antiguos copartidarios empezaban a preparar los equipajes para el trasbordo político hacia el gomecismo.

Si los hondazos verbales de su escritura, disparados contra los adversarios políticos e intelectuales, imprimen cierto aire subjetivo y hasta provocan algún desagrado en el lector, el vicio no es solo imputable a él individualmente, sino a la forma como nuestra literatura se venía escribiendo. Por iguales razones habría que condenar o incinerar muchas páginas de Juan Vicente González, del manso don Cecilio Acosta, de Rufino Blanco Fombona, José Rafael Pocatererra y, cuidado, si no también de varios repulidos “estilistas” de nuestro Modernismo o de nuestros días, en quienes la sutileza y la *sophrosine* —muy de Picón Salas— tienen que olvidarse a veces, o cambiarse por los guantes del pugilista.

Volviendo al proceso mismo de la obra, Picón Febres no se conformó con escribir únicamente los nueve capítulos de su historia, que él mismo tituló “historia crítica”; así, hubiera quedado trunca o sintéticamente expuesta la línea evolutiva de lo que él y Gil Fortoul gustaban designar como *Venezuela intelectual*. Después de 1906, se vio como obligado a incidir también en lo que comenzaba a ser encendido campo de batalla ideológica: el problema de la cultura y la colonización española en nuestro Continente y particularmente en nuestro país. Esa es la materia

---

[43]\_ Picón Salas., *op. cit.*, p. 18.

constitutiva del *Nacimiento de Venezuela intelectual*, que desafortunadamente habría de permanecer inédita hasta 1939. Su investigación había sido previamente esbozada en el Capítulo III de *La Literatura venezolana en el siglo XIX*.

## 6. Obsesión de Venezuela intelectual

Posiblemente la excesiva independencia de Gonzalo Picón Febres, su actitud reacia a admitir el valor científico de la historia, proclamado por los positivistas, dañaron un tanto su tarea de registrar el pasado cultural de nuestro país. Eso quizá explica la falta de sistematización y ordenamiento en los datos contenidos en su Historia literaria, que deriva a veces en alegato incendiario más que en descripción objetiva de un proceso.

Si su concepto de la historia literaria fue muy personalizado, no es menos cierto que su labor acopiadora de informaciones sobre nuestro pasado literario estuvo siempre orientada por dos ideas: la sinceridad —llevada a la crudeza— y el más absoluto desinterés. Ambas aparecen explicitadas como guía en la Introducción a la *Literatura venezolana en el siglo XIX* (1ª ed.), cuando expone que “...para este ensayo no me he atendido al ditirambo, que es tan fácil de cantar, sino que he estudiado con perseverancia a nuestros escritores, analizándolos fríamente y juzgándolos con sinceridad”<sup>44</sup>. Su desinterés y el amor nacionalista por el estudio de la cultura venezolana están apuntados en la Introducción a la biografía de *Simón Rodríguez, el maestro del Libertador*, donde agrega que uno de los motivos inductores para ocuparse del discutido pedagogo, fue el verlo como “...venezolano infeliz, a quien las gentes de su tiempo, y aun compatriotas suyos de los días que alcanzamos, sin estudiarlo con imparcialidad y con la seria reflexión que era necesaria, se

---

[44]\_ Picón Febres. *La literatura venezolana en el siglo XIX*. Introducción p.s/n (1ª ed.).

contentaron con decir que Don Simón Rodríguez no resultaba sino un hombre rayano en la locura, para llenarle de improperios, escarnecerle, patearle, escupirle<sup>45</sup>. Si en esas líneas estaba autorretratándose con la amargura de los últimos años, podemos decir que su *genio y figura* estuvieron siempre enfilados a combatir el prejuicio y a trabajar con honradez. Termina la Introducción del libro, cuya publicación no estaba previendo en lo inmediato, con la advertencia de que “...si algún día he de lograr que salga a luz, a ello no me guiará, de fijo, ninguna pequeñez de corazón, ningún bajo sentimiento, ningún propósito de especulación infame, sino el ardiente anhelo de servir a mi patria con nobleza de intenciones y con hombría de bien, y de contribuir de alguna suerte a hacer más luminosos los esplendores de su gloria<sup>46</sup>.”

Por los mismos días el historiador literario estaba dedicado a redactar los capítulos que integrarían los dos volúmenes de su último libro: *Nacimiento de Venezuela intelectual*. Abarcaría en ella desde los orígenes culturales de la colonia, para centrarse luego en el estudio del pensamiento y la literatura del período emancipador, hasta 1830. Había como un pesar oculto de continuar trabajando temas literarios de su tiempo, dados los sinsabores que le había ocasionado su *Historia de la Literatura*. Cuando uno repara en estos detalles, cabe preguntarse si no estará allí la explicación de que muchos investigadores y estudiosos de nuestra cultura prefieran, al seleccionar sus temas de trabajo, remontar cien años atrás, bien lejos, en lugar de abordar las cuestiones más inmediatas, para esquivar así las agresiones virtuales que provocan los juicios críticos en pieles demasiado susceptibles.

Cerrado el volumen segundo de *Nacimiento de Venezuela intelectual*, vuelve a aparecer en un *post-scriptum*, la idea de penetrar con honradez

---

[45]\_ *Don Simón Rodríguez, maestro del Libertador*, Prólogo, p. 7.

[46]\_ *Ibid.*, p. 8.

y sinceridad en el estudio y la meditación, a reserva de sobreponerse a las dolencias mismas de una salud resentida<sup>47</sup>. La cronología de la obra, como él mismo apunta, en cuanto a redacción se refiere, va del 8 de mayo de 1913 al 21 de febrero de 1914. Tras de ese lapso hay largas horas de hurgar papeles, libros, documentos. Al finalizar la obra, pudo volcar todo el empeño en lograr el rigor documental que le habían enrostrado como carencia a propósito de su historia de la literatura. De todas formas, el estilo punzante, a veces violento en su lenguaje, prevalece. La materia abordada era de por sí dura y se venía tratando en tono muy polémico tanto en Venezuela como en el resto de Hispanoamérica y España. Había originado el debate alrededor de las denuncias de Fray Bartolomé de las Casas en defensa del indio americano. El problema se mantuvo incandescente hasta los días postreros de Ramón Menéndez Pidal.

Las ideas del Padre Las Casas y su actitud conmisericordiosa frente al poblador autóctono de América, proyectadas en las viejas utopías del iluminismo europeo, adicionadas con una negación sistemática de los aportes culturales de España a la América colonial, formaron un cuerpo de polémica, utilizado como armamento ideológico durante la lucha emancipadora, trabajado con pasión no exenta de inexactitudes por Juan García del Río en su “Revista del estado anterior y actual de la instrucción pública en la América antes española”, cuyo texto apareció originalmente en la revista *Repertorio Americano*, que el mismo García del Río y Andrés Bello publicaban en Londres<sup>48</sup>.

Larga influencia ejerció el texto de García del Río, parte de una obra anunciada por su autor, que no llegó a publicarse nunca. Así comienza

---

[47]\_ “En medio de la mayor satisfacción doy fin a estos capítulos de historia de Venezuela Intelectual, después de una arduísima labor (de día y de noche, pertinaz e infatigable) durante la cual se ha quebrantado varias veces mi salud, y he sentido largamente los más hondos dolores de mi alma”.

[48]\_ Se publicó en *Repertorio Americano*, Londres, octubre de 1826, vol. I.

la llamada “Leyenda negra” sobre la cultura colonial. Trasvasa a los informes de Miguel José Sanz y Simón Rodríguez, sobre la Instrucción en la Venezuela colonial. Servirá de pie a investigaciones realizadas por Arístides Rojas, alrededor de cuyos *Orígenes de la Instrucción Pública en Venezuela*, seguiría el ataque contra España, o la defensa de su política colonial, por contraparte de numerosos historiadores y ensayistas; entre ellos destacaron: Lisandro Alvarado, José Gil Fortoul, identificados con la “Leyenda negra”; y Caracciolo Parra León, Mario Briceño Iragorry, Ángel César Rivas, etc., ubicados dentro del llamado “Revisionismo histórico” sobre el cual se apoyaría la “Leyenda dorada”, defensora de los aportes de la metrópoli al desarrollo de la cultura en sus colonias.

En 1933, otro merideño, Caracciolo Parra León, luego de efectuar investigaciones directas en los Archivos de la Universidad Central de Venezuela y en otras instituciones, aportaba nuevos elementos a la “Leyenda dorada”, reverso de las negaciones a la obra culturizadora de la Península. Colaborador inmediato y amigo entrañable identificado con el investigador fue Mario Briceño Iragorry, cuyos *Tapices de historia patria* aparecieron simultáneamente con las investigaciones de Parra León<sup>49</sup>.

Mucho antes de que Parra León y Briceño Iragorry publicaran sus investigaciones, Picón Febres había concluido las suyas, como se ha visto. Solo que las de este último no vieron imprenta sino mucho más tarde, entre las *Obras Póstumas*, ordenadas por sus hijos Roberto y Eduardo Picón Lares en 1939. También en este aspecto corrió mala fortuna la tarea esclarecedora del historiador literario, cuyos puntos de vista, si bien apasionados, en el sentido de la ironía romántica, manejada por él hasta el último día, son menos dogmáticas en lo ideológico que los trabajos de Parra León.

---

[49]\_ Caracciolo Parra León. *Filosofía universitaria venezolana*. Caracas, Imp. de Parra León Hnos., 1933.

Picón Febres no trata de justificar de manera irrestricta las ejecutorias de España en su política colonial. Las analiza, valora, apuntala argumentos y revisa juicios precedentes, desde los de García del Río (1826) hasta los de su propio tiempo (1913). En todos trata de fijar una línea demarcadora: lo que realmente fueron aportaciones de la cultura hispánica, cuya negación no conducía sino a cortar las propias raíces de nuestro existir intelectual, y lo que fueron tropelías o abusos de los conquistadores, a espaldas de las buenas intenciones de papel, escritas en las Leyes de Indias.

El trabajo de Parra León, presentado para recibirse como Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia, abarca de modo casi exclusivo el argumento del atraso en la enseñanza de la Filosofía Moderna, dentro de la universidad venezolana. Cubre los años de 1788 a 1821. Desmiente la explicación milagrosa del autodidactismo para explicar la formación cultural e ideológica de los emancipadores y revisa de modo cuidadoso, si no exhaustivo, el proceso de la instrucción pública en la Colonia. El trabajo de Parra León aporta datos y fuentes de primera mano. El de Picón Febres glosa opiniones y criterios en rigurosa cronología. El primero entra en defensa a ultranza de la obra de España, sin penetrar en motivaciones económicas y sociales, como hace Picón Febres, para acercarse, con espíritu más moderno, a los que serán nuevos puntos de vista sobre un tema que ya no se discute por vías subjetivas, apoyadas en conjeturas, sino que amplifica su sentido por rigor de documentación e interpretación científica, como lo han hecho Ots Capdequi en España, Silvio Zavala en México, e Ildefonso Leal en Venezuela.

La obra de Picón Febres queda como testimonio perdurable de un historiador que se desveló por comprender nuestra evolución de pueblo, productor de una cultura parcialmente estudiada. Cierra un ciclo en la vida de un gladiador de nuestra crítica que tal vez erró muchas veces

al valorar corrientes muy nuevas en su tiempo, pero también mantuvo intransigente una sola línea de comportamiento literario: la honestidad franca hasta la violencia.

Mérida, mayo de 1968.

## **Bibliografía**

### **ACTIVA [CITADA]**

*Libro raro*. Mérida. Edics. del Ejecutivo del Edo. (Col. Autores y temas merideños N.º 3), 1964.

*El Sargento Felipe*. Caracas, Edics. del Ministerio de Educación, (Biblioteca Popular Venezolana, N.º 60), 1956.

*Obras Completas* [Edición póstuma, preparada y publicada por sus hijos Roberto y Eduardo Picón Lares]. Caracas, Cooperativa de Artes Gráficas, 1939; 6 vols.

### **PASIVA**

**ALVARADO**, Lisandro: “La poesía lírica en Venezuela en el último tercio del siglo XIX”. (Discurso de incorporación a la Academia Venezolana de la Lengua, leído el 23 de abril de 1922). En: *Miscelánea de Letras e Historia. Obras Completas*. Caracas, Edics. del Ministerio de Educación, 1958, vol. VII, pp. 235-255.

**BARNOLA**, Pedro Pablo: “Gonzalo Picón Febres. En el primer centenario de su nacimiento”. En: G. Picón Febres: *Libro raro*, (v. aut), pp. 7-19.

**CARBIA**, Rómulo D.: *Historia de la leyenda negra hispanoamericana*. Madrid, Publicaciones del Consejo de la Hispanidad, 1944.

**CEJADOR Y FRAUCA**, Julio: “Gonzalo Picón Febres” [Epistolario]. En: *Epistolario de escritores hispanoamericanos*. (Rec. introd. y notas de Sergio Fernández Larrain). Santiago de Chile, Edics. de la Biblioteca Nacional (1965); vol. II, pp. 315-354.

\_\_\_\_\_: “Gonzalo Picón Febres. In memoriam”. En: *Nuevo Mundo*. Madrid, 28 de Feb. de 1919. [Reproducido a manera de Prólogo en: Picón Febres: *Apuntaciones críticas, Obras Completas*, vol. V, pp. VII-XI].

**GIL FORTOUL**, José: “Literatura Venezolana”. (Premio del Concurso de Crítica Literaria, promovido por *El Cojo Ilustrado* en 1903). En: *Páginas de ayer. Obras Completas*, Caracas, Edics. del Ministerio de Educación, 1957, vol. VIII, pp. 299-333.

\_\_\_\_\_ : “Vanguardismo poético”. En: *Sinfonía inacabada. Obras Completas*, vol. VII, pp. 389-399.

**GRASES**, Pedro: *Tres empresas periodísticas de Andrés Bello*, [s.f.] Caracas, s. c., 1955.

**GUERRERO**, Luis Beltrán: “Gonzalo Picón Febres”. En: *Candideces*. Caracas, Edit. Arte, (1ª serie), 1962, pp. 209-213.

**NEGRÓN DUBUC**, Luis A.: “Gonzalo Picón Febres”. En: Picón Febres: *De tierra venezolana. Obras Completas*, vol. IV, pp. VII-XVI.

**PARRA LEÓN**, Caracciolo: *Filosofía universitaria venezolana*. Caracas, Imp. de Parra León Finos., 1933.

**PAZ CASTILLO**, Fernando: “Gonzalo Picón Febres”. En: *Reflexiones de atardecer*. Caracas, Edics. del Ministerio de Educación, (Biblioteca Venezolana de Cultura), 1964; vol. 2, pp. 245-257.

**PICÓN LARES**, Eduardo: “Cómo murió Gonzalo Picón Febres”. En: Picón Febres: *Nacimiento de Venezuela intelectual. Obras Completas*, vol. I., pp. V-XVI.

**PICÓN SALAS**, Mariano: “Memoria de Gonzalo Picón Febres”. En: Picón Febres: *El Sargento Felipe*. Caracas, Edics. del Ministerio de Educación, (Biblioteca Popular Venezolana, N.º 60), 1956, pp. 9-29.

**SEMPRUM**, Jesús: “La literatura venezolana en el siglo XIX, por Gonzalo Picón Febres”. En: *El Cojo Ilustrado*. Caracas, N.º 352, 15 de agosto de 1906.

\_\_\_\_\_ : “Un teatro crítico, por Picón Febres”. En: *Atenas*. Caracas, 15 de marzo de 1914.

**ZUMETA**, César: “Carta a Cipriano Castro”. “Sobre Cipriano Castro”. En: *La doctrina positivista*. Caracas, Edics. de la Presidencia de la República (Col. Pensamiento Político Venezolano del siglo XIX, N.º 14), 1961; vol. II, pp. 72-78 y 80-108.

## José Gil Fortoul, *Julián y el monólogo interior*\*

### 1. Las novelas

A José Gil Fortoul se le aplicó la consabida fórmula de aprisionarlo en un solo aspecto de su actividad intelectual: “autor de la *Historia constitucional de Venezuela*”, como si hubiera sido su única obra. ¿Sobra preguntar qué vigencia tiene su producción restante en nuestros días? Su narrativa fue la más afectada. La crítica regionalista leyó despectivamente sus novelas. Picón Febres había impuesto un criterio de exclusión que fue entendido casi como un axioma: lo nacional = lo rural. La novela *Julián* no entraba en semejante cuadrícula. Su autor la escribió a los 27 años, cuando residía en Alemania. La primera edición es de Leipzig, Imprenta de Julius Klinkhardt, 1888. Solo fue reeditada en sus *Obras Completas*<sup>1</sup>.

Nacido en Barquisimeto, el 29 de noviembre de 1861, la vocación literaria de Gil Fortoul es precoz. En El Tocuyo, editó dos periódicos estudiantiles: *El aura juvenil* (1873) y *El ciudadano* (1880). Graduado de Bachiller en Filosofía en el Colegio “La Concordia”, con un primer libro de poemas titulado *Infancia de mi musa*, se marcha a Caracas. Funda un tercer periódico: *Flores del Ávila*. Gana premio en un certamen conmemorativo del centenario del nacimiento de Bolívar, con un

---

[\*]\_ Publicado originalmente en *ARAISA*, Anuario del Centro de Estudios Latinoamericanos “Rómulo Gallegos” (1976-1982), pp. 13-30.

[1]\_ *Tres novelas. Obras Completas*. Caracas, Edic. del Ministerio de Educación, 1956; vol. VI.

poema cuyo título más bien pareciera adecuado a un ensayo: “La obra de Colón y su influencia en los destinos del mundo”. Su iniciación intelectual es, pues, literaria antes que histórica.

Estudia Ciencias Políticas en la Universidad Central, donde el positivismo y el evolucionismo enseñados respectivamente por Rafael Villavicencio y Adolfo Ernst estaban en auge. Rápidamente se identifica con aquellas orientaciones doctrinarias.

Ideológicamente, los años caraqueños fueron para Gil Fortoul de arduas polémicas en defensa del positivismo, contra las argumentaciones escolásticas de los sacerdotes Estévez y Rodríguez e, incluso, con el Arzobispo de Caracas, Doctor Juan Bautista Castro. El centro de actividad doctrinaria más importante fue la *Sociedad de Amigos del Saber*, donde se divulgaba el pensamiento de Darwin, Comte y Spencer, a través de las páginas de la revista *Vargasia*.

En la maduración intelectual de Gil Fortoul debió ser decisiva la visita y permanencia de José Martí en Caracas a comienzos de 1881. Según uno de sus biógrafos más recientes, Gil Fortoul fue asiduo oyente y admirador del poeta revolucionario cubano en los cursos que dictara en los colegios “Santa Ana” y “Villegas” así como en las memorables conferencias del Club Venezuela<sup>2</sup>.

En 1885, después de obtener su Doctorado en Ciencias Políticas, Gil Fortoul regresó a su estado natal. Ejerció la profesión de abogado en Barquisimeto y El Tocuyo. En marzo de 1886 se marcha a Europa. Lleva investidura diplomática: Cónsul en Burdeos y luego en Hamburgo. Francia, Alemania e Inglaterra contribuyen al crecimiento decisivo del escritor. El año de su llegada a Europa es el de la aparición del Manifiesto Simbolista.

---

[2]\_ Cf. Juan Penzini Hernández. *Vida y obra de José Gil Fortoul*. Caracas, Edics. del Ministerio de Relaciones Exteriores, 1972.

Desde las principales ciudades europeas escribe crónicas periodísticas y comentarios de libros, donde se vislumbra su visión cosmopolita del mundo. Entre Zola y el simbolismo oscila su primer contacto directo con la narrativa francesa.

En Francia vivió casi un año. Estableció rápidamente contactos intelectuales. Frecuenta la tertulia de la condesa de Noailles, la misma donde transcurrirían los primeros años literarios de Proust y Valéry. Escribe *Recuerdos de París*, editados en España en 1887. Son vivencias entre galantes y literarias. En la tertulia de la condesa, se concentra el simbolismo. Paul Bourget es el gran *dilettante*. Sicólogo y novelista, había encabezado la ruptura con la llamada “escuela naturalista de Medan” e iniciado la implantación del código narrativo que habría de institucionalizar la novela de *gran mundo*.

Las lecturas de Bourget —*Un divorcio*, *Ensayos de psicología contemporánea*— y *La cartuja de Parma* de Stendhal, despiertan en el venezolano la vocación de novelista. Entre 1886-87 vive en Madrid. La Sociedad Iberoamericana y el Ateneo son sus lugares de máxima frecuentación. Se hace miembro de la Academia Médico Quirúrgica Española con un ensayo sobre “Los médicos alienistas y los tribunales de justicia” (1887).

El ambiente de la capital española seguramente le hizo rememorar sus traviesos días caraqueños de polémicas con los clérigos que refutaban el evolucionismo y el positivismo. Ahora en el Ateneo ocurren debates similares. Desde Madrid envía colaboraciones regulares a *La opinión nacional*. El cosmopolitismo rezuma en cada página. Poco tiempo después se marcha a Liverpool y Leipzig.

En Liverpool escribe su primera novela: *¿Idilio?* (1887) que solo editará en 1892. En Leipzig concluye la escritura de *Julián*. Cuando aparece esta (1888) la novela venezolana fluctuaba entre un romanticismo naturalista acicateado por la estética de la *novela-verdad* —introducida

en Venezuela desde 1880— y las tentativas de un regionalismo más consistente que los cuadros de costumbres. El idilio romántico seguía siendo soporte estructural de las *diégesis* narrativas. El objetivismo artístico al modo de Flaubert apenas interesó a nuestros narradores.

*Julían* intentó anticiparse como novela artística en una Caracas aún parroquiiana. Fue un momento poco afortunado. Dos años después de su aparición, la novela *Peonía* (1890) institucionalizaba un ruralismo encabalgado entre el romanticismo y el positivismo, como cimiento para definir literariamente “lo nacional”. No es para sorprender que la pequeña novela de Gil Fortoul, ambientada en Madrid, pasara poco menos que inadvertida. Añádase que el autor, en los años siguientes, se orientó más hacia la investigación historiográfica o a la reflexión filosófica del Derecho, con lo cual la crítica coetánea halló argumentos para estimar a *Julían* como excentricidad literaria de un científico social.

Con *¿Idilio?* Gil Fortoul se acercó a la novela de crecimiento (*bildungsroman*), como el *Trafalgar* (1873) de Benito Pérez Galdós, cuyo personaje Gabriel Araceli guarda analogías algo más que homofónicas con Enrique Aracil, a quien el narrador venezolano transfiere desde *¿Idilio?* hasta su tercera novela: *Pasiones*.

*¿Idilio?* se ubica en un villorrio imaginario: Baroa. Pese a la intención de no precisar el espacio geográfico, en la escritura de esta novela se sostienen apegos un tanto irónicos con el regionalismo literario. Hay evocaciones de la juventud larense del novelista. La pareja Enrique/ Isabel sigue el modelo romántico-sentimental de ensanchado abolengo en nuestra narrativa. Con todo, esta novela tampoco fue considerada digna de figurar dentro del incipiente romanticismo rural, quizá por haber sido publicada dos años después de *Peonía*. Ya señalamos que la crítica posterior a la novela de Romerogarcía discriminó cuanto texto narrativo mostrara síntomas de desapego a los limos locales de la *tierruca*. Eso explica en buena parte la incompreensión frente al modernismo,

cuyos anuncios en Venezuela no fueron tan anacrónicos. *La opinión nacional* había recogido la carta de Juan Valera sobre *Azul* de Rubén Darío. El famoso ensayo epistolar había circulado originalmente el 22 de octubre de 1888 en *El imparcial* de Madrid. El diario caraqueño lo reprodujo en enero de 1889, como ha precisado Rafael Ángel Insausti en un estudio<sup>3</sup>.

Con motivo de su reedición en *Obras Completas* de Gil Fortoul, *Julián* fue releída con visión más moderna por dos críticos: Hermann Garmendia —prologuista del volumen *Tres novelas*— y Rafael Ángel Insausti. Garmendia reconoce “atisbos de técnicas europeas, desconocidas en nuestro medio, procedentes de los laboratorios de Zola, Maupassant o Bourget, oráculos de la época”<sup>4</sup>. Y agrega, respecto a *Julián*, que debe asignársele “valor notable en la evolución de nuestra literatura...”, pero no precisa ni el valor ni las técnicas a que alude.

Insausti reseñó el vol. VI de *Obras Completas* en la *Revista Nacional de Cultura*. A propósito de *Julián* destaca a Gil Fortoul como “uno de los precursores de la novela psicológica en América”<sup>5</sup>. Estima el conjunto de las tres novelas, *Julián*, *¿Idilio?* y *Pasiones* como románticas y realistas, pero admite que ellas “señalan nuevos rumbos. Contra la mojigatería circundante se da rienda suelta a un desenfado que debió irritar grandemente a los moralistas de la Venezuela conservadora y timorata de entonces. En ella se hace presente el gozo de los sentidos, un refinamiento

---

[3]\_ Cf. *El modernismo literario de Venezuela en sus orígenes*. París, Edics. de la Delegación Permanente de Venezuela ante la Unesco, 1971. (El mismo ensayo es prólogo a: *Pedro Emilio Coll*. Caracas, Edics. de la Academia Venezolana de la Lengua. Col. Clásicos Venezolanos, vol. 14, 1966).

[4]\_ “José Gil Fortoul y sus intervenciones en la historia literaria venezolana”. En: *Obras Completas*, t. VI. Puede leerse también en: *Rev. Nacional de Cultura*, N.º 108, enero-febrero 1955, pp. 97-104.

[5]\_ “José Gil Fortoul”. *Obras Completas*. Vol. VI. En: *Rev. Nacional de Cultura*, N.º 117-118, jul.-oct., 1956, pp. 172-174.

extraño al arte y a las costumbres de esos días”. Concluye admitiendo que Gil Fortoul “...se adelanta en algunos aspectos ideológicos —no ciertamente formales— al Modernismo venezolano”.

Leída con una óptica más próxima a nuestros días, *Julián* cobra relieve particular, no sólo como fenómeno histórico en la evolución de la novela venezolana e hispanoamericana del momento en el cual aparece. Justamente es 1888. El mismo año en que la publicación de *Azul* de Rubén Darío institucionalizaba los códigos del modernismo hispanoamericano.

Los prejuicios de otros momentos, el cosmopolitismo encarado a Darío como señalamiento de traición a su territorio de origen, pasan cada vez más a la categoría de tabúes que la crítica moderna revisa y pone en sitio. La realidad americana, connotada simbólicamente en cuentos de *Azul* —“El rey burgués”, “El sátiro sordo”— ha sido revelada por críticos orientados hacia la Sociología de la Literatura, como Noel Salomón<sup>6</sup>.

Gil Fortoul fue un *cosmopolita* por convicción y vocación. En Europa leía directamente a los mismos simbolistas que nutrieron la poética de los modernistas. Terció en las polémicas sobre decadentismo y americanismo en sus “Cartas a Pascual”, publicadas a partir de 1894. Lo de mayor relevancia en *Julián* no podía buscarse, pues, en un mayor o menor apego a un regionalismo que, por lo demás, aún estaba en ciernes y vertido en prosa sin decantar, e incluso *Peonía* hubo de tardar dos años en aparecer para imponer esa especie de despotismo rural-positivista. Sobrada razón tiene Insausti cuando asevera que “Gil Fortoul se inicia en la novela cuando ésta no ha tenido en el medio venezolano ninguna manifestación que se pueda calificar de extraordinaria y cuando la

---

[6]\_ En efecto, el desaparecido maestro de la Universidad de Burdeos, en agosto de 1976, leyó un texto sobre la simbolización de la realidad hispanoamericana en los dos cuentos de Darío. Fue en un Coloquio Internacional de Hispanistas. Ignoramos si el trabajo fue publicado. Su autor falleció en febrero de 1977.

mayoría toma como dechado los folletones románticos que llegaban de Francia”<sup>7</sup>.

A nuestro juicio, *Julián* presenta rasgos significativos, aportaciones técnicas y de lenguaje, sumamente novedosos para el desarrollo de la novela venezolana y, por ende, fueron excepcionales en el tiempo del escritor. El que la pequeña novela hubiese o no influido entre narradores venezolanos coetáneos de su autor, es otro asunto. Los rasgos que estimamos de singular interés ocupan el resto del presente ensayo.

## 2. Quiebra del idilio

*Julián* rompió de manera intencional con los esquemas románticos del sentimentalismo y del idilio, un elemento estructurante que prevaleció en la novelística hispanoamericana desde *La cautiva*, de Echeverría pasando por *Amalia*, de Mármol, *Cumandá*, de León Mera, *María*, de Isaacs, hasta *Peonía*, de Romerogarcía. Se impuso como modelo desde *Atala* (1801) de Chateaubriand y sostuvo su redundancia esquemática dentro del Modernismo en la *Peregrina* de Díaz Rodríguez, hasta Gallegos, en algunos de cuyos personajes persiste la relación funcional idílica, como ocurre entre Santos Luzardo/Marisela o Marcos Vargas/La Bordona, aunque en *Canaima* ya se provoca la ruptura con Marcos Vargas mitificado en el fondo de la selva, donde convive libremente con una mujer india.

Julián Mérida aborda sus relaciones con explícito desenfado para narrar su intimidad erótica. Es en este sentido novela de *gran mundo* a lo Bourget. Especialmente la novela se aleja del costumbrismo rural para ubicar sus acciones en un medio urbano: Madrid. Por debajo de las referencias a la capital española despuntan acontecimientos que aluden

---

[7]\_ Insausti, *loc. cit.*, p. 172.

a una Caracas sacudida por las polémicas del Positivismo de los años ochenta, a lo cual ya se hizo mención. Una de las recriminaciones típicas del momento fue que se trataba de una novela exótica, es decir, no rural, por el hecho de que la acción se desarrollaba en medios intelectuales y sociales ficticiamente ubicados en una ciudad *no venezolana*. A esto se añadía el hecho de que la escritura de *Julián* tendía a ser *culta*; es decir, que eludía a conciencia la caída en el léxico localista de nuestro costumbrismo. Los procesos de la acción se van desarrollando como interiorizaciones en la conciencia de Julián Mérida. Hay referencias al habla coloquial madrileña cuando Julián se desliza por la calle de Toledo hasta la plaza de la Cebada y el narrador de tercera persona apunta: “El lenguaje pintoresco, animado y grosero de aquella gente se le metía por los oídos e iba a imprimirse persistentemente en su memoria, unido a infinidad de fisonomías distintas”<sup>8</sup>. Con este recurso se va produciendo en el texto una polarización entre la tendencia idealizadora de la mujer en la literatura idílica y una realidad exterior observada en su crudeza palpitante pero desde una perspectiva más intelectual que coloquial.

El novelista en proyecto que es Julián Mérida oscila, pues, en este sentido, entre la percepción directa de un medio social captado en masa y una propensión a intelectualizar la realidad bajo forma de una novela que será escrita a lo largo de la novela misma. Así, en el texto puede leerse:

A veces sufría dolorosos chascos. Veía llegar, acompañada por anciana señora, a una muchacha fresca y risueña, repicando con los tacones de las botas sobre el entarimado y moviendo graciosamente todo el cuerpo bajo las ondas de holgado mantón. Julián se entusiasmaba y echaba a volar la fantasía. ¡Qué hermosa! ¡Cuánta miel en esos labios y qué dulces palabras deben salir

---

[8]\_ Esta y las demás citas de *Julián* van referidas a la edición de *Obras Completas*, vol. VI; pp. 23-88.

por ellos! ¡Y los ojos! ¡Valen más que dos soles! Y bajo ese blanco seno debe de palpitar un corazón tierno, sencillo y candoroso como el de un niño. No sabrá fingir. Es una mariposa que vuela sobre las suciedades del mercado, sin mancharse las alas... Qué felicidad poseer una mujer así, de condición humilde, pura de toda pasión, inocente hasta en sus pensamientos... Y la seguía extasiado con miradas suplicantes; hasta que veía que un chulo se le acercaba, le recordaba una promesa dada la noche anterior y le tiraba familiarmente de una oreja. La inocente niña respondía con una carcajada desvergonzada, citándole para la noche, o correspondiendo al tirón de orejas con una bofetada (p. 25).

Pero no solo en el plano del discurso se intenta esta contrastación. En las acciones mismas, la relación Julián/Amparo se entabla de manera directa. Median apenas algunas frases voluptuosas muy de la nueva estética de la sensualidad, ciertas descripciones para sugerir el sensualismo de Amparo y luego se presenta la intimidad inmediata, para concluir así: “Una hora después, Julián y Amparo almorzaban alegremente en el comedor de doña Brígida, sin que la patrona revelase extrañeza alguna por aquel cambio de novio” (p. 32).

La retórica de los sentimientos quedaba abolida. Y hay más: en el plano interior de Julián Mérida, la materia idílica queda escarnecida abiertamente en una sustitución conceptual por el amor libre:

¿El amor? Sí, distracción, juego, combate, poco importa su esencia. La exterioridad, la parte material, era lo único serio: satisfacer el deseo, contentar la vanidad, mantener los nervios en deliciosas vibraciones y arrullar el alma con deleites perpetuamente renovados; circular entre hermosas, como poeta o como abeja, quitarle a cada cual una flor, y alejarse oliendo, con satisfacción diabólica, el ramillete multicolor.

(...) Distribuía, como heredero pródigo, el calor de su cuerpo y las riquezas de su espíritu (p. 40).

Después de Amparo sigue el amor de Consuelo, su querida por un mes; su amante intelectual. La imagen termina interiorizada como un contratipo del ideal romántico: “Si yo pudiera enamorarme, como los demás, para siempre, me enamoraría de Consuelo... Las otras me darían hijos; me mimarían con su afecto, al fin fastidioso; me darían la vida de todo el mundo, apacible, monótona, sin negros dolores, pero sin embriagueces de alegría. ¡Bah! Consuelo en cambio sabe dar, con las llamas devoradoras de la carne impúdica, las auroras siempre nuevas de una carne en flor. ¡Vale más, mucho más!...” (p. 45).

Finalmente, Julián se enamora de Laura y padece los desaires, pero comparte también su intimidad. La ruptura está en la negativa de mantener clandestinizada su pasión. Decepcionado, finalmente desemboca en la embriaguez del ajeno, la manida válvula de escape del mal del siglo. Es ya el desgaste del Eros.

Se puede percibir, como conclusión de este aspecto, que no es el idilio amoroso, la idealización de los sentimientos, lo que construye el soporte de la novela. Poco antes del viaje a San Sebastián y del encuentro con Laura, Julián reencuentra a Consuelo, a través de quien conocemos párrafos de teorías sensualistas sobre el amor: “El amor no es más que un término sintético para expresar la serie de transformaciones que sufre un deseo” (p. 63). Y en el diálogo revela a Consuelo: “Vivo en un mundo distinto, lleno de fantasmas, de seres impalpables, de idealidades fugitivas. La voluptuosidad de la carne se transforma en voluptuosidad del espíritu” (p. 66). Si por momentos hay caídas en la melancolía romántica dentro del plano de la escritura, lo dominante es el sensualismo que describe o la teorización intelectualista que equipara relaciones dentro de una amoralidad que ya es ruptura con el esquema idílico.

### 3. Novela de la novela

Desgastado el idilio como elemento estructurante, *Julián* presenta el caso de una novela que va desarrollándose alrededor de un sujeto de la acción, Julián Mérida, un intelectual que busca su afirmación como creador de la propia novela que está viviendo en tanto personaje. En este aspecto, *Julián* adquiere jerarquía inusitada en nuestra narrativa: la historia deviene en novela de la novela. Un metalenguaje que define el proyecto de Julián Mérida de escribir una novela dentro del propio texto. Así, el plano de la escritura y el de las acciones se transfunden e intercomunican en una solidaridad funcional centrada en Julián, quien es al mismo tiempo sujeto de la escritura novelística y de la acción narrada en ella.

Este procedimiento, considerado modernísimo, de *novela de la novela*, insurge como materia narrativa reiterada en el siglo XX. Ciertamente Balzac (en *Ilusiones perdidas*, 1837-1843) traza ya la figura del escritor que degenera en periodista corrompido y, por tanto, frustrado. Pero quien logró hacer del propio acto de escribir una acción de novela fue André Gide (*Les faux monayeurs*, 1923). Esa modalidad terminaría por constituir la base sustancial de lo que se llama hoy el meta-objeto novelístico, la novela de la propia escritura novelística, presente en Cortázar el de *Rayuela* lo mismo que en García Márquez, cuyos *Cien años de soledad* se van escribiendo por mano de Melquíades a medida que la historia de Macondo se despliega. El procedimiento es habitual y reiterado tanto en Europa como en Hispanoamérica a partir del *nouveau roman*.

En la narrativa venezolana contemporánea fue solo a partir de Guillermo Meneses cuando la novela comenzó a ser materia de su propia narración, discurso reflexivo de su existencia estética. Por eso no fue poco el mérito de que Gil Fortoul, novelista de 27 años, en 1888, anduviera planteando semejante formulación en su breve libro, con todo lo balbuciente que pudiese parecer a un lector de hoy.

*Julián* abre su texto con un epígrafe de Paul Bourget, iniciador de la *novela de análisis*, decodificador del naturalismo de Medan, como se anotó antes. Bourget prolongaba la línea introspectiva iniciada por Stendhal, otro influjo reconocible en Gil Fortoul. La novela *Cruel enigma* y los *Ensayos de psicología contemporánea* de Bourget, constituyen éxito en Francia desde 1885. Eran comentario habitual en las tertulias frecuentadas por Gil Fortoul, a las cuales también concurría Bourget. La perfección de diseño y la reflexión analítica dentro del texto habían sido reiteradas preocupaciones del novelista francés. Era la reacción anti-naturalista. No es exagerado conjeturar entonces que en ese autor abrevaron los proyectos del venezolano.

Julián Mérida lucha en la novela por alcanzar fama literaria. Lo intenta como orador en las tertulias del Ateneo de Madrid. Allí expone una teoría del estilo, próxima a la estética modernista por el rechazo al arrebatado sentimental de los románticos y la exaltación del sensualismo artístico de los simbolistas. Cito dos párrafos de su lectura ante el Conde de Rada y Enrique Aracil, sus contertulios. El primero expone la voluntad renovadora del lenguaje y el distanciamiento del romanticismo crepuscular:

Existen dos escollos funestos: el uno, aquel en que caen los simples coloristas, cinceladores de joyas microscópicas; el otro, aquel en que tropiezan los puristas intransigentes, que escriben en estilo incoloro e insípido. Nada más árido que los períodos de estos ascetas ni más eficaz para conmover o convencer al lector, que es el fin supremo de cuantos escriben. Las lenguas no deben quedarse nunca inmóviles: si se quedan así, huelen a muerto. Inmovilizarse en el arcaísmo es tan nefasto como precipitarse en las vaguedades del romanticismo. Lo primero, petrifica el lenguaje; lo otro, lo convierte en vaporosa quintaesencia.

El segundo párrafo incide en una nueva concepción de la libertad expresiva, en la conciencia del trabajo verbal de la escritura, concebida

dentro del sensualismo y la eufonía que habrían de proclamar e institucionalizar en código los modernistas hispanoamericanos:

...Libertad absoluta para el pensamiento; pero bridas fuertes para el pensamiento loco. Que la frase no llegue nunca al paroxismo; que el período termine en curva armoniosa, como las olas en una playa de pendiente suave. Frases fluidas y lucientes; períodos que se muevan y palpiten como el cuerpo desnudo de una muchacha virgen después de un beso... Eso prefiero yo en mis autores favoritos. Con lo cual no digo que después de haber leído una novela deleitosa de Galdós o un artículo perfectísimo de Valera, no me agraden también como fresquísimas cremas, un cuento regocijado de Armand Silvestre, una historieta de Banville o una página voluptuosa de Catulle Mendes (p. 52).

Los planteamientos citados eran a propósito de una revista que en la acción narrativa proyectaban fundar los jóvenes. Pero el otro proyecto, el primordial, para Julián Mérida, era el de escribir su propia novela. Desde el primer capítulo del texto se perfila esa lucha y esa búsqueda del libro, que solo concluirá con el personaje mismo:

Sentía hacia aquellas escenas poderosa atracción. Huele mal eso —pensaba— pero esa es la vida desnuda, sin ropajes hipócritas. ¡Si yo pudiera! Haría un libro palpitante, hermoso, cuajado de tipos reales, de pasiones violentas, de sentimientos verdaderamente conmovedores. Los personajes se moverían por sí mismos, hablarían esa lengua pintoresca e intencionada del mercado, se destacarían sobre un fondo lleno de luz meridional; no serían enfermizas creaciones de la fantasía; serían esos mismos que acabo de ver...

Sin embargo, el proyecto de una novela conceptuada como romántico-realista deviene gradualmente en una novela intelectual. Los personajes no hablan en diálogos pintorescos de mercado porque pertenecen al *gran mundo* que va siendo escarnecido en la acción misma y están

vistos con óptica intelectual. A lo largo de la novela domina la visión libresca del mundo del escritor que proyecta la obra mientras la actúa. Entre el amor cambiante y los contactos con el grupo ateneísta se modela el afán solitario del escritor. Abandona el camino de la oratoria, primera vocación de la búsqueda, que no le da renombre pero lo provee de amigos y le abre las puertas del gran mundo. El conflicto se plantea ahora entre las fiestas y los compromisos de los amigos, de una parte, y el apremio de las cuartillas desordenadas en la mesa de trabajo, a las que vuelve cuando lo retiene algún malestar orgánico. Al otro margen el Eros. Consuelo significa en dos momentos la relación funcional entre el amor y la escritura: “Tendido en un sofá, paseando la mirada por las molduras del techo y las ondas de las cortinas, él le dictaba con la misma rapidez con que hablaba en la tribuna, y ella sólo le interrumpía con observaciones ingeniosas y comentarios discretísimos que servían para aclarar una idea o rematar hermosamente un período” (p. 44).

En otros momentos la novela se vislumbra como proyecto a medias, interferido por la premura de un artículo para la revista, que Julián tampoco escribe, abrumado por la fatiga bohemia. Luego, Amparo y otra vez el Eros, como oponente del trabajo de escritura, cuando ya ha tomado conciencia del vacío que le provoca la oratoria: “esos discursos del Ateneo no dan más que aplausos, ruido, ruido que apenas dura mientras las ondulaciones del aire llegan hasta los retratos de Alcalá Galiano y Moreno Nieto... Por hoy, ese artículo para la revista. Y mañana... mañana ya veremos. He de concluir esa novela... si se venderá...” (p. 55).

Cuando queda en soledad reflexiva para ambientar la acción de escribir “Una voluptuosidad resultante de recuerdos de placeres carnales y de aspiraciones castas, le mantenía clavado en la silla. Era un combate entre la carne comida por deseos brutales y el espíritu volando hacia horizontes serenos; entre las últimas vibraciones de los besos de Amparo y los primeros transportes de la concepción estética” (p. 55).

Finalmente, cuando a seguidas del título “Deseos confusos” arremete sobre las cuartillas para escribir el artículo, la interferencia es entonces la corrección, al final de la cual sólo queda, literalmente, “una sucesión de frases, muy hermosas, pero sin lazo alguno de unión” (p. 58). Termina, pues, por dictar, sobre la marcha, entre el grupo de sus compañeros, el artículo para la revista: el escribir es sustituido por el dictado. Esa constante suspensión del acto de la escritura va constituyendo, en la historia narrativa, el elemento tensor de la novela que se está escribiendo interiormente en la conciencia de Julián mientras dura su vida. Las secuencias del Eros y de las tertulias o las fiestas se cierran sobre sí mismas. La escritura de la novela queda abierta ante el lector que la observa con atención, como una expectativa renovada.

Fuera de las treinta cuartillas de la alegoría dictada a Zúñiga en la redacción de la revista, que Julián, además, se niega a corregir para no destruirlas, como lectores logramos ver una rendija de escritura directa, gracias a la segunda visita de Consuelo a la pensión de doña Brígida. Son las tres cuartillas sobre el amor. Y es todo cuanto sabemos del hilo subyacente del escritor en acción de producir texto escrito. En cambio, oralmente, Julián narra a Consuelo el cuento de sus amores y ésta refiere su propia versión, en un trueque de perspectivas interrumpidas por alusiones al tiempo, marcadas con los interrogantes reiterados de “¿te acuerdas?”.

Luego del desencanto amoroso que le provoca Laura en las vacaciones de San Sebastián, Julián Mérida regresa enfermo a su habitación y a sus cuartillas, pero busca una nueva puerta de escape a la escritura: el ajenjo. La separación catalítica de la escritura respecto al lector es el recuento de los amores con Laura.

Finalmente, sabemos por indicios discursivos que, en medio de la embriaguez del ajenjo, que en los primeros días “le produjo efectos deliciosos”, se lanza a escribir sin tregua y, ahora sí, omitidas las

correcciones. Pero esta vez tampoco se revela al lector el contenido de dichas cuartillas. Nos enteramos de su recuperación luego de los delirios alcohólicos que lo atormentan y lanzan hacia la calle. En el paseo encuentra a Isabel, el único amor no llevado hasta la posesión, vivido ideal o galantemente en San Sebastián, como alternancia idílica que Laura le prodiga para lastimarlo. Isabel es el único nexo sentimental que se mantiene inconcluso. Julián escribe ahora el recuento de sus experiencias amorosas, pero no en novela, sino en versos encendidos que definan consecutivamente a Consuelo —“el entusiasmo efímero del artista”—; Laura —“la tempestad de la pasión brutal”—; e Isabel, “¿La había amado acaso?”. Queda omitida Amparo.

La acción concluye con el suicidio inconsciente o delirante de Julián Mérida quien, ebrio de ajenjo, se lanza por la ventana de su cuarto. Y aún en el epílogo el lector vuelve a preguntarse qué fue de las abundantes cuartillas escritas por Julián en sus últimos días. Quizá sean la novela *Julián*, subtitulada “Bosquejo de un temperamento”. Es el juego ficcional en que nos entrapa Gil Fortoul, quien por lo demás, repetirá la técnica de una novela de la novela, en su tercer intento. En este, Enrique Aracil, el gran amigo de Julián Mérida, da cuenta muy rápida de la muerte de su compañero en Madrid, sin mencionar la ciudad. Enrique vive en Caracas. Y erigido novelista, actúa como sujeto de una novela que se titulará *Pasiones*, en la cual ocurre todo cuando acaba de mencionarse.

#### 4. Los puntos de vista

En el proceso del simbolismo francés, uno de sus poetas de segundo orden, nacido en Normandía en 1861, Edouard Dujardin, había explorado un procedimiento discursivo destinado a ocupar posición extraordinaria en el desarrollo de la narrativa del siglo XX. En efecto,

ese poeta simbolista publicó en París y en 1888, una novela: *Les lauriers sont coupés* (*Los laureles están cortados*). Era la primera novela europea donde conscientemente se aplicaba el recurso del *monólogo interior*.

Uno de los más agudos historiadores de la novela contemporánea, René Marie Albères, comenta sobre Dujardin lo siguiente:

Así nos encontramos metidos en el universo tan complejo de la sensación subjetiva; y sobre todo en una novela en donde ya no es el autor quien regula el orden de las ideas, de los sentimientos y de las sensaciones. El ejemplo más clásico es el de Edouard Dujardin, a quien se considera como el inventor ocasional del monólogo interior, gracias a su novela *Les lauriers sont coupés*, de 1887. En efecto, este novelista insulso de la época simbolista cede la palabra a su personaje y le hace expresar sus sensaciones. Sin darse cuenta de la originalidad póstuma que alcanzaría su invento, nos va transmitiendo en primera persona, bajo el signo del yo, los escalofríos más rudimentarios de su grotesco héroe, Daniel Prince<sup>9</sup>.

*Les lauriers sont coupés* apareció primero por entregas en la *Revue indépendante* (1887), fundada por el propio Dujardin. Los capítulos fueron insertos en los números de mayo a agosto de ese año. La redacción de la novela transcurrió entre abril de 1886 y abril de 1887. El libro, editado en la imprenta de la revista, circuló en 1888. Su autor, en coincidencia con Gil Fortoul, tenía entonces 27 años. Ambos habían nacido en 1861.

El juicio de Albères suena un tanto duro y arbitrario. El hecho de que Dujardin hubiera descubierto *ocasionalmente* el recurso del monólogo interior, no indica que su introductor en la novela desconociese la originalidad de su hallazgo y, en consecuencia, la suya no fue una fama póstuma. La novela fue reimpressa en 1897 en el *Mercure de France* y reapareció como libro, con modificaciones del autor, en 1925 (Editions

---

[9]\_ R. M. Albères. *Metamorfosis de la novela*. Madrid, Taurus, 1971, p. 207.

Messein). Era éste el mismo año en que Valery Larbaud daba a conocer a los franceses la obra de Joyce. Larbaud escribió el Prefacio a *Gente de Dublín* para la versión francesa realizada por Y. Fernandez, H. de Pasquier y J. P. Reynaud, editada en 1926. (Recuérdese que el *Ulises* había aparecido en Francia, publicado por Edit. Shakespeare and Co., en 1922). En su ensayo, Larbaud analizaba el recurso aplicado por Joyce. Un año antes, en 1925, Larbaud había escrito el Prefacio a la segunda edición en libro de *Les lauriers sont coupés*. Al texto de Valery Larbaud seguía un estudio introductorio muy amplio, de Olivier de Magny. Dujardin había pedido expresamente a Larbaud que prologara aquella segunda edición de su novela, para “aclarar algunos puntos de historia literaria”. Es decir, reclamaba paternidad narrativa sobre el uso inicial del monólogo interior. Y Larbaud sostiene, entre otras cosas, que *les lauriers sont coupés* está lejos de ser una simple “curiosidad de historia literaria, una anticipación fortuita de la forma consagrada y difundida treinta años más tarde por James Joyce”<sup>10</sup>.

Dujardin no sólo estaba consciente de la trascendencia de su obra, sino que en 1931, en las mismas prensas de Messein, publicó un libro completo sobre el tema: *Le monologue interieur. Son apparition, ses origines, sa place dans l'oeuvre de James Joyce*.

Sería casi temerario afirmar que Gil Fortoul hubiera conocido la novela de Dujardin, en la versión hemerográfica de 1887, cuando estaba radicado en Leipzig y concluía la redacción de *Julián*. Pero lo cierto es que en la novela del intelectual venezolano, como se verá seguidamente, el recurso del monólogo interior es palpable y, aún más, se reitera de modo persistente en la tercera novela *Pasiones*.

---

[10]\_ “Aussi faut-il voir dans *les lauriers sont coupés* tout le contraire d’une curiosité de l’histoire littéraire, d’une anticipation fortuite de la forme consacrée et repandue trent ans plus tard par James Joyce”. (V. Larbaud. Prefacc. *Les lauriers sont coupés* (3<sup>a</sup> ed.). París, Presses de L’imprimerie Bussiere Saint-Amand, 1968; p. 12).

Una última digresión de historia narrativa. Albères señala que ya había atisbos de monólogo interior antes de Dujardin. Menciona por caso el *Adolphe* de Benjamín Constant, *La cartuja de Parma*, de Stendhal. En estos autores, como en Dujardin, por supuesto que el monólogo interior no se podía manifestar en todas las consecuencias que asumió a partir de su aplicación novelística dentro de un proceso psicológico llamado *stream of consciousness* (fluir síquico o corriente de la conciencia). El primero que estudió este fenómeno psíquico fue William James en su *Psicología General* de 1890. Por lo demás, el fluir síquico imbricado plenamente en el monólogo interior como discurso narrativo sólo sería procedimiento natural de la novela con sintaxis dislocada a partir del genial desarrollo realizado por James Joyce en su *Ulises* y llegaría a través del *nouveau roman* a nuestra época.

Sea como fuere, en las tentativas de Stendhal y más palpablemente en la de Dujardin, ocurría algo esencial a propósito del despliegue de una interiorización literaria de las sensaciones: “el novelista se calla. Habla el personaje. Consecuentemente, la novela adopta el estilo interior del personaje, en vez de conservar el estilo personal —y paternalista— del novelista. Era una especie de descolonización de la novela”<sup>11</sup>.

En la novela de Dujardin el monólogo todavía se produce como un mecanismo para desahogar las sensaciones amorosas que discurren por el interior de su personaje, aunque no logra la implicación total. Se entabla una suerte de polarización contrapuntística entre el plano externo, de tercera persona y el plano interior de un yo que ya no habla con nadie, como no sea su propia conciencia, es decir, que hay ausencia de interlocutor.

---

[11]\_ Albères, *op. cit.*, p. 203.

*Julián* apareció apenas un año después de la primera versión (en revista) de la novela de Dujardin. No se podría pedir, por lo tanto, una obra maestra acabada en la aplicación de una técnica narrativa que apenas comenzaba a difundirse. Lo importante es que en un novelista venezolano de 27 años ese recurso estuviera notoriamente utilizado. *Julián* adquiere entonces el relieve de ser la primera novela de lengua española que se propone y logra utilizar en atisbos el monólogo interior.

La novela se estratifica en dos planos discursivos perfectamente diferenciables para el lector. Una tercera persona narra la peripecia exterior de Julián Mérida, en contacto con el mundo intelectual y bohemio del Madrid de los ochenta. Otro plano, interno, propuesto desde un *yo*, implícita en el espacio recóndito del personaje sus angustias, delirios, pesadillas de ajeno, proyectos de una novela que Julián Mérida aspira escribir; pero sólo esboza a retazos de temporalidad en el interior de su conciencia.

La implicación de esos estados de conciencia, sus “sensaciones”, sus conflictos, devienen en soportes básicos de la acción narrativa y son comunicados al lector a través de varios monólogos interiores. Quede claro que no se trata ya de la escritura confesional de un *yo* romántico que busca en el lector a su interlocutor para plantearle entre lágrimas las confidencias sentimentales, ni tampoco la auto-confesión vertida en diario íntimo. Julián Mérida no habría podido escribirlo por la corrosión de su lenguaje oral, oratorio, que lo perseguía e inhibía frente a la página en blanco. Julián vive en su *yo* silencioso las ebulliciones de su reflexión intelectual, angustias, sueños, proyectos, delirios, dilemas psicológicos, que en el texto no van dirigidos a ningún destinatario virtual o explícito. El discurso volcado hacia adentro del personaje está perfectamente desmembrado del plano omnisciente.

El dilema fundamental de Julián está en el hecho de que el proyecto de novela no se realiza. Se enuncia en el plano discursivo de tercera

persona y continuamente es interrumpido por la interiorización donde el proyecto existe. Al final, muerto el personaje, nos tendríamos que plantear el interrogante de quién es el otro narrador, pues el yo monologante ha desaparecido con el suicidio de Julián Mérida. Y la única posibilidad que nos resta es afirmar que se trata de un *otro* que es testigo: Enrique Aracil. Este reaparece en *Pasiones* para evocar la muerte de su amigo Julián, como arquetipo de la frustración intelectual y para asumir por relevo, él también, la función de un novelista que proyecta una novela sico-socio-política, la cual tampoco va a ser realizada como escritura. El juego de intertextualidades tejida por Gil Fortoul entre *Julián y Pasiones*, a través de los dos amigos constituye la base de nuestra conjetura y en cuanto al autor, ambas obras se interconectan como variaciones de una búsqueda de metalenguajes novelísticos dentro de las novelas mismas.

Cito para concluir, algunas microsecuencias donde se producen monólogos de Julián Mérida. Con ello, tal vez otros lectores quieren comprobar por sí mismos que, sin ser regional ni regionalista, anterior a *Peonía*, pese al silencio de la crítica coetánea a su aparición, *Julián* no sólo acepta y soporta una relectura de hoy, sino que ella se efectúa con agrado aunque no hallemos más que una buena novela venezolana digna de mejor suerte.

Vamos al texto. Julián Mérida transita por una calle madrileña, descrita a medida que el personaje —intelectual en agraz— se va desplazando. Notaremos que el plano externo —de tercera persona— está marcado por un copretérito del discurso y, sin embargo, en el plano de la acción, estamos transitando un presente narrativo. En cambio, Julián Mérida, desde su interioridad, habla *para sí* en un tiempo de futuro, sobre el proyecto de novela que, ya sabemos, no escribirá, pero que en todo caso significa la simultaneidad del plano interno sobre el que está

soportada la acción. En el primer trozo a citar puede notarse aún una ingenuidad de Gil Fortoul: la de anteponer al monólogo interior el explicativo “pensaba”. Sin embargo, en la segunda cita y en otras numerosas microsecuencias del texto, quedan eliminadas las explicaciones y, aunque mantiene el guión convencional del diálogo, el personaje carece de interlocutor, está apartado de la acción externa, el espacio está dentro del propio Julián Mérida, quien habla *consigo mismo* y, en consecuencia, el tono de la escritura es reflexivo en lugar de transitivo:

*Texto N.º 1. De plano externo a plano interno*

“Sentía hacia aquella escena poderosa atracción. Huele mal eso —pensaba— pero esa es la vida desnuda, sin ropajes hipócritas...

¡si yo pudiera! Haría un libro palpitante, hermoso, cuajado de tipos reales, de pasiones violentas, de sentimientos verdaderamente conmovedores” (p. 26).

*Texto N.º 2. De plano interno a plano externo*

“Veamos —se dijo—. Esto es un delirio escrito por un ebrio. Pero algo queda. He suprimido las vestiduras inútiles. Yo quiero un cuerpo desnudo y hermoso; la corrección de las formas y las palpitations de la vida sobre la carne fresca y blanda. Que la idea esté caliente como acabada de nacer, y que la lengua vibre como la hoja de una espada. Veamos. Veamos. Empezó a leer de nuevo, y en la primera cuartilla tropezó con una ancha línea de tinta...” (pp. 57-58).

*Texto N.º 3. De plano externo a interno*

“Diez minutos después ya estaba a inmensa distancia de la plaza de la Cebada.

—Así venceré gigantes en las contiendas literarias. Mis versos serán espadas encendidas; mis dramas, batallas; mis novelas, triunfos... Me silbarán la primera vez. ¡Qué importa! Contestaré con una sonrisa desdeñosa. Al día siguiente me aplaudirán con delirio: formaré escuela: llevaré por todas partes un séquito de

admiradores. En los salones, en la calle, en el teatro, me mirarán con expresivas miradas que querrán decir: ¡ese es! Mi nombre irá surgiendo de la oscuridad como un sol. ¡Llevo algo aquí! Se golpeaba con la mano la frente; y continuaba con sus desordenados delirios, hasta que, al llegar a la Puerta del Sol, un codazo le volvía a la realidad” (p. 27).

Solo nos resta añadir que el Gil Fortoul novelista, anterior intelectualmente al estudioso de las Ciencias Sociales, campo donde halló consagración, ha sido injustamente soslayado en la historia de la narrativa venezolana. Más que juicios, se han diseminado prejuicios en torno a su relevancia como narrador, sin que ahora eso nos autorice a la hipérbole de pensar que este autor aportó obras geniales a la novela. No las hubo, por lo demás, en los años de su actividad narrativa. Eran tiempos de fundación para la novela. Dentro de ese contexto aportó —eso es lo justo de reconocerle— valores de renovación que no fueron siquiera imaginados por otros contemporáneos suyos en el país. Novedades técnicas que habrían de esperar al siglo XX para alcanzar madurez plena. Esos son el mérito y el lugar que reclama, particularmente, su novela *Julián*. Y si la generosidad cultural llegara a tanto, la novela podría ser simplemente reeditada, un siglo después de su primera edición, como lo hicieron los franceses con *Les latiriers sont coupés*, a ochenta años de su primera aparición.

Caracas, junio de 1982.



# Don Luis Correa, crítico del modernismo<sup>1</sup>

*A Don Pedro Grases*

## 1. Semblanza

El año exacto del nacimiento de don Luis Correa ha constituido materia de conjetura entre quienes se ocuparon de su biografía<sup>2</sup>. Debo a un hijo del escritor, el Dr. Leopoldo Correa, la posibilidad de afirmar, con bases

---

[1]\_ Este ensayo fue inicialmente escrito como Prólogo a *Terra Patrunt*, de Luis Correa. Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación, (Biblioteca Popular Venezolana N.º 79), 1961; pp. 9-26. Fue reproducido con erratas muy lamentables y sin autorización del autor, en una reedición del libro de don Luis Correa, realizada por Monte Ávila, Biblioteca Popular Eldorado. Ahora, con ligeras modificaciones formales y la adición de nuevos datos, lo rescato en homenaje a don Pedro Grases, maestro que me informó inicialmente sobre la vida y la obra de este crítico y sobre muchos otros temas de nuestra cultura.

[2]\_ Los tres autores que se han ocupado de la vida de don Luis Correa —Pedro Grases, Mario Briceño Iragorry y Eduardo Arroyo Álvarez— habían dado como año de nacimiento el de 1889. El primero de los citados caballerosamente ha permitido hoy, que tomemos para uso público una apostilla manuscrita por él sobre la página biográfica de su ensayo “Don Luis Correa, suma de generosidad en las letras venezolanas”, la cual introduce una rectificación digna de crédito. Dice así: “Me informa don Gregorio Martínez Mendoza, quien es testigo de calidad, que la fecha de nacimiento es errónea, puesto que por sus cálculos, don Luis Correa tenía cuatro o cinco años más, es decir, que había nacido en 1884 ó 1885. Esto explicaría la precocidad de su actividad literaria, a la que no quitaría ninguno de sus méritos. Entiendo que el testimonio es digno de toda estimación porque don Gregorio Martínez Mendoza, hombre respetable, nacido en 1862, siguió al detalle la vida intelectual venezolana, en la que intervino con mucha frecuencia y, además, relaciona la edad de Correa con la de su hijo (Gerónimo), ambos íntimos amigos”.

documentales, que la fecha exacta de nacimiento de Luis Correa es el 31 de diciembre de 1886 y no 1889, 1884 ó 1885, como se venía señalando<sup>3</sup>.

Don Luis había nacido en Higuerote (Edo. Miranda), hijo de Fausto Correa e Isabel Moreno. Apenas de ocho años llega a Caracas, donde completa sus estudios de primaria. En septiembre de 1899 está inscrito en el Colegio Santa María, fundado por el maestro Agustín Aveledo, para cursar la clase de Gramática Latina (Primer Año). Tiene apenas trece años. Son los pasos iniciales por el camino humanístico, en una de las instituciones más sólidas fundadas en Venezuela. El Colegio había iniciado su labor ductora en 1859, bajo la dirección de aquel joven maestro Aveledo, hechura pedagógica de Juan Vicente González, a quien había relevado en el Colegio El Salvador del Mundo hasta 1858.

En 1881, los salones del Colegio Santa María fueron tribuna para la oratoria de un excepcional visitante: José Martí. Desde entonces quedó transformado en el granero intelectual del modernismo.

Brillante alumno, Luis Correa asimiló valiosas enseñanzas en lenguas clásicas, conciencia del propio idioma y pasión por la literatura y la historia.

---

[3]\_A raíz de la aparición de *Terra Patrum* en la Colección Popular Eldorado, de Monte Ávila, en 1973, el doctor Leopoldo Correa, hijo de don Luis, me escribió una amable carta fechada el 17 de abril. A lo largo de estas notas iremos citando fragmentos de la misma. El motivo de su carta era remitirme copia de la *Matrícula* del Colegio Santa María donde consta, no solo la inscripción de don Luis en ese Instituto, sino también algo más importante: el año exacto de nacimiento. Textualmente el Documento reza: “ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA / COLEGIO SANTA MARÍA/ FUNDADO: el 2 de octubre de 1859 / Director: Dr. AGUSTÍN AVELEDO, Ingeniero / El señor Luis Felipe Correa, natural de Caracas [sic] de 13 años, hijo del Señor Fausto Correa y de la Señora Isabel Moreno, se ha matriculado para cursar la clase de Gramática Latina (I.º año), abierta el 1.º de septiembre de 1899. / Caracas: 22 de septiembre de 1899 / El Secretario, Manuel Guillermo Aveledo, M. D. / Anotada esta matrícula al folio 56 del libro respectivo. / M.G. Aveledo, M.D. / “Casi al final de su carta, don Leopoldo escribía: “Le anexo copia fotostática de un documento muy valioso, que lo puedo confirmar con otros documentos, el cual aclara la fecha de nacimiento de mi padre, ya que, lamentablemente, hay una gran confusión en ese asunto”.

Finalizados sus estudios de Bachillerato ingresó en la Universidad Central para cursar Derecho. Su vocación era ajena al mundo de las leyes. Pronto abandona la carrera y se encamina francamente hacia la creación literaria.

Justamente el año en que Luis Correa es trasladado por sus padres a Caracas, el modernismo entraba en auge. Desde 1892, circulaba *El Cojo Ilustrado*. En 1894 aparece *Cosmópolis*. Las viejas generaciones reaccionan desigualmente ante los nuevos planteamientos estéticos. Mientras cierto Romanticismo escolástico sobrevive en la Academia de la Lengua, en las páginas de aquellas dos revistas memorables alternaban positivistas y modernistas, costumbristas y tradicionalistas. Junto a Verlaine y Mallarmé, Rubén Darío o Lugones, Pedro Emilio Coll, o Urbaneja Achelpohl, Díaz Rodríguez o Gabriel Muñoz, firman José Gil Fortoul, Arístides Rojas, Santiago Key Ayala, Nicanor Bolet Peraza. Antes, en el país, no se había congregado una fronda creadora de arte literario tan abundante como entonces. Se leía con avidez. El dominio de la lengua francesa era un imperativo de época y de escuela. El medio intelectual era propicio, pues, para un joven en quien hubiera despertado la pasión por la literatura.

En 1905, aparece publicado el primer libro del joven Luis Correa. Se titula *Alba lírica*. Es un poemario. Su autor cuenta apenas 19 años. Suaves tonalidades aprendidas en los maestros mayores del Modernismo continental resuenan en un castellano impecable que surte con espontaneidad y madurez. Jesús Semprum saluda en el prólogo al poeta recién llegado. Luis Correa se ha hecho tempranamente un nombre y un espacio en la literatura nacional. *El Cojo Ilustrado* vive su máximo prestigio. Su director, José María Herrera Irigoyen, siempre generoso con los nuevos valores, abre aquellas páginas al poeta inaugural. De 1906 a 1912 fueron apareciendo en verso y prosa lírica las colaboraciones de Luis Correa. Aún permanecen sin compilar. Después la poesía alternará con los ensayos diseminados en la prensa periódica hasta la muerte del escritor.

1916 marca un nuevo ciclo en la formación cultural de Luis Correa. Es enviado a Francia para ocupar el Consulado de Venezuela en El Havre. El estudio de los poetas “malditos” y los simbolistas no da tregua a quien tiene familiaridad con la lengua y el país al que Venezuela debía influencias de toda índole. El espíritu escéptico de la crítica francesa, la toma de conciencia artística, la pupila sensible a nuevas lecturas y experiencias, terminan de pulir aquel espíritu gustador de arte. El estudio esmerado de Taine y Sainte Beuve lo dotará de método para analizar críticamente aquel mundo literario donde se siente holgado.

En 1918 está de regreso. El periodismo lo absorbe. Es Redactor Jefe de *El Universal*. La tertulia de las tardes cobra animación. La voz mesurada y madura en el cultivo cotidiano de la literatura, disiente, afirma o corrobora en torno a los juicios de los visitantes y los asiduos. El resto del tiempo es la frecuentación de infolios acumulados en la Academia Nacional de la Historia, institución que se abrirá oportunamente al estudioso, para recibirlo como Individuo de Número<sup>4</sup>. La investigación del pasado y los problemas presentes del país, los papeles y la vida de Bolívar son temas que en las mañanas de cada domingo se hablan en casa del doctor Vicente Lecuna, situada entre las esquinas de Reducto y Miranda. Allí concurren para escuchar al anfitrión y también para informar de nuevos hallazgos, hombres de la sabiduría de Manuel Segundo Sánchez, nuestro primer bibliógrafo; Luis Alberto Sucre, Leopoldo Landaeta, Ricardo Urbaneja, Cristóbal L. Mendoza, Román Cárdenas, el pintor Tito Salas y el poeta Luis Correa. A veces, el padre del pintor, don José Antonio Salas, llega

---

[4]\_ Fue propuesto en carta fechada el 10 de febrero de 1926, suscrita por los señores Laureano Vallenilla Lanz (padre), F. Jiménez Arráiz y Eloy G. González, para ocupar el sillón letra “L”. Se recibió como Individuo de Número el 3 de febrero de 1928. Sustituía al Dr. Félix Quintero. Posteriormente sería electo Secretario de la Corporación, investidura que conservó hasta su muerte. (Cf. Archivo de la Academia Nacional de la Historia).

para evocar con humor la época guzmancista. Es historia viva. Don Luis la capta con atención y fija en la memoria datos y anécdotas que habrán de nutrir después la tarea del ensayista<sup>5</sup>.

La vida del país era cada día más angustiosa. Una esperanza fugitiva obnubiló las más lúcidas inteligencias entre 1909 y 1916, cuando se vislumbraba un cambio en el rumbo político. En realidad sólo se estaba afianzando una dictadura, la de mayor longevidad que ha padecido Venezuela. La política compromete al sosegado crítico, pero no logra desviar la vocación literaria, aunque sí le sustrae horas valiosísimas para el trabajo de investigación.

En 1926 emprende un nuevo viaje. Lo envían como Secretario de la Delegación Venezolana a la conmemoración del Congreso de Panamá. Tres años más tarde es designado Director de la Imprenta Nacional. De 1931 a 1936 ocupa la Dirección de Gabinete del Ministerio de Relaciones Interiores. La mansedumbre de carácter y la sabiduría administrada con modestia le han ganado afecto y respeto. En 1935 ocurre la muerte de Gómez. Don Luis sigue actuando silenciosamente como un buen burócrata, en torno a quien va creciendo una numerosa familia, de hijos y de ensayos históricos o literarios.

En 1937 se reúne en Buenos Aires una Conferencia Internacional de la Paz. La Delegación venezolana vuelve a contar como Secretario a Luis Correa. A su regreso intensifica el ordenamiento de investigaciones y ensayos. Siente que su salud comienza a fallarle. En 1940 viaja a Nueva York. Quiere paliar los dolores que lo asedian. Es vano el intento. La intranquilidad aparente que había surcado el rostro en los últimos tiempos era una siniestra enfermedad en avance. Desasosiegos afectivos, intelectuales, morales, reforzaban el mal. Murió el 11 de abril<sup>6</sup>.

---

[5]\_ Información contenida en la carta del Dr. Leopoldo Correa.

[6]\_ El entierro de don Luis se efectuó en Caracas el 25 de mayo. Fue velado en capilla

## 2. La personalidad

En aquellos tiempos lóbregos, pocos venezolanos vivieron tan respetados por su bonhomía como Luis Correa. Era una época pasional. Los odios y el corrillo; la zancadilla y la tarjeta de presentación, el valimiento y la privanza eran las cartas para el azar de una política arbitraria. Hombres como Pedro Emilio Coll o Luis Correa fueron de los pocos que traspasaron aquella encrucijada inmoladora sin arrastrar un saldo de envidias o venganzas posteriores, por el hecho de haber desempeñado cargos públicos sin valerse de ellos para el atropello o la delación. Supieron respetar a los adversarios del gomecismo y se hicieron respetar por quienes aprovecharon el poder para hacerse un renombre intelectual. Fueron figuras moderadoras. Don Luis supo entender a los grupos en fricciones continuas, en lo político y lo cultural. Por eso dejó huella de ponderación y estoicismo en tiempos de tremenda controversia. Ahí está quizás la clave para admitir la afirmación de Don Pedro Grases —devoto amigo y agradecido compañero de Luis Correa—, cuando dice que no pudo haberse colocado con mayor tino el apelativo de *Don*, en su prístino sentido, como a ese caballero que rompía lanzas por ayudar y estimular los esfuerzos de quienes comenzaban en un arduo momento su carrera intelectual.

La frecuentación de una Europa bullente de guerra y de inteligencias empeñadas en una cruzada pacifista —entre 1916 y 1918— favoreció su formación. Supo tanto de temas hispanoamericanos como de los transportados desde el Viejo Continente. Si alabó a Víctor Hugo, si leyó a simbolistas y parnasianos, amó primero y con mayor hondura la producción nativa de los fundadores y las florecencias nuevas de sus contemporáneos.

---

ardiente durante el día, en la Sala de Sesiones de la Academia, de donde salió el féretro. (Datos en Archivo de la Academia Nacional de la Historia).

Era la época de las tertulias caraqueñas. Se mencionaron las de *El Universal* y la reunida en casa de Vicente Lecuna. El recuento sería incompleto si se omitiera la de *El Cojo Ilustrado*, presidida por su director Jesús María Herrera Irigoyen o la de Tito Salas, en su casa de “El Toboso”, supervivencia de una ciudad desaparecida, donde un encanto cervantino hacía la atmósfera. En todas ellas don Luis era recibido con respeto y cordialidad como a hombre de saber discreto.

Mario Briceño Iragorry dejó en trazos certeros el perfil formativo de Luis Correa, en párrafo que vale ser transcrito:

Formado intelectualmente cuando esplendían en nuestras letras junto con las llamadas generaciones de *Cosmópolis* y *El Cojo Ilustrado*, los varones memorables que con sus levitas negras y sombreros de copa mantenían el recuerdo de las premoniciones de “El Salvador del Mundo”, Correa recibió de testigos nostálgicos el relato vivo de aquella época intensa de una política de avance y retrocesos. A través del patético relato de aquéllos comprendió el sentido de nuestro siglo XIX<sup>7</sup>.

Herederero de ricas tradiciones revividas en el relato de testigos, que él supo escuchar con atención para luego ampliarlas en investigaciones documentales directas, don Luis se vio moralmente inducido a historiar nuestro drama artístico y humano. Junto al poeta emerge así el alucinado de la historia; la vieja lección de los fundadores se matiza con el lirismo de una prosa eufónica, madurada en un modernismo bien asimilado. La retrospectión se cruza con la moda. El gusto se vigoriza con la mezcla. La lectura y el cultivo directo de las letras forjan la intuición valorativa. La metáfora rezuma ondulaciones de aljibe y enmarca una escritura que le da permanencia a sus ensayos.

---

[7]\_ “Palabras para alabar a Luis Correa”. Caracas, Imprenta del Ministerio de Educación (Separata de la *Revista Nacional de Cultura*, N.º 70, septiembre-octubre de 1948), pp. 8-9.

La era gomecista produjo en Venezuela un doble saldo de tragedia y opulencia en la vida intelectual. Tragedia de represiones que obligaron a tascar el freno político, a escribir en la penumbra de los calabozos, en el exilio o en la frustrada montonera. Opulencia de voces que, cautivas o neutralizadas, constituyen un patrimonio cultural riquísimo al que es necesario juzgar con objetividad dentro de un contexto muy contradictorio. Son voces que transgredieron más o menos abiertamente la circunstancia opresiva al volcarse en revistas o tertulias, o escribieron en retazos clandestinos su grito de protesta para dejarlo oír por escrito sólo después de muerto el dictador. Es el nacimiento traumático del siglo xx cultural. En las ergástulas, en la resaca del exilio, en la resignada posición burocrática del cargo subalterno, germinaron las creaciones literarias: poemas social-revolucionarios amasados con arcillas de vanguardia, con ecos de Walt Whitman o de los futuristas, del ultraísmo español o con la resonancia del Darío de los últimos años, precisamente el de la Oda a Whitman; novelas y cuentos, ensayos o panfletos, donde velada o abiertamente se expresaba la indignación de las inteligencias. Desde el poder más alto prevalecía el determinismo histórico de los positivistas o la polifonía del verso modernista que empezaba a acusar senilidad inevitable. En el medio, una novela ecléctica y morosa, se abrió paso dentro de un regionalismo aún en deuda con las modalidades criollistas mestizadas por Urbaneja Achelpohl en el modernismo, hasta culminar en el gran atlas simbólico-moral de Rómulo Gallegos.

Nuestra literatura había alcanzado mayoría de edad en las dos últimas décadas del siglo XIX. Se denigraba de estilos románticos envejecidos y se implantaban nuevas concepciones estéticas y sociales: modernismo, positivismo. La historia y la crítica literaria tenían ancho cauce y obra ingente por acometer. Gonzalo Picón Febres empeñó sus esfuerzos en la historia literaria del siglo XIX o quebró lanzas,

airadamente en ocasiones, por defender un concepto de literatura nacionalista, más que nacional. Otros nombres despuntan en la crítica: Julio Planchart, afiliado al grupo de *La Alborada*, revista donde estrenan armas narrativas Julio Rosales, Rómulo Gallegos, Enrique Soublette. Otros dos, Luis Correa y Jesús Semprum con su vasta erudición y sus críticas estimulaban a los nuevos y colmaban el ambiente cultural: la revista *Sagitario*, las columnas de críticas y reseñas bibliográficas en *El Universal*, donde alternan con los entonces jóvenes Fernando Paz Castillo y Julio Garmendia. Ellos y otros nombres como Eugenio Méndez y Mendoza, continúan sistematizando y divulgando el conocimiento literario en *El Cojo Ilustrado*, que circuló hasta 1915 y luego en *Cultura Venezolana* que fue casi el reemplazo aunque en menores dimensiones.

Semprum y Correa tuvieron afinidades y gustos literarios que los hicieron coincidir algunas veces. Semprum será más incisivo en la interpretación del nuevo libro dentro del regionalismo y el modernismo, pero no así cuando asomaban los primeros destellos de vanguardia. Correa remontaba el tiempo y rescataba temas o figuras tradicionales en prosa actualizadora; cuando se aproximó a nuevos valores tuvo aciertos notables, como en sus comentarios a Ramos Sucre. Julio Planchart adoptaba métodos y actitudes más subjetivas, impresionistas si se quiere y, en ocasiones polemizaba en la defensa de las literaturas regionalistas que luchaban por institucionalizarse.

Oscar Sambrano Urdaneta, quien se ha ocupado acertadamente de Semprum, señala que el crítico zuliano escribía: "...no solo de asuntos literarios, sino de muy diversos temas. No gozó del sosiego necesario y casi todo cuanto redactó tiene las huellas de la premura. Tuvo perfecta conciencia de lo que esta situación adversa perjudicaba su obra. En más de una oportunidad se le escapa la confesión más o menos velada

de este pequeño drama que es para el escritor reposado el tener imperativo de necesidades económicas”<sup>8</sup>.

Así puede establecerse mejor una diferenciación entre ambos críticos. La obra de Semprum es más aguda en el enjuiciamiento, muchas veces ajustado a lo que sería la perspectiva de escritores con quienes no regatea elogios. Caso concreto es su estudio sobre *Reinaldo Solar* de Gallegos, donde predice la que será órbita mayor del novelista. Otras veces queda atado a su tiempo, cuando la obligación de la amistad lo contrae a juzgar subjetivamente. Su prosa, en cuanto a estilo, se muestra menos madura que la de Correa. En éste hallamos a un verdadero “estilista” como se dijo en lenguaje modernista. Fue esmerado y vigilante de la elegancia expresiva; la opinión sigue un régimen de gusto literario, de identificación empática similar a la de su maestro Sainte-Beuve. Correa obtuvo el aplomo y la serenidad que no lograron arrebatarse ni la actuación pública, ni los apremios económicos que también, como a Semprum, lo atosigaron en su momento<sup>9</sup>.

En Semprum y Planchart quedan las páginas críticas, válidas con relatividad y sujetas a la necesaria revisión de opiniones. En Correa trasciende el amor al suelo de los padres (*Terra Patrum*) y la donosura del decir que prevalecen para situarlo como uno de los mejores ensayistas venezolanos, dentro del Modernismo.

---

[8]\_ “El pensamiento crítico de Jesús Semprum”. En: *Letras Venezolanas*. Trujillo, Edics. del Ejecutivo del Edo. Trujillo. (Biblioteca Trujillana de Cultura, N.º 4), 1959, p. 81.

[9]\_ Don Leopoldo Correa, en su carta, comenta: “Concuerdo plenamente con Usted, cuando afirma que es doloroso que mi padre, dotado de una gran cultura histórica, no dejara una obra más orgánica en su contenido, pero Usted sabe querido amigo lo arduo que era el medio ambiente de los años que le tocó vivir, y cómo, además, se vio siempre obligado a trabajar afanosamente en tareas subalternas, para lograr el sostenimiento decoroso de una larga familia. Estas circunstancias le impidieron poder realizar una obra de mayor proyección”.

### 3. Las vertientes de la obra

La producción intelectual de Luis Correa fluye por tres vertientes: 1) la poesía lírica, 2) la investigación histórica y 3) el ensayo (crítico, biográfico o evocativo).

#### 3.1. La poesía

En poesía, *Alba lírica* fue su carta de presentación entre los cantores modernistas del instante. Rufino Blanco Fombona lo ubica en fraternidad con Sergio Medina y Alfredo Arvelo Larriva. El propio Correa, al comentar *Cigarras del trópico*, refiere cómo él y Sergio Medina compartieron rumbo en ciertos momentos de su carrera literaria:

Eran los buenos tiempos del modernismo, que aceptábamos sin ninguna reserva y por cuyos cánones jurábamos como convencidos catecúmenos, adorando los esplendores muy del siglo XVIII de Rubén Darío, las abstracciones de Amado Nervo y el conceptismo de Lugones, solemne como el Plata. De los tres, en cándido espejismo, nos apropiábamos lo externo sin cuidarnos de lo substancial y permanente. Vinieron luego los inevitables desencuentros, pero también los goces de la absoluta posesión, y aprendimos como buenos joyeros a separar el grano de oro fino, a valorar las perlas por su oriente. Y de los nombrados y de todos los maestros de ese momento interesantísimo de las letras hispanoamericanas supimos apreciar lo que fue vibración del momento, emperifollado alarde de la moda, y lo que es poesía desnuda, troquelada en los moldes irrompibles de la eternal belleza<sup>10</sup>.

Luis Correa, el poeta, estuvo bien situado, pues, en la conciencia revisora de las altisonancias modernistas, como razón estética y ejercitación para el gusto. Si su obra poética no alcanza gran estatura, al menos fue

---

[10]\_ “Cigarras del trópico”, de Sergio Medina”. En: *Elite*, año VII, N.º 388, 18 de febrero de 1933. Fue recogido en *Terra Patrum*. (Ed. de la Biblioteca Popular Venezolana, N.º 79). (Cf. Nota N.º 1 de este trabajo).

el paso inicial. No es, tampoco, de lo más desechable en la poesía lírica de la escuela dariana, en un país donde no hubo entonces poetas de dimensión ultranacional. Con todo, Miguel de Unamuno, agudo observador de los nuevos movimientos intelectuales a comienzos de 1900, saludó jubilosamente el libro de Correa.

### *3.2. La investigación histórica*

La segunda vertiente, la del historiador, es menos conocida. Su propio autor no concedió la importancia merecida a sus investigaciones. Estuvo guiado por un fervor que aprendió en la figura y la obra de Juan Vicente González, a quien admiró y comentó varias veces y de cuya figura dejó un boceto para la biografía. Nadie la hubiera escrito mejor que él, porque don Luis heredó informaciones directas de Agustín Avelado, el discípulo predilecto de González y quien, a su vez, fue Director del Colegio Santa María, donde ocurrió buena parte de la formación de Luis Correa. Fue lamentable que don Luis no completara el trabajo biográfico del terrible político y ejemplar educador, porque se llevó con él informaciones irrecuperables<sup>11</sup>.

Su concepción de la historia no estuvo encauzada por la metodología positiva, vigente en su época, donde se ubicaban maestros coetáneos suyos de la estatura de José Gil Fortoul, Laureano Vallenilla Lanz, Pedro Manuel Arcaya, Lisandro Alvarado. Correa tuvo una inclinación mayor hacia la anécdota, el menudo elemento histórico inductor del fantaseo y la recreación imaginativa y los prefirió al riguroso tratado analítico de la ciencia social. En este aspecto fue también un ensayista vocacional. La deducción y hasta la conjetura psicológicas en torno a una figura mayor como la de Bolívar, la reconstrucción rememorativa de Juan Vicente

---

[11]\_ Informa don Pedro Grases, en su ensayo sobre Correa, que éste se proponía llevar adelante un estudio más orgánico sobre González, cuando la muerte lo arrebató de sus faenas. (Grases. "Don Luis Correa, ejemplo...", nota N.º 5 al pie de p. 30).

González, se avenían mejor con su temperamento que la disección positivista. No trasluce, sin embargo, en sus trabajos la hipérbole del cantar de gesta a los héroes, inimitable en Eduardo Blanco, dentro de la visión romántico-épica de la historia. Tampoco resiente ni exterioriza la amargura casi rencorosa de su admirado Juan Vicente González. Fue un sentimiento negativo al que nunca dio alojamiento la personalidad de Luis Correa.

Con deleite de lector fue a hojear las páginas de *El Correo del Orinoco*, para prologarlas en edición conmemorativa que patrocinó la Academia Nacional de la Historia. Igualmente apadrinó la segunda edición de la *Historia de Venezuela* escrita por Baralt. Combinó lo histórico y la indagación psicológica para escribir una hermosa trilogía de ensayos sobre la vida amorosa del Libertador: *Viaje stendhaliano*. En ese texto convergen la sutileza de imagen del poeta en prosa y el rigor documental del investigador, pero lo erudito no lastra la soltura del ensayo. Las cartas amorosas de Bolívar y las escritas por mujeres que brindaron intimidad al guerrero se van entretejiendo en menuda red donde asoma la malicia recatada de don Luis en torno a Fanny, Manuela o “La Gloriosa”.

Es lamentable que don Luis, lector de Taine y Sainte-Beuve, dotado de una estupenda cultura histórico-literaria, bien informado sobre fuentes archivológicas del país, no dejara una obra más orgánica en su contenido sobre los años del que fue testigo prudente, o de los tiempos cuya herencia múltiple supo escuchar de sus mayores en edad, y en obra intelectual. De igual modo se echa de menos la interpretación crítica de figuras que apenas si alcanzó a pincelar en actitud episódica, aun siendo poseedor de datos para restaurar época y ambiente, conocimientos críticos para situar con objetiva severidad las obras y encanto de prosista para perfilar con maestría la gesta silenciosa de nuestros pioneros intelectuales<sup>12</sup>. Pero estamos juzgando lo que no realizó y, en realidad, se trava de releer su legado.

---

[12]\_ Cf. Nota 9, donde se transcribe párrafo de la carta de su hijo Leopoldo Correa.

### 3.3. La ensayística

En vida, don Luis Correa publicó, aparte del poemario *Alba lírica*, algunos de sus ensayos en forma de folletos. Otros andaban insertos como prólogos de obra ajena. La mayoría quedó diseminada en revistas y periódicos, fosa común de nuestra literatura.

En 1930 congregó en volumen parte de lo que, a su juicio, eran las mejores páginas, desde el punto de vista del estilo. Eligió cuidadosamente el título: *Terra Patrum*. Lo editó en la Tipografía Americana. Estaba integrado por doce ensayos. Fue recibido con beneplácito por lectores y comentaristas. El criterio adoptado por su autor, en expresivo decir de Don Pedro Grases, fue hacer del libro “una monada”. Esto es, un prosista que no decaía como Luis Correa, quintaesenció lo más pulido y sutil de su estilo. El donaire privó sobre el contenido o el valor crítico-documental. Las figuras evocadas aparecieron en poses de impacto, como una fotografía instantánea, en anécdotas, en bocetos. De Andrés Bello, por ejemplo, quedó la impronta en su despacho del país austral, frente a la taza de café venezolano, con la nostalgia permanente del valle caraqueño flotando en la imagen de los versos que Correa desgana en afán de enmarcamiento. La lectura deja placer y conmoción en el ánimo. Se queda, no obstante, en la impresión personal. Otro ensayo, “Andrés Bello y Virgilio”, tal vez no tan acabado en su textura formal, pero donde está palmariamente expresado el sentido crítico del autor, parejo con la gracia del habla, permaneció olvidado hasta hoy en las páginas de *Cultura Venezolana*<sup>13</sup>.

---

[13]\_ Los comentarios aluden a ediciones anteriores de la compilada y ampliada considerablemente para incluirla en la Biblioteca Popular Venezolana; para ella, como Prólogo, fue escrito este trabajo. Respetamos su redacción original por considerar que pertenece a otro momento de nuestra labor. Sólo hemos añadido datos nuevos que enriquezcan la información biográfica, pero fuimos cuidadosos para no alterar la concepción inicial, distante 31 años.

Rafael María Baralt, visto a través de testimonio indirecto, queda fijado en su tránsito por Bogotá, revestido con la taumaturgia verbal del ensayista. Habiendo sido Correa uno de quienes mejor conocían la figura de Juan Vicente González, por cuanto señalamos antes, en la primera edición de *Terra Patrum* trasciende solo un rasgo, valiosísimo, quizá de lo mejor del libro: el “bolivarianismo” del inquieto periodista, tema de su discurso para recibirse como Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia; pero dos ensayos más: “Temas para una biografía de Juan Vicente González” y un magnífico Prólogo a la edición de las *Mesenianas*, que prepararon él, Semprum y Manuel Segundo Sánchez, corrieron suerte parecida a la de los trabajos antes mencionados como omitidos. El resto del volumen, en su primera edición, lo constituyeron trabajos sobre Cecilio Acosta, José Ramón Yépez, Francisco Guaicaipuro Pardo, Pérez Bonalde, Gabriel Muñoz, Díaz Rodríguez y una glosa, de gran vigencia, sobre el problema de los escritores “inacabados”, donde el pensamiento de León Daudet, en torno a los escritores europeos que no dieron de sí cuanto podían, encaja en nuestra realidad intelectual hasta incidir en los puntos más vulnerables de frustración del escritor venezolano.

En 1941, con motivo de cumplirse el primer aniversario de la muerte de Don Luis, *Terra Patrum* fue reeditado por la Editorial Cecilio Acosta. Le fue agregado apenas un nuevo ensayo: “La elegía del Cuzco”. Aún así, más de la mitad de los ensayos literarios continuaban dispersos en periódicos y revistas. Las nuevas generaciones desconocían el regalo de tradiciones intelectuales que les podía brindar la lectura de un libro útil como fuente documental, ameno en la sencillez, aunque su autor no persiguió una orientación meramente didáctica.

Luis Correa, por sobre todo, tuvo conciencia de lo angustioso que es la indagación cultural y, especialmente literaria, en un país cuyas

memorias se extravían o se olvidan con una suerte de amnesia peligrosa, contra la cual han reaccionado más de una vez, en desesperado alerta, nombres de firmeza telúrica y humana como Mario Briceño Iragorry y Enrique Bernardo Núñez. A propósito de Baralt, Luis Correa dejó un párrafo elocuente sobre este drama de la ignorancia de las raíces literarias nacionales. Sirve para calibrar hasta qué punto su autor, si no llegó a bordear los que son hoy desbrozados caminos metodológicos para la valoración literaria, al menos estuvo bien ubicado en lo que era la modalidad crítica de su época. Decía don Luis:

Una crítica de reconstrucción a la manera de Taine o de Sainte-Beuve, será entre nosotros tarea poco menos que imposible por la falta de archivos particulares, memorias, anécdotas y documentos íntimos, mostrando a lo vivo los desfallecimientos y veleidades a que está sometida la naturaleza humana dentro de los términos latos y con frecuencia imprecisos de la biología. Como con los héroes de la Independencia, a los que ciñeron délfica aureola nuestros primeros historiadores, haciéndoles moverse dentro de una inflamada mitología, se ha procedido con nuestros hombres de ciencias y letras, por lo que es muy poco lo que sabemos de las vidas de Cajigal, de Toro, de Juan Vicente González, del doctor Vargas, cuyas obras ilustran los anales venezolanos<sup>14</sup>.

---

[14]\_ “Rafael María Baralt. En Bogotá”. *Terra Patrum*, (ed. 1961).

## Rómulo Gallegos. “Una posición ante la vida”<sup>1</sup>

**Rómulo Gallegos** puede considerarse uno de los últimos idealistas de un país cuyo presente es una gran quiebra moral. Su vida discurre por tres actividades esenciales e inseparables: la educación, la escritura narrativa y la política.

Formado en los finales de la dictadura de Cipriano Castro, emerge a la vida intelectual venezolana cuando tiene 25 años de edad y publica sus primeros textos en *La Alborada*, revista que comparte con Julio Rosales, Enrique Soublette y Salustio González Rincones. En los años de exilio evocará aquellos días así:

Eramos cinco en una misma posición ante la vida y paseábamos nuestro cenáculo errante por todos los caminos de buen mirar hacia paisajes hermosos.

Teníamos alimentada nuestra mocedad con la milagrosa sustancia de las buenas letras devoradas o saboreadas y estábamos adquiriendo la costumbre de enderezar las que luego fuesen nuestras hacia la dolorosa alma venezolana<sup>2</sup>.

---

[1]\_ Leído como conferencia en el Centro de Estudios Latinoamericanos “Rómulo Gallegos”. Caracas, 30-5-84, y también en la sede de Pequiven (Morón, Edo. Carabobo). Publicado en: *Conceptos para una interpretación formativa del proceso literario de Venezuela*. (Homenaje a Rómulo Gallegos en el Centenario de su natalicio). Caracas, Pequiven, 1984; pp. 251-258.

[2]\_ “Mensaje al otro superviviente de unas contemplaciones ya lejanas” (1949). En: *Una posición ante la vida*. Caracas, Centauro, (2ª ed.), 1977; 2 vols. La cita textual en el vol. 2, p. 87. *Nota*: todas las referencias a los ensayos y discursos de Gallegos van remitidas a esta edición que, en adelante, se abreviará: *Una posición...*, seguida del N.º de volumen en paréntesis y luego la página.

Y añade en su mensaje a Julio Rosales: “Ya teníamos sustancia de sensibilidad para nuestro dolor de pueblo”.

Los cinco de *La Alborada* se forjaron en una universidad cuyas aulas alojaban con calor las ideas ya arraigadas del Positivismo, particularmente en su versión spenceriana, divulgada en la Facultad de Derecho por el Dr. Elías Toro. Gallegos frecuentó aquella Facultad un corto tiempo, suficiente para mantener firmes los vínculos intelectuales y amistosos con los demás compañeros. Fundaron la revista en una coyuntura confusa: el relevo de Cipriano Castro por Juan Vicente Gómez. Los cinco jóvenes, como muchos otros, vieron en la asunción de Gómez a la Presidencia el surgimiento de una época distinta a la de Castro, recuperaron el entusiasmo, proclamaron su fe en las instituciones, en las leyes y por esas convicciones que habrían de durarles lo que una alborada, recibieron al hombre que ingresaba en la vida política del país como si fuera símbolo del anhelado progreso positivista.

Las ideas juveniles de Gallegos, expresadas en ensayos de *La Alborada* y *El Cojo Ilustrado*, recogen testimonialmente aquellas inquietudes. Lo acicatean preocupaciones de cambio en la vida social venezolana. La educación y el progreso, la condena del caudillismo providencialista y la exaltación de los principios constituyen un punto constante de reflexión. Añora una época de sosiego que permita la evolución pacífica. Afirma lo adverso de nuestro pueblo a la guerra, aunque hayamos tenido “más guerradores que guerreros en el sentido de las razas bélicas”<sup>3</sup>. Se desvela ante las ideas vigentes de un racismo pesimista que imputa al mestizaje las condiciones negativas de la improvisación y de la abulia, de la pereza y la falta de definición cultural.

Lector de Sarmiento, enfatiza la carencia de un espíritu de civilización, pero estima la barbarie como una cualidad potencial fecundable

---

[3]\_ “Las causas” (1909). *Una posición...* (1), p. 16.

de nuestra geografía cultural. Su pensamiento está marcado por el organicismo social spenceriano más que por las ideas ortodoxas de Augusto Comte. Procura ejemplificar con argumentos de las ciencias naturales el proceso evolutivo de nuestra sociedad y dice:

Acontecen en las diversas faces (sic) del movimiento evolutivo de las sociedades, fenómenos análogos a los que se observan en algunos procesos naturales, físicos o químicos; y así, por ejemplo, ciertos sólidos permanecen en su primitivo estado, aun habiendo llegado a su punto de fusión, sin tomar forma líquida, siendo entonces necesaria la intervención de la fuerza extraña de un golpe, para que se precipite la transformación, de la misma manera en el orden social, se hace necesario a veces el empuje violento de una revolución, para determinar en acto el estado potencial de la evolución<sup>4</sup>.

En esas concepciones “evolucionistas” del cambio social se apoya el reformismo de su pensamiento. Gallegos no fue ni pretendió considerarse un revolucionario. Era un liberal reformista dotado de honestidad insobornable hasta el último de sus días.

Entre los males sociales que mayormente preocupan al joven pensador de 25 años está nuestra venezolana tendencia a la improvisación, la impaciencia de querer hacerlo todo en un día, la falta de perseverancia en el esfuerzo. A semejanza de Sarmiento y Alberdi, echa de menos la inmigración europea concebida como un fermento cultural pleno y no como simple incorporación de brazos para el trabajo físico. En su organicismo conceptúa la cultura como *herencia social*, patrimonio de la humanidad y de la cual los pueblos deben nutrirse como hacen los organismos animales, cuyo sistema nervioso transmite a la conciencia las impresiones externas. Insiste en que el inmigrante sólo es bueno cuando porta alguna cultura. Lo interpreta como factor decisivo de progreso,

---

[4]\_ *Ibid.*, p. 21-22.

tan urgente como los caminos o los ferrocarriles. La civilización, en tanto herencia social no es privilegio de un solo pueblo.

Al mal de la improvisación agrega un segundo factor negativo de nuestra cultura: la falta de ideales. Los entiende como fuerzas productoras de grandes acciones, “la columna interior de la vida más oscura”<sup>5</sup>. Ese énfasis en la intensificación de los ideales por sobre las ideologías sectarias lo acompañará a lo largo de su trayectoria de hombre público.

La otra gran vertiente de ideas incide en el proceso educativo venezolano. Al igual que Cecilio Acosta, es crítico enérgico respecto a nuestra educación básica y superior. La considera viciada. A sus defectos atribuye la falta de iniciativa personal y de voluntad, la sumisión a un hombre providencial que genera el caudillismo. A su carácter libresco y exógeno imputa la incapacidad para educar hombres en lugar de instruir doctores. Afirma con vehemencia que su carácter asfixiante de la libre iniciativa que despunta en el niño, hace del educador “el cómplice del tirano”<sup>6</sup>. Respecto a los programas de enseñanza critica el mimetismo de conocimientos copiados de contextos extraños y cuyo propósito apenas si alcanza a proveer una cultura superficial y efímera en mengua de la forja del carácter.

También en el análisis del problema educacional está presente su concepción determinista asimilada en el Positivismo, cuando señala que los alumnos son perezosos por naturaleza, como lastre de nuestra mezcla racial. Concluye con una cita de Le Bon para indicar que a semejante sistema educativo viciado debemos “...esta legión de hombres sin carácter, sin voluntad ni iniciativa... esta legión de espíritus falsos, descastados, hostiles que vienen a ser, fatalmente, enemigos irreconciliables de la sociedad que los educa”<sup>7</sup>.

---

[5]\_ “Necesidad de valores culturales” (1912). *Una posición...* (1), p. 105.

[6]\_ “El factor educación” (1909). En: *Una posición...* (1), p. 60.

[7]\_ *Ibid.* p. 67.

Tal vez fue la educación el tema al cual dedicó mayor volumen de páginas reflexivas el joven Gallegos. Poco tiempo después iría directamente al trabajo en las aulas, primero en el Colegio Federal de Barcelona, luego en el Colegio Federal de Varones de Caracas. Este último, convertido en Liceo Caracas, conoció de sus capacidades como Director. Allí ejerció la docencia con mística infatigable. Generó un discipulado cuya firmeza moral quedaría comprobada en los acontecimientos políticos inmediatos, cuando la dictadura de Gómez se fue tornando cada vez más primitiva y bestial.

Esa pasión pedagógica iría alternando con la actividad creadora del novelista, hasta la muerte de Gómez, cuando el cauce vital desemboca en la acción política.

Como intelectual Gallegos fue *fabianista* desde los comienzos. La *Sociedad Fabiana*, fundada en 1884 en Inglaterra por Sidney Webb (1859-1947) y en la que militaba George Bernard Shaw (1856-1950), es mencionada por nuestro escritor en su ensayo: "Necesidad de valores culturales"<sup>8</sup>. La cita alude en realidad a una conferencia de Ramiro de Maeztu, con quien Gallegos se identifica por la fe puesta en los intelectuales, como vanguardia moral de los estados modernos. Su idea del intelectual es amplia. Abarca desde el científico hasta el escritor. Al conjunto lo valora como la única aristocracia capaz de subsistir en una democracia. Pero tal visión idealista del intelectual como árbitro de la sociedad y puntal del Estado lo lleva, al mismo tiempo, a criticar duramente a los falsos intelectuales venezolanos, puestos muchas veces al servicio de las peores causas. Y esa noción de una ética del hombre de pensamiento no sólo forja sus principios insobornables, sino que será bandera izada en innumerables oportunidades por él en Venezuela y en los países hispanoamericanos donde transcurrió su exilio posterior

---

[8]\_ *Una posición...* (1), pp. 100-101.

a 1948. Aboga por un intelectual de sólida cultura. Se manifiesta severo al analizar el contexto intelectual de la época que estima libresco, superficial e impertinente. A la acumulación caótica de todas las ideas coexistentes entonces atribuye el sentido poco profundo de nuestras reflexiones doctrinarias, el carácter paródico de las ideologías sobre las cuales gira nuestro debate conceptual. Esa crítica es de una vigencia innegable. Para Gallegos la misión del intelectual auténtico es la de educar al pueblo a través del libro, el periódico, la conferencia. Lo concibe integrado en los procesos sociales, y no simple acumulador de conocimientos e ideas.

En su concepción fabiana del intelectual, Gallegos parte de un afanoso acento puesto en el sentido moral que debe caracterizarlo:

Entre los muchos que con el título de tales han ejercido alguna influencia en nuestra vida de nación, se pueden contar algunos que lo merecen en justicia, pero más abundan los que apenas lo han sido a medias y muchos más los que no han sido sino traficantes más o menos habilidosos. Ya es el logrero de talento, pero sin ningún principio de moralidad superior, o el arribista afortunado, sin mentalidad ni más ideal que su medro personal; o el intelectual improvisado como por arte de birlibirloque o erigido en eminencia como el Juan Peña de *El diente roto* de Pedro Emilio Coll; o el de título y borlas, semi-intelectual típico, genuina expresión del espíritu de nuestra enseñanza intelectual, sin intelectualidad, incapaz de una cultura amplia y literal, enmurado mental reducido al círculo del oficio o profesión, lleno de conceptos textuales, muy verboso y enfático, con muchas épocas de retraso en el criterio y con mucha idea pueril; o el que por el camino de las demagogias propicias y fáciles hizo carrera de afortunado éxito llenando de ruido la vacuidad sustancial de su cultura, puro relieve de oratoria<sup>9</sup>.

---

[9] *Ibid.*, pp. 107-108.

Piénsese que estas opiniones las expresaba Rómulo Gallegos a los 28 años y nada menos que en *El Cojo Ilustrado*, donde habían cerrado filas los intelectuales modernistas y positivistas, quienes ya empezaban a constituir entorno cortesano alrededor de Juan Vicente Gómez, como ministros o embajadores. La tremenda admonición revelaba al austero hombre que en su plenitud insistiría en la condición insobornable de los intelectuales.

En sus años de madurez Gallegos volverá a sus concepciones fabianistas de juventud, pero para plantear la crisis universal de la cultura y la quiebra de la eticidad en los intelectuales más recientes. Entonces se identifica con las severas críticas de Archibald Mac Leish al mundo contemporáneo. Así apunta nuestro novelista: “Porque ya no pueden adornarse las moradas del espíritu ni con las normas puras de la contemplación estética ni aun con las de la posesión de la sabiduría, en cuanto posesión signifique tener y retener para uno mismo; sino que las artes y las ciencias han de ser verdidas en fórmulas colectivamente provechosas, al campo de las desventuras que atormentan a nuestra generación”<sup>10</sup>.

Por los mismos años del ensayo sobre la “Necesidad de valores culturales”, citado antes extensamente, Gallegos tomaba conciencia dolorosa del aislamiento en que se hallaba Venezuela respecto de América Latina. Como muchos otros pensadores hispanoamericanos coetáneos suyos, se preocupaba por el carácter dependiente de nuestra cultura respecto de Europa, continente al que parecíamos estar más ligados que al propio. Y con una invocación de las ideas americanistas de Bolívar, proclamaba que nuestro porvenir es el de la América Latina, no el de Europa. Eran años de regreso a un nacionalismo antiimperialista muy marcado, la época del predominio arielista como reacción moral contra las primeras intervenciones norteamericanas en algunos

---

[10]\_ “De las letras a las armas” (1948). *Una posición...* (2), p. 68.

de nuestros países. Era la época en que Manuel Ugarte recorría el Continente divulgando su ideario de latinoamericanismo combativo. Nuestro escritor dejó escuchar su voz para plantear la necesidad de una alianza defensiva de nuestro destino:

Harto se ha ponderado el peligro que para las jóvenes nacionalidades suramericanas representa en el Norte el afán conquistador del yanqui, atisbando la oportunidad para adueñarse de nuestro territorio a nombre de una protección que no necesitamos, mientras el patriotismo aconseje la muerte como remedio extremo, y mucho se ha hablado también de la unión suramericana como único medio capaz de conjurar el peligro común.

(...) La solidaridad de las ideas prepararía el terreno a la de los intereses de estas naciones hermanas; las alianzas comercial, militar y política vendrían después como una consecuencia de esta alianza del pensamiento que, pulsando el alma americana, haría ver ya no como una hermosa utopía, sino como una cosa realizable y de toda urgencia necesaria, la armonía de naciones que, apenas separadas por fronteras geográficas, parten de un mismo origen, son una sola raza y están llamadas a cumplir idéntico destino<sup>11</sup>.

De sus concepciones éticas del intelectual como hombre de pensamiento, es inseparable en Gallegos el hombre de convicciones políticas tempranas. Fue primero un pensador y luego un fallido hombre de acción pública. En sus ensayos de *La Alborada* ya estaba inmerso en meditaciones sobre los problemas de la vida política venezolana.

Sus primeras inquietudes giran en torno a la necesidad de hacer predominar la ley sobre el mandatario, como una vía de poner freno a las formas personalistas y caudillescas por donde venía discurriendo la gestión de gobierno en Venezuela a lo largo de todo el siglo XIX y los comienzos del XX. La coyuntura no fue la más propicia. El gomecismo

---

[11]\_ “La alianza hispano-americana” (1909). *Una posición...* (1), pp. 40-41.

no tardó en exacerbar el personalismo ciego y los atropellos a la constitucionalidad, pero queda el testimonio del pensador.

Con ese profundo apego del respeto a la ley se dolía de que nuestro pueblo continuamente violentara los instrumentos jurídicos que rigen la vida institucional, por ignorancia. De ahí obtiene nuevos bríos la prédica continua en la educación del pueblo para lograr el respeto colectivo.

En la esfera de la vida social, la necesidad de afirmar los principios sobre los hombres fue otra de sus inquietudes explícitas. Observaba que “vale más un principio bueno que el mejor hombre en la curul del poder”. Atribuía como causa de nuestros males sociales el predominio de los hombres de espada y acción por sobre los principios.

En el instante de sus planteamientos creyó, lamentablemente, que con Juan Vicente Gómez había llegado la hora final para el personalismo caudillesco.

Consecuencia de ese personalismo crónico fue el carácter ejecutivista de nuestros gobiernos, un poder al que se subordinan mansamente los poderes legislativo y judicial. Lograr la plena autonomía legislativa como depositaría del carácter soberano del pueblo era un desvelo de Gallegos en sus ensayos de aquella revista que apenas si duró tres meses, antes de ser clausurada. La experiencia vital lo haría presenciar atropellos contra el Congreso Nacional, para el que había sido electo en 1929 y al que nunca se incorporó. Su convicción de que en Venezuela existe liberalismo en la ley y autocracia en su aplicación fue una idea que hubo de acompañarlo en la hora de hacer proyectos y programas políticos cuando era llamado a mayores responsabilidades. Mientras ese ejecutivismo desbordado predominase en el país, para Gallegos democracia y dictadura venían a significar lo mismo, puesto que siempre se espera de quien ejerce el mando la solución a todos los problemas nacionales. Pensaba entonces, con fe nunca negada, en el poder colectivo de

un pueblo educado, participativo, capaz de ser instrumento de presión para superar los providencialismos políticos. Sus concepciones del poder colectivo del pueblo, no obstante, se mantuvieron siempre en una línea de liberalismo democrático, sin acercamientos a los ideales socialistas que ya campeaban en la opinión venezolana desde los años 20.

En su lucha por lograr la autonomía para los poderes públicos y justamente por la importancia que él adjudicaba al legislativo, fue ácido en sus críticas a la corrupción reinante en los congresos venezolanos, cuya integración había respondido muchas veces al arbitrio del gobernante en turno, quien elegía entre sus colaboradores del ejecutivo a los parlamentarios accidentales, en cuyas manos estaba el representar la farsa de una autonomía inexistente. Los incondicionales del mandatario vendrían a ser así “...los hombres propios para el caso y, como además, en la mayoría de las veces adunan a esta meritoria depravación moral, una casi absoluta incapacidad mental, la iniciativa del Presidente, después de ser posible llega a convertirse en necesaria”<sup>12</sup>. y otra vez observamos la implacable actitud justiciera del idealista moral en función crítica.

De aquellas primeras reflexiones políticas quedó en Gallegos una postura indoblegable frente a la acción. Entre 1929, cuando fue electo parlamentario para no ejercitar nunca su designación y 1935, cuando se produce la muerte de Gómez, el novelista se consagra a la obra literaria. Alcanza reconocimiento desde España con *Doña Bárbara*. Reside en Nueva York para continuar escribiendo capítulos de sus otras novelas. Su regreso al país es ya el de un hombre cuya estatura intelectual ha alcanzado máxima altitud. La transición política representada por el gobierno de Eleazar López Contreras no es para él más que un lapso preparatorio. Sin aceptar la condición de político profesional, se vería llevado al campo de las luchas en los comienzos de los 40. Surge su

---

[12]\_ “Los congresos” (1909). *Una posición...* (1), pp. 54-55.

primera candidatura a la Presidencia de la República. Deberá competir con Isaías Medina Angarita. Su campaña tiene tres escenarios fundamentales: Barquisimeto, Valencia y Caracas. En las tres ciudades pronuncia discursos programáticos como aspirante al poder por su partido Acción Democrática. El mayor acento está puesto en lograr el sufragio universal, la elección popular y directa, en sustitución del régimen electoral de segundo grado. Aquella candidatura fue simbólica, ciertamente. Pero sus planteamientos fueron expuestos con seriedad y hondura. Concebía la política como un campo donde pueden ventilarse públicamente las ideas. Como un acto de pensar responsablemente en función colectiva. Insiste en la necesidad de una disciplina social basada en el cumplimiento del deber por parte de cada ciudadano. Su lección es, pues, la de un pedagogo social, nunca la de un demagogo. Y en todos los momentos de su nueva prédica, ostenta con justo orgullo su condición de hombre inexorablemente honesto, que lo induce a “...no tomar sitio en la subasta de los hombres que a otros hombres se les venden y se les entregan incondicionalmente”<sup>13</sup>. Esa irreductible conducta lo lleva a combatir sin tregua la inmoralidad que caracteriza el quehacer político del país, no sólo por la corrupción de quienes detentan el poder, sino también por la colectividad entera que “...por entreguista o indiferente o pervertida ha hecho posibles —incluso cohonestándolos— los abusos de la cosa pública, los atropellos de las personas y la prostitución de los principios desde la altura del poder”<sup>14</sup>.

En la circunstancia de aquella campaña de 1941 resurge en él su pensamiento de juventud. En los ensayos de *La Alborada* combatía el predominio de los hombres de poder sobre los principios. Ahora proclama la necesidad de erradicar la idea de los hombres-providencia a quienes

---

[13]\_ “Un ejemplo de todos los días para todos los días” (1941). *Una posición...* (1), p. 163.

[14]\_ *Ibid.*, pp. 164-165.

solo siguen los pueblos que aún no han superado la infancia histórica. Eso explica su fe en el pueblo y su terco reclamo del sufragio universal como una forma de hacer compartir socialmente las responsabilidades.

En 1948 Gallegos alcanza la condición de Presidente de la República. Poco habrá de durar su gestión. Desde la alocución pronunciada al asumir el poder insiste en la idea de que “...tanto más se pertenece uno a sí mismo cuanto más tenga su pensamiento y su voluntad, su vida toda, puesta al servicio de un ideal colectivo”<sup>15</sup>. En su literalidad aquella frase volvería a ser rememorada por su autor incluso en las horas de la derrota, del exilio, de la indignación provocada por el irrespeto de que sería objeto el 24 de noviembre de 1948.

Su derrocamiento cerraba la hora de la acción política. Quedaba el intelectual de recia contextura moral. Por distintos rumbos, auditorios heterogéneos, literarios o estudiantiles, en Cuba o México, en Oklahoma o San José de Costa Rica, lo escucharon siempre afirmar sin rubores que “...en el camino de la acción ni traicioné la confianza que en mí se hubiera puesto, ni se me cayeron de la alforja de los bastimentos espirituales aquellos compromisos de dedicación de la vida a elevados propósitos que adquirí conmigo mismo y con mis compañeros de salida a las letras hacia alturas de contemplación”<sup>16</sup>. En esos términos se confesaba con Julio Rosales desde La Habana. Sus conferencias se teñirían entonces de un austero discurso moral frente a un presente nebuloso, de guerra fría y decadencia de los valores éticos, de insurgencias dictatoriales a lo largo del Continente y de ensombrecimiento de las relaciones con Estados Unidos, especialmente por su descarada intervención en Guatemala (1954). La voz de Gallegos se escucha por

---

[15]\_ “Alocución presidencial” (1948). *Una posición...* (2), p. 8.

[16]\_ “Mensaje al otro superviviente de unas contemplaciones ya lejanas” (1949). *Una posición...* (2), p. 98.

todas partes con profundo respeto. Mientras numerosos hombres de letras declinan su valentía o adoptan la complicidad de los silencios en la turbulencia de la vida latinoamericana, el hombre que lleva a cuestas su dolor de viudez en el exilio, no se agota ni calla. Su angustia por la forja de una juventud latinoamericana moralmente acerada lo lleva a acuñar uno de sus pensamientos señeros:

No prostituyas la dignidad intelectual. Letras que deberían grabarse sobre los pórticos de todas nuestras universidades, a fin de que el ingresante a ellas trasponga sus umbrales con emocionado recogimiento de penetrar en moradas de excelencia<sup>17</sup>.

“No prostituir la dignidad intelectual” era frase que no pesaba al adusto hombre. Cuando el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos fue fundado, aludí a la frase y propuse grabarla en el pórtico, para que presidiera la entrada de la institución recién nacida, como había querido el mismo Gallegos que estuviese en los portales simbólicos de las universidades venezolanas. Estaba presente el maestro Leopoldo Zea, junto a Lucila Velásquez —a quienes se debió la creación del Centro—. Nos visitaban otros compañeros latinoamericanos de probidad indiscutible. Cuando el maestro Zea percibió la fuerza admonitoria encerrada en la frase, quedó pensativo y dijo: “Si esa frase es grabada en el pórtico del Centro, se corre el riesgo de que muy pocos de América Latina puedan traspasarlo”.

Hay, pues, expresiones y conductas que sobreviven al hombre, con tal fuerza y vigencia, que llaman a la reflexión profunda. El gran idealista sigue andando con dignidad intelectual no prostituida en un país de grandes prostituciones político-sociales.

Caracas, mayo de 1984.

---

[17]\_ “No prostituyas la dignidad intelectual”. *Una posición...* (2), p. 184.



## ***Canaima.*** **Estructura mítica<sup>1</sup>**

### **1. Mito de la novela y novela mítica**

Después de *Doña Bárbara* (1929), tal vez haya sido *Canaima* (1935) la novela más comentada favorable o desfavorablemente, dentro del mundo narrativo de Rómulo Gallegos (1884-1969).

Ciertas opiniones críticas vinculan y asimilan *Canaima* al esquema de lo que se ha llamado *maniqueísmo* galleguiano, expresado en la dualidad *civilización/barbarie*. Esta dicotomía, por lo demás, es tan antigua como los relatos novelados de viajes por el Nuevo Mundo. Recuérdese, como ejemplo, al Vizconde Chateaubriand, cuyo recorrido por el Norte del Continente quedó plasmado en las narraciones de *Los Natchez*, de donde nace entre los románticos hispanoamericanos el estereotipo de novela idílica a partir de *Atala* (1801), cuya traducción española, realizada en París por Simón Rodríguez y Fray Servando Teresa de Mier, apareció el mismo año de la primera edición francesa<sup>2</sup>.

Otra vertiente crítica enfatiza en el contenido de *Canaima* para concluir en que es una novela sobrecargada de personajes que estorban y

[1]\_ Prólogo a *Canaima*. Caracas, Monte Ávila, (Col. Popular El dorado), 1976; pp. 7-33.

[2]\_ Efectivamente Chateaubriand en el *Viaje a América* (1791) resumido en *Los Natchez* (1826), establece ya una conceptualización del dualismo *civilización/barbarie*: “El indio no era salvaje: la civilización europea no obró sobre el estado puro de la naturaleza, sino sobre la incipiente civilización americana; si no hubiese encontrado nada hubiese creado algo; pero encontró costumbres y las destruyó porque era más fuerte y porque creyó que no debía mezclarse con esas costumbres”. (Cf. Michel Butor. *Sobre literatura*. Barcelona, Seix-Barral, 1967; vol. II, pp. 197 ss).

afirmar que sus contextos sociológicos la implican en la serie épica del *machismo* latinoamericano. Sorprende que tal opinión esté suscrita por César Leante, perspicaz estudioso de Alejo Carpentier, en su Prólogo a la edición cubana de *Canaima*<sup>3</sup>.

Dejamos a un lado otras definiciones o clasificaciones que han conceptualizado a *Canaima* como “novela de la selva”, o “novela sociológica” de la explotación cauchera. Son posiciones que aluden al soporte material, al asunto, o al espacio geográfico donde transcurre la acción narrativa. Resultaría ocioso entrar en polémica o en revisiones de juicios y prejuicios. Por lo demás, existen acopios bibliográficos que remiten a fuentes críticas sobre Gallegos y sus obras<sup>4</sup>.

En otro lugar sostuve que *Canaima* es, quizás, la novela de armazón exterior más curiosa y con la cual Gallegos rompe algunos esquemas de su obra anterior<sup>5</sup>. Esta vez se intenta, hasta donde sea posible, la comprobación de una hipótesis centrada en una lectura diferente de la novela. Se trata de observar cómo la estructura interna de *Canaima* se inscribe en un *viaje mítico* o correlato estructural mítico, tal como lo designa y desarrolla metodológicamente el crítico chileno Juan Villegas en su libro: *La estructura mítica del héroe en la novela del siglo XX*<sup>6</sup>.

Hemos preferido, pues, adentrarnos en otra dimensión de lectura y comprobar que en Marcos Vargas y en la constelación de “tipos humanos” que lo ayudan o se oponen a su aventura, hay un haz de relaciones interdependientes —una *estructura*— que va configurando la novela

[3]\_ *Canaima*. La Habana, Casa de las Américas, (Col. Literatura Latinoamericana), 1973; pp. VI-XXI.

[4]\_ Cf. *Bibliografía de Rómulo Gallegos*. Caracas, Edics. del Centro de Investigaciones Literarias de la Universidad Católica “Andrés Bello”. (Serie Bibliografías N.º 1), 1969.

[5]\_ Cf. Oscar Sambrano Urdaneta y Domingo Miliani. *Literatura Hispanoamericana. Manual y Antología*. Caracas, Edit. Texto, 1974 (3ª ed.), vol. 2, pp. 27 y ss.

[6]\_ *Barcelona*, Planeta, 1973.

como un gran desarrollo mitémico. En otras palabras: en *Canaima* existe una estructura mítica profunda, más allá de las simples referencias mitológicas superficiales que pueden ser captadas en el plano del discurso novelístico, como las de Childerico y los argonautas. Queremos agregar que ya Mariano Picón Salas y Juan Liscano habían observado en *Canaima* la presencia de contenidos mitológicos o simplemente míticos.

Con intuición estupenda, Mariano Picón Salas se refiere a *Canaima* así:

Remontando lo profundo de la historia y de los orígenes venezolanos —como en esas curiaras donde sus héroes suben por el Orinoco a buscar una como imposible liberación—, Gallegos escribe *Canaima*. Aquí se viaja a los primeros mitos de América; a la Venezuela más internada, a ese mundo místico de dioses y de razas desaparecidas que cada venezolano, cada sudamericano, lleva en el subconsciente ancestral. Después de la gran tentativa de *Canaima* que es más que una novela porque parece un poema cosmogónico...<sup>7</sup>

Juan Liscano había apuntado algunos indicios mitológicos de *Canaima* en su libro *Rómulo Gallegos y su tiempo*<sup>8</sup>. Posteriormente, en un ciclo de conferencias de homenaje, leyó en el Centro de Estudios Latinoamericanos “Rómulo Gallegos”, un ensayo titulado “Marcos Vargas y la rebelión contra la civilización industrial”. Personalmente me dijo que era parte de un trabajo más extenso que debería titularse “Marcos Vargas, héroe y antihéroe del Nuevo Mundo”. En su lectura ambos observamos numerosos puntos coincidentes con este ensayo mío, cuya versión di a conocer al poeta Liscano en aquella ocasión. Ignoro si él llegó a publicar su trabajo.

[7]\_ *Estudios de Literatura Venezolana*. Caracas-Madrid, EDIME, 1961; p. 169.

[8]\_ Caracas, Monte Ávila (2ª ed. ampliada), 1969.

## 2. Mitos, mitemas y mitologemas

Antes de llegar al análisis es necesario precisar algunos conceptos. El análisis mítico de la literatura contemporánea aumenta. En nuestra lengua destacan los citados trabajos de Juan Villegas.

El concepto de *mito* sigue conservando su ambigüedad. Su estudio y aplicación es materia de disciplinas diversas. Abundan los enfoques antropológicos, psicológicos y lingüísticos. Dentro de una multiplicidad de definiciones hemos elegido la de Mircea Eliade por su aplicabilidad en el análisis que nos ocupa:

El mito relata una historia sagrada, es decir, un acontecimiento que tuvo lugar en el tiempo primordial, el tiempo fabuloso de los “comienzos”. Dicho de otro modo: el mito cuenta cómo, gracias a las hazañas de los seres sobrenaturales, una realidad ha venido a la existencia, sea esta la realidad total, el cosmos, o solamente un fragmento: una isla, una especie vegetal, un comportamiento humano, una institución. Es, pues, siempre, el “relato” de una “creación”: se narra cómo algo ha sido producido, ha comenzado a *ser*. El mito no habla de lo que ha sucedido realmente, de lo que se ha manifestado plenamente. Los personajes de los mitos son seres sobrenaturales. Se les conoce sobre todo por lo que han hecho en el tiempo prestigioso de los “comienzos”. Los mitos revelan, pues, la actividad creadora y develan la sacralidad (o simplemente la “sobrenaturalidad”) de sus obras. En suma, los mitos describen las diversas, y a veces dramáticas irrupciones de lo sagrado (o de lo “sobrenatural”) en el Mundo. Es esta irrupción de lo sagrado la que *fundamenta* realmente el mundo y la que le hace tal como es hoy día. Más aún: el hombre es lo que es hoy, un ser mortal, sexuado y cultural, a consecuencia de las intervenciones de los seres sobrenaturales<sup>9</sup>.

---

[9]\_ *Mito y realidad*. Madrid, Guadarrama, (Punto Omega N.º 25), a.a., pp. 18 s.s.

Esta definición remite al mito de los orígenes y a los orígenes del mito hipostasiado. Es una remota forma de la ficción. Su estudio permite conocer mejor el funcionamiento interior de la narrativa. El mito rebasa la frontera de los orígenes, se desacraliza con el desarrollo de la mentalidad científica, pero sus esencias trascienden al mundo de la ficción contemporánea donde subyace. La mentalidad de los pueblos primitivos lo asume y transmite como una sabiduría secreta que para ellos es verdadera y que se diferencia, por el criterio de verdad, del relato “falso”, de la *ficción*: “...en las sociedades en que el mito está aún vivo, los indígenas distinguen cuidadosamente los mitos —‘historias verdaderas’— de las fábulas o cuentos, que llaman historias falsas”<sup>10</sup>.

Este carácter secreto, de transmisión entre iniciados, forma un cuerpo de relatos misteriosos con poderes mágicos, de revelación, que llegan a constituir una religión. Es decir, algo que une (*re-ligare*) un supra-mundo con el mundo. La primera ligazón de esos mundos se realiza a través de los héroes sagrados o salvadores. Cuando una unidad mítica (*mitema*) se ritualiza y termina actualizada dentro de las creencias de una cultura, pasa a integrar una mitología. La unidad mínima, *mitema*, deviene en *mitologema*. A riesgo de trivializar la exposición, un ejemplo tal vez pueda ilustrar y aclarar más. Pensemos en el poder de seres sobrenaturales *mesianicos*, con carácter de *héroes*. Recordemos que, por definición, el *héroe* mítico es hijo de un dios (o diosa) y un mortal; por eso *re-liga* el mundo sobrenatural con el natural. El Aquiles homérico, es héroe en este sentido. Tiene por lo tanto, atributos humanos (cólera, debilidad amorosa, etc.) y divinos (carácter invulnerable, salvo por el famoso talón). Si con un *héroe* yo construyo una historia abstracta que diga: 1) El hijo de un dios y una mortal, 2) descendió desde su mundo de origen a la tierra; 3) trajo un mensaje de redención a su pueblo; 4)

---

[10]\_ *Ibidem.*, p. 21.

no fue reconocido como redentor; 5) lo sacrificaron; 6) retornó a su mundo de origen. Cada segmento de relato que hemos separado con un número contiene una microsecuencia. Esa unidad mínima es un *mitema*, porque no estoy aludiendo a un dios o héroe en particular sino a una acción cuyo actor no está identificado o actualizado respecto de una cultura. Si ahora singularizo en un determinado *héroe* dichas funciones, entonces necesariamente las inserto en un universo de creencias referido a una cultura específica. Si la cultura adoptada es la del pensamiento cristiano, aludimos, de hecho, a Jesucristo. Si, por el contrario, ubico sin alterar ninguna de las funciones en otro contexto cultural, el tolteca de las culturas nahuas de México, por ejemplo, estaré refiriendo a Quetzalcóatl. Si aludo a Jesucristo, diré que era: 1) hijo de un dios (Espíritu Santo) y una mortal (María); 2) vino a la tierra y se hizo hombre; 3) predicó entre los hebreos su doctrina redentora; 4) fue crucificado; 5) resucitó y ascendió al cielo. En este caso los *mitemas* se cargan de significaciones particulares de la cultura hebraica y, por ende, se tornan en *mitologemas*. Podríamos hacer lo mismo respecto a Quetzalcóatl, héroe civilizador de los toltecas, a quienes enseñó las artes y los oficios, fue desconocido y desterrado, se inmoló por incineración en las márgenes del Golfo de México y sus cenizas, convertidas en águila, ascendieron al firmamento para transfigurarse en estrella de la mañana. Cuando las funciones mínimas del relato se mantienen en un plano abstracto, conservan su valor de *mitemas*; cuando se concretan y especifican en un sistema conceptual, se transforman en *mitologemas*. Si vamos más lejos podremos observar cómo el *mesianismo* de los *héroes* clásicos pervive en nuestra sociedad contemporánea y sus *mitemas* son transferidos a productos comerciales de un heroísmo farisaico, tal los tipos de Superman, Batman, etc.; o, en el terreno de la historia política, ciertos héroes liberadores o caudillos de nuestros días, absorben funciones mitémicas re-asociadas por la mentalidad popular que mitifica a sus

líderes, caudillos o mesías revolucionarios, sea por convicción auténtica o por promoción publicitaria de una imagen mitificada por sus manipuladores y usufructuarios.

El mito rebasa la lengua donde se origina como relato. Esto le imprime universalidad y le da carácter invariante a la red de relaciones que lo constituye. Los *mitemas* trascienden, pues, la cultura y la lengua de origen. Claude Lévi-Strauss sostiene que:

En este sentido, el lugar que el mito ocupa en la escala de los modos de expresión lingüística es el opuesto al de la poesía pese a lo que haya podido decirse para aproximar uno a la otra. La poesía es una forma de lenguaje extremadamente difícil de traducir en una lengua extranjera, y toda traducción entraña múltiples deformaciones. El valor del mito como mito, por el contrario, persiste a despecho de la peor traducción. Sea cual fuere nuestra ignorancia de la lengua y la cultura de la población donde se lo ha recogido, un mito es percibido como mito por cualquier lector, en el mundo entero. La sustancia del mito no se encuentra en el estilo, ni en el modo de la narración, ni en la “historia” relatada. El mito es lenguaje, pero lenguaje que opera en un nivel muy elevado y cuyo sentido logra “despegar” si cabe usar una imagen aeronáutica, del fundamento lingüístico sobre el cual había comenzado a deslizarse<sup>11</sup>.

La estructura del mito (el haz de relaciones solidarias de los *mitemas* constitutivos) hay que buscarla, pues, en la obra literaria, más allá, por encima o por debajo de la estructura del propio discurso donde se actualiza y proyecta como red de indicios más o menos dispersos.

---

[11]\_ C. Lévi-Strauss. “La estructura de los mitos”. En: *Antropología estructural*. Buenos Aires, Eudeba, 1968; p. 190.

### 3. Degradación o desacralización del mito

Cuando un relato mítico rebasa su lengua, la cultura de origen, también rompe la ligadura de tiempo y espacio iniciales para revestirse o asumir otras temporalidades o espacialidades. Pero los *mitemas* constitutivos se atemporalizan en el mismo proceso. Sus agentes o personajes en los mitos de origen tienen un carácter sobre-natural: son dioses o semi-dioses; hijos de dioses con mortales (*héroes*). Pero las acciones que ellos realizan se estereotipan y convierten en red de acciones estables, susceptibles de ser re-encarnadas en otras figuras de ficción narrativa, o en conceptos y símbolos psicológicos. Cuando esto último ocurre, el mito pierde su capacidad mágica, conjurativa y se profaniza: pierde su sacralidad. De ahí que algunos teóricos de la novela moderna hablen de una *degradación del héroe*, en tanto sus funciones o acciones reaparecen ejecutadas por sujetos de una predicación cotidiana. “Entenderíamos entonces el mito degradado como el mito profanizado, sin su contenido religioso. Mito, en síntesis, sería un modo de concebir la relación del hombre con el mundo”<sup>12</sup>.

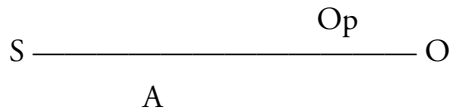
### 4. El relato mítico y sus agentes

Las unidades constitutivas del mito —los *mitemas*— forman relaciones funcionales que van integrando la red de acciones (*historia*) cuya totalidad forma el relato. En los comienzos, en las culturas primitivas —como en la crítica tradicional— cuando se trataba de dioses o semi-dioses (hijos de dios con mortal) era justificado hablar de *héroes* para designar a los portadores de las acciones básicas. Los estudios antropológicos y semiológicos de los relatos míticos han comprobado que la red funcional de las relaciones no se puede localizar en un solo personaje,

---

[12]\_ J. Villegas. *Op., cit.*, p. 51.

sino en una cadena de figuras que van estructurándose —inter-relacionándose— para hacer legible o captable la acción, más allá de las abstracciones conceptuales. Hablar de héroes remite a una condición sobrenatural de los personajes y aludo al contenido de un relato. Pero esos seres sobrenaturales en su origen, al hacerse cotidianos, al desacralizarse, pierden su heroicidad o la transmutan. Por eso es preferible hablar de *agentes* —o *actantes*— para aludir a quienes *hacen* o ejecutan, a los que son objetos de las acciones, a los que ayudan u obstaculizan el desarrollo de lo que acontece en un relato. Existen, por lo menos, cuatro niveles de agentes en el relato mítico: el *sujeto* (o héroe primordial), el *objeto* o personajes sobre los cuales va a recaer o hacia los cuales se dirige una acción específica; los *ayudantes* del héroe o sujeto de un eje de la acción y los obstaculizadores u *oponentes*. Podríamos reducirlos a símbolos así: Sujeto = S; Objeto = O; Ayudantes = A; Oponentes = Op. Entonces sería posible imaginar una acción simple organizada como un eje:



En los mitos primordiales el *héroe* (semi-dios) lo era por naturaleza, por origen. Al desacralizarse el mito y degradarse, el héroe sufre una suerte similar: se degrada. En las supervivencias modernas de los mitos, el sujeto de la acción, para constituirse en homólogo del héroe tiene que magnificarse, crecer, agigantarse en su comportamiento, en la realización de acciones, en la superación de pruebas. Por lo demás, los héroes míticos originales no estaban exentos de ser sometidos a grandes pruebas. El sometimiento a esas pruebas, el desarrollo de esas acciones, la magnificación progresiva es lo que se llama *viaje mítico*, viaje heroico o, sencillamente, viaje. El viaje mítico resulta soporte estructural de los mitos y novelas, eje alrededor del cual gravita lo narrado, tanto en

los relatos primitivos como en la novela moderna. El viaje mítico ha sido estudiado y comprobado en la novela de la antigüedad clásica<sup>13</sup>. Mariano Baquero Goyanes y Juan Villegas lo ratifican respecto de la novela moderna<sup>14</sup>. Es muy clarificadora la observación de Villegas:

Sorprende advertir que en numerosas obras literarias suele darse una situación básica similar: el protagonista descubre o hace evidente que el significado de su existencia no se satisface en su lugar de origen y que debe abandonarlo —generalmente por medio de un viaje real o simbólico— y que luego de una sucesión de experiencias variadas llega a aceptar una forma de vida diferente, o vuelve a su lugar inicial con un conocimiento o sabiduría que a veces pone al servicio de sus semejantes. En la novela moderna, dicho de modo general, el esquema inicial se repite, aunque disminuye la importancia del viaje como desplazamiento físico y se le sustituye por experiencias internas o intelectuales<sup>15</sup>.

Si aceptamos como válida esta conceptualización del viaje y volvemos ahora a los problemas del *viaje mítico*, en la novela moderna esta estructura se inscribe como un correlato estructural del relato novelístico. Es decir, la novela, en la lectura de su discurso, muestra una red de relaciones externas, que constituyen su significado casi literal, su epidermis, su *argumento*, entendido este como la secuencia de las acciones tal como han sido presentadas por el novelista. Su análisis comportaría una operación simple: la lectura en el sentido del propio texto o discurso. El correlato subyace a esa lectura, va por debajo, como un río subterráneo, contribuye a explicar las acciones en una reordenación que

---

[13]\_ Cf. Carlos Miralles. *La novela en la antigüedad clásica*. Barcelona, Labor, 1968. Cf. también: Carlos García Gual: *Los orígenes de la novela*. Madrid, Istmo (Col. Fundamentos), 1972.

[14]\_ M. Baquero Goyanes. *Estructuras de la novela actual*. Barcelona, Planeta, 1970.

[15]\_ *Op., cit.*, p. 15.

los formalistas rusos decidieron conceptualizar como *trama*: esto es, una segunda relación lógica de acciones que, si bien se muestran sueltas a lo largo del discurso, como indicios aparentemente inconexos, una vez reordenados y colocados sobre un eje hipotético (un modelo) adquieren su propia relación de sintaxis e imprimen sentido a la historia narrada.

Siguiendo el modelo metodológico propuesto por Villegas, la construcción del héroe mítico en la novela moderna se hace sobre el fundamento de un viaje o desplazamiento de ese héroe de acuerdo con instancias que forman una relación triádica propuesta por Joseph Campbell, en su libro *El héroe de las mil caras*. Nos parece oportuno observar solo un detalle: al hablar de estructura del héroe, el análisis queda limitado a la figura central de una narración y empobrece la posibilidad de percibir la red de relaciones que guarda con las demás figuras para imprimir un sentido, una dirección a las acciones. En el caso de *Canaima* el análisis quedaría casi limitado a la estructura de Marcos Vargas. Preferimos hablar de estructura mítica y leer la novela con el propósito de hallar las relaciones subyacentes de esa estructura mítica.

## 5. El viaje mítico y sus instancias

Ancestral, sacralizado o degradado, el viaje mítico, según Campbell, ampliado por Villegas, comporta una triple secuencia de relaciones, cada una de las cuales está constituida por su propia red mitémica; esta última puede darse completa o parcialmente en un texto narrativo. Aceptada la idea de *viaje* como *desplazamiento de un actante sujeto a lo largo de un eje accional*, Campbell distingue tres unidades estructurales básicas en él: 1) *la separación*, 2) *la iniciación* y 3) *el retorno*.

Villegas sugiere que la admisión de este esquema básico, para ser aplicado a la novela moderna, debe corresponder a la concepción del mundo, a la cosmovisión explicitada en el texto de la obra:

...el sentido que la “aventura” o desplazamiento tiene para el protagonista, los sistemas de valores o de normas vitales que cada forma de vida implica, los mitemas actualizados, los motivos caracterizadores de cada etapa, el significado que estos adquieren en el contexto del mundo novelístico y su trascendencia conceptual para la concepción del hombre y del mundo en el momento histórico o del grupo cultural del cual son productos. Por otra parte, se hace indispensable examinar e interpretar las motivaciones y causas que conducen al traslado o abandono, a la aceptación o rechazo de las formas de vida<sup>16</sup>.

Esta consideración metodológica induce a comprender la totalidad del texto más allá de sus contenidos aparentes y buscar en su estructura el sentido —la cosmovisión— que está por debajo de su discurso.

Pasemos ahora a resumir el esquema de Campbell en su estructura triádica, para luego constatar su funcionamiento en *Canaima*. Esta operación no sugiere que estemos obligando una novela a entrar mecánicamente en un modelo pre-establecido, sino a confrontar en las unidades de la obra misma, la presencia o ausencia de unidades mitémicas que configuran la novela. Reiteramos las tres instancias básicas del viaje: *Separación-iniciación-retorno*.

1. *Separación (o partida)*. Desplazamiento o rechazo de un modo de vida.
  - 1.1. La llamada de la aventura o señales de la vocación del héroe. El personaje acepta o rechaza el llamado.
  - 1.2. La ayuda sobrenatural (que facilita el camino de la aventura).
  - 1.3. El cruce del umbral. Implica el abandono del mundo (o de la vida anterior) y el primer paso hacia lo desconocido. Es una especie de frontera entre dos formas de vida o dos espacios del relato.

---

[16]\_ *Op. cit.*, p. 70.

- 1.4. El vientre de la ballena. O sea, el paso al reino de la noche. (Una vez que el héroe abandona su tierra se incorpora al mundo desconocido).
2. *Pruebas y victorias de iniciación*. Es la red de obstáculos que se oponen al héroe antes de pasar el umbral y sacralizarse o magnificarse.
  - 2.1. El camino de las pruebas o el aspecto peligroso de los dioses.
  - 2.2. El encuentro con la diosa, o la felicidad de la infancia recordada.
  - 2.3. La mujer como tentación.
  - 2.4. La reconciliación con el padre.
  - 2.5. Apoteosis o sacralización del héroe, reconocimiento de su heroicidad.
  - 2.6. La gracia última.
3. *El regreso* (o la reintegración a la sociedad y a la vida de origen).
  - 3.1. Negativa al regreso o mundo negado.
  - 3.2. La huida mágica o la fuga de Prometeo.
  - 3.3. El rescate del mundo exterior.
  - 3.4. El cruce del umbral de regreso.
  - 3.5. La posesión de los dos mundos.
  - 3.6. La libertad para vivir. La naturaleza y función de la gracia divina.

## 6. El viaje mítico en “Canaima”

La aplicación del modelo de viaje mítico no implica necesariamente una superposición del esquema triádico de Campbell al *argumento* (es decir, al desarrollo de las acciones, tal como se presentan en el discurso de la novela). Puede haber unidades microsecuenciales (*mitemas*) que no se cumplen de manera absoluta, o cuya forma de presentarse constituye la variante de elaboración que el novelista logra combinando los elementos de la acción que narra. Como veremos, Villegas hace la observación

de que en la novela moderna lo que sucede es que la estructura mítica se actualiza con categoría de correlato y no de relato en sí; por tanto, subyace y hay que hacerla emerger. Eliade, por su parte, habla de la existencia de “mitos disfrazados”.

En el caso de *Canaima*, si nos guiáramos simplemente por las apariencias externas del contenido, entonces Marcos Vargas se presentaría como exponente del *machismo*, que por lo demás es un magnificador de las estructuras con validez histórica. Es tal vez un *mitologema* dentro del caudillismo hispanoamericano, tan ampliamente explotado por las películas mexicanas y las norteamericanas de cowboys. El problema tiene que ver con la degradación sub-literaria del llamado héroe de nuestro tiempo —al que ahora no podemos referirnos en extenso—, pero en todo caso sí podemos admitir que su prototipo se liga casi siempre con los superhombres al modo de Batman, Superman, Mandrake, James Bond, o sea a la mitología industrial, de la que Marcos Vargas dista un buen trecho.

Con esas advertencias se puede observar que *Canaima* rebasa, en función de su héroe, o agente primordial, Marcos Vargas, no solo el sub-heroísmo de la literatura machista, sino también la llamada novela de crecimiento o desarrollo, la que los alemanes llaman *bildungsroman*.

*Canaima*, en forma general es una novela cuyo desarrollo conserva cierta linealidad de las acciones. Es decir, el desarrollo de lo narrado y la línea progresiva del discurso, de principio a fin, conservan cierto paralelismo, pero no absoluto. No ocurre así con la estructura mítica subyacente. Para captar ésta habrá que reordenar algunas veces la presencia de las acciones en los diversos capítulos y acápite. La primera etapa del esquema de Campbell, la *separación o partida*, se revela así:

## 6.1. Separación o partida

### 6.1.1. La llamada o señales de la vocación aventurera

En esta primera secuencia, Marcos Vargas se halla ante una disyunción de aprendizajes, a las orillas del Orinoco. Marcos Vargas es un poco Marcos-río. Su viaje es, no obstante, circular, aunque toda su aventura está implícita en el paralelo del río mismo, desde su valor primordial, su tiempo de origen, hasta la transmutación en el hijo (segundo Marcos Vargas) que es enviado, como él, a educarse fuera del marco mítico que aprisiona al héroe. La descripción del Orinoco adquiere pleno relieve metafórico cuando se asocian las frases constitutivas del discurso, con la totalidad de la historia de Marcos: el niño que juega a las orillas del inmenso caudal, que recibe su bautismo afectivo en la cachetada de una muchacha cuya identidad sólo se revela cuando ya el hombre Marcos Vargas se ha afirmado con el alejamiento del hogar, luego el Marcos Vargas trashumante por la selva y los raudales y luego el Marcos padre que trae a su hijo para que se le eduque en la civilización. La secuencia discursiva del río aparece al comienzo de la novela. La plenitud de la analogía metafórica entre él y el Orinoco solo se manifiesta cuando se opone por asociación con la totalidad de la historia que acabamos de sintetizar:

Término fecundo de una larga jornada que aún no se sabe precisamente dónde empezó. El río niño de los alegres regatos al pie de la Parima, el río joven de los alardosos escarceos de los pequeños raudales, el río macho de los iracundos bramidos de Maipures y Atures, ya viejo y majestuoso sobre los vértices del Delta, reparte sus caudales y despide sus hijos hacia la gran aventura del mar<sup>17</sup>.

---

[17]\_ Esta y las demás citas de la novela van referidas a la cuarta edición de *Canaima*. Madrid, Espasa Calpe, (Col. Austral 213), 1945. Nos parece la más accesible. Las citas restantes indicarán sólo capítulo y página en paréntesis al lado del texto extraído. (La cita anterior es del Cap. I, p. 2).

Si ahora se observa al personaje en sí, en las propias orillas del río descrito, se notará una serie de indicios donde está enunciándose el primer mitema de la *separación*: “la llamada”:

Primero se produce como una voz colectiva que relata, en labios anónimos, la aventura de la selva: “Guayana de los aventureros”. Hablan los indicios: “Porque junto al tesoro vigilaba el dragón” (...). “...el Hombre Macho, semidiós de las bárbaras tierras...”, “y el espectáculo mismo de la selva antihumana, satánica, de cuyo fascinante influjo ya más no se libra quien la ha contemplado. Pero Guayana era una palabra mágica que enardecía los corazones” (I, p. 14). Si tales llamadas indiciales se producen en el discurso del narrador omnisciente, en la acción, la humanización de la selva y la ciudad provocan el animismo mítico: la ciudad comenta la llegada de los rionegreros y el retorno de los “iniciados” en la vida aventurera, quienes “no revelaban el total misterio en que habían penetrado” (p. 17). El conjunto de los aventureros se engloba en el ámbito mágico humanizado en la expresión metafórica: “ya estaba allí fondeada la selva” (p. 15).

Hasta aquí todo pareciera pertenecer al nivel de las conjeturas del crítico. Pero si se avanza un grado más, se observará que el saber mítico no es revelado en forma pública, como sucede con la leyenda (falsa historia). Por eso, quienes volvían, “ya eran otros, con una extraña manera de mirar, acostumbrados los ojos a la actitud recelosa ante los verdes abismos callados, con otro dejo en la voz, musgo de las resonancias que le nacieron en el húmedo silencio silvestre” (p. 15). Por eso no revelaban “el total misterio”, “no describían el paisaje” y sin embargo “toda la selva fascinante y tremenda palpitaba ya en el valor sugestivo de aquellas palabras” (p. 17) que los jóvenes de la ciudad escuchan “con emoción religiosa” y que junto a los mayores perciben el mensaje mágico como una *consigna*.

De la masa de receptores juveniles surge el elegido para que el llamado implícito en el contexto se actualice. Ese llamado será portado por un maestro iniciador, en una ayuda sobre-natural. Pero no hay que adelantar la historia. Momentáneamente Marcos Vargas es sustraído de aquella atmósfera peligrosa para su status. Será enviado a Trinidad para que asimile otra cultura, para que se eduque conforme a otra escala de valores. Al regreso, él sabe y reitera que “En Trinidad (no) se olvida lo que se aprende en Ciudad Bolívar” (p. 22). El incidente es apenas mención en el texto dentro de la referencia angustiada de la madre que ve a Marcos “como alelado y es que seguramente ha estado escuchando los cuentos de los rionegreros” (p. 20). Junto a la frase de opuestos de aprendizaje (Trinidad/Ciudad Bolívar), que cobrará valor en el trayecto del viaje de aventuras, aparece la señal de identidad, el *leit-motiv*, la recurrencia de otra frase que habrá de acompañarlo hasta el final de la obra: “¡Qué hubo! ¿Se es o no se es?”.

### 6.1.2. La ayuda

Admitamos que en una novela moderna *la ayuda* no podrá calificarse de modo absoluto como sobrenatural, sino como extraña al contexto cultural básico de donde va a separarse el sujeto del *viaje*. En este caso, el Marcos Vargas niño, andariego por las márgenes del río, tropieza con el indio maquiritare. “Nada de misterioso había en su apariencia, pero, sin embargo, Marcos Vargas sentía que iba al lado de un misterio viviente y procuraba sondearlo” (p. 18). El sondeo inicial se limita a inquirir identidad. Cuando Marcos le pregunta su nombre, el maquiritare responde: “Federico Continamo”. Esto es, ha tomado en préstamo el nombre del “racional” que lo ha traído hasta Ciudad Bolívar. Y el niño sabe que no le dirá, de primer intento, su verdadero nombre. El ayudante, portador del llamado mítico, no demora mucho en proferir la *revelación*:

—“Cuando tú yendo allá, Ponchopire enseñándote las cosas.

Ponchopire, que era su nombre y en su dialecto significaba váquiro bravo, lo daba ahora como muestra especial de simpatía hacia su joven baquiano.

¿Cómo sabiendo tú que yo yendo allá?— inquirió Marcos, con emoción de alma en el umbral del misterio.

—Tú yendo, tú yendo. Yo mirándotelo en los ojos” (p. 19).

Es el primer indicio del llamado. Ponchopire desaparece de Ciudad Bolívar. Su mensaje mítico permanecerá latente en la interioridad de Marcos Vargas. Cuando se produzca el desplazamiento efectivo, las señales mágicas reaparecerán como un *motivo* de ayuda continua que atrae al sujeto mítico hacia el eje del viaje, cada vez que nuevos elementos (oponentes) tiendan a desviarlo de aquella dirección. Así en el encuentro con Manuel Ladera, quien procurará retenerlo con el negocio de los carros; entonces aparecerá la señal de llamado, portada por otro sujeto iniciador: Juan Solito, “personaje misterioso a quien se le atribuían facultades de brujo. Decíase que había vivido mucho tiempo entre los indios del Alto Orinoco, cuyos piaimas *lo iniciaron* en sus secretos, y así como se ignoraban su nombre, origen y procedencia, no se sabía tampoco dónde habitaba ni se le conocían relaciones permanentes con los moradores de la región” (II, p. 36). Finalmente, en la etapa segunda, “iniciática”, Ponchopire habrá de adquirir la verdadera identidad revelada: el cacique de la tribu donde Marcos Vargas entrará definitivamente en la vida ritual del iniciado.

Las llamadas habrán de darse en otros personajes que, por temor o frustración, o por cambio de escala de valores, deberán resistirla. Esto contribuirá a afianzar el vínculo de Marcos Vargas con el eje mítico. Recuérdese el desplazamiento de Gabriel Ureña desde Caracas a Guayana, en busca de aventura, para terminar, primero como telegrafista frustrado y luego como actante primordial del mundo “racional” de

la reflexión, opuesta al mundo mítico e instintivo adoptado por Marcos Vargas. Esa podría ser la explicación de que Gabriel Ureña sea precisamente el destinatario de “la gracia última” y única de Marcos Vargas: su hijo nacido de la unión con Aymara, para que sea iniciado en el anti-mito. Otro tanto ocurrirá con las llamadas sucesivas que recaerán sobre Arteaguita, para degradarlo por vía de la burla o hacerlo incursionar hasta los umbrales superficiales del mundo mítico como un medio para provocarle el terror. Son indicios magnificadores de la acción iniciática de Marcos.

En el desarrollo de la primera fase de separación, otros indicios apuntan hacia el mundo que Marcos Vargas deberá abandonar: la muerte del hermano Enrique, asesinado por Cholo Parima, un motivo que se muestra como función de oponente al viaje mítico, a través de la madre —Doña Herminia—, y que origina el desvío del internado en Trinidad. “Y así se lo manifestó al marido, la tarde aquella del embrujamiento producido por las palabras del indio” (I, pp. 19-20). Pero Marcos habrá de regresar al punto del llamado, “con unos cuantos conocimientos más o menos útiles, pero en punto a carácter tal como se había ido: el mismo humor juguetón, la misma cabeza tarambana, intacto el hechizo de las palabras mágicas cuando escuchaba embelesado los cuentos de los rionegreros” (I, p. 21).

El desprendimiento o separación va unido a otros motivos de desplazamiento, como señala Villegas, apoyado en la idea de Jaspers sobre las “situaciones límites”: “El análisis del tipo de llamados puede proporcionarnos la clave para comprender la clase de mundo que se postula o niega. Puede observarse, por ejemplo, que el despertar de las llamadas novelas existencialistas suele corresponder a las situaciones denominadas ‘límites’ por Karl Jaspers. Entre otras, éstas son la enfermedad, la orfandad, la experiencia de la muerte, descubrimiento de la

inautenticidad vital o de la falsedad de los valores en que se ha vivido”<sup>18</sup>. En el caso de Marcos Vargas se produce una como convergencia de tales situaciones: muerte del padre después del embargo de su negocio (orfandad). Y también conciencia de la inautenticidad vital por rechazo a la escala de valores del status urbano de provincia —mundo natural— opuesto al desafío de la aventura selvática con la cual se marca la sobrenaturalidad del destino del viaje. Por eso mismo será efímera su sociedad con Manuel Ladera y los carros para transportar mercancías.

### 6.1.3. El cruce del umbral

Según Villegas, el cruce del umbral puede ser el viaje mismo: “las posibles formas de actualización son sumamente variadas, acordes con la clase de mundo novelesco. El mismo mitema del viaje... “puede constituir una forma de cruce del umbral. El simple tomar el barco, llegar al puerto, subir o pasar el puente que une la tierra y el barco, implican la posibilidad de asumir el mitema del cruce del umbral. Todo dependerá de la conciencia del protagonista, el sentido que le asigne y la estructura total de la novela”<sup>19</sup>. En *Canaima* se trata, respecto de Marcos Vargas, de un umbral cronológico, el umbral de la adolescencia a la mayoría de edad. Su viaje de aventuras se inicia a los 21 años, “que lo hacían dueño de sus actos, iba solo, la bestia que lo conducía no era suya y dinero, ni lo llevaba encima ni lo tenía en ninguna parte. Era un hombre con su suerte por el camino y ante la vida”. No obstante apenas es el cruce de un primer umbral de ruptura con el hogar de la madre. El narrador omnisciente aclara que “El camino no era todavía el de la aventura temeraria a que se lanzaban los hombres animosos, no conducía al lejano mundo de la selva fascinante, vislumbrado a través de los cuentos de los rionegreros” (II, p. 24). Es un primer momento, o una secuencia

---

[18]\_ Villegas, *op. cit.*, p. 96.

[19]\_ *Ibid.*

de afirmación vital que en la estructura de la novela será detenida y aun desviada por la amplia catálisis (distracción de la acción básica) del Marcos Vargas implicado en los negocios de los carros con Manuel Ladera.

En los esquemas míticos tradicionales, actualizados en diversas mitologías, el umbral se alegoriza en un río que hace olvidar el mundo dejado atrás —es el símbolo de Lethe o Letheo—. En *Canaima* el Caroní significa, momentáneamente, la ruptura. Y aparece marcado en el propio discurso, junto a los demás ríos guyaneses, “cual seres dotados de una vida misteriosa...” (II, p. 25). El cruce del río, acompañado de Manuel Ladera, es el diálogo del recuento y las vacilaciones entre el negocio de los carros y el internarse en la selva. Es también el segundo llamado que ya mencionamos, cuyo portador es Juan Solito.

El episodio de los carros y los primeros contactos con los Vellorini los observamos como desviaciones del eje mítico, en cuyo caso Manuel Ladera se mostraría como un oponente del viaje iniciático de Marcos Vargas. Sólo su muerte —segundo asesinato de Cholo Parima— provocará la vuelta a la dirección del viaje original.

En otros esquemas míticos, previo el paso siguiente de “el reino de la noche”, se presenta otro motivo: “el encuentro” con seres ayudantes u oponentes, que le proporcionarán consejos al viajero o le ocasionarán dificultades y retardos. En los relatos maravillosos son las viejecitas o los hechiceros al borde del camino. En *Can alma*, recuérdese la aparición primera de Juan Solito y la microsecuencia del tigre, que podría interpretarse —por las relaciones con otros momentos de la historia narrada— como una alegorización de los dioses adversos: los tigres del Yuruari —los Ardavines— con quienes Marcos Vargas habrá de combatir y a cuyas ejecutorias se deberá la muerte de Ladera, uno de los consejeros —ayudantes— del sujeto del viaje.

La última fase de esta primera unidad —separación— relacionada con “el vientre de la ballena”, en la estructura de *Canaima* será una etapa postergada que habrá de confundirse con el apoteosis del héroe.

## 6.2. Pruebas y victorias de iniciación

Esta segunda instancia es la de mayores obstaculizaciones y tentativas de desviación del viaje. En conjunto representa la fase mítica donde el héroe, al vencer las pruebas, se magnifica y agiganta para llegar a la elevación definitiva. Son innumerables los ejemplos que se podrían recordar en la literatura. En el desplazamiento de Marcos Vargas hemos observado ya que los encuentros pueden ser favorables —Juan Solito, Manuel Ladera— o francamente adversos: los Ardavines, los Vellorini, etc.

### 6.2.1. El camino de las pruebas

En referencias anteriores se precisó que los caudillos prototipos del machismo selvático han sido conceptuados dentro del propio texto como “los semidioses de la barbarie”, como “los tigres del Yuruari”. La pugna fundamental y los obstáculos están, pues, constituidos por estos oponentes. El primero, José Francisco Ardavín habrá de enfrentarse con Marcos Vargas, no en el terreno de la violencia, sino en el de la *partida*, un mitema que aparece con frecuencia tópica, sobre todo en las mitologías medioevales: la partida de ajedrez con la muerte, por ejemplo. Las luchas y combates sucesivos se irán produciendo por diversas vías: la picaresca, planteada con respecto a José Gregorio Ardavín y como final de la oposición con José Francisco, a quien el simple manotazo de Marcos Vargas sobre la mesa, en casa de Arteaguita, pone en huida ridícula. El único caso de duelo directo será con el Cholo Parima, en quien debía vengar dos muertes: la remota, de su hermano Enrique, la más reciente, de Ladera. En cuanto a los Vellorini, las relaciones se refieren a nuevas pruebas —tentaciones— de retorno al mundo que Marcos ha abandonado en la fase de separación.

### 6.2.2. El encuentro con la diosa

Dentro del simbolismo psicoanalítico de C. Jung, esta etapa se identifica con la felicidad de la infancia recordada. En la novela moderna casi siempre se explicita a nivel del discurso, por la alternancia de planos temporales, dentro de un viaje interior regresivo. Este aspecto es débil en *Canaima*, si se analiza en función de una técnica de la ruptura de planos temporales. Pero se va esbozando a través de indicios en varios momentos de la obra, hasta cargarse de significación plena en la tercera etapa del viaje.

En el primer capítulo, el adolescente Marcos descubre el amor en una niña rubia que lo bautiza con una cachetada durante la pesca de la sapoara. (I, pp. 23-24). El reconocimiento de la muchacha, que no es otra sino Aracelis Vellorini, se produce en la tertulia de Upata (III, pp. 49-50). En este caso el indicio evocativo de la infancia-adolescencia se confunde con “la tentación de la mujer”. Antes de ello, Manuel Ladera, durante el cruce del Caroní, es también pretexto para las remembranzas familiares del niño y sus padres (II, pp. 25-26). Sería prolijo continuar señalando otras secuencias que se relacionan con la misma unidad de sentido. Sólo habría que añadir una más; es la que transcurre en plena vida de iniciado dentro de la tribu de Ponchopire, cuando unas palabras “mágicas” de amor lo regresan al mundo remoto de sus primeras corrias, que abandonó para ir al desafío de la selva (XVIII, p. 281).

### 6.2.3. La tentación de la mujer

El despertar del amor está anunciado, como hemos visto, desde las primeras páginas, en el incidente con Aracelis. Luego viene el noviazgo, surgido de la remembranza infantil en casa de los Ladera. Después, las pláticas nocturnas de un idilio desgastado en su esquema romántico de balaustradas interpuestas. Finalmente, el reencuentro en casa de Gabriel Ureña, donde Aracelis es retada a abandonar su mundo y aceptar el

llamado de Marcos en el sentido de resquebrajar la institución del matrimonio para que se marche con él a la aventura de la selva (XVI, pp. 248-249). La tentación generalizada de la mujer se enfatiza en la escena de las miradas que cruza con Maigualida, la esposa de Gabriel Ureña, (XVI, p. 250). La ruptura de la relación idílica es, afortunadamente para la novela, precipitada en un párrafo rápido al final del capítulo XVI. Ante la propuesta de Marcos Vargas, Aracelis va a dar la respuesta:

“En silencio atravesaron la arboleda que rodeaba la casa, y en llegando a ésta, donde ya estaba encendida la lámpara del corredor de la entrada, volvieron a mirarse mutuamente y Marcos leyó en los ojos de Aracelis la resolución tomada, tal como él se lo propusiera, pero no gozosa sino resignada o temerariamente. Le oprimió la mano entre la suya, que ya no era garra, y esto fue todo.

Momentos después, cuando Maigualida llamaba a la mesa, Gabriel le dijo:

—Sobra un cubierto, chica; Marcos se ha ido” (p. 253).

Este final de idilio cierra la tentación de la mujer perteneciente al mundo con respecto al cual se está produciendo la separación. Abre la posibilidad de la unión con *el otro mundo* mítico, de la selva, que habrá de cristalizar en la relación Marcos-Aymara (XVIII, pp. 270-285).

La ruptura de la tentación expresada en Aracelis y Maigualida se completa, en cuanto atadura con el mundo inicial de partida, con las palabras de Gabriel Ureña, dirigidas a procurar la reconciliación de Marcos con ese mundo anterior pero cuyo efecto no es sino intensificar la vuelta de Marcos hacia el misterio selvático.

La relación Marcos-Aracelis se opone a la de Marcos-Aymara, además, porque esta última pertenece significativamente al proceso iniciático y a la recuperación de la gracia última, mucho más que al simple rasgo de la tentación, como se verá en su lugar.

#### 6.2.4. La reconciliación con el padre

Absorbido ya por las fuerzas mágico-míticas del tiempo primordial —originario— una figura que venía enunciándose al principio como semi-dios sombrío del corazón selvático del Yuruari, el Sute Cúpira, fungirá como portador esencial de las claves para la reconciliación con el padre.

Marcos Vargas ha superado todas las pruebas. Los semi-dioses Ardavines han comenzado a degradarse en su prepotencia. Cholo Parima ha caído ajusticiado por la mano de Marcos Vargas. La magnificación del *machismo* hace, pues, temer que el encuentro de Marcos y el Sute Cúpira desemboque en un duelo. El discurso narrativo, por otra parte, crea esa atmósfera de tensión. Primero, por la descripción misma del Sute:

Como muchos de los que campeaban por sus fueros en la tierra de la violencia impune, aquel a quien por su físico menguado —pequeño, flaco, enteco— dábanle el apodo de “Sute”, no era guayanés. Un delito de sangre, primero de la serie ya incontable de sus hazañas de Hombre Macho, lo había arrojado a la selva, fugitivo de la justicia, y de esto hacía más de quince años; pero a su aureola sangrienta no podían faltarle esos destellos que forman la legendaria del bandolero generoso en el ánimo de quienes están siempre dispuestos a admirar la hombría señera y la bravura sin freno (XIII, p. 201).

Tal presentación, en las primeras frases del párrafo erigen al Sute como un superviviente del machismo; Marcos, por su parte ha elevado su aureola de hombría trágica en el duelo con el Cholo y en la derrota de uno de los Ardavines. Sin embargo, en las frases finales de la cita, la analogía se entabla por el camino de los destellos generosos en ambos. El contexto de la secuencia imprimirá alternativamente una carga de sentido a los dos niveles: el de la hombría o el de la generosidad.

Marcos Vargas ha entrado en posesión cabal de las fuerzas míticas. El conde Giaffaro ha actuado como sacerdote supremo del ritual para el encuentro de Marcos consigo mismo (Cap. XII) Esa interiorización plena le ha suministrado la sabiduría de su liberación profunda en el grito que sacude —catárticamente— el mal de la selva. Encarnación Damesano lo había adoctrinado en la valoración auténtica de los dos mundos, a través de sus pláticas y cantares (Cap. XII). La muerte de este peón purgüero es la ayuda que lo orienta hacia el encuentro con el Sute Cúpira, quien se presenta rodeado de sus “doce apóstoles”. Adviene la celebración alcohólica y en ella, el reconocimiento: ambos se sienten criados por Cajuña —dios benigno, opuesto a Canaima, dios adverso—, aunque “levantados lejos el uno del otro”. El mitema de “los dos hermanos” se actualiza y aproxima la reconciliación. El Sute, además, es definido por el narrador omnisciente como “personificación de la selva”, que produce en Marcos “un vértigo espiritual con que lo atrajese el abismo interior de aquel hombrecito (...) en quien la fiera condición, ya legendaria, estaba agazapada tras la apariencia inofensiva de su menguada humanidad y su aire apacible” (XIII, pp. 204-205).

Marcos Vargas, inquisitivamente, trata de penetrar el alma abismal del hombre y ocurre esta situación clave:

Formaban ya barullo las lenguas desatadas por el alcohol, sin que todavía hubiese domesticado aquel recelo y desdén agresivo de casi todos los rostros, cuando Marcos Vargas, plantándosele por delante a “El Sute” le clavó la mirada a los ojos con inquisitiva impertinencia, que advertida por los demás produjo el silencio de la expectativa.

Cúpira se la sostuvo sin pestañear, primero sonriente y luego ensombreciéndosele la expresión, hasta que por último, echándose atrás, inquirió:

—¿Qué desea, joven?

Marcos Vargas hizo el gesto que producen las coincidencias de lo que se procura con lo que ocurre y recalando las palabras repuso:

—Hacerle una pregunta, Fortunato Carrillo (XIII, p. 205).

El diálogo bifurca la tensión de los lectores en dos direcciones: la inminencia del duelo que sigue preparándose con la retirada de los espalderos de Cúpira. Inmediatamente, “El Caicareño”, actúa como el rememorador de la historia remota que se está actualizando en la escena del relato y cuyo hermetismo inicial se acentúa en las frases de la omnisciencia: “Los circunstantes se miraron con extrañeza y hasta algunos llegaron a pensar que tal fuese el verdadero nombre de ‘El Sute’ y que para algo que pronto se vería se lo había echado en cara Marcos Vargas” (p. 205). Pero en la rememoración de El Caicareño, sabremos que se trata de la venganza de Cúpira ejercitada contra Fortunato Carrillo, violador de su madre, cuya muerte —de Carrillo— fue presenciada por Pedro Vargas, padre de Marcos, en calidad de testigo de un juramento que se cumplía trece años después de formulado. La violación de la madre de Cúpira se había producido cuando este era niño. La muerte de Enrique Vargas, hermano de Marcos, en manos del Cholo Parima, coincidía igualmente con la infancia del héroe mítico. Los isocronismos de las venganzas actualizadas en aquella escena de la selva —y la alternancia de tiempos que ella implica— unifican, pues, momentáneamente, al Sute y a Marcos Vargas, en la reconciliación con el padre. Pero momentáneamente, nada más. Cúpira introducirá a Marcos en la tribu de Ponchopire, durante una ceremonia ritual. La embriaguez alucinatória de los indios desata las iras de Marcos y se provoca la ruptura, con lo cual se intensifica la función primordial del Sute respecto a Marcos: la de portador de la reconciliación. Cumplida esta, episodios más adelante, sobreviene la disputa inevitable: Marcos Vargas se enfrenta y vence

al último semidiós —el Tigre de Yuruari— y habrá de erigirse así en héroe mesiánico.

### 6.2.5. Apoteosis

Ya habíamos apuntado que este mitema se funde en *Canaima* con el del viaje nocturno o *vientre de la ballena*. Preparado por el conde Giaffaro, Marcos está atraído decisivamente por el genio infernal de Canaima —dios del mal.

El *viaje al reino de la noche* o descenso infernal, está ligado, según Campbell —glosado por Villegas— con “el aislamiento del iniciante en un lugar solitario y oscuro, donde experimenta en una serie de acontecimientos, en general aterradores, cuya superación viene a probar que el joven está en condiciones de exceder a sus enemigos”<sup>20</sup>.

El viaje infernal o *caída* se vincula a este aislamiento. En la novela moderna se trata del llamado “descenso a los infiernos interiores”, actualizado por Hamman en el romanticismo alemán, resumido por Gerard de Nerval, poetizado por Rimbaud (*Una temporada en el infierno*), transmitido por los surrealistas a la narración contemporánea en múltiples formulaciones. Para Mircea Eliade, esta fase es el acceso iniciático a la sacralidad. El iniciado se “purifica” en el propio desafío. Es lo que lleva a su fase culminatoria el esquema mítico de la segunda etapa en la tríada de Campbell.

En otro momento habíamos hecho resaltar que el capítulo XIV de *Canaima* representa justamente —incluso en la estructura exterior— el vértice de un proceso ascendente en el ritmo de la novela<sup>21</sup>. Los capítulos anteriores y posteriores están divididos en acápites de número variable. Sólo “Tormenta” se muestra como un texto carente de divisiones.

[20]\_ Villegas, *op., cit.*, pp. 113-114.

[21]\_ Cf. Sambrano / Miliani. *Literatura Hispanoamericana*, vol. 2, pp. 29 y ss.

Allí Marcos Vargas, solo en la selva —“aislado”— llega al encuentro consigo mismo, a la plenitud de su identidad. Es su morir- renacer, el retorno al tiempo primordial u originario, que al actualizarse ritualiza al personaje y lo conduce a la ascensión iniciática, es decir, a su *apoteosis*. Las aventuras posteriores de Marcos Vargas, sus regatas solitarias por los raudales, el desafío continuo y el alarido que acompaña sus desgarramientos íntimos no vienen a ser sino expansiones discursivas, resonancias y reiteraciones del apoteosis mítico.

La lectura *literal* del capítulo no permitiría al lector una captación que fuese más allá de una *exaltación de la naturaleza* y de una identificación del héroe con su ámbito. La contraposición con el nivel mítico permite observar sentidos de frases que, en otra lectura, se verían debilitadas en su carga significativa. El *leit-motiv* de identificación del héroe —“se es o no se es”— adquiere aquí su relieve y sentido plenos, pues el apoteosis, justamente, se exterioriza como un hallazgo de la identidad y del origen. Lo antecede la sensación interior del presagio y de lo maravilloso: “La impresión de que por momentos iba a aparecerse ante su vista, brotado de la soledad misma, en la sugestiva lejanía, algún ser inédito, algo menos o algo más que hombre, espíritu de la selva encarnado en forma inimaginable, obra de las formidables potencias que aún no habían agotado la serie de las criaturas posibles. Esto le había acontecido siempre, especialmente las tardes de los domingos, ante cualquier paisaje; pero ahora la aberración, en el fondo de la cual tal vez repercutiera alguna infantil emoción religiosa, además de hallar la mente propicia se originaba de causas en cierto modo objetivas: en aquella bochornosa quietud sentíase la presencia de fuerzas descomunales a punto de desatarse” (XIV, 218).

Hasta ese momento, la afirmación de la *hombría* se había desarrollado por el enfrentamiento con fuerzas también humanas; pero ahora, ante la soledad monumental de la tormenta, aparece “la primera emoción

de miedo que llegaba a experimentar”. Finalmente logrará vencer al mundo primitivo de la naturaleza y su magnificación total se confunde, se funde con el tiempo primario, con el origen. La selva tiene miedo también. El paralelismo héroe-medio repite la sincronización explícita en el discurso al comienzo de la obra: la relación Marcos-río.

#### 6.2.6. La gracia última

En los esquemas míticos originarios, el viaje del héroe implica la adquisición de un poder o bien que constituye la gracia final antes del regreso, una especie de recompensa después del apoteosis. Es, por ejemplo, el robo del fuego, en el mito prometeico, la recuperación del vello-cino, el hallazgo del tesoro escondido, etc.; son, pues, actualizaciones en mitologemas. En *Canaima* no se produce este paso, si intentamos materializarlo. La novela indica que Marcos Vargas rechaza su riqueza obtenida como caporal de purgüero al servicio de los Vellorini y de la viuda de Ladera. Acumula un tesoro y lo juega con intención de perderlo con Arteaguita. Abandona todas las ofertas y recompensas en el primer retorno de la selva. Sin embargo, una vez quebrada la fase de la “tentación de la mujer”, cuando desecha el amor de Aracelis y se interna definitivamente en la selva, vuelve a la tribu de Ponchopire y se une a la hermana del cacique. La toma como mujer en un maridaje que responde al ritual mítico de los indígenas y no a las nupcias del mundo de donde partió. Adquiere prestigio de “racional” entre los indios. De la unión con Aymara nace un hijo. Es la gracia final a nuestro modo de ver. Lo rescata o sustrae de su mundo adoptado: el mítico. Por eso lo envía ante Gabriel Ureña para que este lo eduque conforme está haciendo con sus propios hijos. Así se justifica este final de la novela que, analizado sociológicamente se ha prestado a múltiples interpretaciones polémicas: integración al estatus, traición a la rebeldía, etc.

### 6.3. El regreso

Lo común de los mitos originarios es que el héroe, una vez iniciado en una nueva sabiduría regrese a su mundo de origen, dotado de poderes superiores y consagrado por su apoteosis. Pone esta sabiduría o una gracia última —ganada o tomada del mundo sobrenatural— al servicio de los suyos. Muchas veces, cuando ha robado la gracia o la sabiduría, sufre el castigo de los dioses. Pero su retorno o reintegración al mundo de origen es la máxima victoria.

En la novela moderna, el sujeto del viaje abandona el mundo porque no acepta sus valores. Se siente alienado por él. Retornar es su fracaso, no su victoria. Así la opción del héroe mítico se plantea como una disyunción: o el reingreso al mundo primero (fracaso) o la negativa al regreso (rechazo) y la conversión en “anti-héroe”. Villegas explica el comportamiento del rechazo así: “...la tercera etapa en la cual el héroe mítico o el adolescente primitivo vuelven a la forma de vida trazada por la tradición, adquiere en la novela una dimensión negativa, y todo retorno es un fracaso de la aspiración o de la libertad. La búsqueda tiende a ser un anhelo de liberación de lo que tradicionalmente había sido un mundo acogedor”<sup>22</sup>.

#### 6.3.1. Negativa al regreso o mundo negado

Marcos Vargas concluye sus faenas de caporal purgüero y retorna a entregar cuentas. Recibe su participación bien habida, de manos de José Vellorini, junto con el ofrecimiento de nuevos negocios. Los rechaza y provoca el desafío. Vence a uno de los últimos semi-dioses del caudillismo: José Francisco Ardavín. Liberta de ese modo a Maigualida Ladera de la clausura para el amor, lo cual la hace apta a casarse con Gabriel Ureña. Entierra a su madre. Esa es la tarea mesiánica. Pero la revelación

---

[22]\_ *Op., cit.*, p. 76.

o puesta en práctica de su sabiduría mítico-mágica es imposible. Los valores chocan. Gabriel Ureña se ha convertido en oponente de la aventura final. La ruptura con Aracelis lo devuelve a la selva. Se hace minero y reivindica a Arteaguita. Su acción liberadora y ajusticiadora es entonces muy débil. Los dioses malignos han sido derrotados. Su labor es volver al mundo iniciático: la selva. Su figura se mitologiza. Nace la leyenda del Marcos Vargas trashumante por los raudales, o del Marcos en diálogo con los árboles y metamorfoseado él mismo en vegetal. Pasa a ser un mitologema de la superstición en los ámbitos guyaneses. Esa es la función del primer acápite en el capítulo XVII: “Contaban los caucheros”. La personalidad del héroe entra en la fase proteica. Son muchos Marcos Vargas los que refieren los caucheros. Entre ellos, Ramón Maradé se convierte en narrador del héroe mítico: “Ahora voy a enseñarles otro Marcos Vargas que quizás ustedes desconozcan: el que habla con los palos del monte y lo ha sido él también algunas veces” (XVII, p. 256).

El héroe se ha fundido, pues, con el hábitat mágico y el retorno se corta como posibilidad en forma rotunda.

### 6.3.2. La huida mágica o la fuga de Prometeo

El reingreso de Marcos en la tribu de Ponchopire lo inviste con poderes especiales. Su fuga ahora es con respecto al mundo *racional*. El esquema se ha invertido. La huida mágica remite al mundo de origen y no al de adopción. No hay umbral de retorno al mundo primario con el cual se ha cortado la posibilidad. El mesianismo es el de un “racional” frente al indio y sus innumerables calamidades. El mundo exterior a rescatar es el de las tribus del Ventuari. Aquí la visión del autor se interpone y muestra la concepción fatalista de las “razas degeneradas” por el yopo, el alcohol, la brujería. No obstante, Marcos se mantiene apegado a la tribu. Supone o imagina el retorno de tribus capaces de ejercer el acto de liberación. Se siente impotente para acometer solo ese trabajo titánico.

De manera que el mesianismo ante el indígena también lo conduce al fracaso; la solución literaria está en la frase poetizada del discurso:

Una idea bullía en su cerebro y se había ido a ventilarla a orillas del Ventuari, ante la noche fosca con un ruedo de rojizos resplandores en el horizonte y en su vasto silencio el mugido lejano del gran raudal de Tencua.

¿Sería posible —se preguntaba— sacar algo fuerte de aquellos indios melancólicos? ¿Quedarían rescoldos avivables de la antigua rebeldía rabiosa bajo aquellas cenizas de sumisión fatalista? ¿Quién sería aquella india, de una raza desconocida, de que hablara el arinacota? ...El quería llamarla Tararana —algo de guarura guerrera sonaba en esta palabra guaraúna— e imaginársela anunciada en alguna leyenda mesiánica... ¿Pero no sería él capaz de reunir bajo su mando todas aquellas comunidades dispersas en un vasto territorio y a la cabeza de ellas emprender aquella obra grande que una vez le aconsejara Gabriel Ureña? (...) (XVIII, pp. 283-284).

No hay, pues, posibilidades de rescate del mundo exterior. El esquema mítico se reduce en algunas fases. Queda ver solamente el proceso de la degradación del héroe mítico.

### 6.3.3. La posesión de los dos mundos

La numeración continua de las fases míticas de la tercera etapa se rompe. Hay dos que están ausentes de la estructura. *Canaima*, como novela contemporánea, entra directamente a la degradación del héroe mítico.

Marcos Vargas, iniciado en los misterios selváticos, puede convivir con los primitivos. Pero no es un igual de ellos. Cuñado del cacique Ponchopire, tiene una condición especial de poder. Pero es un “racional”, y Ponchopire, como el resto de la comunidad esperan más de él:

En uno de aquellos sectores fueron colgados, uno por encima del otro, los chinchorros de la nueva pareja; pero si Marcos

prefirió continuar habitando con Aymara la vivienda aislada que Ponchopire le había hecho construir desde su llegada a la comunidad, ya bajo el espíritu uniforme de ésta era uno entre todos y el cacique parecía esperar de él grandes cosas para beneficio común.

—Bueno, cuñao —díjole una tarde, después de una larga pausa silenciosa, ambos contemplando la puesta de sol sobre el Ventuari—. Ya Ponchopire enseñándote las cosas como ofreciéndote en Angostura; ahora tocándote a ti.

—Bueno. Tú diciendo lo que queriendo que te enseñe —repuso Marcos, que ya de otro modo no se expresaba.

El indio sonrió y con el resplandor de una gran esperanza a punto de realizarse iluminándole la faz, interrogó:

—¿Sí? ¿Tú enseñándome, cuñao, lo que yo queriendo?

—¡Sí, hombre! Siempre que yo sabiéndolo, por supuesto.

—Bueno. Enseñándome a hacer hielo.

Era lo único que le había interesado de la civilización, o lo que de ella columbró durante su permanencia en Ciudad Bolívar, y lo primero que se le ocurrió pedirle a Marcos Vargas después que se hubiera efectuado la fiesta de Aymara. Con lo demás podían quedarse los racionales... Y así fue grande su desencanto cuando Marcos le repuso:

¡Ah, caramba, cuñao! —En buen apuro poniéndome tú. Yo no sabiendo fabricar hielo, ni eso tampoco pudiendo hacerse aquí. Era lo mismo que le había respondido Federico Contino cuando igual petición hubo de hacerle.

—¡Ah! —exclamó—. Tú tampoco sabiendo (XVIII, pp. 278-279).

Es el ingreso en el desprestigio, la degradación de la imagen mitificada de Marcos Vargas, ante los ojos del propio cacique. El héroe se construyó presuntamente como poseedor de ambos mundos y en ambos se operó el fracaso por inversión doble de los esquemas: el predominio del

primitivismo selvático ante los “racionales” de Upata; la ignorancia de una sabiduría *civilizada* aunque pueril, para aportarla al mundo indígena. El narrador omnisciente cierra la microsecuencia anterior con un comentario referido a Ponchopire y a Marcos: “Y no se explicaría nunca cómo podía ignorar un racional lo que otros sabían, cuando entre ellos —los indios— era tesoro común la ciencia de las cosas necesarias para la vida. Ni por su parte llegaría a darse cuenta Marcos Vargas de hasta qué punto había defraudado las esperanzas de Ponchopire” (p. 279)

#### 6.3.4. La libertad para vivir

Desgastada por la degradación en ambos mundos, la imagen de Marcos Vargas se pierde en el misterio de las selvas. Vaga errante y mitologizada en leyenda. Lo único que ha restado de ella es el hijo restituido al mundo inicial del viaje. Un nuevo *leit-motiv* aflora al discurso para cerrar la unidad del viaje y convertir el tiempo mítico en tiempo histórico de un pasado que se borra: “Esto fue”. Es una expresión puesta en diálogo colectivo de las ciudades por donde otro progreso comenzaba a infiltrarse. El discurso refunde otra vez los sentidos del héroe y del mundo originario de donde partiera. Se califica así: “Guayana frustrada”, como lo fue el propio héroe aventurero. Las frases negativas y condicionales se van sucediendo en un ritmo rápido, por donde discurre el consabido sentido normativo ético de la literatura galleguiana, marca de una tendencia reformista en la novela continental de los años 30.

En la síntesis geográfica de pueblos, el Orinoco reaparece como expresión repetida de las frases del primero y último capítulos. La fusión del héroe fracasado con la desembocadura del río se reitera para cerrar la circularidad del viaje, pero sólo en la apariencia del discurso. En la acción los dos mundos plantean finales abiertos y bifurcados: uno mítico, el otro reformista social. El mítico en el capítulo XVII transforma a Marcos Vargas en leyenda y opera una licantropía: el héroe se convierte

en árbol. El reformista ético-social se lee en el capítulo XIX. Coincide con el cierre del discurso narrativo. En el primero concluye un viaje mítico. En el segundo se cierra una novela para abrir otro viaje: el del hijo. Parfraseando a Lukacs, en este segundo final, podríamos decir: “la novela concluye. El viaje comienza”.

## Enrique Bernardo Núñez. Novela, historia y mito<sup>1</sup>

### 1. De las montoneras a la mediatización imperialista

En 1899, desde Cúcuta, ciudad colombiana fronteriza, dos “compadres proyectan una invasión a Venezuela. Tratan de emular la ruta seguida por Simón Bolívar en 1813: la “Campaña Admirable”.

Los dos compadres han inventado un ejército con peones de la hacienda Bella Vista, propiedad del compadre más pequeño. Por el camino surgen los generales. Primero, el otro compadre. El más bajito es Cipriano Castro. El otro, Juan Vicente Gómez.

A pocos kilómetros de Caracas, cerca de la ciudad de Valencia, ocurre un encuentro armado. En pleno combate, el compadre más bajito es arrojado de su caballo. Se lesiona una pierna. Valencia se llena de heridos. Castro es trasladado en camilla a una casa valenciana. En otra casa, aledaña, un niño de nueve años vive como espectador una escena macabra. Después, prisionero del General bajito, la evocará desde la cárcel en una de sus mejores obras:

(...) Comenzaba a referir el hombre herido, medio soldado, medio mendigo, detalles de la pelea...; sostenía que habían sido víctimas de una traición; hablaba de los “chivatos”, de las gentes de arriba que se repartían otra vez la gloria y la república. El tan solo deseaba agua, “una poquita de agua”, con esa voz cariñosa,

---

[1]\_ Publicado como Prólogo a *Cubagua/La galera de Tiberio*. La Habana, Casa de las Américas, (Col. Literatura Latinoamericana), 1978; pp. VII-XIV.

casi infantil, de las gentes de mi pobre país. Mi madre corrió a traerle un vaso. Yo, niño y curioso, permanecía interrogándole.

.....

Y cuando toma febrilmente el primer sorbo de agua, se pone lívido, lanza una pequeña queja que no es palabra y cae pesadamente; primero la flexión sobre las rodillas; luego abre los brazos y se va de bruces contra los escalones de la entrada, muerto.

Mi madre no ha lanzado ni un grito. Se ha quedado pálida y me mira en silencio. (...)

—A *ellos* no les pasa nada..., a *ellos* no les importa nada; ya *ellos* están otra vez con el que viene... ¡Cuándo los matarán a todos *ellos*!

Le he preguntado a mi madre quiénes son *ellos* y me responde con una sonrisa de tristeza:

—No sé; los del gobierno, los de la revolución... ¡Dios sabrá!

.....

De repente oímos un puntear de guitarras. Vienen por la otra cuadra, desde una reunión “revolucionaria”, donde se ha bebido y charlado alegremente; unos mozos. Una guitarra grande, un bandolín y un *cuatro*. Grandes lazos con la bandera nacional ornán los instrumentos. La divisa *amarilla* ha venido a ser abominable. Es la del muerto tirado en la calle, es la de la lavandera que grita, es la del señor de las barbas que está escondido y aterrado. Y al llegar los músicos al grupo de la esquina, donde vocifera el pulpero, comienzan a vibrar, con un no sé qué desgarrador, los primeros compases del Himno Nacional...

...Gloria al bravo pueblo  
que el yugo lanzó...

La música sacude mis nervios de niño, en mi sangre venezolana se encienden los atavismos guerreros de mi raza, y rompo a aplaudir y a cantar. Pero mi madre me toma del brazo, indignada, me enseña al muerto que está tendido en la calle y me dice con una voz inolvidable:

—Mira, ¡el bravo pueblo!

Desde entonces no he podido mirarlo de otro modo<sup>2</sup>.

La escena marca solo un episodio en la cadena de asonadas y guerras civiles llamadas “revoluciones”. No lo fueron. Cuando más, “montoneras”. Dejaron intacta una estructura social y económica. Ensangrentaron el país hasta comienzos de siglo. Lo desangraron en sus recursos. Desembocaron en dos dictaduras: los dos compadres. El pequeño: Cipriano Castro. El otro: Juan Vicente Gómez.

Tres años después del episodio de Tocuyito, donde Castro fue derribado por su caballo, las costas del país son asediadas por buques imperialistas. El “destino manifiesto” estaba haciendo lo suyo en Cuba y Puerto Rico. Merodeaba por Venezuela bajo forma de “mediador” en el conflicto<sup>3</sup>. Era una forma original de cobramos a cañonazos los intereses y el capital de uno de tantos empréstitos con que se ha hipotecado el tesoro público. Cipriano Castro enfrenta la ofensiva y su reflejo interior. Frente a la costa permanecen los barcos de guerra extranjeros. Dentro, el general Manuel Antonio Matos, con apoyo económico y militar norteamericano, se alza en armas<sup>4</sup>. Castro lo liquida. Cunde el júbilo. En 1902 Cipriano Castro visita Valencia por segunda vez. Otro niño, de

[2]\_ José Rafael Pocaterra. *Memorias de un venezolano de la decadencia*. Caracas-Madrid, Edime, 1966; 4 vols. (La cita en vol. 1, pp. 32-34).

[3]\_ Ante el bloqueo y bombardeo de Puerto Cabello y La Guaira por buques ingleses y alemanes, Cipriano Castro solicitó la mediación de Herbert Bowen, Ministro Plenipotenciario de Estados Unidos en Venezuela. El resultado fue un protocolo humillante suscrito en Washington. Cf. Juan Bautista Fuenmayor. *Historia de la Venezuela política contemporánea. 1899-1969*. Caracas, (ed. del autor), 1975; vol. I, pp. 93-ss.

[4]\_ Manuel Antonio Matos encabezó el movimiento conocido como “Revolución Libertadora”, en 1902. La secundaron caudillos liberales a quienes Castro negó prebendas y dio la espalda. Matos recibió 145.000 dólares del trust *New York & Bermúdez Co.*, para financiar el movimiento. Esta empresa había recibido concesiones otorgadas a Horacio Hamilton por Guzmán Blanco, en 1884. En 1902 explotaba el lago asfáltico de Guanaco. Castro los obstaculizó y expropió (Cf. Fuenmayor, *op. cit.*, vol. I, cap. VI, pp. 86-91).

siete años, declama ante la estatua de Bolívar el poema “La paz”, de Heraclio Martín de la Guardia. Es Enrique Bernardo Núñez. Castro lo felicita. Seis años más tarde, en casa del abuelo paterno verá por última vez al hombrecito. Llega a Valencia, minada la aureola épica. Está enfermo. Viene a despedirse. Viajará a Europa en busca de alivio. No volverá nunca. Cuando intente el regreso, será interceptado por un barco norteamericano. Lo sacarán del camarote, lo trasegarán y re-expedirán a un puerto europeo<sup>5</sup>. Su compadre y segundo al mando en 1899, Juan Vicente Gómez, su hombre de confianza, se quedó cuidándole la silla presidencial durante 27 años. Cuando Castro murió exilado en Puerto Rico, dicen que Gómez comentó: “Mi compadre sí sabía pelear”.

## 2. De periodista adolescente a novelista

Enrique Bernardo Núñez nació en Valencia el 20 de mayo de 1895. A los catorce años, con su amigo Bello Torres funda un periódico en Valencia: *Resonancias del pasado*. Después, a los quince, en Caracas, se dedica profesionalmente y de por vida al periodismo.

A partir de 1918 alterna el periodismo con la narrativa. Publica su primera novela: *Sol interior*. La crítica es severa con libro y autor. En

---

[5]\_ Castro se marcha en noviembre rumbo a Berlín. Venezuela estaba en conflicto con Holanda, Francia y Estados Unidos. Las relaciones diplomáticas se habían roto. El 19 de diciembre de 1908, Juan Vicente Gómez, de acuerdo con los imperialistas, desconoce el gobierno de Castro. Para evitar posibles reacciones y amedrentar al país, pide una intervención simulada. Los barcos yanquis efectúan maniobras frente al puerto de La Guaira. Los buques permanecen ahí desde el 23 de diciembre hasta marzo de 1909. Son el acorazado *Maine* y las fragatas *North Caroline* y *Dolphin*. (El incidente lo refiere Pocaterra. *Memorias...*, nota 1, vol. 1, p. 144. Cf. también Fuenmayor, *op. cit.*, p. 182). Este último relata cómo Castro es interceptado en Trinidad donde estaba fondeado otro buque de guerra norteamericano: el *Panducab*. Castro continuó viaje en el vapor *Guadalupe*, donde venía, hasta Fort de France (Martinica). Allí es trasladado al *Versailles* que iba de regreso hacia Europa. Es “escortado” por barcos norteamericanos.

1920, recién casado, aparece la segunda novela: *Después de Ayacucho*, mural de otro episodio de las luchas sociales: la Guerra Federal (1859-1863).

Historia y novela son para Enrique Bernardo Núñez dos formas de comprender la realidad venezolana. En su segundo intento narrativo añade un prólogo para defenderse de los ataques infligidos por la crítica, a prepósito de *Sol interior*. Enuncia innumerables proyectos: más novelas que está procesando. Quiere imprimir con impaciencia. Ha entrado en el círculo obsesivo de la página. La trabaja pulcramente. La vida está ya supeditada a la pasión de su oficio.

Desde 1922 *Billiken*, *El Universal*, *El Herald*, luego *El Nuevo Diario* incluyen su firma. Pasa penurias económicas. Escribir, según dicen, no es una profesión. Es inmolación. Aquí, realmente, nadie ha vivido de ello. Ni antes ni ahora. Lo dijeron entonces. Aún hay quienes lo repiten. Él se mantiene terco, irreductible. Nunca admitió que las privaciones económicas fueran excusa para desviar la vocación intelectual:

La verdadera tragedia del escritor está en no dejar la obra que pueda ser testimonio del cumplimiento de este deber de escritor. Todo el deseo, la aspiración del escritor, toda su vida ha de ir hacia su obra. Lejos de ser el país quien tenga deudas con el escritor, éste las tiene con el país, sin que nunca pueda decir que las ha saldado. El escritor le debe al país su vida. Flaquear en esta tarea sí es tragedia y grande. O de las más grandes. La estrechez económica de un escritor no puede ser obstáculo que pueda impedirle producir su obra. Mucho más sería la opulencia de que han gozado algunos escritores, de quien el país no derivó ningún beneficio. La mejor biografía es la propia obra<sup>6</sup>.

---

[6]\_ “Los malogrados”. En: *Bajo el saínan*. Caracas, Edics. del Ministerio de Educación, 1963; pp. 80-83. La mayor parte de los ensayos citados se incluyen en este libro de Núñez. Salvo indicación contraria en adelante aludiremos sólo al título del ensayo en comillas y omitimos la referencia a la obra.

Quien así pensaba acababa de cumplir 57 años. La crónica es del 27 de mayo de 1952. Ya había publicado una docena de libros. Cinco textos narrativos. Siete obras de ensayo. No fue la suya una vida regalada. No quiso ejercer otra profesión, otro oficio que no fuera el de la palabra escrita. Cuando salió a desempeñar cargos diplomáticos, ellos sirvieron también de basamento a su escritura crítica y le pesaron de por vida<sup>7</sup>.

Manuel Díaz Rodríguez, presidente del Estado Nueva Esparta, lo invita para que se radique en la isla de Margarita y funde allí un diario: *El Heraldo de Margarita*. El sueldo, cuarenta pesos mensuales. Ah, y además, participación en los dividendos que produjera la publicidad. El periódico empieza a circular diariamente, luego es interdiario, prosigue semanario, finaliza quincenario quebrado, precisamente por falta de anunciantes. Se ve forzado al regreso.

De nuevo en Caracas, la prensa de la capital le cierra sus páginas. La ciudad de los años 20 en adelante es ya la capital de las concesiones petroleras, de la mediatización abierta. Gómez lleva diez años como dictador. Los intelectuales y estudiantes siguen siendo adversarios de

---

[7]\_ Este problema ético es relatado por Rómulo Betancourt, en un artículo escrito con motivo del homenaje póstumo que le fue rendido a Núñez por el Concejo Municipal del Distrito Federal, en 1964. Dice: “Ese paso suyo por el elenco gomero, en cargos subalternos y de ínfimas pagas, le dejó una huella imborrable de desagrado con él mismo. Alguna vez, conversando en la Plaza de La Misericordia, entonces un umbroso rincón caraqueño, me volcó la confianza ingenua. “Toda la vida purgaré en desdén de mí mismo, no haber compartido con ustedes, los del 28, un par de grillos, en el Castillo de Puerto Cabello”. Le dije, con sinceridad al afirmarlo, que la nuestra había sido una acción de grupo, un proceder de muchos, actuando bajo el acicate de condiciones nuevas creadas en el país. Estoy seguro de no haberlo convencido. Siempre lo acompañó, compañera incómoda, la espina clavada de haberle cobrado estipendios, aun cuando fuera de escasos centenares de bolívares mensuales, a un despotismo cuya acción destructiva y corruptora del país apreciaba con toda lucidez”. (“Enrique Bernardo Núñez”. En: *Crónica de Caracas*. Rev. del Concejo Municipal del Dto. Federal. (Edición especial de homenaje a E. B. Núñez), Caracas, oct. 1964; N° 62; pp. 445-450,

cuidado. Desde 1919 los norteamericanos estaban incorporados en el negocio del petróleo. Presionaban para que la legislación de minas se adaptara a sus conveniencias. Gómez se muestra muy complaciente. Además, comienza a apretar la represión y la censura. El auge mercantil que había alcanzado el país durante la posguerra se mantiene. El comercio se ha modernizado. La prensa escrita es ahora una industria.

Urgido de hallar alguna ocupación, Enrique Bernardo Núñez solicita trabajar en un garage como lavador de automóviles. Es escritor, no lo emplean. Debe sostener una familia. Por una de esas contradicciones inexplicables, el único periódico donde le admiten sus escritos es *El Nuevo Diario*, vocero oficial del régimen gomecista. Entre otras páginas, escribe un comentario sobre el libro: “En la cátedra”. Su autor: Pedro Itriago Chacín, ministro de Relaciones Exteriores. La nota, a más de honesta bien escrita, interesa al autor del libro. Pide conocer a Núñez. Este, díscolo, tímido, al final acepta ser presentado. El presentante es otro escritor: Santiago Key Ayala. El doctor Itriago se impresiona con la cultura y la seriedad del periodista. Lo propone como Primer Secretario en la Legación de Bogotá. En diciembre de 1928 emprende viaje. Este año es el de las expresiones de rebeldía estudiantil contra Gómez. Las cárceles se colman de estudiantes e intelectuales. La persecución se ha desatado de manera implacable. En Colombia, el ejército aplasta una huelga bananera contra la United Fruit Company.

En Bogotá, Enrique Bernardo Núñez hace amistad con Baldomero Sanín Cano y José Eustasio Rivera. Colabora en *El Tiempo*. Un año después es transferido a La Habana. Otro gran amigo le muestra el paisaje de la isla. Dialogan. Comentan problemas de política latinoamericana. El amigo es Juan Marinello.

La toma de contacto con el ambiente insular de Cuba recrudece y pone a bullir memorias, apuntes, lectura de viejas crónicas, todo asimilado en la isla de Margarita. Inicia la redacción de otra novela: *Cubagua*. En 1930 es

transferido a Panamá, como Primer Secretario de Legación. Es otro ambiente y nuevas experiencias. Concluye la redacción de *Cubagua*. Los exilados venezolanos abundan. Hallan en él a un compañero. El Embajador es un intelectual modernista bohemio. Vive en perpetua orgía. Escribir retorcidos poemas. Lee y traduce a Wilde y Walter Pater. Gusta evocar la Grecia de Pericles, la Roma de los Césares. El Primer Secretario, díscolo, observa al margen aquellas bacanales. Toma apuntes, deambula por Panamá la Vieja, mira el Puerto, recorre los bordes próximos al Canal. Ve cruzar los barcos norteamericanos enseñoreados de aquellas aguas latinoamericanas. Está perfilándose, en germen, otra novela.

### **3. De la novela a la historia. Viaje con retorno**

Desde adolescente, Enrique Bernardo Núñez había sentido pasión por la Historia. La universal y la de nuestro país. Ya maduro, pensaba que nosotros debíamos comprenderla como lo hicieron los antiguos. De la historia nacional sabe que hay niveles contrapuestos. Uno, romántico, magnifica a los hombres de la independencia. Los mitologiza. Los convierte en héroes —recordemos que el héroe era un semi-dios, hijo de un dios y un mortal—; el otro es el nivel sub-terráneo, la capa oscura, el subsuelo esencial.

Conocer el pasado será, además, un modo de sondear el devenir y el porvenir. La Historia con mayúscula, analizada por el pensador en plenitud, se le presenta como una forma de escamotear la vida con “verdades” que se inventan más allá del documento y de su interpretación. Como Unamuno o, quizás por las lecturas de Unamuno, desde temprano se identificó mejor con otra manera de comprender los hechos. Es la intra-historia. La que va por debajo de las epopeyas que petrifican el heroísmo, que sacralizan al hombre en la estatua, que descarnan al ser humano como agente de los hechos sociales.

Pocaterra había visto a su pueblo tirado, moribundo, en una calle de su ciudad natal. Núñez quería conocerlo en las intimidades de la historicidad, hurgar las entrañas de lo sustantivo cotidiano, analizar la recurrencia cíclica de nuestros mestizajes culturales. Termina indagando en los orígenes donde se mezclan las conquistas superpuestas con que nos han hecho y a través de cuyas interpretaciones nos han inventado un complejo de minusvalía social y cultural. En la cumbre de su madurez intelectual expresa lo que fue una convicción y una constante de su visión histórica:

Si la historia es como la vemos escribir en nuestros días será necesario persuadirnos de que es y ha sido siempre la obra de intereses de grupos, de partidos. Simulaciones, trucos, propagandas, razones aparentes o convencionales. Un cuento para niños a quienes no se les permite razonar por cuenta propia. Debajo de esa historia está la otra, la verdadera historia. Muy difícil penetrar en los arcanos, alcanzar sus fuentes ocultas, inaccesibles<sup>8</sup>.

En esa tarea fue adquiriendo lucidez ejemplar de conciencia. Hurgar en el pasado era la forma de llegar a la dimensión recóndita de lo actual. La fusión que en América se produce entre la historia y el mito generó una hibridación muy peculiar: los conquistadores nos desfiguraron hasta la monstruosidad o la fantasía. Aprendimos el don de la hipérbole en la crónica de Indias y deformamos, a la vez, la historia de la Independencia para convertirla en cantar de gesta. La historia colonial fue la búsqueda o el ocultamiento de los mitos esenciales donde se expresaron el indio o el negro. La historia de la independencia fue la mitificación de la verdad, convertida en sabiduría de iniciados, ritual y culto que no admitían las interpretaciones de fondo, salvo pecado de heretismo contra una virtud cívica que nos enseñaban a memorizar desde la escuela, igual que el catecismo religioso, o en simultaneidad con él.

---

[8]\_ “La historia”, p. 73.

Ahora bien, la conquista y la independencia, la historia, fue para Núñez materia de reinterpretaciones y recreaciones desde la perspectiva de abajo, del pueblo y no de los dominadores del pueblo. En los orígenes, en el tiempo primordial del mito indígena, halló el comienzo de nosotros antes de la historia; la confluencia de dos mitologías, la de los conquistadores, la de los libertadores; los conquistadores españoles: de ayer, los yanquis de hoy; los libertadores de ayer y los que se van formando e inmolando hoy. Ambos sistemas, la “mitología de la dominación” y la “mitología de la liberación” constituyen las redundancias históricas de nuestra realidad. Fundir y poner a convivir en una sola escritura esas dimensiones, rotas las cronologías inflexibles de la historia heroica y de la novela naturalista del siglo XIX, fue el propósito y el gran aporte de Enrique Bernardo Núñez a la narrativa hispanoamericana de este siglo. El descubrimiento y la utilización ficcional de esas dimensiones son constantes de su universo narrativo. Al menos en *Cubagua* y *La galera de Tiberio*. Cambian los temas, las argumentaciones, pero responden a un mismo sistema de construcción novelística. En un ensayo resume esta concepción:

Por la tierra de Venezuela pasan los caballeros de El Dorado y más tarde los que van en busca de la libertad. Son dos grandes objetivos llamados por algunos mitos o espejismos. Dos rutas que se entrecruzan y pueden hallarse bajo las capas de la historia nuestra (...)

.....

(...) la lucha entre el oro y el hombre. Entre el oro y la voluntad o el espíritu. De estos dos objetivos sale el orden de los conquistadores y el orden de los libertadores, en los que realmente puede dividirse la historia de Venezuela. La ruta de El Dorado nos pone en comunicación con el hombre primitivo. En su horizonte destella un mundo poético de inmenso valor humano<sup>9</sup>.

---

[9]\_ “El Dorado y la libertad”, pp. 20-21.

En la novela reconstruirá y fundirá esos planos. El de ayer, marcado por objetos míticos y por codicias de conquista materializadas en perlas —Cubagua— o en oro —El Dorado—. Dos monedas de explotación colonial y de masacre. El de hoy, significado en petróleo y hierro. Si se lee *Cubagua* con atención, se verá cómo junto a Stakelum y Leiziaga, el extranjero que invade y el ingeniero graduado en Harvard que explora y ambiciona, hay correspondencias que se actualizan en el texto mismo de la obra. Estos buscan perlas y saben que hay petróleo en Cubagua<sup>10</sup>. La referencia a las torres y a las máquinas es continua. Fundido con ese plano, coexiste otro: el de los aventureros que sentaron bases en aquella isla antes de ser hundida por el maremoto; el conde Lampugnano logra “concesiones” del emperador para tecnificar la explotación de perlas con una máquina de arrastre y termina fabricando cápsulas de veneno para liquidar a Diego de Ordaz: hechos históricos<sup>11</sup>. El negrero esclavista Pedro Cálíce

---

[10]\_ Históricamente Gómez había otorgado concesiones para explorar y explotar petróleo, desde 1909. En los territorios incluidos se halla el Estado Nueva Esparta, al que pertenece la isla de Cubagua.

[11]\_ Se trata de Luis de Lampugnano o Lampognano, conocido también como Lampiñán. Según Girolamo Benzoni, *Historia del Nuevo Mundo* (Caracas, Edics. de la Academia Nacional de la Historia, vol. 86, 1967), era un milanés descendiente del Lampugnano que asesinó a Galeazzo María Sforza. Maritza Vanini de Gerulewics señala 1528 como fecha de la llegada de Lampugnano a Cubagua. Y agrega que en 1535 todavía estaba radicado allí, como boticario, luego del fracaso de su rastra perlífera por el hostigamiento y las intrigas de los españoles, quienes protestaron ante el rey de España. (*Italia y los italianos en la historia y en la cultura de Venezuela*. Caracas, Edics. de la OCI, 1966; pp. 326-327).

Fray Pedro de Aguado refiere que: “...estando Pedro Ortiz de Matienzo en la isla de Cubagua, llegó allí un genovés, boticario, que trajo cierto artificio para sacar perlas y, por causas que al Pedro Ortiz le movieron, también lo desbarató y prendió como a Ordaz (Diego de Ordaz), y lo dejó residir allí”. (*Recopilación historial de Venezuela*. Caracas, Edics. de la Academia de la Historia, vol. 62., t. I., pp. 438-439). La fuente de donde toma Enrique Bernardo Núñez su personaje fue Aguado. (V. nota 20 *infra*). En el Inventario de su Biblioteca particular aparece registrada una edición de Fray Pedro de Aguado: *Historia de Venezuela*. Madrid, Establecimiento Tipográfico de

es cazador de indios, pero se desdobra en personificación del mito de Amalivaca, el dios viajero<sup>12</sup>. El cura Fray Dionisio es condenado por herejía. Allí están igualmente los mitos lunares de Selene o los de la virginidad venerada en una Diana clásica que se transmuta en virgen prostituida en las universidades yanquis: Nila Cálice, expresión de la mitología indígena orinoquense, actualizada en los nuevos mitos de la mujer cultivada en los estudios que ha realizado en la metrópoli de hoy<sup>13</sup>. Mitologías griega y maquiritare vienen a ser realizaciones simbólicas de un mismo mitema.

---

Jaime Ratés, 1918-1919; 2 vols.

[12]\_ Pedro Cálice fue un cazador y esclavizador de indios. Actuó en la costa de Maracapana y no en Cubagua. Benzoni lo pinta seguido de cuatro mil esclavos ahorrrojados. Amalivaca es el dios cosmogónico de los indios orinoquenses. Con motivo de un mural de César Rengifo sobre este personaje, Núñez escribió una crónica: “El gran viajero Amalivaca” (Revista *Crónica de Caracas*. (Editada por el Concejo Municipal del Dto. Federal), vol. VI, Nº 28, abril-jun. 1956, pp. 143-144). Es muy útil para clarificar la visión que de este personaje se proyecta en la novela en fusión con Pedro Cálice, para luego adquirir fisonomía mítica propia en el cap. V., como hermano de Vocchi; en la crónica citada, dice Núñez:

“Allí se encuentra Amalivaca, poderoso personaje cuyo recuerdo guardaban los pueblos del Orinoco. Sabían que le eran deudores de grandes beneficios. Amalivaca les dejó una interpretación del Universo. Les enseñó el origen del mundo, hecho de barro como una vasija. (...) También les enseñó el origen del hombre salido de los frutos de palmera que una pareja arrojaba por encima del hombro. (...) Como es sabido, Amalivaca tenía un hermano llamado Vocchi que le ayudaba en sus grandes trabajos. (...) Amalivaca se ausentó luego, una vez concluidos sus grandes trabajos, regresó a “la otra orilla” y como otros hombres o héroes de su estipe prometió volver algún día. No sabemos si hay signos precursores de su vuelta. Los del Orinoco lo esperaban siempre. Cuando los blancos llegaron creían que podía darles noticias de su padre Amalivaca. Sabemos todo esto por Humboldt, quien lo tomó del abate Felipe Salvador Gilii o Gili. “Saggio di Storia americana”, que aún no hemos podido leer en Venezuela”. Con esos datos se aclara, incluso, la fuente histórica de donde Núñez tomó la raíz mítica del personaje.

[13]\_ Se podría continuar realizando un censo de historicidad de los personajes, si no fuera ocioso y extenso. Baste destacar solamente, por último, que el nombre indígena de Nila Cálice es *Erocomay*. El mismo de una cacica Orocomay, cuyo reino estaba en la costa de Maracapana, según refiere Aguado, *op. cit.*, p. 547.

Un mismo personaje funde varias categorías mito-históricas como síntesis narrativa. Y es extraordinario que tales procedimientos, característicos de la más reciente novelística latinoamericana, hubieran sido intentados por Núñez en su novela de 1931: *Cubagua*.

#### **4. De la historia al mito y otra vez la novela**

La crítica literaria moderna habla de que la novela contemporánea tiende a la degradación del héroe mítico. Antes afirmamos que el héroe se entendía como un semidiós: hijo de dios y mortal, invulnerable en el talón o en la moralidad y exaltado en la virtud, sin defectos, atributos inventados por la Historia grande. Desacralizado el héroe se vuelve personaje. El personaje se cotidianiza y se vuelve persona. La persona, reinventada por el novelista vuelve a ser mitificada. Este es el juego cultural del hombre en su continua obsesión por reinventar su propia imagen. Lo que corresponde en virtudes y poderes mágicos al héroe clásico ha terminado envileciéndose por la explotación industrial que de ellos hace la sociedad tecnológica imperialista, bajo las formas de Superman, Batman, el Hombre Espacial, instrumentos orientados a la degradación mental del hombre contemporáneo común, del “bravo pueblo”.

Caso distinto es la utilización literaria de la construcción mítica, para restituirle su valor poemático. Enrique Bernardo Núñez tuvo con ciencia de ambos procedimientos. Sobre la mitologización del héroe degradado en la sociedad contemporánea, escribe:

La categoría de héroe implica a veces un montón de literatura barata, insincera, fabricada para el público, “para las masas”. Entre todas las formas de hipocresía, la de la letra impresa es la más repugnante. Se manipulan palabras, frases en boga, con mayor o menor artificio, sin la intención de ponerlas en práctica, o se procede de modo contrario. Se mofan de sus propias palabras. La verdad, como el heroísmo, es sencilla, sin frases. Lo mismo

puede decirse de la poesía. Poesía convencional, hinchada de mala prosa, no llega nunca al corazón. No llega, como no llega el heroísmo con frases<sup>14</sup>.

Si el héroe de las *tiras cómicas* de nuestro tiempo es esquema mítico despojado de poesía o, para hacer un juego de palabras, es *carne desalmada* puesta al servicio de la mediocridad y de la sub-literatura de consumo, la creación mítica de Enrique Bernardo Núñez en *Cubagua* es una construcción inversa: en lugar de *carne desalmada* es *alma deseada*. “Alma nacional” entendida como manera de ser, descarnada de falsas coberturas. Es búsqueda de la sencillez original y de su carga poe-mática. Ahí el secreto del lirismo en su escritura<sup>15</sup>. No es distorsión de

---

[14]\_ “La verdad”, pp. 97-98.

[15]\_ En otro libro de ensayos: *Una ojeada al mapa de Venezuela*, inserta un ensayo publicado como artículo de prensa desde 1935. Se titula “La revelación maravillosa”. En él expone su concepción del mito como expresión de lo popular, cuyo lirismo debe enaltecerse:

“(…) El indio, que sólo poseía su arco y sus flechas, encontró imágenes, símbolos, tan vitales como los que resplandecen con las formas más puras en el altar de otras civilizaciones. Reconocemos en seguida la semejanza que aproxima y enlaza en sus orígenes el pensamiento humano, como si en todas esas teogonías se hallaran ideas comunes que recordasen los restos esparcidos de un gran templo. Ahora, mientras que aquella línea oscura ha comenzado a brotar confusamente un canto al sol; ideas, palabras-poemas para designar la lluvia y el arco iris; mientras empieza a ver en sus danzas un medio de expresar el sentido oculto de sus alegorías, sobreviene un cambio que hace enmudecer aquel balbuco. Otra raza, dueña de una civilización y de una cultura llega a tomar posesión de la tierra. Los recién llegados nada querían saber de estas primeras nociones o destellos de un espíritu, ni mucho menos interesarse por símbolos bárbaros. Si continuásemos en nuestro propósito veríamos en esas pampas, a la luz de la luna el encuentro de esas dos almas poseídas de un deseo simultáneo de rechazarse y enlazarse a la vez. Es una lucha en cuyos episodios advertimos desde el primer momento —aun en las crueldades y codicias que las oscurecen— su significado amoroso y heroico. Helas al fin unidas y en lucha consigo mismas. Los antiguos poemas adquieren un sentido nuevo y un sentido nuevo adquiere también el conocimiento de la tierra. La palabra que no llegó a expresarse quiere abrirse paso y se

la historia con sentido clasista dominante, sino intrahistoria, revelación poética de las verdades escamoteadas por la historia grande, verdad subyacente, convertida: vertida con arte.

El periodista desde la adolescencia desembocó en la novela para rebasar la historia. De la historia retornó a la novela por convicción artística para renovar el lenguaje narrativo. Eludió el paisajismo pintoresco. Prefirió la esencia de los seres cotidianos, cuyas conductas exprimió hasta encontrarles el misterio oculto detrás de lo habitual. Es el mismo procedimiento que hoy se ha generalizado bajo la designación de *realismo mágico*.

Hijo legítimo nacido de lo maravilloso primitivo, revalorizado por el arte de vanguardia, reinterpretado por las ciencias psicológicas, distorsionado por el irracionalismo pre-facista, reivindicado por la crítica como estructura del relato, *el mito* es el abuelo remoto del cuento y de la novela. Por lo demás, la novela mítica es historia descronologizada para imprimir permanencia a los hechos más allá del tiempo en que se produjeron. Historia y novela son dos versiones distintas de una misma realidad. Dos escrituras que extraen su homogeneidad de una misma sustancia anterior a la historia grande, cuya función no era idéntica a la de ésta, sino la de conservar en la memoria colectiva los hechos sociales, a través del relato de los abuelos que lo repetirían para iniciar a los nietos de la tribu. Es así como el mito resulta historia recubierta —o encubierta— de misterio primordial y termina sacralizada cuando el hombre siente miedo ante lo que la ciencia, precaria todavía, no ha revelado. Es cuando la religión ritualiza los mitos, los vuelve *mitología*, bajo otra forma, con otro nombre; y la historia de las clases dominantes utiliza el ritual para transferirlo a los héroes y hacerlos piedra muerta en lugar de ejemplo vivo para la acción.

---

mezcla en su ascensión a otros factores recargados a su vez de elementos líricos". (*Una ojeada...* Caracas, Ávila Gráfica, 1949, pp. 6-7).

Como expresión de la sociedad de abajo, de la sometida, en Hispanoamérica el mito se inscribe en lo mejor de la imaginación popular<sup>16</sup>.

Esta digresión anterior es para observar cómo Enrique Bernardo Núñez concibe historia y novela como dos métodos válidos para interpretar y escribir una realidad común:

Las masas de lectores se interesan más por personajes sacados de la historia que por los de ficción, así hayan salido también de la vida real, que no de otra parte puede sacarlos el novelista. Atraen más las vidas extraordinarias que a veces llevan consigo el destino de un pueblo, los diarios íntimos, memorias, crónicas.

.....  
 (...) Habría que ver asimismo hasta dónde historia y novela se confunden, o hasta donde la novela arrastra consigo material histórico. Fuentes que pueden servir a la historia es la obra de grandes novelistas de todos los tiempos. De igual modo, en ninguna parte como en la historia se halla todo aquello que apasiona en las novelas, y en más vasta escala. Personajes y acontecimientos

---

[16]\_ Esta reivindicación de la autenticidad popular del mito, más allá de las distorsiones de los “mitólogos” europeos es, según la hispanista soviética Vera Kuteischikova, uno de los rasgos tipificadores de la nueva novela hispanoamericana. “La asimilación crítica de la experiencia de la escuela mitológica europea constituyó un factor necesario en la formación de la nueva novela latinoamericana. Pero se trataba precisamente de una asimilación crítica aumentada y corregida por la propia experiencia de los escritores que hablaban en nombre de esos mismos pueblos que los representantes del mundo civilizado veían como objeto de investigación. Para el novelista europeo el pensamiento mitológico seguía siendo arcaísmo o exotismo; recurría al mito desde las posiciones de la conciencia moderna, ahondando en sus fundamentos primarios. Para el novelista latinoamericano este pensamiento era tan vivo como el civilizado, y no menos actual, lo que exigía no simplemente “la apelación al mito”, sino el acoplamiento de dos tipos de conciencia contrapuestos, aunque equivalentes desde el punto de vista estético” (“La nueva novela latinoamericana: una nueva visión artística”. En: *Rev. América Latina*. Moscú, Ac. de Ciencias de la URSS, Instituto de América Latina, N.º 4, 1975; pp. 200-222. La cita en p. 216).

movidos por las fuerzas misteriosas que incesantemente operan en la vida de los pueblos. Hasta la magia y el color de las épocas pretéritas<sup>17</sup>.

Las novelas de Enrique Bernardo Núñez, especialmente *Cubagua*, se nutren de ese misterio. Del acontecimiento histórico cuya selección y combinación no deja de ser tan subjetiva como la ficción narrativa. Los cronistas e historiadores coloniales —ya lo hemos apuntado— leídos con pasión acuciosa, Fray Pedro de Aguado, Benzoni, Gilli, proporcionaron al autor de *Cubagua* nombres de personajes, leyendas de aventureros, hipérbolos y fabulaciones de españoles asombrados ante la nueva geografía, ante “lo real maravilloso” del Continente nuevo. Esa la historicidad de los personajes<sup>18</sup>.

Si la historia es la puesta en un tiempo y un espacio concretos de unos acontecimientos y unos personajes que los vivieron, y si los historiadores magnifican por simpatía o degradan por conducta adversa a los personajes históricos, el mito puede comprenderse como una des-temporalización de un acontecimiento real ideologizado en los misterios iniciáticos que andan perdidos en la memoria del hombre, en los orígenes buscados incesantemente. Núñez concibió la novela como historia atemporalizada capaz de recoger hechos y personajes que, por su insignificancia, no habían sido recogidos por la historia grande. El anónimo soldadito moribundo que Pocaterra vio en la puerta de su casa valenciana, tampoco habría existido de no haber sido registrado por el narrador, heredero moderno del viejo contador de mitos. La historia grande no lo iba a recoger: no era un *héroe*.

Mito e historia son, pues, dos niveles de narración que se funden para generar una tercera realidad ficcional, no por eso menos auténtica ni

---

[17]\_ “Historiadores y novelistas”, pp. 102-105.

[18]\_ Cf. notas 10, 11 y 12.

menos histórica. El novelista entendió hacia dónde había de mover los ojos para hallar la raíz de nuestra americanidad y actualizarla en un rescate a partir de viejos infolios que la veían y adulteraban desde una perspectiva colonial. Núñez no deformó la imagen para *accidentalizarla* y volverla *tiempo irreal* de Historia grande, poblada de falacias. Asombra constatar cómo, por vías distintas, y por supuesto en lenguaje diferente, su cosmovisión de la realidad americana se emparenta con las reiteradas afirmaciones y proposiciones actuales de Alejo Carpentier, explorador de “lo real maravilloso”. Para Enrique Bernardo Núñez:

El verdadero hombre americano es el hombre desnudo de las selvas, para quien el tiempo no ha pasado. Durante siglos el hombre de Europa ha tratado de convertir al hombre americano en un europeo. En hacerlo pensar y vivir como él. A veces cree logrado su objeto cuando hace que el indio se vista como un europeo, y envían su foto a los diarios. América es una contradicción entre su realidad y sus aspiraciones a disponer de un tipo de hombre nuevo<sup>19</sup>.

Al remontarse en busca de esa imagen primigenia y adelantarse a las modernas actitudes de rechazo contra el llamado “eurocentrismo” de nuestra imagen histórica, Enrique Bernardo Núñez se despojó tanto de los esquemas fatalistas sobre el hombre mestizo, muy bien vendidos por los positivistas que justificaron las dictaduras de Gómez y de Porfirio Díaz. Y también se alejó de los estereotipos de una novela reformista que inventaba historias de redenciones sociales —como acusa Carpentier— sobre la construcción de héroes *civilizadores* mesiánicos enfrentados a una *barbarie* de la autenticidad americana. Por su doble distanciamiento merece que lo consideremos como un adelantado de las nuevas estéticas narrativas hispanoamericanas. Las analogías con Carpentier no son fortuitas en ese aspecto. El gran novelista cubano, en

---

[19]\_ “Nombre y destino”, pp. 42-45.

1930, desde París, intentaba abordar los contextos míticos de las culturas africanas de Cuba, dentro de un diseño narrativo de protesta social: *Ecué-yamba-O*. Era la misma época en la cual Enrique Bernardo Núñez, justamente en La Habana, iniciaba la redacción de *Cubagua*.

También *Cubagua* fue un intento de liberación. Hacía tiempo deseaba escribir un libro sin pretensiones, donde los reformistas no tuviesen puesto señalado, como lo tenían en la mayor parte de las novelas venezolanas escritas hasta entonces, o no hubiese pesados monólogos de sociología barata, o discursos de reformistas, el gran reformista, especie de arquetipo que mira con desdén al común de los mortales. Aunque los reformistas son personas inevitables en la vida nacional, ahora mismo como hace cien años, los diarios aparecen llenos de artículos reformistas, o de gente reformista. Todos hemos sido alguna vez reformistas. En unos apuntes inéditos sobre novela venezolana dedico algunos párrafos al personaje o autor reformista. En “La galera de Tiberio” hay personajes reformistas. Deseaba asimismo darle una sacudida a mi prosa privada de aire y de sentido vital. Me interné de nuevo en la tierra adentro. El falucho de Cubagua quedó muy distante, a la orilla del mar verde. Si quisiera regresar, tal vez no lo hallaría. Desearía escribir una nueva versión de “Cubagua”, de igual modo que a veces nos viene el deseo de hacer una nueva versión de la vida<sup>20</sup>.

No vamos a entrar en lucubraciones sobre si *Cubagua* hubiera podido ser mejor o peor de como es. Es excelente. El texto está aquí, incitando a la lectura o al descubrimiento por parte de nuevos lectores.

Ahí está su hermetismo poético. Exige a quien la lea un acercamiento a las fuentes de la historia de nuestros orígenes indígenas o de la primera colonización, en convivencia con el segundo proceso colonizador material y mental que llegó bajo la cobertura del progreso petrolero. Tal

---

[20]\_ “Algo sobre *Cubagua*”, pp. 106-107.

vez la ruptura de los cánones narrativos vigentes para el momento de su aparición, restó a *Cubagua* el éxito de público, entonces deslumbrado con los triunfos alcanzados por otras dos grandes novelas venezolanas ante la crítica y la promoción editorial de España: *Doña Bárbara* (1929) y *Las lanzas coloradas* (1931).

Ni siquiera el propio autor llegó a creer que su obra era una excelente novela. O quizá, hombre desconcertante en su ironía, supo lo que estaba aportando y por ello, en el mismo tono con que alude a la novela reformista venezolana, expone su juicio autocrítico. En todo caso, vale la pena transcribirlo también y advertir el interés que tendría compulsarlo con las ideas de Carpentier, sobre todo las que forman su ensayo “Problemática de la actual novela latinoamericana”. El juicio de Núñez es este:

Estoy lejos de creer que *Cubagua* es una novela propiamente dicha, aunque este género admite hoy las formas más diversas. Mucho menos creo que pueda ser considerada una novela de Margarita. Para serlo me faltó contacto con los trabajadores del mar —no fui con ellos a capear tempestades, no vi nunca una pesca de perlas— y esta es una de las fallas de *Cubagua*. La fúnebre islilla cubierta de nácar era un tema olvidado. Al encuentro salían imágenes que era necesario atajar, o agarrar por los cabellos. Hacía, por aquellos días, “El Heraldo de Margarita”, periódico fundado bajo la administración de Manuel Díaz Rodríguez, entonces Presidente de Nueva Esparta, del cual circularon pocos números. Una capilla de la iglesia franciscana me servía de oficina. Un aire caliente y mohoso se respiraba en esta capilla. La prensa donde se tiraba el periódico estaba en el presbiterio del altar mayor. En la capilla había un altar roto, de ladrillo, que hice refaccionar para poner libros y papeles, y en el suelo, contra la pared, una lápida sepulcral, también rota. Allí leía la crónica de Fray Pedro de Aguado, hallada por azar entre los pocos libros del colegio de La Asunción, en la cual se narra la historia de *Cubagua*. Nombres, personas, cosas, ruinas,

soledades, venían a ser como un eco del tiempo pasado. Aquellas imágenes acudieron luego a mi memoria, y éste fue el origen de mi librito, simple relato donde sí hay, como en “La galera de Tiberio”, elementos de ficción y realidad<sup>21</sup>.

Ficción y realidad, historia y mito, crónica y fantasía. En *Cubagua* estaba, pues, vigente, un nuevo método de narrar, de mirar y expresar la realidad con arte y mensaje, pero sin moraleja ni reformismo. La libreta del narrador naturalista quedaba rota, con ese aire sorpresivo y mágico. La linealidad cronológica se ha disuelto. Los personajes que vivieron épocas históricas distanciadas se aproximan y amalgaman en el tiempo de la novela. Otras veces, varias épocas convergen en un solo personaje. Diego de Ordaz, el conquistador, es hecho prisionero y reexpedido a España. En el viaje de retorno es envenenado por las pócimas de Lampugnano y su cadáver es lanzado al mar; junto a él, Diego Ordaz, negociante licorero de Margarita en 1925. Nila Cálice, Diana indígena, estudia en Harvard; es codiciada como hembra por un contrabandista de perlas y el ingeniero de minas, “pitiyanquizado”. La aventura perlífera del siglo XVI y la petrolera de los años 20 se homologan como signos, distantes en el tiempo cronológico, análogos y coexistentes en el relato, como *interpretantes* de una misma situación: el colonialismo<sup>22</sup>.

### **5. “La galera de Tiberio”, mito e historia de dos sistemas imperiales**

*Cubagua* y *La galera de Tiberio* responden a una misma cosmovisión estética en su construcción. Solo que en esta última novela Enrique Bernardo Núñez varió los contextos de referencia histórica.

Ahora se trata de poner en contacto narrativo dos sistemas históricos y dos grandes distorsiones míticas de la historia: el de los emperadores y

---

[21]\_ *Ibid*, p. 106.

[22]\_ V. infra, nota 25.

dictadores del viejo Imperio Romano y el de los “héroes” del Big Stick, los semidioses industriales cebados, ayer y hoy, sobre América Latina. La historia de dos modalidades imperialistas es contrastada con las historias trágicas de dos pueblos hispanoamericanos: Venezuela, mediatazada en su economía por el imperialismo, diásporizada en sus rebeldías por la dictadura de Juan Vicente Gómez. Panamá, convertido en zona de ocupación de los barcos y marines yanquis.

La novela fue escrita en dos momentos. El primero, Panamá (1931). El segundo, la Mesa de Guanipa, en Barcelona (Venezuela) (1932). Algunos capítulos fueron dados a conocer por su autor en periódicos venezolanos de 1936. *La galera de Tiberio* fue editada como libro en 1938, en Bruselas. No aparecía la fecha de edición. El autor no quedó nada conforme y escribió una acida carta al editor. Núñez estaba radicado ahora en Estados Unidos. Lanzó la mayor parte de los ejemplares a las aguas del río Hudson. Gracias a las manos prudentes de su esposa, doña Mercedes Burgos de Núñez, se salvaron poquísimos. La obra fue reimpresa con omisiones decididas por su autor, pero lamentables. La editó la Universidad Central de Venezuela en 1967. Aquella primera edición sigue casi desconocida para los lectores. Casa de las Américas restituyó el texto completo a los lectores latinoamericanos, a quienes pertenece, con su edición de 1978.

El autor, díscolo por definición, se había mantenido siempre al margen de los grupos literarios. En Hispanoamérica insurgían las vanguardias de los años 30. Igualmente comenzaba la poderosa influencia del realismo social ruso. Los intelectuales y luchadores querían parecerse a los héroes de las novelas rusas. Bretón y *Sachka Yegulev* advinieron como arquetipos de las nuevas generaciones. Núñez, que había rechazado conscientemente el regionalismo reformista, no admitió tampoco las falsas escrituras metafóricas de la epidemia ultraísta. En cambio se deslumbró con las técnicas del recién nacido cinematógrafo.

En su novela hay precisas referencias a Paul Morand, lectura exitosa de época<sup>23</sup>, que alternaba con Andreiev. Realismo social y nuevas técnicas de “encuadre” y “montaje” se hacen presentes no sólo en el diseño de *La galera*, sino que son aludidas expresamente en las lecturas de Silvela y Revilla. La tercera influencia intelectual en la novelística renovadora de aquel momento fue, sin duda, la novela-reportaje de los narradores norteamericanos. Especialmente John Dos Passos y su trilogía USA. Enrique Bernardo Núñez subtitula su novela: *Crónica del Canal de Panamá*. Luego, en el texto, con sorna anti-regionalista le añade: “...y de la Mesa de Guanipa”. Su intención diferenciadora es, pues, notoria.

---

[23] El influjo de *Sascha Yegulev* sobre la generación de 1928 venezolana, la han reconocido explícitamente muchos autores de aquellos grupos. Entre ellos, José Fabbiani Ruiz. Se mezclaba esta influencia con las lecturas de escritores vanguardistas. La simbiosis estética es constante generacional de entonces: Fabbiani recuerda: “Hubo lecturas comunes: la *Revista de Occidente*, la *Gaceta Literaria*, ambas de Madrid. *Literaturas europeas de vanguardia*, por Guillermo de Torre (...); *Sascha Yegulev* de Andreiev...” *Cuentos y cuentistas*. Caracas, Ed. de la Librería Cruz del Sur, 1951, pp. 113-114.

En cuanto a Paul Morand, el *Buda Viviente* está citado en *La galera de Tiberio*, cap. V. de la primera parte. Formaba ciclo con otras obras, bajo título común de *Crónica del siglo XX*. Las obras eran: *La Europa galante* (1926). *Buda viviente* (Asia), (1927); *Magia Negra* (África) (1928); *Campeones del mundo* (América) (1930). No es azaroso, entonces, el subtítulo de *La Galera: Crónica del Canal de Panamá*.

Los aportes de procedimiento narrativo introducidos por Morand, presentes en Núñez, son puestos de relieve en el siguiente juicio de Guillermo de Torre —cuya *Literaturas europeas de vanguardia* fue lectura generacional y, ampliada, ha sido reimpressa en los últimos años con el nombre *Historia de las literaturas de vanguardia*). (En sus novelas, desde 1922-1924)... “Morand instaura un estilo elíptico, un desenfado, una indiferencia respecto a sus héroes que le permite siempre tratarlos con agudeza incisiva. Además, el autor de esos baedekers personales que consagró a Londres y a Nueva York, es —como al principio advertimos— uno de los primeros en traspasar a la prosa recursos imaginistas y metafóricos que sólo se consideraban propios de la poesía. Acompaña al cinematógrafo o más bien le precede en algunos aspectos, en la forma de visualizar la realidad; es decir, describe los hechos y los personajes, no en función de sus pensamientos, sino de los actos, gestos y ademanes que condensan aquellos”. (*Hist. de las literaturas de vanguardia*, Madrid, Guadarrama, 1965, p. 135).

El juego de la ficción impide identificar de manera exacta a Núñez con Pablo Revilla o con Xavier Silvela, funciones del punto de vista. En ellos se encarnan los exilados venezolanos del gomecismo: intelectuales y luchadores a quienes el autor frecuentó en Panamá. Uno, en especial, es el modelo del personaje Revilla. Fue figura legendaria en la historia de las luchas revolucionarias venezolanas: José Pío Tamayo, poeta y estudioso marxista, quien actuó como dirigente en la huelga inquilinaria de Panamá en 1925, fue detenido y, al obtener la libertad, regresó a Venezuela para caer muy pronto prisionero de la dictadura de Gómez. En las mazmorras fundó células y círculos de estudio marxistas<sup>24</sup>.

Revilla, Silvela, como don Paco Laredo corresponden al nivel social contemporáneo de la escritura novelística. Laredo es duramente satirizado. El perfil del intelectual modernista es tan claro en la novela que, tal vez, fuera el móvil que indujo al autor a destruir la primera edición y no permitir reimpressiones completas. La realidad de la ficción era demasiado violenta. Muertas las personas reales, el texto adquiere ahora derecho a su existencia total. En el novelista, aquel problema persistió y lo expuso después en un ensayo:

La novela de nuestro país necesita una renovación. En otros términos, necesitamos nuevos novelistas que nos ofrezcan temas distintos de la vida venezolana. La novela, como todo, está medida en un callejón sin salida. Hay que devolverle su libertad.

---

[24]\_ Este luchador había sido estudiado por Raúl Agudo Freitas en un folleto: *Vida de un adelantado: José Pío Tamayo*. Caracas, Publicaciones de la Universidad Central de Venezuela. Escuela de Periodismo, 1948. Posteriormente, Agudo publicó un libro más extenso: *Pío Tamayo y la vanguardia*. Caracas, Edics. de la Biblioteca de la U.C.V., 1968. Su ascendencia en la formación política de los jóvenes prisioneros en las cárceles gomecistas fue decisivo. Divulgó el marxismo en el aspecto teórico. Hoy se está reivindicando y se conocen mejor su vida y su obra, gracias a la perseverancia de Agustín Blanco Muñoz y Mery Sananes, quienes han fundado en la Universidad Central la Cátedra “Pío Tamayo”, además de haber rescatado y publicado buena parte de su obra literaria.

Abunda entre nosotros el material inédito para las grandes novelas (...) Multitud de personajes, una vida en plena transformación corre por nuestro lado en busca de un novelista. También pudiera creerse que cierto saludable temor impide a los autores dar rienda suelta a sus facultades de observación. *Podría ocurrir también que los personajes de una novela sean reconocidos o confundidos con algunos personajes reales, lo cual traería malas consecuencias al autor.* Pero es indudable que la época tan rica de aspectos, de significado, de caracteres, espera su novelista, que es como decir su historiador<sup>25</sup>. (Subrayado nuestro).

Don Paco Laredo es el núcleo del tiempo cotidiano en la novela, a su alrededor se aglutina el cuerpo grueso de la narración. Por sus orgías desfilan dos tipos de personajes: los diplomáticos y los reformistas. Los primeros, el mundillo de la llamada alta sociedad, de la “gente decente” que según don Paco “no duerme de noche”. Los segundos, “revolucionarios de montonera” que sueñan con invadir a Venezuela para restaurar la democracia, tan oportunistas como los primeros. Son conspiradores profesionales. En medio de ambos sectores, se erige la figura crítica del luchador social Revilla el prisionero; a su lado el intelectual amigo: Silvela. Un incidente marginal de la novela fija las diferencias de actitud. Es la huelga bananera de Santa Marta. Se muestra en perspectiva de contraste: en la visión del sobreviviente que participó en ella —Revilla— y en la de un diplomático: Daza. Así se marca otra vez el antagonismo de las dos historias: la pequeña, subyacente, y la grande, la otra.

Junto al nivel histórico-social, referido a contextos culturales y políticos de la Venezuela de entonces, va inserta la narración “fantástica”. forjada alrededor del anillo mágico de Tiberio —vendido y revendido por el obrero portuario Darío Alfonso— y de los objetos desenterrados durante las excavaciones del Canal: “un vaso de cobre lleno de medallas

---

[25]\_ “La novela”, pp. 94-95.

antiguas, entre ellas dos de bronce con la efigie de Tiberio César”. Estos indicios bastan al narrador para conectar en la ficción la presencia del barco fantasma, “la galera”, reportada por los cables internacionales, que navega por las aguas del Canal entre los barcos norteamericanos de ocupación. Alfonzo se transmuta de obrero en caballero que baila con Miss Alice Ayres. Este baile simbólico va fundiendo identidades de dos imperios, por el conector del anillo mágico, el mismo que involucra al caballero inglés Sir Francis Lowe, asesinado por Alfonzo. Este último se ahorca en presencia del chino Li Foo. Así se perfila como atmósfera de intriga la mescolanza etno-cultural que se amasaba alrededor del Canal.

En un tercer estrato ligado al anterior se crea la doble imagen mitificada de los imperios: el antiguo de Roma, el norteamericano de ahora. Los une la coexistencia ya señalada, de la galera y los barcos de ocupación. La galera es descrita por Silvela como “una especie de portaaviones”. La intención abarcadora de la historia pone a fluctuar este plano entre dos polos de oscilación: Oriente-Occidente; misterio-realidad; pasado-futuro, imperialismo-revolución, ayer-mañana. Todo se aglutina en una gran metáfora que pone a convivir en simbiosis el templo budista y el jugador de tennis, Atlántico-Pacífico. Su eje es el Canal.

Al destemporalizarse las dos referencias históricas de los imperios —romano/norteamericano— el universo ficcional admite la inserción simultánea de secuencias pertenecientes al pasado remoto y al futuro, desde cuya perspectiva, la realidad dramática de Hispanoamérica en 1930 se mira casi con ojos arqueológicos. El agente de tales fusiones es Herr Camphausen y su teoría sobre la historia.

Entre los dos grandes momentos imperiales, Roma-USA, la novela interpola otras mediatizaciones menores de Panamá la vieja y la piratería inglesa: Morgan. La historia pequeña. Recurso similar de mito subyacente en la pequeña historia se había operado en el nivel que llamamos histórico-social, donde el viejo Apolonio de Rodas, ligado al

mito de Cirene, conduce al exilado Silvela hasta su tierra, en avión. Es un viaje por la recurrencia de los tiempos. Allí convergen otra vez: la ciudad contemporánea (1930), el tiempo mítico indígena (piaches, caciques Guaramental y Tamanaico), Areupón y el General Sifontes. Es decir: los sustratos etno-culturales venezolanos de los habitantes originarios (indios), las colonizaciones y el gomecismo (General Sifontes).

Los tiempos de la novela son, pues, múltiples y separables sólo en el análisis pero no en el texto mismo. Su marco exterior —falsa cronología— va de febrero de 1930 a enero de 1931. Dentro de él se alternan y combinan en simultaneidad la historia, el mito y el relato fantástico.

Cuando se habla de un nivel mítico, en él está implicada también una intención social crítica: la presentación de una misma y envolvente represión imperial. En convivencia están la Roma de Tiberio y la persecución de los cristianos primitivos, a quienes se inmola en los circos; y la desbocada represión del otro imperio, el contemporáneo donde los comunistas son perseguidos e inmolados en el Stadium de Nueva York. Camphausen capta ambos procesos como pertenecientes a una misma historia pasada y comenta con Silvela: “Este es un siglo que tiene más de un rasgo en común con el de Tiberio”.

La coexistencia de represiones culmina cuando los emperadores romanos y los presidentes yanquis se emulan narrativamente en sus ejecutorias al extremo de que hay momentos de la novela en que es imposible diferenciarlos. Así como la galera navega detrás del buque insignia de la armada yanqui, Picker, perseguidor y carcelero de los comunistas en el stadium neoyorkino es sucedido por Otranto, cuya presencia novelística oscila entre lo real y lo maravilloso. Le sigue en el poder Castries —cuyo parentesco eufónico con Castro es obvio—, amante de los pugilatos y los monumentos antiguos. En otro margen de los sucesos, comunistas y cristianos conspiran en las catacumbas.

Esa intención globalizadora de Historia grande e intrahistoria, de ficción y mitificación de los grandes atropellos sociales, sobre los cuales transcurre el tiempo cíclico de un Continente mediatizado por los colonialismos es, a nuestro juicio, la gran proyección de esta novela escrita en 1931, editada en 1938, reimpresa en 1967 y 1978, aún desconocida. Merecía ser redescubierta y puesta en manos de los lectores contemporáneos. Sus procedimientos, su valentía en la denuncia, su potencia innovadora del lenguaje narrativo, la avicinan a obras que se están escribiendo hoy, guardando las distancias de perspectiva con las cuales coincide, además, en la misma voluntad de sintetizar y proyectar la realidad integral de Latinoamérica. Son obras que ya dejan de pertenecer a una literatura nacional regionalizada, para convertirse en “la literatura de América Latina”.

## 6. Otra vez la historia

Con *La galera de Tiberio* culminaba el trabajo del gran novelista en una obra cuyo éxito y resonancia se frustraron. Esto quizá ensombreció la voluntad fabuladora de Enrique Bernardo Núñez. Escribió una novela más, pero la dejó incompleta y sólo publicó un par de capítulos. Se llama *Atardecer sobre el mundo*. Poco tiempo después, la novela hispanoamericana entraba en un marasmo. La Segunda Guerra Mundial había estallado el mismo año en que apareció *La galera de Tiberio*. Era una sacudida brutal. El regionalismo narrativo entraba en una crisis agónica. Los conflictos universales del hombre contemporáneo imponían otra forma de ver nuestros problemas. Las voces de una renovación se dejaban oír en todos los países: Onetti, Eduardo Zalamea, Alejo Carpentier, Agustín Yáñez. Tardarían casi veinte años para que los iniciadores de una nueva novela fueran reconocidos. Enrique Bernardo Núñez no estuvo entre ellos. Su vocación y su escritura habían regresado a la historia.

A partir de 1943, su obra se inclina definitivamente a la investigación. Los lineamientos teóricos apuntados ampliamente aquí, seguían rigiendo su visión del mundo. En un terreno limítrofe entre la historia y la ficción, publicó este año su biografía de Cipriano Castro: *El hombre de la levita gris*. Dos años después era designado cronista de la ciudad de Caracas. Arquea fuentes para indagar el origen del nombre de sus esquinas. Escribe uno de los más bellos libros sobre la capital venezolana: *La ciudad de los techos rojos* (1947). Se preocupa por los problemas de nuestros límites con Guayana. Denuncia las componendas internacionales operadas en las transacciones de fronteras.

Fueron numerosas, pues, las obras de ese período hasta su muerte. Una misma convicción lo alentaba. En 1948, con motivo de recibirse como Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia, en su discurso, insistía en aquellos planteamientos que habían alentado la construcción de sus dos novelas:

(...) La historia contemporánea nos hace volver los ojos hacia la plenitud de estos términos: Conquista, Colonización e Independencia. Son tres etapas que se prolongan hasta nuestros días. Se diría que todo nuestro pasado fuese presente. No nos sería dado, sin desconocer la historia, o defraudarla, hablar de ellas como de un lejano pretérito. Como si ya lo hubiésemos sobrepasado (...) No nos sería dado hablar de la colonización española sin referirnos a otras colonizaciones posteriores. Hablar de las miserias de ayer y callar las de hoy. De la inversión de capitales coloniales será preciso escribir voluminosos libros. Dos estilos o dos maneras en el fondo semejantes. En tal sentido, la Real Compañía Guipuzcoana no difiere mucho de las compañías explotadoras de petróleo por ejemplo<sup>26</sup>.

---

[26]\_ *Una ojeada al mapa de Venezuela*. Caracas, Ávila Gráfica, 1949; pp. 214-215.

La resonancia y el respeto que le granjeó su fama de historiador riguroso, de periodista honesto y combativo, fueron inhumando al novelista. Las dos novelas omitidas por la crítica y la historia literarias, no eran más que signos de ese olvido a que el propio narrador quiso orientarse cuando silenció de público *La galera de Tiberio*. Las valorizaciones son de ahora, de los años 70. El escritor, el gran combatiente intelectual, ya había escrito su epílogo. Murió el 1.º de octubre de 1964.

## Arturo Uslar Pietri. La lucidez como oficio<sup>1</sup>

*No hay intérpretes que sustituyan a los intelectuales y los artistas para hacernos entender el mundo. Quedaríamos mudos si no los tuviéramos a ellos como testigos y mensajeros. Son nuestra lengua y nuestro prestigio. Sin ellos seremos factoría o vasto campamento petrolero, pero no una nación histórica.*

ARTURO USLAR PIETRI

“LOS INTÉRPRETES”.

EN: *VISTA DESDE UN PUNTO*.

Hay escrituras que emergen para cristalizar los sueños y construir un infierno o un paraíso donde vivir una temporada. Hay otras que afloran como un terco oficio de lucidez. En una convergen grandes poetas y narradores: Rimbaud y Joyce, entre los primeros. En los segundos están los ensayistas, labradores de conceptos, escrituras que ponen a pensar. Poetas y novelistas construyen un modelo del mundo para encarnarlo en metáforas, imágenes o criaturas aptas a poblar el país de la ficción y el delirio. Los ensayistas exprimen savias recónditas de su interioridad donde alojan un universo de ideas capaces de sacudir la conciencia colectiva.

Arturo Uslar Pietri ha participado por igual de los dos mundos a través de millares de páginas, cuya enumeración llevaría largo tiempo.

---

[1]\_ Discurso de orden pronunciado en el Aula Magna de la Universidad de Los Andes, con motivo del Doctorado Honoris Causa otorgado a Arturo Uslar Pietri. Mérida, 1985.

En combate con las palabras desde la adolescencia, ha rebasado los ochenta años de plenitud, sin fatiga, en terco decir y escribir cada día con torrencial capacidad de sencillez. Desde los catorce años combinó el poema —que todos escribimos a esa edad— con la reflexión expectante de quien está ávido de aprendizaje y busca respuesta a una pregunta que él mismo, en su madurez, formulará así: “¿Cómo se aprende a ser hombre? De una sola manera, aprendiendo cómo fueron hombres, de cuán diversas maneras, actitudes y propósitos, lo llegaron a ser los que nos han precedido en los seis mil años de historia escrita o en el millón de años de la antropología”<sup>2</sup>.

A los 22 años es un narrador que renueva los lenguajes del cuento venezolano con *Barrabás y otros relatos*. A los veinticinco es el novelista reconocido internacionalmente desde España, con *Las lanzas coloradas*. Es el más alerta y temprano teorizador de las vanguardias literarias en nuestro país. Polemiza. Escribe el manifiesto de la revista *Válvula*. Resalta como intelectual entre los jóvenes de 1928 cuando insurgen en relevo contestatario frente a las petrificadas ideologías del Positivismo, convertido en filosofía de la represión alrededor de la dictadura de Juan Vicente Gómez.

En 1929 es el viajero. Marcha a Europa. Amplía su horizonte cultural con estudios de Economía Política, —disciplina que será de los primeros en enseñar en la universidad venezolana—. Frecuenta las tertulias surrealistas en los cafés del viejo París. Forma nutrido grupo con otros intelectuales latinoamericanos entre quienes destacan dos amigos en especial: Miguel Ángel Asturias y Alejo Carpentier. Juntos leen y discuten las obras que están escribiendo. Comparten la intención de cambiar los códigos de la narración hispanoamericana, saturada aún con las orfebrerías modernistas y el regionalismo pintoresco.

---

[2]\_ “Humanidades y humanidad”. En: *Vista desde un punto*. Caracas, Monte Ávila, 1971, p. 278.

Mientras Borges, en Buenos Aires, escarnecía el “rubendarismo” y terciaba en las controversias intelectuales de Florida y Boedo, Asturias, Carpentier y Uslar Pietri, en París, cuestionaban los falsos esquemas del azar surrealista delimitado por las asociaciones fortuitas de Lautréamont. Escuchaban hablar de *realismo mágico* a Massimo Bontempelli o leían las interpretaciones que bajo la misma designación había escrito Franz Roh sobre la plástica post-expresionista alemana. El libro de Roh, *Realismo mágico. Post-expresionismo*, había circulado en traducción española de Fernando Vela (Editorial Revista de Occidente), el mismo año de la aparición en alemán: 1925. Los tres amigos escuchaban y leían a Breton, pero delineaban su proyecto enrumbado hacia el Nuevo Mundo, cuyo descubrimiento literario apenas vislumbraba la crítica europea.

De aquella circunstancia, tanto como de los primeros intentos ultraístas de Borges en Buenos Aires y de Alfredo Maples Arce en México, nació para América Latina la tendencia universalizante de sus vanguardias, resueltas a barrer con los regionalismos endémicos aferrados aún al idilio romántico, convertidos en híbrido estético por los modernistas bajo la especie de *criollismo*, reformulado en otras dimensiones por las incipientes teorías de lo real maravilloso.

En esa línea de nueva escritura fueron plasmadas las *Leyendas de Guatemala*, de Miguel Ángel Asturias, *Las lanzas coloradas*, de Arturo Uslar Pietri y *Ecue-yamba-ó* de Alejo Carpentier.

Ya era mérito para ingresar en la historia literaria, el haber provocado semejante sacudida que en Latinoamérica había hallado eco temprano en textos de los estridentistas y contemporáneos mexicanos, en las revistas *Martín Fierro* y *Nosotros*, de Buenos Aires y en la *Revista de Avance* en Cuba. Aquel lenguaje narrativo que inauguraban en París Carpentier, Asturias y Uslar, era intentado desde América Latina por los primeros trabajos narrativos de Jaime Torres Bodet, Roberto Arlt, Macedonio Fernández, Enrique Labrador Ruiz, entre otros.

A la muerte de Gómez, Uslar regresa a Venezuela. Prosigue su voluntad renovadora del cuento con un segundo libro: *Red*. En sus relatos hurga los trasmundos del sueño y la locura; los reviste con metáfora ultraísta. En un tercer libro reelabora simbólicamente la sustancia popular de la conseja y la fábula: *Treinta hombres y sus sombras*. Aquel joven maestro de la nueva narrativa llegaba a compartir el sitial consagratorio al lado de Julio Garmendia, Enrique Bernardo Núñez y el incipiente Guillermo Meneses.

Durante el gobierno provisional de López Contreras la política lo llama y compromete. Aparece la faceta más polémica de su personalidad. En los procesos estudiantiles de 1928, Uslar había optado por el camino de la literatura, sin involucrarse en las efervescentes protestas revolucionarias que alentaba un marxismo en agraz. Uslar nunca ha presumido de revolucionario. Tampoco se observan en él esos cambios inauditos de quienes pasaron de una revolución gritada en las escalinatas universitarias, sin proyecto específico, a la negación de las ideas para terminar mediatizados y convertidos en represores de las izquierdas donde habían nutrido su juventud. Los nombres obvian por conocidos y olvidables. He aquí la gran contradicción que negó posibilidad generacional a aquellos hombres de 1928.

Uslar llega a ser el ministro más joven en el Gabinete de Isaías Medina Angarita. Resalta como figura estelar de aquel régimen, liberal y democrático, en el cual transita por diferentes cargos. Ministro de Educación, redactó una Ley de gran trascendencia, conocida después como Ley Uslar Pietri. Emprende reformas memorables en la educación pública y la formación docente. Se caracteriza por su amplio respeto a las ideologías de todo signo. Su opinión pesa para dejar sin efecto un inciso que había ilegalizado las izquierdas durante el mandato de López Contreras. Se muestra amplio y honesto en sus compromisos. Esa tolerancia de hombre liberal, apegado a las democracias occidentales, la ha

mantenido a lo largo de su vida pública. Podemos disentir de él, pero el respeto que se ha granjeado como caballero que sabe aceptar la disidencia sin perseguirla ni aplastarla, es indiscutible.

Junto al hombre público surge el ensayista. Sus ideas pueden inducirnos a la refutación, pero nos ponen a pensar. En ese pensar inagotable su escritura va creciendo en círculos concéntricos, alrededor de lo que él adoptó para titular uno de sus libros: *Vista desde un punto* (1971).

Cuando se mira el trabajo del ensayista en su conjunto puede observarse que arranca de una meditación inquieta por hallar las líneas prospectivas de un país sin derrotero preciso, dentro de una búsqueda socio-política que nos ha conducido al despilfarro, la improvisación en todos los órdenes, la riqueza fácil de una minoría oligárquica frente a la pobreza de una mayoría manipulada por ciertas demagogias que parasitan de una democracia pintoresca y peculadora.

El tránsito del país agrario al petrolero, sin previsiones ni cambios sustanciales en las estructuras socio-económicas, fue preocupación de pensadores como Mario Briceño Iragorry, quien adopta la denuncia encendida y combativa, o el Uslar Pietri que diagnostica con serenidad inmovible para expresar en una consigna la única salida que pudo tornarnos nación diferente: “sembrar el petróleo”.

La educación y la juventud, la crisis de las instituciones y la corrupción desenfrenada, la ligereza en la planificación, el asalto oportunista de los cargos para inflar la burocracia a cifras insoportables, son temas recurrentes en el pensar sobre el país y vertebran libros suyos como *De una a otra Venezuela*, *Del hacer y deshacer de Venezuela*, *Materiales para la construcción de Venezuela*.

Desde esa perspectiva visionaria de la nación sin rumbo, empeñado en defender una democracia cada vez menos convincente y enferma de ineficacia, el siguiente círculo concéntrico se abre a la dimensión

latinoamericana en libros como *Las nubes*, *La otra América*, *En busca del Nuevo Mundo*, *Fantasmas de dos mundos*, para horadar hasta el encuentro de raíces a una cultura común surgida del mestizaje y de la historia heroica.

Una nostalgia de unidad fallida desde el proyecto emancipador lo preocupa e induce a redundar en la urgencia de nuevos proyectos defensivos de la integridad continental. En esa prédica su ensayo se emparenta con la mejor tradición de quienes han consagrado horas insomnes a recordarnos un destino común sin el cual no podremos alcanzar las grandes metas liberadoras cada vez más vigentes cuanto urgentes. Su escritura entra así en diálogo con las de Miranda, Bolívar, Bello, Fermín Toro, José Victorino Lastarria, Francisco Bilbao, José Martí, en el siglo XIX y César Zumeta, José Enrique Rodó, Baldomero Sanín Cano, Manuel Ugarte, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Juan Marinello, José Vasconcelos, Mariano Picón Salas, Mario Briceño Irigorry, Leopoldo Zea, todos ellos forjadores de una toma de conciencia americanista.

El americanismo de Uslar Pietri es menos oratorio, anclado en el tuétano mismo de nuestra crisis, en la diferencia y la definición que esclarece rumbos sin justificar los trasplantes mecánicos de cierto eurocentrismo. Se empeña en hallar rumbo nuevo a la expectativa liberadora, coincide con Bello y Zea en preconizar el apremio de una emancipación mental, sin renunciar a la asimilación inteligente de cuanto tiene de positiva la cultura contemporánea. Insiste en la posibilidad de una transformación social dentro de libertades democráticas, utopía y encrucijada en la cual se conmueve nuestro presente.

Un tercer círculo de su pensamiento salta a una visión universal de la cultura, a un humanismo que exhuma hombres y hechos de la historia universal, desde el más antiguo estratega chino, Sun-Tzu, hasta el desarrollo actual de la cibernética y de la navegación espacial. Cuestiona el universalismo europocéntrico y aboga por una historia universal más

globalizadora. Con asombro de niño escribe sobre viajes al Cercano Oriente, la Unión Soviética, Europa, tantas veces transitada, o extrae la lección fecundante de personalidades tan heterogéneas como Humboldt, Leonardo, Miguel Ángel, Lenin o Franklin Delano Roosevelt.

A medida que las aspas del compás temático van abriéndose, la prosa se torna más coloquial, más cotidiana con avidez de transmitir la reflexión a mayorías cada vez más amplias. Por eso es incansable en la escritura semanal de crónicas y ensayos para la prensa, o el programa *Valores Humanos* para la televisión, donde ha sentado cátedra ensanchada para todo un pueblo que lo conoce y admira, aprueba o disiente de sus enfoques, pero siempre respeta su abrumadora capacidad de conocimiento y la destreza para comunicarlo.

Hay una coherencia no muy frecuente entre el comportamiento discreto del hombre que sacude la opinión ante los grandes problemas y las manos que pasaron por la administración pública sin hincharse de peculado. Hay una congruencia inusitada entre el parlamentario que supo mantener a todo trance la independencia de criterio, capacidad crítica y autoridad moral para señalar vicios o caídas y el tolerante escritor que, desde su punto de mira, procura el diálogo entre los segmentos de un mundo contemporáneo cismático en las ideologías, diaspORIZADO en los sistemas socio-políticos, asediado por un belicismo irracional y sordo a los clamores de los pueblos.

En el pensamiento venezolano escrito por hombres como Enrique Bernardo Núñez, Mariano Picón Salas, Augusto Mijares, Mario Briceño Iragorry y Arturo Uslar Pietri hay convergencias profundas que configuran una imagen de Venezuela en un siglo de encrucijada. En sus lecciones, susceptibles de críticas, ajustes o expansiones, está el proyecto de un país que no hemos terminado de construir. En sus ensayos subyace el alerta de llamado y la orientación honrada hacia un replanteamiento nacional basado en nuestra conciencia histórica. Lo grave es mirar

alrededor y no encontrar relevos visibles. El intelectual venezolano ha caído en un marasmo que le impide pensar y exponer sus ideas. No tenemos muchos ensayistas. Hay divulgadores cuya conducta desdice la palabra escrita: ¿A quién vamos a entregar nuestras banderas? ¿En cuántos de los nuevos podemos cifrar nuestra salida sin escepticismo? Por eso resulta fecundo leer y discutir a estos hombres cuya obra poco se difunde y menos se lee.

La opinión del hombre venezolano actual está contaminada por la manipulación publicitaria, el mensaje fácil, la mentira en colores con que nos bombardea diariamente una televisión mediatizada por grandes intereses transnacionales y nacionales donde se presume solapado un propósito de neutralización mental. Tanto como las ocupaciones militares, el peligro de nuestro tiempo está en la invasión de conciencias para el adormecimiento colectivo.

La actitud del intelectual como conciencia crítica se está perdiendo. Es menos comprometedora la embriaguez permanente, el reemplazo de la página desafiante en su vacío de signos por el vaso repleto de alcohol. Seguimos ahogando una derrota que hemos prolongado con irresponsabilidad generalizada. Ciertos publicistas presumen de pensadores y ocupan el espacio abandonado por los intelectuales. A la venta de los liderazgos trocados por mercancía de comodidad ha seguido una indiferencia espeluznante. Mientras el ex-dirigente protestatario despacha desde la oficina de quien fuera su contrincante empecinado, el escritor espera la consagración negociada en el premio otorgado muchas veces sin mérito real. Hace falta menos cólera y más vergüenza, como señaló enérgicamente Mario Benedetti. Hacen falta más ideas, más debate, contienda y clarificación, para combatir las castraciones mentales donde estamos hundiéndonos. En esa tarea la obra de escritores como Uslar Pietri nos fustiga, nos provoca, nos pone a pensar, si queremos en contra, pero ya es bastante que nos ponga a pensar.

Un ensayista norteamericano, Ralph Waldo Emerson, decía: “Crear en nuestro pensamiento, creer que lo que es verdad para nosotros en el fondo de nuestro corazón, es verdad para todos, esto constituye el genio”<sup>3</sup>. Difícilmente en un mundo de relatividades multiplicadas, un hombre puede tener la plena verdad en sus manos. La manipulación ideológica ha provocado transmutaciones entre una mentira y una verdad a medias. Pero en cambio sí puede haber aún fe en la sinceridad de otros hombres, con quienes no necesitamos estar absolutamente de acuerdo, pero en cuya honradez de conducta y de obra podamos encontrar una palabra digna de compartirse.

Antes de los avales y las letras de cambio, antes de los fiadores y los grandes tráficos de la corrupción bancaria, en los viejos pueblos de la montaña andina, desde la infancia hasta la madurez, el hombre se jugaba en todos los actos importantes de la vida diaria su *palabra de honor*. Quizá ese principio ético nacido de la responsabilidad no desmentida se haya devaluado en las grandes ciudades, pero queda aún en la rara especie de los hombres de palabra. Creo con toda sinceridad que Arturo Uslar Pietri es todavía uno de los pocos hombres de palabra que restan a Venezuela. Hombre de palabra porque cumple con su país y con su tiempo, desde la visión del mundo que adoptó, sin desdecirla en la conducta. Hombre de palabra que comunica y enseña. Hombre de palabra porque la maneja con maestría para enseñar a multitudes sin manipularlas en el comercio sospechoso de las componendas, los tráficos o los engaños cebados sobre un país de buena fe.

Un viejo poema indígena mexicano de los toltecas dice que “el verdadero artista todo lo saca de su corazón y pone el corazón en cuanto hace”. Curiosamente el poema, considerado como texto pre-colombino por Ángel María Garibay, tiene analogía con otra cita de Emerson.

---

[3]\_ “Confianza en sí mismo”. En: *Siete ensayos*. Barcelona, Henrich Editores, 1904; p. 19.

Dice el pensador norteamericano: “El hombre siente alivio y satisfacción cuando pone todo su corazón en su obra y la ejecuta lo mejor que sabe”<sup>4</sup>.

Extraña y admirable sabiduría de la serenidad esa de un hombre que como Arturo Uslar Pietri sólo se embriaga en la vigilia de su mundo y su pueblo; ejemplar sabiduría la de poner el corazón y la inteligencia en la faena de construir hombres dignos para un país urgido de nuevas liberaciones.

Cuando el desempleo y el desencanto tratan de paliarse con himnos publicitarios pero sin programas precisos, cuando la conducción del país genera sospecha y desconfianza, cuando el gran despilfarro se pretende ocultar con el llamado al sacrificio de quienes siempre han estado sacrificados por las pirámides del usufructo y el saqueo del tesoro, más necesaria se muestra la convivencia con los hombres más honestos, con las inteligencias más claras, con los maestros que no han negado tres veces su escritura en hechos irrecordables.

En el arduo combate por hallar cauce a nuestro destino de pueblo, quien más suma es quien más hondo penetra en el fondo de nuestra problemática. Quienes no han entregado aún la voz al silencio o a la indiferencia, bien ganado tienen un lugar junto a todo aquel dispuesto a sostener la voz de la dignidad por sobre los sectarismos y las negociaciones fáciles.

En alguna ocasión Uslar Pietri escribió sobre la “Babel de los libros”, como amenaza de incomunicación dentro de la sociedad contemporánea. Es verdad que en la masificación bibliográfica también va instilado el tóxico de la manipulación y el desconcierto. Pero en nuestro país se lee poco y en forma dispersa. Hay ciertos libros guías capaces de sacudir una sociedad. Hay libros que, al tocarlos, como pensaba

---

[4]\_ *Loc., cit.*, p. 21.

Whitman, hacen sentir en sus páginas la resonancia vital de un ser humano. Cuando un libro tiene la virtud de encender la imaginación o la capacidad reflexiva de un joven, en ese lector se está salvando un pequeño universo irreplicable. Uslar ha sido un escritor de incontables páginas hechas para clarificar, nunca para confundir. Por eso, en la hora jubilosa del homenaje, tanto como en la solitaria lectura que conmueve hasta quitar el sueño, con él se anda en buena compañía.

Boconó/Caracas, marzo de 1985.



**COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO**

**COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO**

**PREPrensa e impresión**

Fundación Imprenta de la Cultura

**ISBN**

978-980-440-203-6

**Depósito legal**

DC2023000295

**Caracas, Venezuela, abril de 2023**



La presente edición de  
**PAÍS DE LOTÓFAGOS**  
fue realizada  
en Caracas  
durante el mes  
de abril de 2023,  
ciclo bicentenario  
de la Batalla de Carabobo  
y de la Independencia  
de Venezuela

**EN CARABOBO NACIMOS** “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras, Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas ni esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuana para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



**País de lotófagos** En la obra ensayística de Domingo Miliani, la crítica literaria refleja el valor de ese espacio donde la imaginación revela dimensiones inadvertidas de la vida nacional. La presente antología, *País de lotófagos*, reúne once ensayos que recogen una lectura personal de su entorno a través de los libros. El escrito central, que da nombre al resto del volumen, es una aproximación al hecho de la memoria, “el loto tiene la virtud de hacer olvidar todo”, dice en alusión a ese pasaje de la *Odisea* cuando, en su largo periplo antes de regresar a su patria, Ulises se encuentra con la isla de los lotófagos, seres indescifrables, de tranquilidad inquietante, que consumían loto para olvidar. Como retrata este episodio, la desmemoria es un mal que borra la identidad y la conciencia histórica en Venezuela: “La amnesia histórica, el olvido de la patria, los vientos dañosos que empujan al desdén de lo nuestro, han sido, junto con el azar, constantes alimentadas por invisibles comensales a cuya mesa aumentan cada día, enloquecidos, los afanosos de una riqueza medrada en el asalto y la indiferencia”. Con métodos de aproximación diversos, las reflexiones en torno a Mario Briceño Iragorry, Simón Bolívar, Juan Germán Roscio, Gonzalo Picón Febres, José Gil Fortoul, Luis Correa, Rómulo Gallegos, Enrique Bernardo Núñez y Arturo Uslar Pietri tienen como eje valorar nuestra tradición cultural desde la escritura, una herencia que trasciende al yo en tiempo y espacio.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

